



# Mi prima Rachel Daphne du Maurier



Lectulandia

Philip Ashley, el narrador de esta novela, es un joven huérfano que ha sido criado por su primo Ambrose, un terrateniente de Cornualles veinte años mayor que él, en una gran casa aislada, de rutinas amables e incontestadas, sin conflictos y sin mujeres. Cuando el primo debe viajar a Italia por razones de salud, conoce a una mujer, Rachel, una pariente lejana educada en Florencia, viuda de un conde que murió en un duelo y la dejó cubierta de deudas. Se casa con ella y poco después muere súbitamente. «Juré que todo lo que Ambrose hubiera pagado en dolor y sufrimiento se lo devolvería a la mujer que los había causado», se dice Philip al conocer la noticia. Pero apenas han pasado unas semanas y Rachel se presenta en Cornualles... y esa animosidad irracional que el joven sentía por ella se va convirtiendo poco a poco en una fascinación incontrolable que no disminuye a medida que las circunstancias de la muerte de su primo se revelan cada vez más sospechosas.

*Mi prima Rachel* (1951) es una gran novela psicológica, llena de suspense, en la que Daphne du Maurier exploró, como en *Rebeca*, la influencia fantasmal en una casa de una figura ausente. Es también un sutil estudio de lo que un hombre cree que es una mujer y del accidentado viaje que dan los prejuicios cuando se enfrentan a una realidad inesperada.

**Lectulandia**

Daphne Du Maurier

# **Mi prima Rachel**

ePub r1.0

Titivillus 07.12.2017

Título original: *My Cousin Rachel*  
Daphne Du Maurier, 1951  
Traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Nota al texto



*Mi prima Rachel* se publicó por primera vez en 1951 en Londres (Victor Gollancz) y Nueva York (Doubleday).

# Capítulo I



Antiguamente ahorcaban a la gente en Four Turnings.

Ahora ya no. Ahora los asesinos cumplen el castigo por su crimen en Bodmin, después de un juicio en Assizes. Es decir, si la ley los condena antes de que los mate su propia conciencia. Es mejor así, como una operación quirúrgica. Y entierran el cadáver como Dios manda, aunque en una tumba sin nombre. Cuando yo era pequeño no era así. Recuerdo que, siendo niño, vi a un hombre ahorcado en el cruce de los cuatro caminos. Le habían untado la cara y el cuerpo con pez para que se conservara. No lo bajaron de allí hasta cinco semanas después, y yo lo vi la cuarta.

Pendía de la horca entre el firmamento y la tierra o, como me dijo mi primo Ambrose, entre el Cielo y el Infierno. Al Cielo no llegaría nunca y el Infierno que conocía lo había perdido para siempre. Ambrose lo tocó con el bastón. Lo veo ahora como aquel día, moviéndose con el viento como una veleta en un pivote oxidado, triste pelele de lo que había sido un hombre. La lluvia le había podrido los pantalones, si no el cuerpo, que colgaban de sus hinchadas piernas hechos jirones, como papel mojado.

Era invierno y, para celebrarlo, algún gracioso le había puesto una ramita de acebo en la chaqueta. No sé por qué, pero, con siete años de edad, me pareció el colmo del ultraje, aunque no dije nada. Seguro que Ambrose me había llevado allí por algo, para ponerme a prueba tal vez, a ver si echaba a correr o me reía o lloraba. Era mi mentor, mi padre, mi hermano, mi consejero... En fin, era todo mi mundo y siempre estaba poniéndome a prueba. Dimos la vuelta al patíbulo, me acuerdo, y Ambrose seguía tocándolo y pinchándolo con el bastón; después se paró, encendió la pipa y me puso la mano en el hombro.

—Mira, Philip —dijo—, eso es lo que nos espera al final. A unos en el campo de batalla, a otros en la cama: a cada cual según su destino. No hay escapatoria. Nunca es pronto para aprender la lección. Pero así es como mueren los delincuentes. Es una advertencia para ti y para mí, para que llevemos una vida sobria. —A su lado, miré el balanceo del cadáver como si estuviéramos en la feria de Bodmin y el cadáver fuera la tía Sally, el muñeco del tiro al blanco de las casetas de la feria—. Fíjate en lo que puede deparar a un hombre un momento de pasión —dijo Ambrose—. Ahí tienes a Tom Jenkyn, honrado y tímido, menos cuando bebía más de la cuenta. Es cierto que su mujer siempre lo regañaba por todo, pero eso no es excusa para matarla. Si matáramos a las mujeres por la lengua que tienen todos los hombres seríamos

asesinos.

Ojalá no me hubiera dicho el nombre del ahorcado. Hasta ese momento el cadáver era algo muerto, sin identidad. Lo vería en sueños, horrible, sin vida, lo supe perfectamente desde el momento en que posé la vista en el cadalso. Pero ahora tendría algo que ver con la realidad, con el hombre de ojos húmedos que vendía langostas en el muelle de la ciudad. Los meses de verano se ponía al lado de las escaleras con la nasa y dejaba las langostas en el suelo para que echaran fantásticas carreras que hacían reír a los niños. Lo había visto yo hacía poco tiempo.

—Bien —dijo, mirándome a la cara—, ¿qué te parece?

Me encogí de hombros y di un puntapié a la base del cadalso. No quería que Ambrose viera que me afectaba, que me llegaba al corazón y me atemorizaba. Me despreciaría. Ambrose, a sus veintisiete años, era dios de todo lo creado, principalmente de mi pequeño mundo, y lo único que deseaba yo en la vida era ser como él.

—Tom no tenía tan mala cara la última vez que lo vi —respondí—. Ahora está tan podrido que no serviría ni de cebo para sus langostas.

Ambrose se echó a reír y me tiró de la oreja.

—Así se habla —dijo—; eres un auténtico filósofo —y, en un instante de iluminación repentina, añadió—: Si tienes náuseas, vete a vomitar detrás de ese seto y yo no he visto nada.

Dio la espalda al cadalso y a los cuatro caminos y se alejó por la nueva avenida flanqueada de árboles que empezaba a plantar en aquella época, que atravesaba el bosque y serviría de segunda vía para ir a casa. Me alegré de que se fuera porque no llegué al seto a tiempo. Después me encontraba mejor, aunque me castañeteaban los dientes y tenía mucho frío. Tom Jenkyn volvió a perder identidad, a convertirse en una cosa sin vida, como un saco viejo. Incluso fue la diana de la piedra que le tiré. Con gran atrevimiento, me quedé mirando el cadáver oscilante, pero no pasó nada. La piedra golpeó la ropa sucia con un ruido seco y se asustó. Avergonzado de lo que había hecho, eché a correr por la nueva avenida tras los pasos de Ambrose.

Bien, eso pasó hace dieciocho años y, que yo recuerde, no volví a pensar mucho en ello... hasta hace unos días. Es curioso que, en momentos de crisis, nos vuelva la infancia a la cabeza como un látigo. No sé por qué no dejo de pensar en el pobre Tom, colgado allí, con las cadenas. Nunca oí contar su historia y son pocos los que la recordarían ahora. Mató a su mujer, o eso dijo Ambrose. Y nada más. Ella siempre lo regañaba, pero eso no era excusa para matarla. Es posible que, siendo aficionado a la bebida, la matara en plena borrachera. Pero ¿cómo? ¿Con qué arma? ¿Con un cuchillo o con sus propias manos? Tal vez aquella noche de invierno Tom fuera de la taberna al muelle haciendo eses, enfebrecido de amor, con la marea alta salpicando las escaleras y la luna llena reflejándose en el agua. ¿Quién sabe qué arranque de fantasía, qué sueños de conquista bullirían en su cabeza inquieta?

Tal vez llegara a tientas a su casa, detrás de la iglesia, hecho un desastre legañoso,

apestando a langosta, y su mujer le echara una bronca por entrar en casa con los zapatos mojados, y le estropeará el sueño y por eso la mató. A lo mejor fue así. Si hay vida después de la muerte, como nos han enseñado, buscaré al pobre Tom y le preguntaré. Soñaremos juntos en el purgatorio. Pero él tenía sesenta años o más y yo tengo veinticinco. Soñaríamos cosas distintas. Así que, Tom, vuelve a las sombras y dame un poco de paz. Hace ya muchos años que quitaron el cadalso, y a ti con él. Te tiré una piedra por ignorancia. Perdóname.

La cuestión es que la vida hay que soportarla y vivirla. Lo complicado es cómo vivirla. El trabajo diario no presenta dificultades. Seré juez de paz, como Ambrose, y también me llamarán al Parlamento algún día. Seguirán honrándome y respetándome como a toda mi familia antes que a mí. Cultivar bien la tierra, cuidar a la gente. Nadie sabrá jamás la carga de culpabilidad que llevo sobre los hombros ni que todos los días, perseguido por la duda, me hago una pregunta para la que no tengo respuesta. ¿Rachel era inocente o culpable? Tal vez eso también lo averigüe en el purgatorio.

¡Qué suave y tierno suena su nombre cuando lo digo en voz baja! Remolonea en la lengua, lento e insidioso, casi como veneno, que sería lo más parecido. Pasa de la lengua a los labios resecaos y de los labios vuelve al corazón. Y el corazón controla el cuerpo y también la cabeza. ¿Alguna vez me veré libre de él? ¿Dentro de cuarenta o cincuenta años? O ¿me quedará en el cerebro un rastro de materia descolorida y enferma? ¿Una célula minúscula de la sangre que no se haya precipitado con sus iguales a la fuente del corazón? Tal vez cuando todo se haya hecho y todo se haya dicho no desee verme libre. Por ahora, no lo sé.

Todavía tengo la casa y la cuido, que es lo que Ambrose habría querido de mí. Remozo las paredes que se llenan de humedad y la mantengo en buen estado. Sigo plantando árboles y arbustos, cubro los montes pelados en los que sopla el viento del este. Al menos dejaré un legado de belleza cuando me muera. Pero no es natural que un hombre esté solo y enseguida todo se le vuelva perplejidad. Y de la perplejidad a la fantasía. Y de la fantasía a la locura. Y vuelvo otra vez a Tom Jenkyn, ahorcado con las cadenas. Quizá él también sufrió.

Hace dieciocho años Ambrose se fue a pasos largos por la avenida y yo lo seguí. Es posible que llevara puesta la chaqueta que llevo yo ahora. Esta cazadora verde con coderas de cuero. Me parezco tanto a él que podría ser su fantasma. Tengo los mismos ojos, las mismas facciones. El hombre que llamó a los perros con un silbido y dio la espalda al cadalso y al cruce de los cuatro caminos podría ser yo. Bueno, es lo que siempre quise, ser como él, igual de alto, tener los mismos hombros y la misma forma de agacharme, incluso sus largos brazos, sus manos aparentemente torpes, su sonrisa siempre a punto, su timidez en el primer encuentro con desconocidos, lo poco que le gustaban el alboroto y la ceremoniosidad; lo fácil de trato que era con quienes lo servían y lo querían: me halagan los que dicen que yo también soy así; y la fuerza que resultó ser ilusoria, y por eso caímos en el mismo desastre. Últimamente me pregunto si, cuando murió, con la mente perturbada y torturada por la duda y el



temor, solo y abandonado en la maldita villa a la que yo no tenía posibilidad de llegar, su espíritu no volaría desde su cuerpo para reunirse con el mío y apoderarse de él, y así vivir otra vez en mí, cometer los mismos errores, contraer de nuevo la enfermedad y morir por segunda vez. Puede que sí. Lo único que sé es que ser tan parecido a él, cosa de la que estaba orgulloso, jugó en mi contra. Ese fue el motivo de la derrota. Si yo hubiera sido de otra forma, ágil y rápido, diestro en el hablar y astuto en los negocios, el año pasado no habría sido más que una sucesión de doce meses como otra cualquiera. Ahora estaría pensando en sentar la cabeza cuanto antes, prepararme para un futuro cómodo, casándome posiblemente y formando una nueva familia.

Pero yo no era así, ni Ambrose tampoco. Éramos soñadores, poco prácticos, reservados, teníamos grandes teorías que nunca pusimos a prueba y, como todos los soñadores, estábamos dormidos en un mundo despierto. No nos complacían nuestros congéneres y ansiábamos afecto, pero la timidez sometía el impulso a un estado de latencia, hasta que el corazón reaccionó. Cuando sucedió se abrieron las puertas del Cielo y ambos nos creímos en posesión de toda la riqueza del universo para regalarla. Si hubiéramos sido de otra forma habríamos sobrevivido los dos. Rachel habría venido aquí de todos modos. Habría pasado un par de noches y habría seguido su camino. Habríamos hablado de asuntos materiales, habríamos llegado a un acuerdo, se habría leído el testamento formalmente con los abogados alrededor de la mesa y yo, resumiendo la situación con una mirada, le habría asignado una renta anual de por vida y me habría deshecho de ella.

Las cosas no sucedieron así porque yo me parecía a Ambrose. No sucedieron así porque yo sentía lo mismo que él. Cuando subí a su habitación aquella primera noche, el día en que llegó, y llamé a la puerta y entré agachando la cabeza un poco porque el dintel era bajo, y ella se levantó de la silla de al lado de la ventana y me miró, tenía que haberme dado cuenta, por la mirada de reconocimiento que vi en sus ojos, que no era a mí a quien veía, sino a Ambrose. No a Philip, sino a un fantasma. Tenía que haberse ido en ese momento, hacer su equipaje y marcharse. Tenía que haber vuelto a su casa, a esa villa cerrada, de aire rancio de recuerdos, al ordenado jardín colgante y a la fuente murmuradora del pequeño patio; haber regresado a su país, reseco y caliginoso en pleno verano, austero en invierno bajo un cielo frío y brillante. Tenía que haber sabido por instinto que quedarse conmigo acarrearía la destrucción, no solo la del fantasma al que había encontrado, sino la suya propia, al final.

Me pregunto si al verme allí tan cohibido y torpe, escocido de resentimiento contra ella, pero vivamente consciente de ser señor y anfitrión, enfurecido con mis enormes pies y mi cuerpo largo, desgarrado y huesudo como el de un potrillo salvaje... Me pregunto si no pensaría en un instante: «Así debía de ser Ambrose de joven, antes de que nos conociéramos. No lo conocí cuando era así», y por eso se quedó.

Tal vez a Rainaldi, cuando lo vi por primera vez, le pasara otro tanto y por eso me

miró con la misma cara de susto al reconocirme, aunque enseguida lo disimuló y, jugueteando con una pluma sobre la mesa de despacho, se quedó pensando un momento y después dijo en voz baja: «¿Ha llegado usted hoy mismo? Entonces, su prima Rachel no lo ha visto». A él también se lo advirtió el instinto. Pero ya era tarde.

En la vida no se puede dar marcha atrás. No se puede volver al pasado. No hay segundas oportunidades. Aunque esté aquí, vivo y en mi propia casa, me es tan imposible desdecirme de lo dicho y deshacer lo hecho como al pobre Tom Jenkyn en el cadalso, colgado con las cadenas.

Fue mi padrino, Nick Kendall, quien, el día en que cumplí veinticinco años — hace solo unos meses y, sin embargo, ¡ay Dios, qué lejos parece!—, me dijo en su estilo franco y directo: «Philip, algunas mujeres, muy posiblemente buenas, causan desastres aunque no se les pueda imputar culpa alguna. De alguna manera, todo lo que tocan se convierte en tragedia. No sé por qué te lo digo, pero creo que es mi deber». Y después fue testigo de que yo firmaba el documento que le había llevado.

No, no se puede volver atrás. El niño que estaba al pie de la ventana de su prima la víspera de su cumpleaños, el que estaba en el umbral de su habitación la noche en que llegó, ya no existe, como el que tiró una piedra a un muerto colgado en el cadalso para procurarse un valor falso. Tom Jenkyn, desecho humano, irreconocible y no llorado: ¿me miraste con piedad hace muchos años, cuando eché a correr por el bosque hacia el futuro?

Si me hubiera vuelto a mirarte no te habría visto a ti balanceándote con las cadenas, habría visto mi propia sombra.

## Capítulo II



Cuando nos sentamos a hablar la última noche, antes de que Ambrose iniciara su último viaje, no tuve ninguna corazonada, ninguna premonición de que nunca volveríamos a estar juntos. Era el tercer invierno que, siguiendo la recomendación de los médicos, pasaba en otro país, y me había acostumbrado a su ausencia y a cuidar las tierras entretanto. El primer invierno que se fue todavía estaba yo en Oxford y no lo noté mucho, pero el segundo volví para quedarme definitivamente y lo pasé entero en casa, que era lo que Ambrose quería que hiciera. No eché de menos la vida gregaria de Oxford, la verdad es que me alegré de haber terminado.

Nunca sentí el menor deseo de estar en otra parte. Aparte de la época escolar en Harrow y después en Oxford, nunca viví en otro sitio, solo en esta casa, a la que había llegado a los dieciocho meses, cuando mis jóvenes padres murieron. Ambrose, con su extravagante generosidad, se apiadó del primito huérfano y me crio personalmente como si fuera un perrito, un gatito o cualquier otro animalillo frágil y abandonado que necesitaba protección.

Nuestro hogar era raro desde el principio. Cuando cumplí tres años, despachó a la niñera porque me había pegado un azote en el culo con un cepillo del pelo. No recuerdo el incidente, pero me lo contó después.

—Me enfadé muchísimo —me dijo— al verla azotándote con sus manazas ásperas por no sé qué fechoría trivial que su cerebro de hormiga no llegaba a comprender. Y desde entonces solo yo te alecciono.

Nunca me dio motivos para lamentarlo. No había hombre más bueno, justo y adorable, ni más comprensivo. Me enseñó las letras de la manera más sencilla posible, recurriendo a las iniciales de todas las palabrotas habidas y por haber... aunque tuvo que estrujarse un poco el cerebro para encontrar veintiséis, pero lo consiguió, advirtiéndome al mismo tiempo que no las dijera en público. Aunque siempre era muy cortés, con las mujeres se cohibía y desconfiaba de ellas; decía que ponían las casas patas arriba. Por eso solo contrataba a hombres para el servicio doméstico, y toda la tribu estaba a las órdenes de Seecombe, que había sido ayuda de cámara de mi tío muchos años.

Excéntrico tal vez, nada ortodoxo —el país del oeste<sup>[1]</sup> siempre ha sido famoso por sus tipos raros—, pero, a pesar de sus peculiares opiniones sobre la mujer y la crianza de niños, Ambrose no era un ogro. Los vecinos lo apreciaban y lo respetaban y los arrendatarios de las tierras lo adoraban. Antes de que lo atacara el reumatismo,

salía de caza en invierno, iba a pescar en verano en una barquita que dejaba fondeada en la ría, salía a cenar y, cuando tenía ganas, invitaba a gente a casa; iba a la iglesia los domingos, aunque me hacía muecas desde el otro lado del banco de la familia cuando el sermón se alargaba mucho, y se esforzaba por inculcarme la pasión que sentía por plantar arbustos raros.

—Es una forma de creación —me decía— como otra cualquiera. A unos les gusta criar animales, pero yo prefiero criar cosas que nacen de la tierra. No es tan sacrificado y los resultados son mucho más gratificantes.

Esto tenía alborotados a mi padrino, Nick Kendall, a Hubert Pascoe, el vicario, y otros muchos amigos suyos que lo instaban a aposentarse de una vez y formar una familia, en vez de dedicarse a los rododendros.

—He criado a un cachorro —replicaba él, tirándome de las orejas—, cosa que me ha quitado veinte años de vida, o me los ha echado encima, según como se mire. Y lo que es más, Philip es un heredero prefabricado, así que no se puede decir que no haya cumplido con mi deber. Lo hará él en mi lugar, cuando le llegue el momento. Y ahora, caballeros, siéntense y disfruten. Como no hay mujeres en la casa, pueden poner los pies encima de la mesa y escupir en la alfombra.

Naturalmente, nadie hacía semejantes cosas. Ambrose no era nada quisquilloso, pero disfrutaba diciendo estas cosas delante del nuevo vicario, un calzonazos, pobre hombre, con una numerosa tribu de hijas; el oportuno seguía circulando por el comedor después del convite dominical y Ambrose me guiñaba un ojo desde la otra punta de la mesa.

Todavía lo veo encogido y despatarrado en la silla —me contagié esa costumbre —, conteniendo la risa como podía cuando el vicario elevaba su protesta tímida e inútil; pero enseguida, temiendo haberlo herido en sus sentimientos, cambiaba el tono de la conversación intuitivamente, iniciaba temas en los que el vicario se defendía mejor y se tomaba las mayores molestias para procurar que el pobre hombre se encontrara a gusto. Aprendí a apreciar más cualidades suyas cuando iba a Harrow. Las vacaciones pasaban en un suspiro al comparar sus modales y su compañía con los de los mocosos que eran mis compañeros de estudios y con los de los profesores, rígidos y sobrios, desprovistos de humanidad, en mi opinión.

—No te preocupes —me decía, dándome golpecitos en el hombro, antes de irme, pálido y un poco lloroso, a coger el coche de Londres—. Es solo un proceso de aprendizaje, como domar a un caballo; tenemos que afrontarlo. En cuanto termines los estudios, y cuando te quieras dar cuenta ya los habrás terminado, te traeré a casa para siempre y te prepararé yo.

—¿Prepararme, para qué? —le pregunté.

—Eres mi heredero, ¿no? Eso es una profesión en toda regla.

Wellington, el cochero, me llevaba a Bodmin a coger el coche de Londres y yo me volvía para mirar por última vez a Ambrose, que se quedaba apoyado en su bastón con los perros al lado, los ojos arrugados en un gesto de comprensión y

seguridad y sus abundantes rizos que empezaban a blanquear; y, cuando silbaba a los perros y volvía a la casa, yo me tragaba el nudo que tenía en la garganta y notaba las ruedas del coche que me llevaban lejos de allí inevitable, fatalmente, aplastando la gravilla al cruzar el parque hasta la verja blanca, después de la casa del guarda, en dirección a la escuela y la separación.

Sin embargo, no contó con su salud y, cuando terminé los estudios en la escuela y en la universidad, fue él quien tuvo que marcharse.

—Me han dicho que si paso otro invierno soportando lluvia a diario terminaré paralizado en una silla de ruedas —me dijo—. Tengo que irme a buscar el sol. A las playas españolas o egipcias o a cualquier sitio del Mediterráneo que sea seco y cálido. No es que quiera ir, pero, por otra parte, que me parta un rayo si quiero terminar la vida paralizado. El plan tiene una ventaja: volveré con plantas que solo yo tendré. Ya veremos cómo medran los diablillos en suelo cornuallés.

El primer invierno vino y se fue, como el segundo. Se divirtió bastante y no creo que le pesara la soledad. Volvía con Dios sabe cuántos árboles, arbustos, flores y plantas de todas las formas y colores. Las camelias lo apasionaban. Empezamos a plantarlas en una parcela para ellas solas y no sé si es que tenía mucha mano para las plantas o si hacía magia, pero el caso es que prosperaron desde el principio y no perdimos ninguna.

Y pasaron los meses hasta el tercer invierno. Ese año decidió ir a Italia. Quería ver algunos jardines de Florencia y Roma. Ninguna de esas dos ciudades era cálida en invierno, pero le dio igual. Alguien le había dicho que el aire era seco, aunque frío, y que no tenía que temer la lluvia. Aquella noche nos quedamos hablando hasta tarde. Era bastante trasnochador y a menudo nos quedábamos en la biblioteca hasta la una o las dos de la madrugada, a veces en silencio, otras hablando, los dos con las largas piernas estiradas hacia el fuego y con los perros tumbados a nuestros pies. He dicho antes que no tuve ninguna corazonada, pero ahora, pensándolo otra vez, puede que él sí. No dejaba de mirarme pensativamente, como si algo lo confundiera, y de mirarme a mí pasaba a mirar los paneles de las paredes de la habitación y los cuadros, y después el fuego y a continuación a los perros adormilados.

—Me gustaría que vinieras conmigo —dijo de repente.

—No tardaría nada en hacer el equipaje —contesté.

Sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No —dijo—, lo he dicho en broma. No podemos ausentarnos los dos a la vez tantos meses. Ser terrateniente conlleva unas responsabilidades, ya sabes, aunque no todo el mundo opina que yo las cumpla.

—Podría acompañarte hasta Roma —dije, entusiasmado con la idea— y, si el tiempo no lo impide, en Navidad estaría otra vez de vuelta.

—No —dijo, hablando despacio—, no, no; era solo un capricho. Olvídalo.

—Te encuentras bien, ¿verdad? —dije—. No te duele nada, ¿no?

—¡No, no, por Dios! —se rio—. ¿Por quién me tomas? ¡Que no estoy inválido!

Hace meses que el reuma no me molesta nada. Lo que pasa, querido Philip, es que me pongo muy tonto con mi casa. Cuando tengas mi edad, a lo mejor te pasa lo mismo que a mí.

Se levantó y se acercó a la ventana. Descorrió las gruesas cortinas y se puso a mirar el césped. Hacía una noche silenciosa y serena. Las grajillas se habían ido a dormir y los búhos guardaban silencio por una vez.

—Me alegro de haber terminado los caminos y de haber acercado el césped a la casa —dijo—. Y sería más bonito todavía si la hierba bajara suavemente hasta ahí, a la altura del prado del *pony*. Un día tienes que cortar toda la maleza para que se vea el mar.

—¿Cómo dices? —pregunté—. ¿Tengo que hacerlo yo? ¿Por qué no tú?

No respondió enseguida.

—Es lo mismo —dijo al fin—, es lo mismo. Da igual. Pero acuérdate.

Don, mi viejo retriever, levantó la cabeza y lo miró. Había visto las cajas atadas con cuerdas en el vestíbulo y sabía que se iba a ir. Se levantó con esfuerzo y se acercó a Ambrose con el rabo entre las patas. Lo llamé en voz baja, pero no me hizo caso. Vacíe la pipa en la chimenea. El reloj del campanario dio la hora. Oí a Seecombe en las dependencias de los criados, estaba regañando al chico de la despensa.

—Ambrose —dije—, Ambrose, déjame ir contigo.

—No seas idiota, Philip, vete a la cama —me contestó.

Y nada más. El asunto quedó zanjado. Al día siguiente, mientras desayunábamos, me dio las últimas instrucciones sobre lo que había que plantar en primavera y algunas cosas más, que quería que hiciera antes de su regreso. De pronto le dio el capricho de hacer un pequeño estanque en un terreno pantanoso del parque, junto a la entrada del sendero del este, que se tendría que cavar y proteger con un terraplén durante el invierno, si el tiempo lo permitía. Enseguida llegó la hora de partir. A las siete habíamos terminado de desayunar, porque tenía que salir de casa temprano. Haría noche en Plymouth y zarparía con la marea de la mañana. El barco, un mercante, lo llevaría a Marsella y desde allí iría a Italia como quisiera; le apetecía un viaje largo en barco. Hacía una mañana húmeda y desapacible. Wellington trajo el carruaje hasta la puerta y no tardó nada en cargar todos los bultos. Los caballos estaban inquietos, con ganas de arrancar. Ambrose se volvió hacia mí, me puso la mano en el hombro y me dijo:

—Cuida de todo, no me falles.

—Eso es un golpe bajo —le respondí—. No te he fallado nunca, hasta ahora.

—Eres muy joven —dijo—. Te he cargado con una gran responsabilidad. En fin, ya sabes que todo lo que tengo es tuyo.

Creo que si en ese instante hubiera insistido me habría dejado ir con él. Pero no dije nada. Seecombe y yo lo acompañamos al carruaje con sus mantas de viaje y sus bastones; abrió la ventanilla y nos sonrió.

—Wellington —dijo—, vámonos.

Y se fueron por el camino; en ese momento empezó a llover.

Las semanas pasaban igual que los dos inviernos anteriores. Lo echaba de menos, como siempre, pero tenía muchas cosas que atender. Cuando quería estar con alguien me iba a ver a mi padrino, Nick Kendall, cuya única hija, Louise, era solo unos años menor que yo y amiga mía desde la infancia. Era una chica leal, nada caprichosa y bastante guapa. A veces Ambrose nos tomaba el pelo diciendo que un día nos casaríamos, pero confieso que jamás pensé en ella de esa forma.

Su primera carta llegó a mediados de noviembre, en el mismo barco que lo había llevado a Marsella. El viaje había transcurrido sin incidentes, con buen tiempo, menos en el golfo de Vizcaya, donde había un poco de marejada. Se encontraba bien, bastante animado y con ganas de emprender el viaje a Italia. No quería hacerlo en diligencias, porque se desviaban hasta Lyon, así que alquilaría caballos y un vehículo con la intención de viajar por la costa hasta Italia, y después dirigirse a Florencia. A Wellington no le gustaron mucho las noticias y predijo un accidente. Estaba firmemente convencido de que ningún francés sabía conducir y de que todos los italianos eran ladrones. Sin embargo, Ambrose sobrevivió y la siguiente carta llegó de Florencia. Yo las guardaba todas, las tengo ahora mismo delante de mí. ¡Cuánto las releí en los siguientes meses! Las manoseaba, les daba la vuelta, las leía una y otra vez, como si tocándolas pudiera extraerles más información que la que me daba lo escrito.

Fue al final de esta primera carta de Florencia, donde al parecer había pasado la Navidad, cuando habló por primera vez de la prima Rachel.

*He conocido a una familiar nuestra —decía—. Te he hablado alguna vez de los Coryn, que vivían en una casa a orillas del Tamar que tuvieron que vender y ya no es de la familia. Un Coryn se casó con una Ashley hace dos generaciones, como puedes comprobar en el árbol genealógico. Una descendiente de esa rama nació y vivió en Italia a cargo de un padre falto de dinero y de una madre italiana; se casó joven con un noble italiano llamado Sangallesi, que, al parecer, perdió la vida en un duelo estando borracho y dejó a su mujer cargada de deudas en una villa vacía. No tuvieron hijos. La condesa Sangallesi o, como prefiere ella referirse a sí misma, mi prima Rachel, es una mujer sensata y agradable y se ha tomado la molestia de enseñarme los jardines de Florencia, y me enseñará también los de Roma, porque coincidiremos allí.*

Me alegré de que Ambrose hubiera encontrado una amiga que además era tan aficionada a los jardines como él. No conocía a nadie en Florencia ni en Roma, por eso yo temía que le costara encontrar amistades inglesas, pero al menos se trataba de una persona cuya familia procedía de Cornualles, por lo que ya tenían dos cosas en común.

La siguiente carta consistía prácticamente en una lista de jardines que, aunque no estaban en su mejor momento en esa época del año, debieron de causarle una gran impresión. Y también nuestra pariente.

*Empiezo a tener verdadera consideración por nuestra prima Rachel —me contó a principios de primavera— y me aflige bastante pensar en lo que ha tenido que sufrir por causa de ese tal Sangallesi. Estos italianos son unos canallas y unos traidores, no se puede negar. Sus modales y su físico son tan*

*ingleses como los tuyos y los míos, como si hubiera vivido a orillas del Tamar hasta ayer mismo. No se cansa de oírme hablar de casa ni de todo lo que tengo que contarle. Es muy inteligente, pero gracias a Dios sabe cuándo callar. No es de las que hablan sin parar, como tantas otras. Me ha encontrado un alojamiento excelente en Fiesole, cerca de su villa y, cuando empiece el buen tiempo pasaré muchos ratos en su casa, sentado en la terraza o entreteniéndome en los jardines que, al parecer, son famosos por su trazado y por las estatuas, aunque de eso no entiendo mucho. No sé cómo sobrevive, pero deduzco que ha tenido que vender muchos objetos valiosos de la villa para pagar las deudas de su marido.*

Pregunté a mi padrino, Nick Kendall, si se acordaba de los Coryn. Se acordaba, sí, y no tenía muy buena opinión de ellos.

—Eran unos irresponsables, cuando yo era pequeño —me dijo—. Dilapidaron su fortuna y sus propiedades en el juego y ahora la casa, que está a la orilla del Tamar, no es más que una granja derruida. Empezó a desmoronarse hace cuarenta años. El padre de esa mujer tiene que ser Alexander Coryn: si no me engaño, desapareció en el continente. Era el segundo hijo de un hijo segundo. Pero no sé qué fue de él. ¿Ambrose te ha dicho la edad que tiene esa condesa?

—No —dije—, solo me ha contado que se casó muy joven, pero no me ha dicho cuánto hace de eso. Supongo que será una mujer madura.

—Seguro que es encantadora, para que el señor Ashley se haya fijado en ella —comentó Louise—. Nunca ha admirado a una mujer, que yo sepa.

—Ese será el secreto —dije—, que será feúcha y sencilla, y por eso no se cree en la obligación de halagarla. Cuánto me alegro.

Recibimos un par de cartas más, deshilvanadas, con pocas novedades. Acababa de llegar de cenar con nuestra prima Rachel o iba a salir a cenar con ella. Decía que tenía muy pocos amigos capaces de aconsejarla desinteresadamente en sus asuntos y presumía de poder hacerlo él. Por eso le estaba muy agradecida. Aunque se interesaba por muchas cosas, curiosamente parecía una mujer solitaria. No podía haber tenido nada en común con Sangalletti y le había confesado que toda la vida había deseado tener amigos ingleses. «Tengo la sensación de haber hecho algo bueno —decía—, aparte de reunir centenares de plantas nuevas para llevármelas a casa cuando vuelva».

Después pasó un tiempo. No decía nada de cuándo volvería, pero solía regresar hacia finales de abril. El invierno había sido largo y severo, con grandes e inesperadas heladas, tan poco habituales en el país del oeste. Se habían estropeado algunas camelias jóvenes y yo deseaba que tardara un poco en volver, para que no se encontrara con los vientos crudos y las fuertes lluvias que todavía no se habían ido.

Poco después de Pascua recibimos otra carta.

*Querido muchacho, estarás intrigado por mi largo silencio. La verdad es que nunca me imaginé que tuviera que escribirte una carta como la presente. Los caminos de la Providencia son inescrutables. Me conoces tan bien que tal vez hayas sospechado algo de la agitación en la que vivo desde hace unas semanas. «Agitación» no es la palabra exacta. Creo que tendría que decir perplejidad dichosa, que se está convirtiendo en certidumbre. No he tomado ninguna decisión precipitada. Como muy bien sabes, soy un hombre muy metódico que no cambiaría su forma de vida por un capricho. Pero, desde hace unas semanas, sé que no podía hacer otra cosa. Encontré lo que nunca había encontrado y no creía que existiera. Todavía no doy crédito a lo que ha ocurrido. He pensado a menudo en ti, pero me faltaban la tranquilidad y la serenidad necesarias para escribirte, hasta hoy. Tienes que saber que tu prima Rachel y*



*yo nos casamos hace quince días. Ahora estamos juntos en Nápoles, de luna de miel, y tenemos intención de volver pronto a Florencia. Y después, no sé decirte. No hemos hecho ningún plan y, de momento, ni ella ni yo deseamos vivir más allá del presente.*

*Espero que un día no muy lejano la conozcas, Philip. Podría decirte tantas cosas de su aspecto personal que te aburriría, y de su bondad y su auténtica ternura y su cariño. Ya lo verás todo con tus propios ojos. No sabría decir por qué, de entre todos los hombres, me ha elegido a mí, que soy el mayor cínico y el más gruñón de los que odian a las mujeres. Me toma el pelo a costa de eso y yo reconozco la derrota. Que me haya derrotado una persona como ella es, en cierto modo, una victoria. Diría que soy el vencedor, no el vencido, si no fuera una idea tan condenadamente vanidosa.*

*Da la noticia a todo el mundo, junto con mis bendiciones y las de Rachel, y no olvides, queridísimo niño y cachorrito, que este matrimonio, a mi edad, no resta ni una pizca de intensidad al profundo afecto que te profeso; al contrario, lo incrementa, y ahora que me considero el hombre más feliz, me propongo hacer mucho más por ti, y además cuento con su ayuda. No tardes en escribirme y, si te ves capaz, añade unas palabras de bienvenida para tu prima Rachel.*

*Con todo mi cariño,*

Ambrose

La carta llegó sobre las cinco y media, cuando acababa de comer. Afortunadamente estaba solo. Seecombe había traído la cartera del correo y me la había dejado. Guardé la carta en el bolsillo, salí al campo y fui hasta el mar. El sobrino de Seecombe, que llevaba el molino de la playa, me saludó. Había tendido la red a secar en el muro de piedra. Ni le contesté; debió de pensar que estaba de mal humor. Subí por las rocas hasta una repisa estrecha que se asomaba a la bahía en la que me bañaba en verano. Ambrose fondeaba a unos cincuenta metros de la costa y yo iba nadando hasta la barca. Me senté, saqué la carta del bolsillo y volví a leerla. Si hubiera podido sentir una chispa de comprensión, de alegría, un solo rayo de simpatía por esos dos que ahora compartían felicidad en Nápoles, me habría aliviado la conciencia. Avergonzado por mi reacción y muy enfadado por mi egoísmo, no supe encontrar buenos sentimientos en mi corazón. Allí me quedé, paralizado de tristeza, mirando el mar liso, en calma. Acababa de cumplir veintitrés años y todavía me encontraba tan solo y perdido como hacía mucho tiempo, en un banco de cuarto curso, en Harrow, sin amigos ni nada a lo que agarrarme, ante un mundo nuevo de experiencias desconocidas que no deseaba.

## Capítulo III



Lo que más me avergonzaba, creo, era lo mucho que se alegraban sus amigos, el placer sincero y genuino que sentían por su bienestar. Me llovían las enhorabuenas como mensajero de Ambrose y, a pesar de todo, tenía que sonreír, darles la razón y decirles que siempre había sabido que tenía que ocurrir. ¡Qué hipócrita, qué traidor! Ambrose me había inculcado tanto el desprecio por las personas falsas y por la hipocresía que verme de pronto fingiendo se me hacía insoportable.

«Es lo mejor que le podía pasar». ¡Cuántas veces tuve que oírlo y repetirlo! Empecé a evitar a los vecinos y a esconderme en casa, en los bosques de los alrededores, para no encontrarme con caras de alegría y bocas que babeaban de felicidad. Si iba a las granjas o a la ciudad no tenía escapatoria. En cuanto los arrendatarios o los conocidos de aquí o de allá me echaban la vista encima, ya estaba condenado a charlar con ellos. Como actor regularcillo, me obligaba a sonreír con la sensación de que la piel se resistía a hacerlo; pero tenía que responder a las preguntas con un entusiasmo que me ponía malo, el entusiasmo que se espera cuando se habla de una boda.

—¿Volverán pronto a casa?

Para esto solo había una respuesta:

—No sé. Ambrose no me lo ha dicho.

Se especulaba mucho sobre el aspecto, la edad y la apariencia general de la novia, y yo respondía: «Es viuda y tiene tanta afición a los jardines como él».

Todos asentían como está mandado, no podía pedirse nada mejor, lo ideal para Ambrose. Y a continuación, risas, bromas y mucha juerga a costa de la rendición al matrimonio de un soltero empedernido. Y la bruja de la señora Pascoe, la mujer del vicario, no paraba de hurgar en ese detalle como si se vengara por todos los insultos que Ambrose había dedicado a la sagrada institución.

—Ya verá cuántos cambios habrá ahora, señor Ashley —repetía cada vez que se le presentaba la oportunidad—. Se acabó lo de hacer siempre lo que les venga en gana. Y eso está muy bien. Por fin habrá alguien que ponga orden entre los criados; ya me imagino la cara que pondrá Seecombe. Lleva mucho tiempo haciendo su santa voluntad.

En eso tenía toda la razón. Creo que Seecombe era el único aliado con el que podía contar, pero procuraba no alinearme con él y no le permitía los intentos de sincerarse conmigo.

—No sé qué decir, señorito Philip —murmuraba, tristón y resignado—. Una señora en la casa lo pondrá todo patas arriba y ya no sabremos ni dónde estamos. Primero será una cosa, después otra y probablemente la señora nunca estará satisfecha, por mucho que nos esforcemos en complacerla. Creo que ha llegado el momento de retirarme y dar paso a un hombre más joven. Tal vez pueda decírselo usted al señor Ambrose, cuando le escriba.

Le contesté que no dijera tonterías, que Ambrose y yo estaríamos perdidos sin él, pero hizo un gesto negativo con la cabeza y siguió moviéndose por la casa con la cara larga, sin desaprovechar ninguna oportunidad de aludir al triste futuro que nos esperaba: que las horas de comer no serían las mismas, sin duda; que habría cambios en el mobiliario; que recibirían órdenes de limpiar sin tregua, de la mañana a la noche, sin descanso para nadie y, como broche final, hasta los pobres perros tendrían que desaparecer. Esta profecía, pronunciada con voz sepulcral, me devolvió un poco del sentido del humor que había perdido y me eché a reír por primera vez desde que leí la carta.

¡Qué estampa había pintado Seecombe! Me imaginé un regimiento de criadas con escobas y plumeros quitando las telarañas de toda la casa, mientras el viejo mayordomo, con su típico puchero en el labio inferior, las miraba sin pestañear críticamente. Su pesimismo me hacía gracia, pero me irritaba mucho que otras personas abundaran en esa clase de comentarios... incluso Louise Kendall, que, conociéndome como me conocía, podía haber tenido la delicadeza de callarse.

—Menos mal que por fin veremos paños nuevos en la biblioteca —dijo con alegría—. Los de ahora se han puesto grises, de lo viejos y gastados que están, aunque seguro que ni te habías fijado. Y habrá flores en la casa, ¡eso sí que será una mejora! ¡La sala de estar será por fin lo que tiene que ser! Siempre me pareció una pena que no se usara. La señora Ashley la amueblará, sin duda, y la llenará de libros y cuadros de su villa italiana.

Y siguió hablando sin tregua, enumerando mentalmente una lista completa de innovaciones, hasta que se me agotó la paciencia y le dije, cortante:

—¡Louise, por el amor de Dios, deja el tema de una vez! Me pone malo y estoy harto de oírlo.

Se calló al instante y me miró con sagacidad.

—No estarás celoso por casualidad, ¿verdad? —me dijo.

—¡No seas necia! —le contesté.

Fue muy feo llamarla necia, pero nos conocíamos tanto que la consideraba una hermana menor y le tenía poco respeto.

Después se quedó callada y, cuando volvió a salir el manido tema en la conversación, vi que me miraba y que procuraba cambiarlo. Se lo agradecí mucho.

El que me remató fue mi padrino, su padre, Nick Kendall, sin darse cuenta de lo que hacía naturalmente, y habló con franqueza, en su estilo llano y directo.

—¿Has hecho algún plan para el futuro, Philip? —me preguntó una noche que fui

a cenar con ellos.

—¿Planes, señor? No —respondí, sin saber muy bien a qué se refería.

—Es pronto todavía, claro —contestó—, y supongo que no podrás hacerlos hasta que Ambrose y su mujer vuelvan a casa. Me preguntaba si habrías pensado en buscar una casita para ti en los alrededores.

Tardé en comprender.

—¿Qué necesidad tengo? —le pregunté.

—Bueno, las cosas han cambiado un poco, ¿no? —dijo con toda naturalidad—. Lo normal es que Ambrose y su mujer quieran estar juntos. Y si tienen familia, un hijo, las cosas no serán lo mismo para ti, ¿verdad? Estoy seguro de que Ambrose no permitirá que pierdas nada con el cambio y te comprará una casa a tu gusto. Como es lógico, es posible que no tengan hijos, pero, por otra parte, no hay motivo para suponer que no los vayan a tener. Tal vez prefieras construir. A veces da mejor resultado construir tu propia casa que comprar una que esté en venta.

Siguió hablando de varios sitios que podían interesarme en treinta kilómetros a la redonda y agradecí que no esperara ninguna respuesta por mi parte. Lo cierto es que me pesaba tanto el corazón que no podía responder. Lo que insinuaba era tan nuevo e inesperado que me impedía pensar y no tardé en inventarme una excusa para irme. Celoso, sí, supuse que Louise tenía razón. Los celos de un niño que de pronto tiene que compartir con una desconocida a la única persona de su vida.

Igual que Seecombe, me había imaginado haciendo todo lo posible por aceptar costumbres nuevas e incómodas: apagar la pipa, ponerme de pie, esforzarme por conversar, ejercitarme en el tedio riguroso de la compañía femenina... Y ver a Ambrose —¡ay, Dios!— convertido en un tontorrón hasta el punto de tener que salir de la sala de estar por pura vergüenza ajena. No se me había ocurrido pensar que podrían marginarme, que dejara de quererme, que me echaran de mi casa con una pensión, como un criado. Llegaría un niño que llamaría padre a Ambrose y a mí ya no me necesitaría para nada.

Si esa posibilidad me la hubiera insinuado la señora Pascoe, la habría desechado por maliciosa y la habría olvidado. Pero que mi propio padrino me lo pusiera tan claro con esa calma era otra cosa muy distinta. Volví a casa mareado de incertidumbre y de tristeza. No sabía qué hacer ni cómo comportarme. ¿Tendría que pensar en algún plan, como decía mi padrino? ¿Buscarme una casa? ¿Prepararme para ir a otra parte? No quería vivir en ningún otro sitio ni tener otra finca. Ambrose me había criado y educado solo para esta. Era mía. Era suya. Era de los dos. Pero ya no, todo había cambiado. Recuerdo que, después de la visita a los Kendall, anduve vagando por la casa; la veía con ojos nuevos, y los perros, al notar mi desasosiego, me seguían, tan desconcertados como yo. Mi antigua habitación infantil, deshabitada desde hacía mucho tiempo, donde se instalaba la sobrina de Seecombe una vez a la semana, cuando venía a ocuparse de la ropa blanca, adquirió una nueva dimensión. La vi recién pintada, y mi pequeño bate de críquet, que todavía estaba en una

estantería cubierto de telarañas, entre libros polvorientos, en la basura. Nunca había pensado en los recuerdos que encerraba esa habitación, cada vez que entraba o salía de ella una vez cada dos meses, tal vez, con una camisa para remendar o unos calcetines para zurcir. Ahora la quería para mí otra vez, sería mi refugio del mundo exterior. Sin embargo, se iba a convertir en un lugar ajeno y sofocante que olería a leche hervida y a mantas puestas a secar, como las salas de estar de las casas en las que había niños pequeños, a las que iba de visita tan a menudo. Me imaginaba críos gateando por el suelo, chillando y moviéndose todo el tiempo, haciéndose chichones en la cabeza y raspándose los codos; o peor, subiéndose a mi regazo y haciendo pucheros si les negaba ese capricho. ¡Ay, Dios! ¿Esto era lo que le esperaba a Ambrose?

Hasta ese momento, cuando pensaba en mi prima Rachel —cosa que hacía pocas veces, porque enseguida me quitaba el nombre de la cabeza como se suele hacer con las cosas desagradables— me la imaginaba parecida a la señora Pascoe, pero peor. De facciones grandes y huesudas, con una vista de lince para detectar el polvo, tal como profetizaba Seecombe, y con una risa tan excesivamente fuerte en presencia de invitados que me estremecía por Ambrose. A partir de ese día mi prima adquirió otras proporciones. Tan pronto era monstruosa, igual que la pobre Molly Bate de West Lodge, a la que uno procuraba no mirar por pura delicadeza, como pálida y consumida en una silla, tapada con una toquilla y con aires de inválida irritable, mientras una enfermera se afanaba en el fondo de la habitación preparando medicinas con una cuchara. Tan pronto era una mujer madura y enérgica como melindrosa y más joven que Louise: mi prima Rachel tenía doce personalidades o más, a cual más aborrecible. La veía obligando a Ambrose a ponerse de rodillas para jugar a los ositos, con los niños a caballo, y él prestándose al juego con humildad, sin ninguna dignidad. O envuelta en muselina, con una cinta en el pelo, haciendo pucheros y moviendo los rizos con mucho donaire y afectación, mientras Ambrose la miraba desde su silla sonriendo como un idiota.

A mediados de mayo, cuando llegó otra carta diciendo que finalmente habían decidido quedarse en el extranjero todo el verano, sentí un alivio tan grande que me habría puesto a gritar. Me parecía que era el mayor traidor del mundo, pero no podía evitarlo.

*Tu prima Rachel está todavía tan preocupada por la cantidad de asuntos que tienen que quedar resueltos antes de ir a Inglaterra —decía la carta—, que, a pesar de la amarga decepción, como puedes imaginarte, hemos decidido retrasar la vuelta a casa de momento. Hago todo lo que puedo, pero una cosa es la ley italiana y otra la nuestra, y conciliar las dos requiere un esfuerzo ímprobo. Creo que estoy gastando un dineral, pero es por una buena causa y no me quejo. Hablamos de ti a menudo, mi querido niño, y me gustaría que estuvieras con nosotros,*

y después preguntaba por el trabajo en casa y el estado de los jardines con el fervor y el interés de costumbre: a mí me parecía que debía de estar loco por haber creído ni por un momento que Ambrose podía cambiar.

Lógicamente, a todos nuestros vecinos les decepcionó mucho que no vinieran a casa aquel verano.

—Tal vez —dijo la señora Pascoe, con una sonrisa significativa— el estado de salud de la señora Ashley le impida viajar.

—Eso no lo sé —le contesté—. Ambrose decía en la carta que habían pasado una semana en Venecia y que habían vuelto los dos con reumatismo.

Se quedó con cara de tonta.

—¿Reumatismo? ¿Su mujer también? —dijo—. ¡Qué mala suerte! —Y añadió pensativamente—: Debe de ser mayor de lo que creía.

¡Qué mujer tan necia, que solo sabía pensar en una cosa! Yo tenía reuma en las rodillas a los dos años. «Crecer duele», me decían mis mayores. A veces todavía me duelen después de un chaparrón. A pesar de todo, había algunas semejanzas entre los pensamientos de la señora Pascoe y los míos. Mi prima Rachel era una jovencita de unos veinte años. De pronto tenía el pelo blanco otra vez e incluso necesitaba un bastón y, cuando no plantaba rosas en el jardín italiano que no alcanzaba a imaginarme, la veía sentada a una mesa dando golpes con el bastón en el suelo, con media docena de abogados alrededor que hablaban en italiano todos a la vez, y mi pobre Ambrose, sentado a su lado pacientemente.

¿Por qué no volvía él a casa y que se las arreglara ella sola con sus asuntos?

De todos modos, me animé cuando la novia melindrosa se convirtió en una matrona mayor atormentada por el lumbago donde más duele. La habitación infantil desapareció y vi la sala de estar transformada en un tocador de señora, con biombos por todas partes, fuegos inmensos en la chimenea, incluso en pleno verano, y una voz irritante llamando a Seecombe, pidiéndole más carbón, que la corriente la estaba matando. Volví a canturrear cuando iba a caballo, a azucar a los perros para que persiguieran gazapos, a bañarme en el mar antes de desayunar, a dar una vuelta por la ría en la barquita de Ambrose cuando hacía buen viento y a tomar el pelo a Louise con las modas de Londres cuando se iba a pasar allí la temporada de verano. A los veintitrés años, uno se anima fácilmente por nada. Mi casa seguía siendo mi casa. Nadie me la había quitado.

Después, en invierno, el tono de las cartas cambió. Al principio imperceptiblemente, casi no me daba cuenta, pero al releerlas percibí una sensación tensa en todo lo que decía, como un matiz de ansiedad oculto que iba apoderándose de mi primo. Nostalgia de su casa, en parte, eso estaba claro. El deseo de volver a su país, a sus tierras, pero sobre todo me llamó la atención algo semejante a la soledad, por tratarse de un hombre que hacía solo diez meses que se había casado. Decía que el largo verano y el otoño habían sido agotadores y que el invierno se acercaba antes de lo acostumbrado. Aunque la villa estaba en un alto, le faltaba aire; decía que iba de una habitación a otra como un perro antes de una tormenta, pero la tormenta no llegaba. No había forma de que el aire se limpiara y habría dado el alma por empaparse de lluvia, aunque lo dejara inválido.

*Nunca he sufrido dolores de cabeza —decía—, pero ahora los tengo a menudo. A veces me dejan ciego. Estoy harto de ver el sol. Te echo de menos más de lo que puedo decir. Tengo tantas cosas que contarte, y es tan difícil por carta... Hoy mi mujer ha ido a la ciudad, por eso he aprovechado la oportunidad para escribirte.*

Era la primera vez que la llamaba «mi mujer». Hasta entonces siempre había dicho Rachel o «tu prima Rachel», y las palabras «mi mujer» me sonaron formales y frías.

Durante el invierno, en las cartas no hablaba de volver a casa, pero siempre expresaba un intenso deseo de saber las novedades y comentaba cualquier detalle trivial que le hubiera contado yo, como si no le interesara ninguna otra cosa.

En Pascua no hubo noticias, tampoco en Pentecostés, y empecé a preocuparme. Se lo conté a mi padrino y me dijo que seguramente no llegaba el correo por culpa del mal tiempo. Se sabía que en Europa habían caído nevadas tardías y seguramente no tendríamos noticias de Florencia hasta finales de mayo. Hacía ya más de un año que Ambrose se había casado, y dieciocho meses desde que se fue de casa. El alivio que sentí por su ausencia después de que se casara se tornó preocupación por si no volvía nunca. Era evidente que un verano le había afectado la salud. ¿Qué consecuencias tendría el segundo? Por fin, en julio llegó una carta breve e incoherente, como si no la hubiera escrito él. Incluso la letra, generalmente muy clara, se desparramaba por el papel como si le costara trabajo sujetar la pluma.

*Algo me pasa, te habrás dado cuenta por la última carta. Pero prefiero que no se lo digas a nadie. Ella me vigila todo el tiempo. Te he escrito varias veces, pero no puedo confiar en nadie y, si no puedo llevar yo mismo las cartas al correo, es posible que no te lleguen. Desde que me he puesto enfermo no puedo andar mucho. En cuanto a los médicos, no me fío de ninguno. Son mentirosos, todos ellos. El nuevo, recomendado por Rainaldi, es un asesino, pero es que no podía ser otra cosa, viniendo de donde viene. De todos modos, conmigo lo van a pasar muy mal porque voy a ganarles la partida.*

Después había un espacio en blanco y algo garabateado que no pude descifrar, y, al final, la firma.

Pedí al mozo que me ensillara el caballo y me fui a casa de mi padrino a enseñarle la carta. Lo afectó tanto como a mí.

—Parece una crisis nerviosa —dijo inmediatamente—. No me gusta nada. Esta carta no la puede haber escrito en su sano juicio. Espero que... —se calló y frunció los labios.

—¿Qué espera? —le pregunté.

—Tu tío Philip, el padre de Ambrose, murió de un tumor en el cerebro. Lo sabías, ¿verdad? —dijo escuetamente.

No me lo habían contado nunca y así se lo dije.

—Antes de que nacieras, claro está —dijo—. Nunca se habló mucho del asunto en la familia. No sé si estas cosas son hereditarias o no, y los médicos tampoco lo saben. La ciencia médica no ha avanzado tanto. —Leyó la carta otra vez con las gafas puestas—. Naturalmente, existe otra posibilidad y, aunque es muy improbable, yo la preferiría.

—¿De qué se trata?

—Podría ser que Ambrose la escribiera borracho.

Si no hubiera sido mi padrino y no hubiera tenido más de sesenta años, le habría partido la cara por insinuarlo siquiera.

—Jamás en mi vida lo he visto borracho —le dije.

—Ni yo —contestó secamente—. Solo pretendo elegir entre dos males. Creo que debes hacerte a la idea de viajar a Italia.

—Eso —repliqué— ya lo había decidido antes de venir a verle.

Y volví a casa sin la menor idea de cómo emprender el viaje.

De Plymouth no zarpaba ningún barco que pudiera servirme. Tuve que ir a Londres y desde allí a Dover, coger un paquebote hasta Boulogne y cruzar Francia hasta Italia en diligencia. Si no sufría ningún retraso, tardaría unas tres semanas en llegar a Florencia. Hablaba muy poco francés y nada de italiano, pero me daba igual, siempre y cuando pudiera llegar a Ambrose. Me despedí brevemente de Seecombe y los demás criados y les dije que solo quería hacer una visita rápida a su señor, pero no les conté nada de su estado de salud, y así partí hacia Londres una bonita mañana de julio, con la perspectiva de un viaje de tres semanas en países desconocidos.

Cuando el carruaje llegó al camino de Bodmin vi al mozo que cabalgaba hacia nosotros con la cartera del correo. Pedí a Wellington que se detuviera y el mozo me pasó la cartera. Había una posibilidad entre un millar de que encontrara otra carta de Ambrose, pero resultó que sí. Me quedé con el sobre y mandé al mozo a casa. Mientras Wellington fustigaba a los caballos, saqué la hoja de papel y la acerqué a la ventanilla para verla mejor.

La letra era horrible, casi ilegible.

*Por el amor de Dios ven enseguida. Por fin ha podido conmigo, Rachel, mi tormento. Si te retrasas, tal vez sea tarde.*

Ambrose

Y nada más. Ni fecha en el papel ni señas en el sobre, que estaba lacrado con su sello.

Me quedé con la carta en la mano sabiendo que no había poder terrenal ni divino que pudiera llevarme a su lado antes de mediados de agosto.



## Capítulo IV



Cuando llegamos a Florencia y nos dejaron a todos los pasajeros en una hospedería a orillas del Arno, tenía la sensación de que el viaje había durado una vida entera. Era el 15 de agosto. No hay viajero que, al poner el pie en el continente europeo por primera vez, se quedara menos impresionado que yo. Las carreteras que recorrimos, las montañas, los valles, las ciudades francesas o italianas en las que nos parábamos a pasar la noche me parecían todas iguales. Todo estaba sucio y piojoso y el ruido me ensordecía. Estaba acostumbrado al silencio de una casa casi vacía —porque los criados dormían en otra parte, en sus dependencias, debajo de la torre del reloj— en la que no se oía un ruido por la noche, solamente el viento en los árboles y el restallar de la lluvia cuando soplaba del suroeste, y el barullo incesante y el ajeteo de las ciudades desconocidas me atontaba.

Dormí, sí, quién no se duerme a las doce de la noche, después de muchas horas de camino, pero los ruidos extraños se colaban en mis sueños; portazos, voces chillonas, pasos al pie de la ventana, ruedas de carros en el empedrado de la calle, y siempre, cada cuarto de hora, las campanadas de una iglesia. Tal vez si hubiera ido al extranjero por otro motivo todo habría sido distinto. Podría haberme asomado a la ventana a primera hora de la mañana con mejor ánimo a mirar a los niños descalzos que jugaban en la acequia, arrojarles unas monedas y oír voces nuevas con fascinación, pasear de noche por las calles estrechas y retorcidas y aprender a apreciarlas. Tal como estaban las cosas, miraba lo que veía con indiferencia, casi con hostilidad. Lo único que quería era llegar al lado de Ambrose y, como sabía que estaba enfermo en un país extranjero, la impaciencia se tornó desprecio por todo lo extraño, incluso por el suelo mismo que pisaba.

Cada día hacía más calor. El cielo era una pátina dura de color azul y, por las polvorientas carreteras de la Toscana, entre el traqueteo y las curvas, me daba la impresión de que el sol había absorbido toda la humedad de la tierra. Los valles estaban abrasados, marrones, y los pueblecitos aparecían colgados en las montañas, reseco y amarillentos, envueltos en la calima del calor. Los bueyes, flacos, huesudos, se movían lentamente buscando agua, las cabras rascaban el suelo a la orilla del camino; los pastores eran niños pequeños que chillaban y daban voces al coche al pasar; me podía la inquietud, temía por Ambrose y me parecía que todos los seres vivos de ese país estaban sedientos y que cuando se les negaba el agua todo se derrumbaba y moría.

Instintivamente, lo primero que hice al apearme en Florencia, mientras descargaban los equipajes cubiertos de polvo y los llevaban al interior de la hospedería, fue cruzar la calle empedrada y acercarme al río. Estaba cansado y sucio del viaje, cubierto de polvo de la cabeza a los pies. Los dos últimos días había ido al lado del cochero por no morir sofocado dentro del vehículo y, como los pobres caballos, necesitaba agua. Ahí la tenía. No era la ría azul de casa, rizada, fresca y salada, salpicada de agua batida, sino un río hinchado, lento, tan marrón como el lecho por el que discurría, que se abría camino supurando, sorbiendo bajo los ojos del puente, soltando burbujas que subían hasta la superficie lisa. El río traía desechos, paja y palos, pero para mi imaginación, casi febril de cansancio y sed, era una cosa que tenía que probar, tragar, echarme garganta abajo como si tomara una poción venenosa.

Seguí mirando el movimiento del agua, fascinado, y el sol caía a plomo sobre el puente; de pronto, a mi espalda, en la ciudad, una gran campana dio las cuatro con un sonido profundo y solemne. Se le unieron otras campanas de otras iglesias y las campanadas se mezclaron con el río, que se deslizaba, marrón y limoso, sobre las piedras.

Una mujer con un niño en brazos, que lloraba, y otro que le tiraba de la falda rasgada se me acercó y tendió la mano para que le diera una limosna, mirándome, suplicante, con sus ojos oscuros. Le di una moneda y dejé de mirarla, pero ella seguía tocándome el codo, murmurando, hasta que un pasajero, que todavía estaba al lado del coche, le soltó una retahíla de palabras en italiano y la mujer volvió a esconderse en el rincón del puente del que había salido. Era joven, de unos diecinueve años o así, pero la expresión de su cara no tenía edad, una expresión inolvidable, como si su cuerpecillo albergara un alma vieja que no podía morir; los siglos se asomaban a sus ojos, había contemplado el mundo tanto tiempo que le era indiferente. Después, cuando subí a la habitación que me asignaron y salí al balconcillo que daba a la plaza, la vi escabullirse entre los caballos y las carrozas que esperaban, sigilosa como los gatos que acechan de noche arrastrando el vientre por el suelo.

Me aseé y me cambié de ropa con una extraña apatía. Ahora que había llegado a mi destino se apoderaba de mí la pesadez, y la persona que había iniciado el viaje con emoción, dispuesta a todo, preparada para cualquier batalla, había dejado de existir. En su lugar había un desconocido desanimado y agotado. La emoción se había evaporado hacía mucho. Hasta la realidad de la hoja de papel que llevaba en el bolsillo había perdido entidad. La habían escrito hacía muchas semanas, podían haber pasado muchas cosas desde entonces. Ella se lo podía haber llevado fuera de Florencia, podían haberse ido a Roma o a Venecia, y me vi arrastrado otra vez al lento coche, persiguiéndolos, recorriendo ciudades a lo largo y ancho del maldito país sin encontrarlos nunca, siempre derrotado por el tiempo y las calurosas carreteras polvorientas.

O tal vez todo fuera un error y las cartas, una broma de mal gusto, una tomadura

de pelo de las que tanto le gustaban a Ambrose en otro tiempo cuando, de niño, me hacía caer en las trampas que me preparaba. Y tal vez fuera a buscarlo a la villa y me encontrara con una celebración, una cena con invitados, luces y música; y anunciarían mi llegada y yo no tendría ninguna excusa que dar, y Ambrose, rebosante de salud, me miraría con asombro.

Bajé a la plaza. Ya no había carrozas esperando. La hora de la siesta había pasado y las calles estaban llenas de gente otra vez. Me zambullí en ellas y me perdí al momento. Alrededor, patios y callejones sombríos, casas altas pegadas unas a otras, balcones que sobresalían y, a medida que andaba, giraba por una calle y seguía andando, aparecían en los zaguanes caras que me miraban; la gente se detenía al pasar y me miraba también, todos con la misma cara de sufrimiento de siglos y de pasión apagada que había visto por primera vez en la joven mendicante. Algunos me seguían murmurando, como ella, con la mano tendida y, cuando, acordándome del compañero del coche, les decía algo ásperamente, se retiraban, se aplastaban contra la pared de las altas casas y, con un extraño orgullo contenido, me veían pasar de largo. Las campanas de la iglesia empezaron a tocar de nuevo y llegué a una plaza grande, llena de gente que, apretada en pequeños grupos, charlaba y gesticulaba sin ninguna relación, o eso me parecía a mí, con los edificios que rodeaban la plaza, austera y bella, ni con las estatuas que los miraban desde lo alto con ojos ciegos, ni con el tañido de las campanas, cuyo eco se elevaba fatídicamente, con fuerza, hacia el cielo.

Di el alto a una carroza que pasaba y, cuando, titubeando, le dije las palabras «Villa Sangalietti», el cochero me dijo algo que no entendí, pero capté la palabra «Fiesole» mientras el hombre asentía y señalaba con el látigo. Pasamos por calles estrechas y llenas de gente, él gritaba a los caballos, las riendas tintineaban, la gente se retiraba para abrirnos paso. Las campanas dejaron de tocar y quedaron atrás, aunque el eco me resonaba todavía en los oídos, solemnes, sonoras, doblando no por mi misión, insignificante y pequeña, ni por la vida de la gente de la calle, sino por el alma de hombres y mujeres muertos hacía tiempo y por la eternidad.

Subimos una cuesta larga y sinuosa en dirección a las montañas lejanas y Florencia quedó atrás. Se terminaron los edificios. Había silencio y paz y el sol ardiente que había castigado a la ciudad todo el día y convertía el cielo en una pátina dura se volvió de pronto suave y blando. Ya no deslumbraba. Las casas y paredes amarillas, incluso la polvareda marrón, ya no parecían tan resacas como antes. Las casas recobraron el color, desvaído tal vez, amortiguado, pero con un arbol crepuscular más tierno, ahora que la cruda luz del sol había cesado. Los cipreses, tupidos e inmóviles, se volvieron de color verde oscuro.

El cochero detuvo la carroza frente a una verja que cerraba el paso en medio de una pared muy alta. Se volvió hacia mí y me miró por encima del hombro.

—Villa Sangalietti —dijo.

El final de mi trayecto.

Le hice seña de que me esperara, me apeé, me acerqué a la verja y tiré del cordón

que colgaba de la pared. Oí la campanilla que sonó dentro. El cochero apartó al caballo a un lado de la carretera, se apeó y se quedó al lado de la cuneta quitándose las moscas de la cara con el sombrero. El caballo, pobre animal medio muerto de hambre, se dejó caer entre las varas; después de la subida no tenía ánimos ni para pastar en el margen y se puso a dormir sin dejar de mover las orejas. No se oía nada al otro lado de la verja y llamé otra vez. Se oyó entonces un ladrido amortiguado, que se hizo más audible al abrirse una puerta interior; una voz huraña de mujer hizo callar a un niño que lloraba y oí pasos acercándose a la verja desde el lado de dentro. Crujieron trancas y cerrojos; la verja chirrió contra una piedra del suelo al abrirse. Vi a una campesina que me escrutaba con la mirada. Me acerqué y le dije:

—¿Villa Sangalletti? ¿*Signor Ashley*?

El perro, encadenado dentro de la vivienda, ladró con más furia que antes. Ante mí se abría un camino y al final se divisaba la villa propiamente dicha, cerrada a cal y canto, sin vida. La mujer hizo un gesto como para cerrarme la puerta en las narices, el perro seguía ladrando y el niño se puso a llorar. Tenía una mejilla hinchada, como de un flemón; se la tapaba con el borde de la pañoleta para aliviar el dolor.

Me abrí paso y repetí las palabras «*signor Ashley*». Y entonces se sobresaltó como si me viera por primera vez y empezó a hablar deprisa, agitadamente, señalando hacia la villa. Después se volvió con brusquedad y llamó a alguien. Un hombre, probablemente su marido, salió a la puerta de la vivienda con un niño a hombros. Hizo callar al perro y se acercó a mí mientras preguntaba algo a la mujer. Ella seguía hablando sin parar y entendí las palabras «Ashley» e *inglese*, y entonces el hombre se quedó mirándome. Parecía mejor persona que ella, más limpio, con la mirada más sincera y, mientras me miraba, su rostro adquirió una expresión de profunda inquietud y dijo unas palabras a su mujer en voz baja; ella se retiró con el niño a la puerta de la vivienda y se quedó mirándonos con el borde de la pañoleta en la hinchada cara.

—Hablo inglés un poco, *signore* —dijo—. ¿Qué desea?

—He venido a ver al señor Ashley —dije—. ¿El señor y la señora Ashley están en la villa?

Su inquietud aumentó. Tragó saliva nerviosamente.

—¿Es usted el hijo de señor Ashley, *signore*? —me preguntó.

—No —dije, impaciente—, soy su primo. ¿Están en casa?

Hizo un gesto de aflicción con la cabeza.

—Entonces, *signore*, ¿ha venido usted desde Inglaterra sin saber la noticia? ¿Qué puedo decirle? Es muy triste, no sé qué decirle. El *signore Ashley* murió hace tres semanas. Fue de repente. Fue muy triste. En cuanto lo enterraron, la condesa cerró la villa y se fue. Hace ya casi dos semanas que está ausente. No sabemos si volverá.

El perro empezó a ladrar otra vez y el hombre se volvió para tranquilizarlo.

Noté que se me iba el color de la cara. Estaba petrificado. El hombre me miraba con comprensión y dijo algo a su mujer; esta se acercó arrastrando una banqueta y la

dejó a mi lado.

—Siéntese, *signore* —me dijo—. Lo lamento, lo lamento mucho.

Yo no podía hablar. No me salían las palabras. El hombre, preocupado, se dirigió con brusquedad a su mujer, para aliviar lo que sentía, y después me dijo:

—*Signore*, si quiere ir a la villa, le abriré la puerta. Puede ver dónde murió el *signor* Ashley.

Me daba igual dónde fuera o lo que hiciera. Estaba tan paralizado que no me podía concentrar. El hombre echó a andar hacia la villa al tiempo que sacaba unas llaves del bolsillo; yo iba a su lado y de pronto las piernas me pesaban como el plomo. La mujer y el niño nos seguían.

Los cipreses formaban un dosel sobre nosotros y al final aguardaba la villa, cerrada, como un sepulcro. Al acercarnos vi lo grande que era, tenía muchas ventanas, todas cerradas a cal y canto, y, delante la entrada, el camino describía un círculo para que los carruajes pudieran dar la vuelta. Había pedestales con estatuas entre los tupidos cipreses. La puerta era enorme; el hombre la abrió con la llave y me invitó a entrar. La mujer y el niño entraron también y se pusieron a abrir postigos para que entrara la luz en el silencioso vestíbulo. Me adelantaron y siguieron abriendo ventanas en todas las habitaciones, convencidos de corazón de que, al hacerlo, aliviaban un poco mi dolor. Todas las estancias se comunicaban entre sí, eran grandes, con pocos muebles y frescos en el techo y en el suelo de piedra, y el aire estaba cargado de un olor rancio, medieval. Unas habitaciones no tenían nada en las paredes, de otras colgaban tapices y en una de ellas, más oscura y opresiva que las anteriores, una mesa larga de comedor rodeada de monásticas sillas talladas; en cada punta de la mesa se veía un candelabro de hierro forjado.

—La villa Sangalotti muy bonita, *signore*, muy antigua —dijo el hombre—. El *signor* Ashley se sentaba aquí cuando el sol calentaba mucho fuera. Esta era su silla.

Casi con reverencia señaló una silla de respaldo alto que estaba al lado de la mesa. Yo lo veía como en sueños. Nada era real. No me imaginaba a Ambrose en esa casa ni en esa habitación. No podía haber andado por allí con su paso de siempre, silbando, charlando, dejando el bastón en el suelo detrás de esa silla, de esa mesa. La pareja dio la vuelta a la habitación sin pausa, monótonamente, abriendo postigos. Fuera había un patio pequeño, un cuadrilátero enclaustrado, a cielo abierto pero resguardado del sol. En el centro había una fuente y una estatua de bronce de un niño que sostenía una concha entre las manos. Detrás de la fuente crecía un codeso entre las baldosas que tendía su propio dosel de sombra. Hacía tiempo que había perdido las flores amarillas; las vainas cubrían el suelo, polvoriento y gris. El hombre dijo algo a la mujer en voz baja y ella fue hasta un rincón del cuadrilátero y abrió una llave de paso. Lentamente, con suavidad, empezó a caer agua al estanque que había debajo, resbalando por la concha que sostenía el niño de bronce entre las manos.

—El *signor* Ashley —dijo el hombre— se sentaba aquí todos los días a ver la fuente. Le gustaba ver el agua. Se sentaba aquí, debajo del árbol. En primavera está

muy bonito. La condesa lo llamaba desde su habitación, allí arriba.

Señaló los pilares de piedra de la barandilla. La mujer desapareció en la casa y al cabo de un momento apareció en el balcón que había señalado su marido abriendo los postigos del cuarto. Seguía cayendo agua de la concha, sin prisa, sin correr, simplemente cayendo con suavidad en el pequeño estanque.

—En verano siempre se sientan aquí —siguió diciendo el hombre— el *signor* Ashley y la condesa. Comen aquí, oyen el murmullo de la fuente. Yo les sirvo, ¿comprende? Saco dos bandejas y las pongo aquí, en esta mesa. —Señaló la mesa de piedra y las dos sillas que todavía la flanqueaban—. Después de comer toman su tisana —prosiguió—, todos los días, siempre lo mismo.

Hizo una pausa y tocó la silla con la mano. Tuve una sensación de opresión. El patio estaba fresco, casi frío como una tumba, pero el aire era rancio, igual que en las habitaciones cerradas, antes de que las abrieran.

Pensé en Ambrose tal como era en casa. En verano paseaba por las tierras con chaqueta y un viejo sombrero de paja para protegerse del sol. Veía el sombrero como si lo tuviera allí mismo, inclinado hacia un lado de la cara, y lo veía a él, remangado hasta por encima del codo, de pie en la barca, señalando algo a lo lejos, en el mar. Me acordé de cómo me tendía los largos brazos y me subía a la barca cuando nadaba a su lado.

—Sí —dijo el hombre, como hablando consigo mismo—, el *signor* Ashley se sentaba en esta silla a mirar el agua.

La mujer volvió, cruzó el patio y cerró la llave de paso. El agua dejó de caer. El niño de bronce miraba una concha vacía. Todo estaba en silencio, inmóvil. El niño, que miraba la fuente con los ojos muy redondos, se agachó de pronto y se puso a escarbar entre las baldosas del suelo, cogió unas vainas de codeso con sus manitas y las tiró al estanque. La mujer lo regañó y lo empujó contra la pared; entonces cogió una escoba que había allí y empezó a barrer el patio. Con su actividad rompió la quietud y su marido me tocó el brazo.

—¿Desea ver la habitación en la que murió el *signore*? —me preguntó en voz baja.

Con la misma sensación de irrealidad, lo seguí por la amplia escalinata hasta el rellano de arriba. Cruzamos habitaciones menos amuebladas que las de abajo; una de ellas, que daba al norte, al camino de cipreses, estaba tan desprovista como la celda de un monje. Había una sencilla cama de hierro arrimada a la pared, un palanganero con palangana y aguamanil y un biombo al lado de la cama; unos tapices en la pared de la chimenea y una hornacina con una estatuilla de una virgen arrodillada con las manos unidas, en actitud de orar.

Miré la cama. Las mantas estaban cuidadosamente dobladas en la parte de los pies y en la cabecera había dos almohadas sin almohadón, un encima de otra.

—El final —dijo el hombre bajando la voz— fue muy rápido, ¿comprende? Estaba débil, sí, muy débil, por la fiebre, pero el día anterior había bajado él solo a

sentarse al lado de la fuente. «No, no —le decía la condesa—, te pondrás peor, tienes que descansar», pero él es obstinado y no le hace caso. Y los médicos no paran de ir y venir. El *signor* Rainaldi también está aquí y habla con él, intenta convencerlo, pero él nunca hace caso, grita, se pone violento y luego, como un niño, se queda callado. Da pena ver así a un hombre fuerte. Después, a primera hora de la mañana, la condesa viene corriendo a mi habitación a llamarme. Yo dormía en la casa, *signore*. Con la cara blanca como la pared me dice: «Se muere, Giuseppe, sé que se va a morir», y voy con ella a su habitación y me lo encuentro tumbado en la cama, con los ojos cerrados, respirando todavía, pero mal, ¿comprende?, no dormía de verdad. Mandamos llamar al médico, pero el *signor* Ashley no volvió a despertarse, estaba en coma, el sueño de la muerte. Yo mismo enciendo los candelabros con la condesa y cuando se fueron las monjas vine a verlo. Ya no había violencia, tenía la cara serena. Ojalá lo hubiera visto, *signore*.

El hombre tenía lágrimas en los ojos. No quería verlo y miré otra vez la cama vacía. No sé por qué, pero no sentía nada. Ya no estaba paralizado, me había quedado frío, como de piedra.

—¿Qué quiere decir con violencia? —le pregunté.

—La violencia que aparecía con la fiebre —dijo el hombre—. Tuve que sujetarlo a la cama dos o tres veces, después de los ataques. Y con la violencia venía la debilidad aquí dentro —se apretó el estómago con la mano—. Tenía muchos dolores. Y, cuando el dolor pasaba, se quedaba aturdido, abotargado, con la cabeza perdida. Le digo, *signore*, que daba mucha pena. Mucha pena, ver a un hombre tan alto tan indefenso.

Salí de la habitación, desnuda como una tumba, y oí al hombre cerrar los postigos de nuevo, y después la puerta.

—¿Por qué no se hizo nada? —dije—. ¿Es que los médicos no podían aliviarle el dolor? Y la señora Ashley ¿lo dejó morir sin más?

Me miró sin comprender.

—¿Por favor, *signore*? —dijo.

—¿Qué enfermedad tenía? ¿Cuánto duró? —pregunté.

—Se lo he dicho, al final, muy rápido —dijo el hombre—, pero antes, uno o dos ataques. Y todo el invierno el *signore* mal, triste, no sé, no era él. Muy distinto del año anterior. Cuando el *signor* Ashley llegó a la villa por primera vez era feliz, alegre.

Mientras hablaba seguía abriendo ventanas, y salimos a una gran terraza en la que había algunas estatuas. Al fondo se veía una larga balaustrada de piedra. Cruzamos la terraza y nos quedamos en la balaustrada, mirando el jardín, recortado, simétrico, que olía a rosas y a jazmín de verano, y a lo lejos se divisaban otras dos fuentes; unas anchas escaleras llevaban a cada jardín, y así, de nivel en nivel, hasta el final, donde se encontraba el muro alto bordeado de cipreses que rodeaba toda la finca.

Miramos hacia el oeste, hacia el sol poniente; un resplandor bañaba la terraza y

los silenciosos jardines; incluso las estatuas resplandecían con el mismo color rosado, y me pareció, contemplándolo con la mano en la balaustrada, que una extraña serenidad que antes no existía había descendido sobre la villa.

La piedra todavía estaba caliente al tacto, una lagartija salió de una grieta y culebreó pared abajo.

—Las noches serenas —dijo el hombre, respetuosamente un paso por detrás de mí—, están muy bonitos, *signore*, estos jardines de la villa Sangalletti. A veces la condesa ordenaba que se abrieran las fuentes y, cuando había luna llena, ella y el *signore* salían aquí, a la terraza, después de cenar. El año pasado, antes de que enfermara.

Me quedé allí mirando las fuentes y los estanques que las rodeaban, con sus nenúfares.

—Creo —dijo el hombre, hablando despacio— que la condesa no volverá. Le da mucha pena. Hay muchos recuerdos. El *signor* Rainaldi nos dijo que iban a alquilar la villa e incluso a venderla.

Estas palabras me devolvieron bruscamente a la realidad. La magia del silencioso jardín me envolvió solo un momento, el olor de las rosas, el resplandor del sol poniente, pero enseguida terminó.

—¿Quién es el *signor* Rainaldi? —le pregunté.

El hombre dio media vuelta conmigo para entrar en la casa.

—El *signor* Rainaldi se ocupa de los asuntos de la condesa —respondió—, los asuntos de negocios, de dinero, de muchas cosas. Conoce a la condesa hace mucho.

Frunció el ceño e hizo una seña con la mano a su mujer, que paseaba por la terraza con el niño en brazos. No le gustaba verla allí, no estaba bien que pasearan por la terraza. La mujer entró en la casa y empezó a cerrar ventanas.

—Quiero ver al *signor* Rainaldi —dije.

—Le doy su dirección —respondió—. Habla inglés muy bien.

Entramos en la casa y, al pasar por las habitaciones hasta el vestíbulo, se fueron cerrando los postigos detrás de mí. Me palpé los bolsillos buscando unas monedas. Como si fuera una persona cualquiera, un viajero en el continente que visitaba la villa por curiosidad, tal vez con intención de adquirirla, pero no yo. No yo, que veía por primera y última vez el sitio en el que había vivido y muerto Ambrose.

—Gracias por todo lo que hizo por el señor Ashley —dije, y le puse unas monedas en la mano.

Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Lo siento mucho, *signore* —dijo—, lo siento muchísimo.

Se cerraron las últimas ventanas. La mujer y el niño estaban en el vestíbulo, con nosotros, y el arco que llevaba a las estancias vacías y a la escalinata se oscureció otra vez, como la entrada de una cripta.

—¿Qué han hecho con su ropa? —pregunté—. ¿Con sus cosas, sus libros y documentos?



El hombre parecía preocupado. Miró a su mujer y estuvieron hablando un momento. Se cruzaron preguntas y respuestas. La mujer puso cara de no saber nada y se encogió de hombros.

—*Signore* —dijo el hombre—, mi mujer ayudó un poco a la condesa cuando se fue. Dice que la condesa se lo llevó todo. Toda la ropa del señor Ashley se guardó en un arcón; se guardaron todos sus libros, todas sus cosas. Aquí no quedó nada.

Los miré a los ojos. No titubeaban. Supe que me decían la verdad.

—Y ¿no sabe dónde habrá ido la señora Ashley? —le pregunté.

El hombre hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Se ha ido de Florencia, es lo único que sabemos —me respondió—. La condesa se fue el día después del entierro.

Abrió la maciza puerta de la entrada y salió fuera.

—¿Dónde está enterrado? —pregunté, impersonal, como un desconocido.

—En Florencia, *signore*, en el cementerio protestante nuevo. Hay muchos ingleses enterrados allí. El *signor* Ashley no está solo.

Era como si el hombre quisiera asegurarme que Ambrose tendría compañía y que en el tenebroso mundo del más allá contaría con el consuelo de sus compatriotas.

Por primera vez no pude soportar mirarlo a los ojos. Eran ojos de perro, sinceros y leales.

Di media vuelta y, en ese momento, la mujer dijo algo en voz alta a su marido; antes de que él cerrara la puerta, ella entró de nuevo en la casa a toda velocidad y abrió una gran arca de roble que estaba arrimada a la pared. Salió con algo en la mano y se lo dio a su marido. La cara compungida del hombre se relajó de alivio.

—La condesa —dijo—, se le olvidó una cosa. Tenga, *signore*, llévesela, es para usted y solo para usted.

Era el sombrero de Ambrose, de ala ancha, doblado. El que llevaba en casa para protegerse del sol. Jamás le serviría a nadie más, era muy grande. Notaba que me miraban con inquietud, esperando que dijera algo mientras daba vueltas al sombrero entre las manos.

## Capítulo V



No recuerdo nada del trayecto de regreso a Florencia, solo que el sol se puso y se hizo de noche rápidamente. No hubo crepúsculo como el de casa. Unos insectos, grillos tal vez, iniciaron su canto monótono en las cunetas de la carretera y de vez en cuando nos cruzábamos con un campesino descalzo cargado con cestos a la espalda.

Al llegar a la ciudad perdimos el aire más limpio y fresco de los montes de alrededor y volvía a hacer calor. No como en las horas de sol abrasador, blanco y polvoriento, sino el calor aplastante y maloliente de la noche, que llevaba muchas horas pegado a las paredes y al tejado de las casas. El letargo del mediodía y la actividad de las horas entre la siesta y la puesta del sol abrieron paso a una animación mayor, más viva, más tensa. Los hombres y mujeres que poblaban las plazas y las estrechas calles paseaban con otro propósito, como si llevaran todo el día escondidos, durmiendo en las silenciosas casas, y ahora salieran a rondar por las calles como los gatos. Los puestos del mercado se iluminaban con antorchas y velas, los clientes los asediaban y estiraban los brazos para revolver entre los productos que se vendían. Las mujeres llevaban pañoleta y se empujaban unas a otras charlando y discutiendo, y los vendedores anunciaban su mercancía a voces. Empezaron a sonar las campanas otra vez, y esta vez me pareció que tocaban de una forma más personal. Las iglesias abrían las puertas y la luz de las velas se veía desde fuera; los grupos se disolvieron un poco, se dispersaron, y todos querían entrar a la vez para responder a la llamada de las campanas.

Despedí al cochero en la plaza de la catedral; el tañido de la gran campana, irresistible e insistente, parecía lanzar un desafío al aire quieto y plomizo. Sin apenas darme cuenta de lo que hacía, entré en la catedral con la gente y me quedé un momento junto a una columna, forzando la vista en la oscuridad. Un viejo campesino cojo estaba a mi lado, apoyado en una muleta. Dirigía un ojo ciego hacia el altar, movía los labios y le temblaban las manos; delante de mí y a los lados se arrodillaban misteriosas mujeres cubiertas con velo y respondían al sacerdote con voz chillona mientras pasaban las cuentas del rosario entre sus manos nudosas.

Todavía llevaba el sombrero de Ambrose en la mano izquierda y allí, en la gran catedral, reducido a un tamaño insignificante, forastero en una ciudad de belleza fría y sangre derramada, viendo las reverencias del sacerdote ante el altar, oyendo las palabras que entonaba, palabras solemnes de siglos de antigüedad que no entendía, de repente, crudamente, comprendí el alcance de mi pérdida. Ambrose había muerto.

Jamás volvería a verlo. Me había dejado para siempre. Se acabó su sonrisa, su risa burlona, sus manos en mis hombros. Se acabó su fuerza, su comprensión. Se acabó la figura entrañable, honorable y querida, encorvada en el sillón de la biblioteca, o de pie, apoyada en el bastón, mirando al mar. Pensé en la habitación desnuda en la que había muerto, en villa Sangalletti, y en la virgen de la hornacina; y algo me dijo que, cuando se fue, no formaba parte de esa habitación, de esa casa ni de ese país, sino que su espíritu volvió a su sitio para descansar entre los suyos, en sus lomas y en sus bosques, en el jardín que amaba, oyendo el mar.

Di media vuelta y salí a la plaza y, al mirar hacia la gran cúpula de la torre que tenía al lado, lejana y esbelta, cincelada sobre el cielo, entre la avalancha de recuerdos que se desata después de un gran impacto y una gran tensión, por primera vez en el día me acordé de que no había comido nada. Dejé de pensar en los muertos y volví al mundo de los vivos y, después de encontrar un sitio en el que comer y beber cerca de la catedral, satisfecha el hambre me fui a buscar al *signor* Rainaldi. El buen hombre de la villa me había escrito la dirección en un papel y, luchando como pude con la pronunciación, encontré su casa, al otro lado del puente, en la orilla izquierda del Arno. Esta orilla era más oscura y estaba más silenciosa que el centro de Florencia. Había poca gente en la calle. Las puertas y las ventanas estaban cerradas. Mis pasos sonaban huecamente en los adoquines del suelo.

Por fin llegué a la casa y llamé al timbre. Al cabo de un momento abrió la puerta un criado y sin hacer preguntas me llevó por unas escaleras y un pasillo, llamó a una puerta y la abrió. La repentina luz de la habitación me deslumbró; parpadeé y vi a un hombre sentado a una mesa, repasando un montón de papeles. Se levantó al verme entrar y se quedó mirándome. Era casi tan alto como yo, de unos cuarenta años, y tenía la cara blanca, casi sin color, y las facciones afiladas. Había algo orgulloso y desdeñoso en su actitud, como si fuera de los que no tienen compasión con los necios ni con los enemigos; pero creo que lo que más me llamó la atención fueron sus ojos, oscuros y hundidos, que, nada más verme, reflejaron un breve sobresalto de reconocimiento que desapareció en un segundo.

—¿*Signor* Rainaldi? —dije—. Me llamo Ashley, Philip Ashley.

—Sí —dijo—, siéntese, por favor.

La voz resultaba severa, con un leve acento italiano. Me acercó una silla.

—Le sorprenderá verme, sin duda —dije, observándolo con atención—. ¿No sabía que estaba en Florencia?

—No —respondió—. No sabía que estaba aquí.

Hablaba con cautela, aunque tal vez fuera porque no dominaba mucho el inglés y por eso hablaba despacio.

—¿Sabe quién soy? —le pregunté.

—Creo saber quién es usted exactamente —dijo—. Es el primo, ¿no es cierto? O el sobrino del difunto Ambrose Ashley.

—Primo y heredero.

Cogió una pluma y dio unos golpecitos en la mesa con ella, como para ganar tiempo o para distraerme.

—He ido a villa Sangalletti —dije—. He visto la habitación en la que murió. El criado, Giuseppe, ha sido muy solícito. Me lo ha contado todo, pero me ha recomendado que viniera a hablar con usted.

¿Me lo imaginé o esos ojos oscuros se velaron un poco?

—¿Cuánto hace que llegó a Florencia? —me preguntó.

—Unas horas. He llegado esta tarde.

—¿Ha llegado usted hoy mismo? Entonces, su prima Rachel no lo ha visto. —La mano que sostenía la pluma se relajó.

—No —dijo—, el criado de la villa me dio a entender que se había ido de Florencia el día después del entierro.

—Se fue de villa Sangalletti —dijo—, no de Florencia.

—¿Está aquí todavía?

—No —dijo—, no; se ha ido. Quiere que alquile la villa, o que la venda, si es posible.

Hablaba de una forma rígida, sin concesiones, como si tuviera que sopesar y elegir cuidadosamente cualquier información que pudiera darme.

—¿Sabe dónde está ahora? —pregunté.

—Me temo que no —dijo—. Se fue de repente, no tenía ningún plan. Me dijo que me escribiría cuando tomara una decisión sobre el futuro.

—¿Está con algunos amigos, tal vez? —me aventuré a decir.

—Tal vez, pero no lo creo.

Tenía la sensación de que había estado con él en ese despacho ese mismo día, o tal vez el anterior, y de que sabía mucho más de lo que decía.

—Comprenderá, *signor* Rainaldi —dije—, que haberme enterado de repente de la muerte de mi primo por boca de un criado me ha afectado mucho. Ha sido una pesadilla. ¿Qué sucedió? ¿Por qué no se me informó de que estaba enfermo?

Me miró atentamente, no me quitaba los ojos de la cara.

—La muerte de su primo también fue repentina —dijo— y nos afectó mucho a todos. Estaba enfermo, sí, pero no tanto, o eso creíamos. La fiebre que suele atacar aquí a muchos extranjeros en verano le había dejado débil, y también se quejaba de fuertes dolores de cabeza. La condesa, debería decir la señora Ashley, estaba muy preocupada, pero su primo era un enfermo difícil. Nuestros médicos no le gustaron desde el primer momento, aunque es imposible saber por qué. La señora Ashley esperaba una mejoría todos los días y, naturalmente, no deseaba causarle preocupaciones, ni a usted ni a sus amigos de Inglaterra.

—Pero estábamos muy preocupados —dije—, por eso he venido a Florencia. Me mandó estas cartas.

Fue una osadía, un acto temerario, pero me daba igual. Le di las dos últimas cartas que me había escrito Ambrose. Las leyó con atención. Su expresión no cambió.

Después me las devolvió.

—Sí —dijo en tono tranquilo, sin sorpresa—. La señora Ashley temía que hubiera escrito algo así. Los médicos no le advirtieron nada hasta las últimas semanas, cuando se puso tan misterioso y raro y temieron lo peor.

—¿Advertirle? —dije—. ¿De qué?

—De que podía tener algo en el cerebro que le hacía presión —contestó—, un tumor, un quiste o algo así, que iba creciendo rápidamente y que podía ser la causa de su estado.

Me quedé como perdido. ¿Un tumor? Entonces, las sospechas de mi padrino eran ciertas. Primero tío Philip y después Ambrose. Sin embargo... ¿Por qué este italiano me miraba tanto los ojos?

—¿Los médicos dijeron que había muerto por el tumor?

—Sin ninguna duda —respondió—. El tumor y el recrudecimiento de la debilidad después de la fiebre. Lo atendían dos médicos, el mío y otro. Puedo llamarlos, si lo desea, y les hace usted las preguntas que quiera. Uno de ellos sabe un poco de inglés.

—No —respondí, hablando lentamente—, no es necesario.

Abrió un cajón y sacó un papel.

—Tengo aquí una copia del certificado de defunción —dijo—, firmada por los dos. Léala. Le he mandado una a usted a Cornualles y otra al mandatario del testamento de su primo, el señor Nicholas Kendall, cerca de Lostwithiel, en Cornualles también.

Miré el certificado pero no quise leerlo.

—¿Cómo sabía —le pregunté— que Nicholas Kendall era el mandatario del testamento de mi primo?

—Porque su primo Ambrose llevaba consigo una copia del testamento —contestó el *signor* Rainaldi—. La leí muchas veces.

—¿Usted leyó el testamento de mi primo? —pregunté, incrédulo.

—Naturalmente —contestó—. Como mandatario de la condesa, de la señora Ashley, tenía la obligación de conocer el testamento de su marido. No hay nada raro en ello. Su primo me lo enseñó poco después de casarse. Lo cierto es que incluso tengo una copia del documento. Pero enseñárselo a usted no es cosa mía, sino de su tutor, el señor Kendall. Sin duda se lo enseñará en cuanto vuelva usted a su casa.

También sabía que mi padrino era mi tutor, que era más de lo que sabía yo. A menos que el *signore* se hubiera equivocado. Sin duda, a partir de los veintiún años nadie tiene tutor, y yo tenía veinticuatro. De todas formas daba igual. Lo importante era Ambrose y su enfermedad, Ambrose y su muerte.

—Estas dos cartas —dije obstinadamente— no las ha podido escribir un hombre enfermo, sino un hombre acosado por enemigos, rodeado de gente en la que no puede confiar.

El *signor* Rainaldi me miraba fijamente.

—Las escribió un hombre que tenía una enfermedad mental, señor Ashley —me

contestó—. Disculpe la franqueza, pero yo lo vi a lo largo de las últimas semanas y usted no. No fue una experiencia agradable para nadie, y menos aún para su mujer. Ya ve lo que dice en la primera carta, que ella no lo dejaba nunca solo. Y le aseguro que es verdad. No se apartaba de él ni de día de noche. Cualquiera otra mujer habría contratado enfermeras para que lo atendieran. Lo atendió ella sola, no escatimó esfuerzos.

—Y sin embargo no sirvió de nada —dijo—. Mire las cartas, esta última línea: «Por fin ha podido conmigo, Rachel, mi tormento». ¿Cómo lo interpreta, *signor* Rainaldi?

Supongo que la emoción me hizo levantar la voz. El hombre se puso de pie y tocó un timbre. Apareció un criado y le dio una orden; el criado volvió con un vaso, vino y agua. Me sirvió, pero no quise tomarlo.

—¿Qué me dice? —insistí.

No volvió a su sitio. Se acercó a la pared de los libros y sacó uno.

—¿Sabe usted algo de historiales médicos, señor Ashley? —me preguntó.

—No —dije.

—Aquí encontrará —dijo— la información que busca, o también puede preguntar a los médicos cuya dirección estoy dispuesto a darle con mucho gusto. Existe una afección cerebral concreta, sobre todo cuando hay un quiste o un tumor, en la que el paciente sufre alucinaciones. Por ejemplo, se imagina que lo vigilan, que la persona más cercana, como su mujer, se ha puesto en su contra, le es infiel o desea quitarle el dinero. En cuanto esta idea se asienta, no hay forma de convencerlo de que sus sospechas son infundadas, por mucho que se le quiera o se le intente demostrar lo contrario. Si no me cree o no cree a los médicos de aquí, pregúntelo en su país o lea este libro.

Qué convincente era, qué frío, y qué seguro estaba. Me imaginé a Ambrose tumbado en la cama de hierro de villa Sangalletti, atormentado, perplejo, y ese hombre observándolo, analizando los síntomas uno a uno, mirando tal vez por encima del biombo. Yo no sabía si ese hombre tenía razón o no. Solo sabía que lo odiaba.

—¿Por qué la señora Ashley no me mandó llamar? —pregunté—. Si Ambrose había perdido la fe en ella, ¿por qué no llamarme a mí? Yo lo conocía mejor que nadie.

Rainaldi cerró el libro de golpe y lo devolvió a su sitio.

—Es usted muy joven, ¿verdad, señor Ashley? —dijo.

Me quedé mirándolo. No entendía lo que quería decir.

—¿A qué viene eso? —pregunté.

—Las mujeres sensibles no se rinden fácilmente —dijo—. Tal vez lo llame orgullo o tenacidad, llámelo como quiera. Aunque las apariencias indiquen lo contrario, sus emociones son más primitivas que las nuestras. Se aferran a lo que quieren y jamás se rinden. Nosotros vamos a las guerras y a las batallas, señor Ashley, pero las mujeres también saben luchar.

Me miró con sus fríos y hundidos ojos y supe que no tenía nada más que decirle.

—Si hubiera estado yo aquí no habría muerto —le dije.

Me levanté y me dirigí a la puerta. Rainaldi volvió a llamar al timbre y se presentó el criado para acompañarme a la salida.

—He escrito a su tutor, el señor Kendall —me dijo—. Le he explicado pormenorizadamente, con pelos y señales, todo lo sucedido. ¿Puedo hacer algo más por usted? ¿Se va a quedar unos días en Florencia?

—No —dije—. ¿Para qué? No hay nada que me retenga aquí.

—Si desea ver la tumba —me dijo—, le doy una nota para el vigilante del cementerio protestante. Es un sitio sencillo y modesto. Todavía no se ha puesto la lápida, claro está, pero se pondrá pronto.

Volvió a la mesa, escribió una nota y me la dio.

—¿Qué van a poner en la lápida? —le pregunté.

Hizo una pausa, como si estuviera pensando, mientras el criado que aguardaba en la puerta me daba el sombrero de Ambrose.

—Creo que, según mis instrucciones —dijo Rainaldi—, pondrá: «En memoria de Ambrose Ashley, amado esposo de Rachel Coryn Ashley», y la fecha, naturalmente.

Supe enseguida que no quería ir al cementerio ni ver la tumba. Que no tenía el menor deseo de conocer el sitio en el que lo habían enterrado. Que pusieran la lápida y después le llevaran flores, si querían, pero Ambrose nunca lo sabría y le daría igual. Estaría conmigo en el país del oeste, bajo su propia tierra, en su casa.

—Cuando vuelva la señora Ashley —dije, hablando lentamente— dígame que vine a Florencia. Que fui a villa Sangalletti y que vi la habitación en la que murió Ambrose. También puede contarle lo que me decía en estas dos cartas.

Me dio la mano, fría y dura como él, y seguía mirándome con aquellos ojos hundidos y velados.

—Su prima Rachel es impulsiva —me dijo—. Cuando se fue de Florencia se llevó todas sus cosas. Mucho me temo que no vuelva nunca por aquí.

Salí a la calle y estaba oscuro. Tenía la sensación de que todavía me perseguía su mirada desde los postigos cerrados. Volví por calles empedradas, crucé el puente y, antes de torcer hacia la hospedería a dormir lo que pudiera hasta la mañana siguiente, volví a bajar a la orilla del Arno.

La ciudad dormía. Yo era el único que merodeaba por la calle. Hasta las solemnes campanas guardaban silencio; solo se oía el río, que seguía su camino por debajo del puente. Parecía que corriera más deprisa ahora que por la mañana, como si el agua hubiera estado encerrada y ociosa las largas horas de sol y calor y ahora, con la noche, con el silencio, encontrara la libertad.

Me quedé mirando el río, las subidas y bajadas, cómo discurría y se perdía soltándose en la oscuridad y, a la única luz trémula del farol del puente, vi las burbujas que se formaban, de espuma marrón. Poco después, arrastrado por la corriente, rígido, dando vueltas lentamente con las cuatro patas en el aire, llegó el

cadáver de un perro. Pasó el puente y siguió adelante.

Allí, a la orilla del Arno, hice un juramento.

Juré que todo lo que Ambrose hubiera pagado en dolor y sufrimiento se lo devolvería con creces a la mujer que se lo había causado. Porque no creía lo que Rainaldi me había contado. Creía en la verdad de las dos cartas que tenía en la mano derecha. Las últimas que me escribió Ambrose.

Un día, no sabía cómo, mi prima Rachel pagaría por lo que había hecho.



## Capítulo VI



Llegué a casa la primera semana de septiembre. La noticia se me había anticipado: el italiano no mintió cuando me dijo que había escrito a Nick Kendall. Mi padrino se lo había anunciado a los criados y a los arrendatarios de las tierras. Wellington me esperaba en Bodmin con el carruaje. Los caballos llevaban crespones de luto, y también Wellington y el mozo, que me miraban muy serios, con solemnidad.

Me alivió tanto estar de nuevo en mi país que, de momento, la pena quedó adormecida, o tal vez el largo recorrido por Europa me hubiera embotado los sentimientos; el caso es que la primera reacción instintiva que tuve fue sonreír a Wellington y al chico, dar unas palmaditas a los caballos y preguntar si todo estaba bien. Tenía casi la misma sensación que cuando volvía del colegio cuando era pequeño. No obstante, la actitud del cochero era rígida, imbuida de una formalidad que antes no tenía, y el joven mozo me abrió la portezuela del carruaje con deferencia.

—¡Qué triste regreso a casa, señor Philip! —dijo Wellington.

Le pregunté por Seecombe y los demás y, con la cabeza gacha, me dijo que todos los de la casa y los arrendatarios lo sentían muchísimo. Añadió que en la vecindad no se hablaba de otra cosa desde que se había sabido la nueva. La iglesia se había puesto de luto todo el domingo, y también la capilla de la finca, pero el mayor disgusto de todos, dijo Wellington, se lo llevaron cuando el señor Kendall les dijo que el señor estaba enterrado en Italia y que no lo traerían a casa para que descansara en paz en la cripta, con sus familiares.

—No nos parece bien a nadie, señor Philip —dijo—, y creemos que al señor Ashley tampoco se lo habría parecido.

No podía decirle nada. Subí al carruaje y me dejé llevar.

Me resultó curioso que la emoción y el cansancio de las últimas semanas desaparecieran nada más ver la casa. La tensión se disolvió y, a pesar de la cantidad de horas de viaje me encontraba descansado y en paz. Era por la tarde y lucía el sol en las ventanas del ala oeste y en los muros grises cuando el carruaje pasó la segunda cancela de la cuesta, antes de llegar. Los perros estaban esperándome y el pobre Seecombe, con la banda de luto en la manga como los demás criados, se derrumbó cuando le di la mano.

—¡Cuánto ha tardado, señor Philip! —dijo—. ¡Cuánto ha tardado! Y ¿cómo íbamos a saber que no contraería usted las fiebres también, como el señor Ashley?

Me atendió en la mesa con solicitud, pendiente de mi bienestar y le agradecí que no me agobiara con preguntas sobre el viaje ni sobre la enfermedad y la muerte del señor, pero me contó lo mucho que le había afectado, a él y a toda la casa; que habían doblado las campanas un día entero, lo que había dicho el vicario, las coronas que habían llevado en su honor. Y dirigiéndose a mí siempre con una formalidad nueva. Ya no era el señorito Philip, sino el señor Philip. Igual que el cochero y el mozo. No me lo esperaba, me pareció entrañable.

Después de comer subí a mi habitación a verlo todo, y luego bajé a la biblioteca y salí a recorrer los alrededores; me embargaba una curiosa sensación de felicidad que no creía posible a causa del duelo por Ambrose, porque había salido de Florencia en un profundo estado de soledad y sin ninguna esperanza. Mientras cruzaba Italia y Francia me asaltaban imágenes que no podía quitarme de la cabeza. Veía a Ambrose sentado en el patio de villa Sangalletti, al lado del codeso, mirando la fuente. Lo veía en la celda de monje, reclinado en dos almohadas, respirando con esfuerzo; y la odiada sombra de la mujer a la que no conocía siempre cerca, siempre a la vista. Tenía muchas caras, muchos disfraces, y el nombre de condesa, por el que se referían a ella el criado Giuseppe y Rainaldi, en vez de señora Ashley, le prestaba un aura que antes no tenía, cuando me la imaginaba igual que la señora Pascoe.

Desde la visita a la villa se había convertido en un monstruo inmenso. Tenía los ojos negros como las endrinas, las facciones afiladas como Rainaldi y se deslizaba por las malolientes habitaciones de la villa sinuosamente, como una serpiente. Me la imaginé, cuando Ambrose exhalaba el último suspiro, guardando su ropa en baúles, estirándose para coger sus libros, sus últimas pertenencias, y huyendo sigilosamente con los labios apretados, a Roma tal vez, o a Nápoles o incluso escondida en aquella casa a orillas del Arno, sonriendo detrás de los postigos. Esas imágenes me acompañaron hasta que crucé el mar y llegué a Dover. Y ahora, ahora que había vuelto a casa, se deshicieron como pesadillas al llegar el día. También desapareció el resentimiento. Ambrose estaba de nuevo conmigo y no sufría ni lo atormentaba nadie. Jamás había ido a Florencia ni a Italia. Era como si hubiera muerto aquí, en su casa, y estuviera enterrado con su padre, su madre y mis padres, y mi sufrimiento era algo que podría superar; seguía siendo todo muy triste, pero no una tragedia. Yo también había vuelto a mi sitio, me envolvía el olor de mi casa.

Salí a los campos; los hombres recogían la cosecha. Estaban cargando las mieses en las carretas. Dejaron de trabajar al verme y me acerqué a hablar con ellos. El viejo Billy Rowe, que siempre había sido el arrendatario del Barton hasta donde me alcanzaba la memoria y siempre me había llamado señorito Philip, se llevó la mano a la frente cuando me acerqué, y su mujer y su hija, que estaban ayudando a la cuadrilla, me saludaron con una inclinación.

—Le hemos echado de menos, señor —dijo—; no ha sido lo mismo empezar a cargar la mies sin usted. Nos alegramos de que haya vuelto a casa.

El año anterior me había remangado como los demás y había empuñado la horca,

pero algo me detuvo ahora: la conciencia de que a ellos no les parecería bien.

—Me alegro de estar aquí —dije—. Siento mucho la muerte del señor Ashley y sé que vosotros también, pero ahora tenemos que seguir adelante porque así lo habría querido él.

—Sí, señor —dijo, y volvió a llevarse la mano a la frente.

Me quedé hablando con él unos minutos, después llamé a los perros y me fui. Esperé a que llegara a los setos para indicar a la cuadrilla que reanudara el trabajo. Cuando llegué al prado del *pony*, a medio camino entre la casa y los campos en pendiente, me paré a mirar atrás por encima de la cerca hundida. Las carretas se recortaban contra la loma del fondo y los caballos que esperaban y los hombres que se movían eran puntos negros en la línea del horizonte. Las mieses parecían de oro bajo los últimos rayos de sol. El cielo estaba muy azul, casi morado sobre las rocas, y tenía la profundidad y la plenitud que siempre le da la marea alta. La flota pesquera había terminado de faenar y se encontraba en el este, aprovechando la brisa de tierra. La casa ya estaba en sombra, solo la veleta de la cúpula de la torre del reloj recibía el último haz de luz. Crucé el césped lentamente, acercándome a la puerta, que estaba abierta.

Las ventanas todavía estaban abiertas también, porque Seecombe no había mandado que las cerraran. Los postigos abiertos con las cortinas moviéndose suavemente y la idea de las habitaciones que conocía y quería me daban una sensación acogedora. El humo salía, alto y recto, por las chimeneas. El viejo Don, el retriever, tan mayor y entumecido que ya no venía a pasear con los perros jóvenes y conmigo, rascaba entre la gravilla al pie de las ventanas de la biblioteca; volvió la cabeza y, al verme, empezó a mover la cola despacio mientras me acercaba.

De pronto, con fuerza y contundencia, me vino a la cabeza por primera vez desde que supe de la muerte de Ambrose que todo cuanto veía y consideraba me pertenecía. No tendría que compartirlo nunca con nadie. Las paredes y las ventanas, el tejado, la campana, que daba las siete en ese momento, la entidad viva de la casa al completo era mía y solo mía. La hierba que pisaba, los árboles de alrededor, los montes del fondo, los prados, los bosques y hasta los hombres y mujeres que cultivaban la tierra más allá eran mi herencia; todo era una sola cosa.

Entré en casa y me quedé en la biblioteca, de espaldas a la chimenea, con las manos en los bolsillos. Los perros entraron, como de costumbre, y se tumbaron a mis pies. Seecombe vino a preguntarme si tenía alguna orden para Wellington, para el día siguiente por la mañana. ¿Quería que preparase el carruaje y los caballos o que ensillara a Gypsy? Le dije que no, que esa noche no había órdenes que dar. Vería a Wellington personalmente después de desayunar. Y que me despertaran a la hora de siempre. Respondió: «Sí, señor» y se fue. El señorito Philip había desaparecido para siempre. El señor Ashley había llegado a casa. Era una sensación muy rara, como de humildad y, al mismo tiempo, de orgullo, curiosamente. Notaba una confianza en mí mismo y una fuerza desconocidas para mí, y una euforia nueva. Me pareció que eso

mismo debía de pasarle a un soldado cuando le confiaban el mando de un batallón; esta sensación de ser amo y señor, de orgullo, así como de posesión, me vino como debía de venirle a un comandante de cierta edad, después de haber pasado muchos meses y muchos años ocupando un segundo lugar. Pero, al contrario que los soldados, yo nunca tendría que ceder el mando. Era mío de por vida. Creo que cuando me di cuenta de esto, allí, delante de la chimenea de la biblioteca, fue un momento de felicidad que no había conocido hasta entonces ni volvería a conocer. Como suele suceder en estos casos, el momento llegó de repente y se fue enseguida. Algún ruido de la vida cotidiana rompió el hechizo: quizá se movió un perro o se partió un tronco en el fuego, o tal vez un criado andaba por arriba cerrando las ventanas... no me acuerdo de qué fue. Lo único que recuerdo es la sensación de confianza que tuve aquella noche, como si algo adormecido desde hacía mucho tiempo se hubiera despertado dentro de mí y cobrara vida. Me fui temprano a la cama y dormí sin soñar nada.

Mi padrino, Nick Kendall, vino a casa al día siguiente acompañado por Louise. Como no había familiares cercanos a los que avisar y solamente algunos legados para Seecombe y los demás criados, además de las donaciones de costumbre a los pobres, a las viudas y a los huérfanos de la parroquia, y todas las tierras y propiedades eran para mí, Nick Kendall me leyó el testamento a mí solo, en la biblioteca. Louise se fue a pasear por los jardines. A pesar del lenguaje jurídico, el asunto parecía sencillo y directo. Con una sola excepción. El italiano Rainaldi tenía razón. Nick Kendall había sido nombrado mi tutor, porque las tierras no serían realmente mías hasta que cumpliera veinticinco años.

—Ambrose estaba convencido —dijo mi padrino, quitándose las gafas y pasándome el documento para que lo leyera por mí mismo— de que los jóvenes no saben lo que quieren hasta cumplir los veinticinco. Puede que te diera por beber, por apostar o por las mujeres, y esta cláusula de los veinticinco años es como un seguro. Lo ayudé a redactar el testamento cuando estudiabas en Harrow y, aunque ambos sabíamos que todavía no apuntabas tendencia de esa clase, Ambrose prefirió dejar la cláusula. «A Philip no le hará daño —decía siempre— y así aprenderá a tener cuidado». Bueno, ya lo sabes, y no se puede hacer nada para enmendarlo. Lo cierto es que no te va a afectar, aunque tendrás que seguir siete meses hablando conmigo cuando necesites dinero, como siempre, para las cuentas de las tierras y para tus gastos personales. Porque cumples años en abril, ¿verdad?

—Debería usted saberlo —dije—, es mi padrino.

—Eras un gusanito muy gracioso —dijo con una sonrisa—, mirabas al pastor con cara de pasmo. Ambrose acababa de llegar de Oxford. Te pellizcó la nariz para hacerte llorar y su tía, tu madre, se escandalizó. Después retó a tu pobre padre a una carrera de barcas y remaron desde el castillo hasta Lostwithiel; terminaron empapados hasta los huesos. ¿Nunca has echado de menos a tus padres, Philip? Muchas veces pienso que ha tenido que ser difícil, sin tu madre.

—No sé —dije—. Nunca me he parado a pensarlo. Nunca he necesitado a nadie más que a Ambrose.

—De todos modos, no estuvo bien —dijo—. Se lo decía a Ambrose, pero no quiso hacerme caso. Tenía que haber metido a alguien en casa, un ama de llaves, una prima lejana o lo que fuera. Te has criado sin saber lo que son las mujeres y, si te casas algún día, será muy difícil para tu mujer. Se lo he dicho esta mañana a Louise, en el desayuno.

Se calló de pronto como cohibido, si esto era posible en mi padrino, como si hubiera hablado más de la cuenta.

—No pasa nada —dije—, mi mujer sabrá afrontar todas las dificultades cuando llegue el momento, si es que llega, que lo dudo. Creo que me parezco demasiado a Ambrose y ahora sé lo que le ha pasado por casarse.

Mi padrino se quedó en silencio. Después le conté la visita a la villa y a Rainaldi y él me enseñó la carta que le había escrito el italiano. Era tal como esperaba: con palabras frías y rebuscadas le contaba la enfermedad y muerte de Ambrose, lo mucho que lo lamentaba y la conmoción y el sufrimiento que había causado a la viuda, que, según Rainaldi, estaba desconsolada.

—Tan desconsolada —dije a mi padrino— que se largó de casa al día siguiente como un ladrón, llevándose todas las pertenencias de Ambrose menos este sombrero viejo, porque se le olvidó. Seguro que se le olvidó porque está viejo y estropeado y no tiene ningún valor.

Mi padrino tosió y frunció el poblado ceño.

—No le reprocharás que se haya quedado con los libros y la ropa, ¿verdad? —me dijo—. Olvídalo, Philip, es lo único que tiene.

—¿A qué se refiere? —le pregunté—. ¿Cómo que es lo único que tiene?

—Bueno, te he leído el testamento —me contestó—, ahí lo tienes. Es el mismo que redacté hace diez años. No hay codicilo sobre un posible matrimonio. No se prevé la existencia de una esposa. He estado este año esperando que me dijera algo en algún momento, al menos sobre una asignación. Es lo normal. Pero supongo que descuidó un poco estas cosas en su larga estancia en el extranjero; tendría la idea de arreglarlo cuando volviera, pero la enfermedad se lo impidió. Me sorprende un poco que este italiano, el *signor* Rainaldi, que tan poco parece gustarte, no aluda para nada a una posible reclamación de la señora Ashley. Demuestra mucha delicadeza por su parte.

—¿Reclamación? —dije—. ¡Dios mío! ¿Reclamar ella, cuando sabemos perfectamente que lo ha arrastrado a la muerte?

—Eso no lo sabemos —replicó mi padrino— y, si piensas decir esas cosas de la viuda de tu primo, no hablo más contigo.

Se levantó y empezó a recoger sus papeles.

—Entonces ¿cree el cuento del tumor? —le pregunté.

—Claro que lo creo —contestó—. Aquí está la carta del italiano, Rainaldi, y el

certificado de defunción firmado por dos médicos. Me acuerdo de cómo murió tu tío Philip, cosa que tú ignoras. Los síntomas eran muy parecidos. Es exactamente lo que me temía yo, cuando llegó la carta de Ambrose y te fuiste a Florencia. Fue un desastre inevitable que llegaras tarde para poder ayudar en algo. Aunque, ahora que lo pienso, tal vez no fuera un desastre, sino una bendición. No te habría gustado verlo sufrir.

Le habría pegado, viejo idiota, por ser tan obstinado y estar tan ciego.

—Usted no vio la segunda carta —dije—, la nota que llegó la mañana en que me fui. Eche un vistazo.

Todavía la tenía conmigo. La llevaba siempre en el bolsillo superior. Se la di. Mi tío se puso las gafas otra vez y la leyó.

—Lo siento, Philip —dijo—, pero este pobre mensaje tan lamentable no me hace cambiar de opinión. Tienes que afrontarlo. Querías mucho a Ambrose, y yo también. Ha muerto y yo he perdido a mi amigo. Me acongoja tanto como a ti saber que sufrió mucho, tal vez más, porque yo lo vi en otra ocasión. La cuestión es que no quieres reconocer que el hombre al que tanto queríamos y admirábamos dejó de ser él mismo antes de morir. Estaba enfermo física y mentalmente y no era responsable de lo que escribía ni de lo que decía.

—No lo creo —dije—. No puedo creerlo.

—Quieres decir que te niegas a creerlo —puntualizó mi padrino—, en cuyo caso no hay nada que decir. Pero, por Ambrose y por todos los que lo conocimos y lo quisimos aquí y en todo el condado, tengo que pedirte que no vayas pregonando tu opinión por ahí. Sería un desastre y un dolor para todos; y si algún rumor de esa clase llegara a oídos de la viuda, esté donde esté, te consideraría un miserable y tendría todo el derecho a denunciarte por difamación. Desde luego, si yo fuera su representante legal, como parece serlo el italiano, no dudaría en hacerlo.

Nunca le había oído hablar con tanto convencimiento. Tenía razón: no había nada más que decir sobre el tema. Entendí la lección. No volvería a hablar de ello.

—¿Llamamos a Louise? —dije sin preámbulos—. Me parece que lleva mucho rato paseando por el jardín. Es mejor que os quedéis a comer conmigo.

Mi padrino no habló en la mesa. Sabía que todavía le duraba la impresión de lo que le había dicho. Louise me preguntó por el viaje, qué me habían parecido París, la campiña francesa, los Alpes y Florencia, y fui respondiéndole con comentarios muy poco relevantes. Sin embargo, ella era una chica despierta y vio que algo no iba bien. Después de comer, cuando mi padrino llamó a Seecombe y a los criados para comunicarles lo que les había dejado Ambrose, fui a sentarme con ella en la sala de estar.

—Mi padrino está disgustado conmigo —dije, y se lo conté todo.

Me miraba de esa forma crítica e inquisitiva, muy propia de ella, a la que estaba acostumbrado, con la cabeza ligeramente ladeada y la barbilla levantada.

—¿Sabes una cosa? —me dijo, cuando terminé de hablar—. Creo que a lo mejor

tienes razón. Diría que el pobre señor Ashley y su mujer no eran felices, pero, por orgullo, él no te lo contó antes de ponerse enfermo, y es posible que después tuvieran una discusión y pasara todo a la vez, y por eso te escribió esas cartas. ¿Qué decían los criados de ella? ¿Era joven o vieja?

—No se lo pregunté —dije—, y no sé qué importancia pueda tener. Lo único importante es que no confiaba en ella cuando murió.

Ella asintió.

—¡Qué horror! —dijo—. ¡Qué solo estaría! —Louise me animó. Me pareció que entendía las cosas mucho mejor que su padre, tal vez porque era joven, de mi edad. Él empezaba a envejecer, pensé para mí, y a chochear—. Tenías que haber preguntado al italiano ese, Rainaldi, a ver cómo era ella —añadió—. Yo se lo habría preguntado. Habría sido lo primero de todo. Y qué le había pasado a su primer marido, el conde. ¿No me has dicho que murió en un duelo? Ya ves, eso no dice nada bueno a su favor. Seguramente tenía amantes.

No se me había ocurrido pensar esas cosas de mi prima Rachel. Solo me la imaginaba malévol, como una araña. A pesar del odio que sentía, tuve que sonreír.

—Típico de chicas —le dije a Louise—, imaginarse amantes. Estiletes en un zaguán oscuro, escaleras secretas... Tenía que haberte llevado conmigo a Florencia. Te habrías enterado de muchas más cosas que yo.

Se sonrojó mucho cuando se lo dije y pensé que las chicas eran muy raras; ni siquiera Louise, a la que conocía de toda la vida, entendía la broma.

—De todos modos —dije—, a mí me da igual que tuviera cien amantes o ninguno. Por mí, puede esconderse en Roma o en Nápoles o dondequiera que esté. Pero un día la cazaré y lo lamentaré.

En ese momento llegó mi padrino a buscarnos y no dije nada más. Parecía de mejor humor. Sin duda Seecombe, Wellington y los demás se habrían alegrado mucho al recibir su legado y él, en su estilo bondadoso, se alegraría también por la parte que le tocaba.

—No tardes en venir a verme —le dije a Louise, mientras la ayudaba a subir al carrocín al lado de su padre—. Me haces mucho bien. Me gusta estar contigo.

Y volvió a sonrojarse, qué tonta, y miró a su padre, a ver cómo se lo tomaba, como si fuera la primera vez que íbamos a vernos uno a casa del otro. A lo mejor también a ella le impresionaba mi nueva posición y, antes de darme cuenta, dejaba de ser Philip y me convertía en el señor Ashley a sus ojos. Entré en casa sonriendo al pensar que Louise Kendall, a la que tiraba del pelo hacía solo unos años, me considerase ahora con respeto, y al instante me olvidé de ella y de mi padrino, porque había mucho que hacer después de dos meses de ausencia.

Tardé por lo menos quince días en acordarme de ir a ver a mi padrino, entre la cosecha y todo lo demás, pero no había pasado una semana cuando llegó un mozo suyo una mañana, poco después de mediodía, con un recado de su señor: que si podía ir a verlo, porque estaba un poco constipado y no podía salir de casa pero tenía

noticias que darme.

No me parecía urgente, pero fui a verlo la tarde después de terminar de transportar las mieses.

Estaba solo en su estudio. Louise no se encontraba por allí. Tenía una expresión curiosa, de perplejidad, de intranquilidad. Comprendí que algo lo preocupaba.

—Bueno —dijo—, tenemos que hacer algo y te corresponde decidir qué y cuándo exactamente. Ella ha llegado en barco a Plymouth.

—¿Quién? —pregunté, aunque creo que lo sabía.

Me enseñó un papel que tenía en la mano.

—Me ha llegado una carta de tu prima Rachel.



## Capítulo VII



Me dio la carta. Me fijé en la letra del papel doblado. No sé qué esperaba ver. Algo llamativo, tal vez, con bucles y florituras; o al contrario, garabatos ilegibles y diminutos. Era una letra normal, parecida a cualquier otra, solo que el final de las palabras se alargaba formando rayitas y costaba un poco descifrar cada una.

—Parece que no sabe que estamos al tanto de la noticia —dijo mi padrino—. Debió de irse de Florencia antes de que el *signor* Rainaldi me escribiera. Bueno, a ver qué te parece. Te daré mi opinión después.

Abrí la carta. El remite era de una hospedería de Plymouth y la fecha, el 13 de septiembre.

*Apreciado señor Kendall:*

*Cuando Ambrose me hablaba de usted, cosa que hacía a menudo, jamás pensé que mi primera comunicación con usted sería en circunstancias tan tristes. He llegado de Génova a Plymouth esta mañana muy afligida y sola, por desgracia.*

*Mi querido Ambrose murió en Florencia el 20 de julio, después de una breve enfermedad que lo atacó violentamente. Se hizo todo lo que se pudo, pero ni los mejores médicos que encontré pudieron salvarlo. Tenía una fiebre recurrente, que ya lo había atacado antes, en primavera, pero la última vez se debía a una presión del cerebro que, en opinión de los médicos, no se había manifestado en varios meses, pero que de pronto aumentó. Yace en el cementerio protestante de Florencia, en una parcela que elegí yo misma, tranquila y un poco separada de las otras tumbas inglesas, rodeada de árboles, que es lo que le habría gustado. No le contaré nada del dolor y el vacío que siento; usted no me conoce y no deseo castigarlo con mis penas.*

*La primera persona en la que he pensado ha sido Philip, a quien tan tiernamente quería Ambrose y cuyo dolor será comparable al mío. El *signor* Rainaldi, mi buen amigo y consejero de Florencia, me dijo que le escribiría para comunicarle la noticia, para que usted, a su vez, se la comunicara a Philip, pero no confío en el servicio de correos entre Italia e Inglaterra y temía que la carta no le llegara o que se enterase por terceros, por medio de algún desconocido. Por eso he venido a este país. He traído todas las pertenencias de Ambrose: libros, ropa y todo lo que él habría querido tener y guardar y que ahora pertenece a Philip por derecho. Le agradecería mucho que me dijera lo que tengo que hacer con estas cosas, si se las mando y si debería escribir a Philip personalmente.*

*Me fui de Florencia de repente, por un impulso y sin lamentarlo. No podía soportar seguir allí sin Ambrose. En cuanto a lo que voy a hacer a partir de ahora, no lo sé. Después de un revés tan grande, creo que lo mejor es darme un tiempo de reflexión. Creía que llegaría antes a Inglaterra, pero me entretuve en Génova porque el barco que me ha traído todavía no estaba preparado para navegar. Creo que quedan algunos Coryn de mi familia repartidos por Cornualles, pero, como no los conozco, no deseo aparecer de pronto como una intrusa. Prefiero estar sola. Es posible que primero descanse un poco y después me vaya a Londres y haga algún plan.*

*Espero instrucciones sobre lo que debo hacer con las pertenencias de mi marido.*

*Suya afectísima,*

Rachel Ashley

Leí la carta dos o tres veces y se la devolví a mi padrino. Esperaba que le dijera algo, pero no dije una palabra.

—Ya ves —dijo él, al ver que yo no hablaba—, al fin y al cabo no se ha quedado con nada, ni siquiera un libro o un par de guantes. Es todo para ti.

No contesté.

—Ni siquiera dice que quiera ver la casa —prosiguió—, la casa que sería suya si Ambrose viviera. ¿Te das cuenta de que el viaje que ha hecho lo habrían hecho juntos, si las cosas hubieran sido de otra forma? Habría tenido un recibimiento por todo lo alto. Menuda diferencia, ¿eh? Todo el mundo habría acudido a saludarla; los criados, impacientes y emocionados; los vecinos llamando... Pero no: una hospedería solitaria en Plymouth. No sé si será simpática o antipática... cómo voy a saberlo si no la conozco. Pero la cuestión es que no pide nada, no exige nada. Sin embargo, es la señora Ashley. Lo siento Philip. Sé lo que piensas y no te voy a hacer cambiar de opinión, pero, como amigo y mandatario de Ambrose, no puedo quedarme de brazos cruzados cuando su viuda llega al país sola y sin amigos. En esta casa hay una habitación de invitados. La recibiremos con mucho gusto hasta que tenga algún plan.

Me acerqué a la ventana. Louise no había salido, al fin y al cabo. La vi con una cesta en el brazo; estaba descabezando las flores secas del parterre. Levantó la cabeza y, al verme, me saludó. Me pregunté si mi padrino le habría leído la carta.

—¿Y bien, Philip? —dijo—. Puedes escribirle o no, como prefieras. Supongo que no quieres verla y, si acepta mi invitación, no te pediré que vengas a casa mientras ella esté aquí. Pero creo que tienes la obligación de mandarle un mensaje o algo diciéndole que sabes que te ha traído esas cosas. Puedo decírselo yo en una postdata cuando le escriba.

Me di media vuelta y lo miré.

—¿Por qué cree que no quiero verla? —le pregunté—. Quiero verla, tengo muchas ganas de verla. Si es una mujer impulsiva, que es lo que parece, por la carta, y recuerdo que Rainaldi lo decía, yo también puedo serlo y es lo que me propongo. Fui a Florencia dejándome llevar por un impulso, ¿no es así?

—¿Y? —dijo mi padrino frunciendo el ceño, mirándome con suspicacia.

—Cuando escriba a Plymouth —le dije—, dígame que Philip Ashley ya está al corriente de la muerte de Ambrose. Que fue a Florencia tan pronto como recibió dos cartas, que estuvo en villa Sangalletti, vio a sus criados, a su amigo y consejero, el *signor* Rainaldi, y que ya ha vuelto. Dígame que es un hombre sencillo y vive con sencillez. Que no tiene modales refinados ni es buen conversador y que no trata mucho con mujeres, ni con la gente en general, a decir verdad. Si, a pesar de todo, desea verlo y visitar la casa de su difunto esposo, la casa de Philip Ashley está a disposición de su prima Rachel cuando lo desee.

Me puse la mano en el corazón e hice una inclinación.

—Jamás me imaginé —dijo mi padrino, hablando despacio— que pudieras convertirte en una persona tan severa. ¿Qué te ha ocurrido?

—No me ha ocurrido nada —dije—, lo que pasa es que huelo la sangre, como un joven caballo de guerra. ¿Se le ha olvidado que mi padre fue militar?

Y salí al jardín a buscar a Louise. Estaba más preocupada que yo por la noticia. Le cogí la mano y la llevé al otro lado del césped, a la casa de verano. Nos sentamos juntos como conspiradores.

—Tu casa no está preparada para recibir a nadie —me dijo inmediatamente—, y menos aún a una mujer como la condesa... como la señora Ashley. Es que no puedo evitar llamarla condesa también, me sale espontáneamente. ¡Vamos, Philip! Hace veinte años que no vive una mujer en tu casa. ¿En qué habitación la pondrás? Y ¡piensa en el polvo! No solo el de las habitaciones de arriba, también el de la sala de estar. Me fijé la semana pasada.

—Todo eso no tiene ninguna importancia —le dije con impaciencia—. Que limpie ella el polvo, si tanto le molesta. Cuanto peor le parezca, mejor para mí. Que vea de una vez la vida alegre y despreocupada que llevábamos Ambrose y yo. Y no como en la villa...

—¡Ah, te equivocas, Philip! —exclamó Louise—. No querrás parecerle un palurdo ignorante, como cualquier labriego de las tierras. Estarías en desventaja incluso antes de hablar con ella. No olvides que ha vivido toda la vida en el continente y que está acostumbrada al refinamiento, a tener muchos criados, y dicen que los de fuera son mucho mejores que los nuestros; y seguro que habrá traído bastante vestuario e incluso joyas, tal vez, aparte de las cosas del señor Ashley. Él le contaría tantas cosas de la casa que seguro que espera algo refinado, como su propia villa. Y tenerla desordenada, llena de polvo y oliendo como una pocilga... ¡Vamos, Philip! No querrás que se encuentre con algo así, ¿no? Aunque solo sea por Ambrose.

¡Maldita sea, cómo me enfadé!

—¿Qué demonios quieres decir con eso de que mi casa huele como una pocilga? Es la casa de un hombre, sencilla y acogedora, y quiera Dios que siga siendo así. Ni a Ambrose ni a mí nos gustaban los muebles raros ni los adornos ridículos en las mesas, que se caen al suelo y se rompen en cuanto los rozas al pasar.

Tuvo el acierto de poner cara de compungida, si no de avergonzada.

—Lo siento —dijo—, no quería ofenderte. Sabes que me encanta tu casa, le tengo mucho aprecio y siempre se lo tendré. Pero no puedo evitar decirte lo que pienso de la forma en que la cuidas. Lleva mucho tiempo sin ningún cambio, sin verdadero calor de hogar, sin... bueno, sin comodidades, y perdona otra vez.

Pensé en la iluminada y acicalada sala en la que pasaba las veladas con mi padrino y enseguida supe cuál prefería yo para mí, y él también sin duda, si tuviera que elegir entre la suya y mi biblioteca.

—De acuerdo —dije—, olvidemos la falta de comodidades. A Ambrose le parecía bien y a mí también, y durante unos pocos días, tantos como desee honrarme con su presencia, también tendrá que parecerle bien a mi prima Rachel.

Louise hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Eres incorregible —dijo—. Si la señora Ashley es la mujer que me imagino, echará un vistazo a la casa y enseguida buscará refugio en St Austell o en la nuestra.

—Que haga lo que quiera —repliqué— en cuanto termine con ella.

Louise me miró con curiosidad.

—¿De verdad te atreverás a interrogarla? —me preguntó—. ¿Por dónde vas a empezar?

Me encogí de hombros.

—No lo sabré hasta que la vea. Intentará defenderse con bravatas, estoy seguro. O tal vez haga una gran exhibición de emociones y le dé un síncope y un ataque de histeria. No me afectará en absoluto. La miraré y lo disfrutaré.

—No creo que se defienda con bravatas —dijo Louise— ni que le dé un ataque de histeria. Sencillamente entrará en la casa y tomará el mando. Recuerda que estará acostumbrada a dar órdenes.

—En mi casa no dará ni una.

—¡Pobre Seecombe! ¡Lo que daría por verle la cara! Le tirará cosas a la cabeza si no se presenta en cuanto tire de la campanilla. Los italianos son muy vehementes, ya sabes, muy irritables. Lo dice todo el mundo.

—Es medio italiana nada más —le recordé— y creo que Seecombe sabe cuidarse solo perfectamente. A lo mejor llueve tres días seguidos y tiene que quedarse en la cama por el reuma.

Nos echamos a reír en la casa de verano como dos críos, pero, a pesar de todo, yo no estaba tan tranquilo como aparentaba. Había lanzado la invitación al aire como un reto y creo que ya lo lamentaba en ese momento, aunque no se lo dije a Louise. Y lo lamenté más cuando fui a casa y me fijé en las cosas. ¡Santo Dios! ¡Qué locura había cometido! De no haber sido por el orgullo, creo que habría vuelto a casa de mi padrino a decirle que no dijera nada de mi parte cuando escribiera a Plymouth.

¿Qué demonios iba a hacer yo con esa mujer en casa? ¿Qué podía decirle? ¿Qué pasos tenía que dar? Si Rainaldi era convincente, ella lo sería diez veces más. Un ataque directo podía fallar y, además, ¿qué había dicho el italiano sobre la tenacidad y las batallas de las mujeres? Si fuera una mujer vulgar y hablara a voces, sabría obligarla a callar la boca, o eso creía. Uno de los granjeros había estado con una mujer así, que lo habría denunciado por faltar a una promesa, pero enseguida la mandé de vuelta a Devon, de donde era. Pero ¿sabría vérmelas con la dulzura, la insidia, los suspiros profundos y los ojos de cordero? Eso me parecía. Había conocido a algunas así en Oxford y siempre sabía decirles las cosas con total crudeza, casi con brutalidad, para que volvieran a su madriguera sin romperse ningún hueso. No, pensándolo bien, estaba más que seguro de que sabría lo que tenía que decir, cuando tuviera que hablar con mi prima Rachel. Lo peor de todo eran los preparativos para la visita, la fachada de cortesía antes del saludo de armas.

Para mi gran sorpresa, Seecombe no se desalentó cuando se lo comuniqué. Fue casi como si la esperase. Le dije brevemente que la señora Ashley había llegado a

Inglaterra con todas las pertenencias del señor Ambrose y que era que posible que viniera a pasar unos días dentro de una semana. No adelantó el labio inferior como solía cuando se le planteaba alguna dificultad y me escuchó con gran formalidad.

—Sí, señor —dijo—, muy bien, como está mandado. Todos nos alegraremos mucho de recibir a la señora Ashley.

Lo miré por encima de la pipa, me hacía gracia su pomposidad.

—Creía —le dije— que eras como yo y que no te gustaba tener mujeres en casa. Cuando te dije que el señor Ambrose se había casado y que ella sería la señora de la casa, reaccionaste de otra forma.

Se quedó de una pieza. Ahora sí que adelantó el labio inferior.

—No era lo mismo, señor —dijo—, ha sucedido una tragedia desde entonces. La pobre señora se ha quedado viuda. El señor Ambrose habría querido que hiciéramos todo lo posible por ella, sobre todo porque, al parecer —carraspeó discretamente—, la defunción de su marido no la ha beneficiado en ningún aspecto.

Me intrigó cómo demonios podía saberlo y se lo pregunté.

—Todo el mundo lo sabe, señor, y se habla de ello. Se lo ha dejado todo a usted, señor Philip, nada para la viuda. No es lo normal, ¿comprende? En todas las familias, sean grandes o pequeñas, siempre se deja una provisión para la viuda.

—Seecombe —dije—, me sorprende que preste oídos a los cotilleos.

—No son cotilleos, señor —dijo con dignidad—. Todo lo que tenga que ver con la familia Ashley tiene que ver con nosotros. A nosotros, los criados, no nos olvidó.

Me lo imaginé sentado en las dependencias de atrás, en su habitación, la habitación del mayordomo, como la llamaban de antiguo, y entonces llegarían Wellington, el viejo cochero, Tamlyn, el jardinero mayor, y el jefe de los leñadores, a tomar una cerveza y charlar con él —los criados jóvenes no, desde luego, no tendrían permiso para ir allí—; hablarían de los asuntos del testamento, que yo creía tan secretos, y se asombrarían y volverían a hablar de ellos frunciendo los labios y haciendo gestos de resignación.

—No es que se olvidara de ella —le dije secamente—. El señor Ashley no podía resolver asuntos de esta índole porque estaba en el extranjero. No esperaba morir allí. Si hubiera vuelto, todo habría sido distinto.

—Sí, señor —dijo—, eso es lo que me parecía a mí.

En fin, que gastaran saliva por el testamento, a mí tanto me daba. Pero, con un chispazo de rencor, me pregunté cómo me habrían tratado si, al final, no hubiera heredado la casa y las tierras. ¿Con la misma deferencia? ¿El mismo respeto? ¿La misma lealtad? O ¿me habría convertido en el señorito Philip, un familiar pobre, con una habitación en el último rincón de la casa? Sacudí la pipa, sabía seca y polvorienta. Me pregunté cuántos serían los que me apreciaban y me servían solo por mí mismo.

—Nada más, Seecombe —dije—. Si la señora Ashley decide venir a hacernos una visita, te avisaré. No sé nada de habitaciones. Eso lo dejo en tus manos.

—Claro, señor Philip, señor —dijo Seecombe, sorprendido—. ¿Le parecería bien poner a la señora Ashley en la habitación de señor Ashley?

Lo miré sin dar crédito; me quedé sin palabras del susto. Pero temí que me delataran los sentimientos y me di media vuelta.

—No —dije—, eso no será posible. Me voy a trasladar a la habitación del señor Ashley. Quería habértelo dicho antes. Lo decidí hace unos días.

Era mentira. No se me había ocurrido pensar en eso hasta ese momento.

—Muy bien, señor; en tal caso, la habitación azul y el vestidor me parecen más adecuados para la señora Ashley.

Y salió de la biblioteca.

«¡Dios Santo! —pensé—. ¡Poner a esa mujer en la habitación de Ashley! ¡Qué sacrilegio!». Me desplomé en el sillón mordiendo la pipa. Estaba furioso, agitado, enfermo de preocupación. Había sido una locura mandar esa nota por medio de mi padrino, una locura recibirla en casa. ¿Cómo me había dejado arrastrar, por todos los demonios? Y el idiota de Seecombe, con sus ideas de lo que estaba bien y lo que no.

Aceptó la invitación. Respondió a mi padrino, no a mí. Lo cual estaba muy bien, como está mandado, que diría Seecombe. No la había invitado yo directamente y, por lo tanto, no tenía que contestarme a mí, sino a mi padrino. Decía que estaría preparada, que fueran a recogerla cuando les pareciera conveniente y que si era una molestia, vendría ella en un vehículo de alquiler. Contesté, otra vez a través de mi padrino, que mandaría un carruaje a buscarla el viernes. Y nada más.

El viernes llegó enseguida. Hacía un día caprichoso, irregular, con ventoleras. Así solía estar el tiempo la tercera semana de septiembre, con las grandes mareas del año. Volaban nubes bajas por el cielo, desde el suroeste, amenazaba lluvia por la tarde. Deseé que lloviera. Uno de nuestros auténticos chaparrones con un gran vendaval para rematar. Un recibimiento propio del país del oeste. Nada de cielos italianos. La víspera mandé a Wellington con los caballos. Haría noche en Plymouth y volvería con ella. Desde el momento en que anuncié a los criados que esperábamos a la señora Ashley se apoderó de la casa una especie de frenesí. Hasta los perros lo percibían y me seguían por todas las habitaciones. Seecombe me recordaba a un sacerdote anciano que, después de muchos años de no officiar ninguna clase de ceremonia religiosa, tiene que adaptarse otra vez al rito olvidado. Andaba por la casa misteriosa y solemnemente, sin hacer ruido —incluso se había comprado un par de zapatillas de suela blanda—, y en la mesa del comedor y en el aparador aparecieron objetos de plata que no había visto en mi vida. Supuse que eran reliquias de los tiempos de mi tío Philip. Grandes candelabros, azucareros, copas de vino y un cuenco de plata lleno de rosas —¡por todos los santos!— en el centro.

—¿Desde cuándo —le pregunté— te has vuelto acólito? ¿Dónde están el incienso y el agua bendita?

No movió un músculo de la cara. Dio un paso atrás y contempló el efecto de las reliquias.

—He pedido a Tamlyn que traiga flores recién cortadas del jardín amurallado — dijo—. En este momento las están preparando los chicos en la parte de atrás. Harán falta flores en la sala de estar y en el dormitorio azul, en el vestidor y en el tocador.

Miró con mala cara al joven John, el chico de la despensa, que resbaló y estuvo a punto de caerse, cargado como iba con otro par de candelabros.

Los perros me miraron, desanimados. Uno de ellos se escondió debajo del banco del vestíbulo. Me fui arriba. Dios sabía cuánto tiempo hacía que no entraba en la habitación azul. Nunca recibíamos huéspedes, así que en mi cabeza estaba relacionada con el juego del escondite, hacía mucho, una Navidad en que Louise vino con su padre. Me acuerdo de que entré allí y me escondí debajo de la cama, entre el polvo. Tenía una vaga idea de que Ambrose había dicho alguna vez que era la habitación de tía Phoebe, y la tía Phoebe se había ido a vivir a Kent y después había muerto.

Hoy no quedaba ni rastro de ella. Los chicos, dirigidos por Seecombe, habían trabajado mucho y habían barrido a tía Phoebe con el polvo de los años. Las ventanas estaban abiertas, daban a los jardines, y el sol de la mañana brillaba en las gastadas alfombras. Habían puesto en la cama sábanas limpias de una calidad desconocida para mí. ¿Y ese palanganero, con su palangana y su aguamanil, habían estado siempre ahí, me pregunté, en el vestidor adyacente? ¿Y esa butaca? No me acordaba de nada de todo eso, pero tampoco me acordaba de tía Phoebe, que se había ido a Kent antes de que naciera yo. Bien; lo que le había servido a ella tendría que servirle a mi prima Rachel.

La tercera estancia, después de un arco, que formaba el conjunto de habitaciones había sido el tocador de tía Phoebe. También habían quitado el polvo y abierto las ventanas. Diría que en esa habitación ni siquiera había entrado cuando jugábamos al escondite. Había un retrato de Ambrose en la pared, encima de la chimenea, de cuando era joven. Ni siquiera sabía que existía, y seguramente a él se le había olvidado. Si lo hubiera pintado algún pintor famoso estaría abajo, con los demás retratos de la familia, pero mandarlo ahí, a una habitación que nunca se usaba, parecía indicar que nadie se había acordado mucho de él. Era un retrato de tres cuartos, con la escopeta bajo el brazo y una perdiz muerta en la mano izquierda. Los ojos miraban de frente, a los míos, y la boca sonreía levemente. Llevaba el pelo más largo de lo que recordaba. Ni la cara ni el retrato tenían nada de particular que llamara la atención. Solo una cosa: casi parecía yo. Me miré en el espejo y volví a mirar el retrato, y la única diferencia era la forma de los ojos, un poco más cerrados que los míos, y el pelo más oscuro. El hombre del retrato y yo podíamos ser hermanos, casi gemelos. Verlo tan claramente me levantó el ánimo. Era como si el joven Ambrose me sonriera y me dijera: «Estoy contigo». Y también me parecía que tenía muy cerca a Ambrose el mayor. Cerré la puerta al salir, pasé de nuevo por el vestidor y la alcoba azul y me fui abajo.

Oí ruido de ruedas fuera. Era Louise con su carrocín y grandes ramos de

margaritas de otoño y dalias en el asiento, a su lado.

—Para la sala de estar —dijo, al verme—. Pensé que Seecombe me lo agradecería.

Seecombe, que en ese momento pasaba por el vestíbulo con su cuadrilla de secuaces, pareció ofenderse. Se quedó muy rígido mientras Louise entraba en casa cargada de flores.

—No tenía que haberse molestado, señorita Louise —dijo—. Lo he arreglado todo con Tamlyn. Esta mañana a primera hora trajeron suficientes flores del jardín amurallado.

—Bueno, puedo ponerlas en jarrones —dijo Louise—; sus hombres solo los romperían. Supongo que habrá jarrones. ¿O han metido las flores en frascos de mermelada?

Seecombe puso una cara que parecía un estudio de la dignidad ofendida. Me llevé a Louise a la biblioteca a toda prisa y cerré la puerta.

—No sabía —me dijo en voz baja— si querías que me quedara para supervisar las cosas y recibir a la señora Ashley cuando llegue. A mi padre le habría gustado acompañarme, pero no está bien del todo y, como parece que va a llover, me pareció mejor que se quedara en casa. ¿Qué me dices? Las flores eran solo una excusa.

Me fastidió un poco que tanto ella como mi padrino me considerasen tan incapaz, y también al pobre Seecombe, que hacía tres días que trabajaba como un cómitre.

—Te lo agradezco, pero no es necesario —dije—. Nos las arreglamos muy bien.

Se llevó una pequeña decepción. Evidentemente, se moría de curiosidad por ver a mi huésped. No le dije que no tenía intención de estar en casa cuando llegara.

Louise echó un vistazo a la habitación con ojo crítico pero no hizo ningún comentario. Seguro que veía muchas faltas, pero tuvo el tacto de no decir nada.

—Si quieres, vete arriba a ver la habitación azul —le dije, para compensarla un poco.

—¿La habitación azul? —dijo ella—. Es la que da al este, encima de la sala de estar, ¿verdad? Entonces, ¿no la has puesto en la del señor Ashley?

—No —dije—, esa es para mí.

Tanto insistir, ella y todos los demás, en que tenía que poner la habitación de Ambrose a disposición de su viuda fue como echar leña al fuego de mi irritación.

—Si de verdad quieres arreglar las flores, pide unos jarrones a Seecombe —dije, dirigiéndome hacia la puerta—. Tengo muchísimo que hacer fuera y estaré casi todo el día recorriendo las tierras.

Recogió las flores sin dejar de mirarme.

—Creo que estás nervioso —dijo.

—No estoy nervioso —dije—, quiero estar solo, nada más.

Se sonrojó y dio media vuelta, y a mí me remordió la conciencia, como siempre que hacía daño a alguien.

—Lo siento, Louise —dije, dándole una palmadita en el hombro—; no me hagas



ningún caso. Y muchísimas gracias por venir y traer flores, y por ofrecerte a quedarte.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó—. Quiero que me cuentes cosas de la señora Ashley. Comprenderás que tendré muchas ganas de saberlo todo. Bueno, si mi padre se encuentra mejor, iremos a la iglesia el domingo, pero mañana me lo pasaré pensando y preguntándome...

—¿Preguntándote qué? —le dije—. ¿Si he tirado a mi prima Rachel por el acantilado? Puede que lo haga, si me provoca lo suficiente. Oye, solo para complacerte, mañana por la tarde voy a Pelyn y te lo cuento todo con pelos y señales. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto —respondió, sonriendo, y se fue a buscar a Seecombe y los jarrones.

Estuve toda la mañana fuera de casa y volví sobre las dos, hambriento y sediento después de la cabalgada; comí un poco de fiambre y bebí un vaso de cerveza. Louise se había ido. Seecombe y los criados estaban en sus dependencias, comiendo. Me quedé solo en la biblioteca con mi sándwich de pan y fiambre. «Solo por última vez», pensé. Por la noche estaría ella en la biblioteca o en la sala, se notaría su presencia desconocida y hostil, dejaría su impronta en mis habitaciones, en mi casa. Sería una intrusa. No la quería. No quería que ni ella ni ninguna otra mujer de ojos inquisitivos y dedos fisgones se inmiscuyera en el ambiente íntimo y personal que era exclusivamente mío. La casa estaba tranquila, en silencio, y yo formaba parte de ella, era uno con ella, como lo había sido Ambrose y todavía lo era en alguna parte, entre las sombras. No queríamos que nadie rompiera este silencio.

Miré a todas partes como despidiéndome y después salí y me perdí en el bosque.

Calculaba que Wellington no llegaría a casa con el carruaje antes de las cinco de la tarde, así que me dispuse a corretear por ahí hasta después de las seis. Que me esperara para cenar. Había dado instrucciones a Seecombe. Si ella tenía hambre, que se aguantara hasta que llegase el amo de la casa. Me regodeé imaginándomela sentada y sola en la sala de estar, de punta en blanco, prepotente, y sin nadie que le hiciera los honores.

No paré de andar en medio del viento y la lluvia. Fui por la avenida que llevaba al cruce de los cuatro caminos y hacia el este hasta el confín de nuestras tierras; después volví por el bosque otra vez y me dirigí al norte, hasta las granjas más lejanas, con el propósito de charlar con los arrendatarios y perder el tiempo. Después crucé el parque y pasé por los montes del oeste para volver a casa finalmente por el Barton, justo cuando empezaba a anochecer. Estaba empapado hasta los huesos, o casi, pero me daba igual.

Abrí la puerta del vestíbulo y entré en casa. Esperaba ver señales de la llegada, cajas, baúles, mantas de viaje y cestas, pero todo estaba como de costumbre, no había nada nuevo.

La chimenea de la biblioteca estaba encendida, pero no había nadie allí. En el comedor había un servicio puesto para mí. Tiré de la campanilla de Seecombe.

—¿Y bien? —dije.

Tenía la actitud de prepotencia que había adoptado recientemente y hablaba en voz baja.

—La señora ha llegado —dijo.

—Me lo suponía —contesté—. Deben de ser casi las siete. ¿No ha traído equipaje? ¿Qué habéis hecho con él?

—La señora ha traído muy pocos efectos personales —dijo—. Las cajas y los baúles eran del señor Ambrose. Los hemos llevado a su antigua habitación, señor.

—¡Ah! —dije.

Me acerqué al fuego y di un puntapié a un leño. No quería que viera cómo me temblaban las manos por nada del mundo.

—¿Dónde está ahora la señora Ashley? —pregunté.

—La señora se ha retirado a su habitación, señor —me dijo—. Parecía cansada y me pidió que la excusara, que no bajaría a cenar. Le he subido una bandeja a la habitación hará una hora.

Me alivió saber todo eso, aunque también, en cierto modo, era un anticlímax.

—¿Qué tal el viaje? —pregunté.

—Wellington dice que la carretera estaba en malas condiciones desde Liskeard y que hacía mucho viento, señor. Un caballo perdió una herradura y tuvieron que desviarse hasta el herrero antes de Lostwithiel.

—Ajá.

Me volví para calentarme la espalda y las piernas.

—Está usted empapado, señor —dijo Seecombe—. Vaya a cambiarse, si no quiere constiparse.

—Eso es lo que voy a hacer ahora mismo —dije, y, echando un vistazo a la habitación, pregunté—: ¿Dónde están los perros?

—Creo que han subido con la señora —me dijo—, al menos el viejo Don, seguro; en cuanto a los otros, no estoy seguro.

Seguí calentándome las piernas en el fuego. Seecombe no se movía de la puerta, como si esperase que le diera conversación.

—Está bien —dije—. Voy a bañarme y a cambiarme. Dile a uno de los chicos que me suba agua caliente. Cenaré dentro de media hora.

Aquella noche me senté solo a cenar, con los candelabros recién pulidos y el cuenco plateado de rosas. Seecombe estaba detrás de mi silla, pero no hablaba. El silencio debía de torturarlo precisamente esta noche, porque sabía que tenía muchas ganas de hablar de la recién llegada. Bueno, pues que esperase, ya se despacharía a gusto en la habitación del mayordomo.

En cuanto terminé la cena, entró John y le dijo algo al oído. Seecombe se acercó y se inclinó por encima de mi hombro.

—La señora manda recado de que, si desea verla después de cenar, le recibirá encantada —dijo.

—Gracias, Seecombe.

Cuando se fueron los dos hice una cosa que no hacía casi nunca, solo si estaba extenuado de cabalgar, tal vez, o después de un día agotador de cacería o de luchar en plena tormenta de verano en la barca de vela con Ambrose. Me acerqué al aparador y me serví una copa de *brandy*. Después subí y llamé a la puerta del pequeño tocador.

## Capítulo VIII



Una voz baja, casi inaudible, me invitó a entrar. Aunque ya era de noche y habían encendido los candeleros, las cortinas estaban descorridas y ella estaba sentada en el antepecho de la ventana mirando el jardín. Me daba la espalda y tenía las manos juntas sobre el regazo. Debió de creer que era un criado, porque no se movió cuando entré. Don estaba tumbado delante de la chimenea con el hocico entre las patas, y los dos perros jóvenes a su lado. Nada había cambiado en la habitación, los cajones del pequeño secreter no estaban abiertos y no se veía ropa por ahí: ni rastro de la reciente llegada.

—Buenas noches —dije.

Me salió una voz tensa, poco natural, en la pequeña habitación. Ella se volvió, se levantó inmediatamente y se acercó a mí. Pasó todo tan deprisa que no me dio tiempo a pensar en las cien imágenes de ella que me había inventado en los últimos dieciocho meses. La mujer que me perseguía día y noche, que me obsesionaba en las horas de vigilia, que me inquietaba en sueños estaba ahora a mi lado. La primera impresión fue una conmoción, me quedé casi estupefacto al ver lo pequeña que era. Apenas me llegaba al hombro. En altura y tipo no se parecía nada a Louise.

Iba vestida de luto riguroso y el color negro le absorbía el del pelo, y llevaba encaje en la garganta y en los puños. Tenía el pelo castaño, con raya al medio y un moño bajo en la nuca; sus facciones eran limpias y proporcionadas. Lo único grande que tenía eran los ojos, que me reconocieron al instante y se abrieron de asombro, como los de un ciervo, y del reconocimiento pasaron al asombro y del asombro al dolor, casi a la aprensión. Vi que le volvía el color a la cara y que se le iba otra vez y creo que se quedó tan perpleja al verme como yo al verla a ella. Sería aventurado decir cuál de los dos estaba más nervioso e incómodo.

Yo la miraba y ella me miraba a mí. Tardamos un poco en decir algo y cuando lo hicimos, fue al mismo tiempo.

«Espero que haya descansado», dije yo rígidamente y ella: «Le debo una disculpa». Enseguida respondió a mi pregunta: «Sí, Philip, gracias», y se acercó a la chimenea para sentarse en un taburete bajo, junto al fuego; me indicó que me sentara en la butaca, enfrente de ella. Don, el viejo retriever, se desperezó y bostezó; se incorporó sobre los cuartos traseros y apoyó la cabeza en el regazo de mi prima.

—Este es Don, ¿verdad? —dijo, poniéndole la mano en el hocico—. ¿De verdad ha cumplido catorce años?

—Sí —dije—, cumple años una semana antes que yo.

—Salió de una tarta de hojaldre a la hora del desayuno —dijo—. Ambrose estaba escondido detrás del biombo, en el comedor, viendo cómo empezabas la tarta. Me dijo que jamás olvidaría la cara de asombro que pusiste cuando levantaste la corteza y salió Don. Cumplías diez años, era el 1 de abril.

Seguía acariciando a Don, pero levantó la cabeza y me sonrió; y, para mayor desconcierto, vi lágrimas en sus ojos, que desaparecieron al instante.

—Te debo una disculpa por no haber bajado a cenar —dijo—. Has hecho tantos preparativos solo por mí... Y seguro que has vuelto a casa a toda prisa, mucho antes de lo que querías. Pero estaba muy cansada. No habría sido buena compañía. Me pareció que te resultaría más fácil cenar solo.

Me acordé de la caminata que había dado por las tierras, de este a oeste, para hacerla esperar y no dije nada. Uno de los perros jóvenes se despertó y me lamió la mano. Le tiré de las orejas por hacer algo.

—Seecombe me ha contado que tenías mucho trabajo y que todavía queda mucho por hacer —dijo—. No quiero causarte ninguna molestia con mi inesperada visita. Me las arreglaré sola por aquí y lo haré con mucho gusto. No cambies ningún plan mañana por mi causa. Solo quiero decir una cosa, que es: gracias, Philip, por dejarme venir. Seguro que no ha sido fácil.

Se levantó y se acercó a la ventana para correr las cortinas. La lluvia golpeaba los cristales. Tal vez tendría que haberlas corrido yo, no sabía. Me levanté también, con torpeza, para hacerlo, pero ya era tarde. Volvió junto a la chimenea y nos sentamos de nuevo.

—Tuve una sensación muy rara —dijo— al llegar por el parque hasta la casa y ver a Seecombe esperando en la puerta para recibirme. Me lo había imaginado muchas veces, ¿sabes? Lo encontré todo tal como me lo imaginaba. El vestíbulo, la biblioteca, los cuadros de las paredes... El reloj dio las cuatro cuando entramos por la puerta; conocía incluso ese sonido. —Yo seguía tirando de las orejas al perrito. No la miraba—. Por la noche, en Florencia —dijo—, el verano pasado y el invierno antes de que Ambrose enfermara, hablábamos a menudo del viaje a Inglaterra. Era lo que más alegría le daba. Me contaba cómo eran los jardines y el bosque, y el camino hasta el mar. Teníamos la intención de volver por la ruta que he seguido ahora, por eso lo he hecho así. De Génova a Plymouth. Y después me iría a recoger Wellington en el carruaje y me traería a casa. Te agradezco que me lo mandaras, que supieras que me gustaría.

Estaba como un idiota, pero logré decir algo.

—Me temo que la carretera no estaba en buen estado —dije— y Seecombe me ha dicho que tuvisteis que desviaros hasta el herrero para poner una herradura a un caballo. Lo lamento.

—No fue ningún contratiempo —dijo—. Me encontraba a gusto allí, junto al fuego, viendo cómo trabajaban y charlando con Wellington.

Parecía mucho más tranquila ya. El nerviosismo del principio había desaparecido, si es que era eso, porque no lo sabía. De pronto me pareció que si alguien estaba haciendo algo mal era yo, porque tenía la sensación de ser muy grande y torpe en una habitación tan pequeña, y la butaca en la que estaba sentado parecía de enanos. No hay nada peor que un asiento incómodo para tranquilizarse, y me pregunté qué aspecto tendría, allí encogido en la maldita butaca, con los pies recogidos debajo de una forma muy rara y mis largos brazos colgando a los lados.

—Wellington me enseñó la entrada de la casa del señor Kendall —dijo— y me pregunté si sería conveniente y apropiado ir a presentarle mis respetos. Pero era tarde, los caballos habían cabalgado mucho y, egoístamente, tenía muchas ganas de llegar a... aquí. —Hizo una breve pausa antes de decir «aquí» y se me ocurrió que iba a decir «a casa», pero se contuvo a tiempo—. Ambrose me lo había descrito todo muy bien —continuó—, desde el vestíbulo hasta la última habitación de la casa. Incluso me la dibujó, por eso creo que hoy habría sabido llegar sola con los ojos vendados. —Hizo otra pausa y después añadió—: Era forzoso que me destinaras estas habitaciones. Pensábamos instalarnos precisamente aquí, si hubiéramos estado juntos. Ambrose siempre decía que su habitación sería para ti, y Seecombe me dijo que ya te habías trasladado. Ambrose se alegraría.

—Espero que estés cómoda —dije—. Por lo visto, aquí no ha vivido nadie desde una persona llamada tía Phoebe.

—Tía Phoebe se enamoró de un clérigo y se fue a Tonbridge para curarse el mal de amor —dijo—, pero no lo consiguió y contrajo un catarro que duró veinte años. ¿No conocías la historia?

—No —dije, y la miré de soslayo.

Ella estaba mirando el fuego, sonriendo, supongo que por el recuerdo de tía Phoebe. Tenía las manos juntas sobre el regazo. Nunca había visto unas manos tan pequeñas en una persona adulta. Eran muy finas, muy estrechas, como las de un retrato que un pintor antiguo hubiera dejado inacabadas.

—Bueno —dije—, y ¿qué fue de tía Phoebe?

—El catarro se le pasó veinte años después, cuando conoció a otro clérigo. Pero entonces ya tenía cuarenta y cinco y el corazón más curtido. Se casó con él.

—¿Fueron felices?

—No —dijo mi prima Rachel—. Ella murió la noche de bodas... del susto.

Se volvió a mirarme con una curiosa mueca en los labios, pero con la mirada todavía seria, y de pronto tuve una visión de Ambrose contándole la historia, como seguro que hizo, encorvado en un sillón, sacudiendo los hombros, y ella mirándolo exactamente como a mí, conteniendo la risa. No pude evitarlo. Sonreí a mi prima Rachel, algo pasó por sus ojos y me sonrió a su vez.

—Creo que te lo acabas de inventar ahora mismo —le dije, y me arrepentí al instante.

—No, nada de eso —contestó—. Seecombe conocerá la historia, pregúntaselo.

—No. No le parecería oportuno. Y le afectaría mucho saber que me la has contado tú. Se me ha olvidado preguntarte si te han traído algo para cenar.

—Sí. Sopa, un ala de pollo y riñones picantes. Todo excelente.

—Te habrás dado cuenta de que no hay criadas en esta casa, ¿verdad? Nadie que pueda atenderte y te cuelgue los vestidos, solo el joven John o Arthur para prepararte el baño.

—Lo prefiero así. Las mujeres hablan mucho. En cuanto a mis vestidos, todo el luto es igual. Solo he traído este y otro de repuesto. Y calzado cómodo para pasear por los alrededores.

—Si mañana llueve, como hoy, tendrás que quedarte en casa —le dije—. En la biblioteca hay muchos libros. No es que yo lea mucho, pero a lo mejor encuentras algo de tu gusto.

Se le puso en la boca la misma mueca de antes y me miró con seriedad.

—Puedo limpiar la plata —dijo—. No creía que hubiera tanta. Ambrose decía que se ennegrecía enseguida con el aire del mar.

Por su expresión, habría jurado que sabía que las reliquias habían salido de un armario cerrado desde hacía tiempo y que en su fuero interno se estaba riendo de mí.

Dejé de mirarla. Ya le había sonreído una vez, que me condenara si volvía a hacerlo.

—En la villa —dijo—, cuando hacía mucho calor, nos sentábamos en un patiecito que tenía una fuente. Ambrose me decía que cerrara los ojos y escuchara el agua y me imaginara que estábamos en casa y llovía. Es que, verás, tenía la gran teoría de que el clima de Inglaterra me encogería y me haría temblar, sobre todo la humedad de Cornualles; decía que yo era una planta de invernadero que solo un experto podía cultivar y que no prosperaría en suelo corriente. Decía que era hija de la ciudad y estaba excesivamente civilizada. Recuerdo que una vez me presenté en la cena con un vestido nuevo y me dijo queapestaba a la antigua Roma. «Te congelarás en esa casa —me dijo—, tendrás que ponerte franela sobre la piel y toquilla de lana». No he olvidado su consejo. He traído una toquilla.

La miré. Era cierto, había una de color negro, igual que el vestido, en un taburete que tenía al lado.

—En Inglaterra —dijo—, sobre todo aquí, damos mucha importancia al tiempo. Es necesario, viviendo a la orilla del mar. Nuestras tierras no son muy fértiles, no tanto como las de más al norte. La tierra es pobre y, como llueve cuatro días a la semana, dependemos mucho del sol, cuando sale. Creo que mañana no lloverá y podrás dar un paseo.

—La ciudad de Bove y el prado de Bawden —dijo—, el recinto de Kemp y el parque de Beef, Kilmoor y el campo de la almenara, los Veinte Acres y los montes del oeste.

La miré con asombro.

—¿Sabes el nombre de los terrenos del Barton? —dije.

—Claro que sí. Hace ya dos años que me los aprendí de memoria —respondió.

No dije nada. No tenía que responder. Y después:

—Son caminos agrestes para una mujer —dije hoscamente.

—Pero tengo buen calzado —me respondió.

El pie que sacó de debajo del vestido me pareció penosamente poco apto por andar, calzado, como estaba, con una zapatilla negra de terciopelo.

—¿Eso? —pregunté.

—¡No, claro que no! Otro más fuerte —contestó.

No podía imaginármela tropezando por los campos, por mucho que ella sí. Y con mis botas de labrador se hundiría.

—¿Sabes montar a caballo? —le pregunté.

—No.

—¿Sabes ir sentada en la grupa, si te lleva alguien?

—Es posible —contestó—, pero tendría que agarrarme a la silla con las dos manos. Y ¿no hay una cosa que se llama arzón delantero en la que me puedo sujetar?

Hizo la pregunta con mucho interés, con la mirada seria, pero de todos modos me pareció ver otra vez una risa escondida en alguna parte, una risa que quería arrancarme la mía.

—No estoy seguro —dije, tenso— de si tenemos una silla de señora. Se lo preguntaré a Wellington, pero no he visto ninguna en el guadarnés.

—A lo mejor tía Phoebe montaba —dijo— cuando perdió a su clérigo. Tal vez fuera su único consuelo.

Era inútil. Había como un cascabeleo en su voz que me perdía. Vio que me reía, eso fue lo peor de todo. Aparté la mirada.

—De acuerdo —dije—, lo miraré por la mañana. ¿Te parece que diga a Seecombe que registre los armarios, a ver si tía Phoebe dejó también un traje de montar?

—No necesito traje —dijo—; no si me llevas tú despacito y me agarro al arzón.

En ese momento Seecombe llamó a la puerta y entró con un hervidor de plata en una bandeja monstruosa, más una tetera de plata y un bote del mismo calibre. Jamás en la vida había visto esos objetos y me pregunté de qué laberinto de la habitación del mayordomo los habría sacado. Y ¿para qué los traía? Mi prima Rachel me vio la perplejidad en los ojos. Por nada del mundo habría ofendido a Seecombe, que depositó su presente en la mesa con gran dignidad, pero algo semejante a la histeria se me puso en el pecho; me levanté del asiento y me fui a la ventana como si quisiera contemplar la lluvia.

—El té está servido, señora —dijo Seecombe.

—Gracias, Seecombe —respondió ella solemnemente.

Los perros se levantaron y se pusieron a olisquear la bandeja. Estaban tan asombrados como yo. Seecombe les chistó.

—Ven, Don —dijo—, venid aquí los tres. Creo, señora, que será mejor que me los lleve. Podrían tirar la bandeja.



—Claro, Seecombe —dijo ella—, podrían tirarla.

Otra vez esa risa en su voz. Me alegré de estar de espaldas.

—¿Y el desayuno, señora? —preguntó Seecombe—. El señor Philip lo toma en el comedor a las ocho en punto.

—Prefiero desayunar en mi habitación —dijo—. El señor Ashley decía que ninguna mujer estaba presentable antes de las once. ¿Será una molestia para usted?

—No, señora, ni mucho menos.

—Gracias, Seecombe, y buenas noches.

—Buenas noches, señora. Buenas noches, señor. Vamos, perros.

Chascó los dedos y los perros lo siguieron a regañadientes. La habitación quedó en silencio un momento y después dijo:

—¿Te apetece un poco de té? Me han dicho que es costumbre en Cornualles.

Perdí toda la dignidad. No perderla era ya una tarea excesiva para mí. Volví junto a la chimenea y me senté en el taburete, al lado de la mesa.

—Voy a decirte una cosa —anuncié—: no había visto esta bandeja en mi vida, ni el hervidor ni la tetera.

—Me lo parecía —dijo ella—. He visto los ojos que se te ponían cuando Seecombe entró con ella. Creo que él tampoco la había visto nunca. Son objetos del tesoro escondido. Lo habrá encontrado en los sótanos.

—¿De verdad es lo que se hace —pregunté—, tomar té después de cenar?

—Naturalmente —dijo—, en la alta sociedad y en presencia de señoras.

—Los domingos —dije—, cuando vienen los Kendall y los Pascoe, nunca lo tomamos.

—Tal vez Seecombe no los considere alta sociedad —dijo—. Todo un halago para mí. Me gusta el té. Puedes comerte el pan con mantequilla.

También esto era una innovación. Finas rebanadas de pan enrolladas como pequeñas salchichas.

—Me sorprende que en la cocina sepan hacer estas cosas —dije, mientras me las comía—, pero están muy ricas.

—Una inspiración repentina —dijo mi prima Rachel—; verás cómo en el desayuno te sirven las que hayan quedado. La mantequilla se está deshaciendo, chúpate los dedos.

Se tomó el té mirándome por encima de la taza.

—Si quieres fumar en pipa, puedes hacerlo —dijo.

La miré sorprendido.

—¿En el tocador de una señora? —dije—. ¿Estás segura? Vaya, los domingos, cuando viene la señora Pascoe con el vicario, nunca fumamos en la sala de estar.

—Esto no es la sala de estar y yo no soy la señora Pascoe —me respondió.

Me encogí de hombros y me toqué el bolsillo buscando la pipa.

—A Seecombe le parecerá muy mal —dije—, lo olerá por la mañana.

—Abriré la ventana antes de irme a la cama —dijo—, con esta lluvia, se irá todo

el olor.

—La lluvia mojará la moqueta y la estropeará —dije—, y entonces será peor que el olor a tabaco.

—Se puede secar con un paño —dijo—. ¡Qué quisquilloso eres! ¡Pareces un señor mayor!

—Creía que a las mujeres les molestaban esas cosas.

—Así es, cuando no tienen otra cosa en que pensar —dijo.

De pronto me di cuenta, mientras fumaba en pipa en el tocador de tía Phoebe, que esa no era ni mucho menos la forma en que había pensado pasar la velada. Tenía intención de decirle dos palabras de fría cortesía y despedirme bruscamente dejando a la intrusa con tres pares de narices.

La miré. Había terminado el té y dejó la taza y el platillo en la bandeja. Volví a fijarme en las manos, estrechas, pequeñas, muy blancas, y me pregunté si a Ambrose le habrían parecido manos de ciudad. Llevaba dos anillos, dos gemas muy bonitas, aunque no desdecían con el luto ni con su portadora. Me alegré de tener la cazoleta de la pipa entre las manos y la embocadura para morder; así creía ser más yo y menos un sonámbulo enredado en un sueño. Me había propuesto hacer y decir otras cosas, pero estaba ahí como un tonto, delante del fuego, incapaz de concretar los pensamientos ni las impresiones. El día, tan largo y tenso, había terminado y no lograba saber si le había sacado ventaja a ella o no. Si al menos mi prima se hubiera parecido un poquito a la imagen que me había creado, habría sabido mejor qué hacer, pero ahora que la tenía delante en carne y hueso, las imágenes parecían visiones fantásticas de locura que se convertían unas en otras y después desaparecían en la oscuridad.

En alguna parte había un ser resentido, hosco y viejo, rodeado de abogados; un ser de mayor tamaño que la señora Pascoe, con la voz fuerte, arrogante; una muñeca caprichosa y malhumorada con tirabuzones; una víbora sinuosa y silenciosa. Pero ninguno de ellos estaba allí conmigo. Ahora enfadarse parecía inútil, u odiar, y también temer: ¿cómo podía temer a una persona que no me llegaba ni a los hombros y que no tenía nada notable, más que sentido del humor y unas manos pequeñas? ¿Por ella se había batido un hombre en duelo y otro me había escrito cuando agonizaba para decirme: «Por fin ha podido conmigo, Rachel, mi tormento»? Era como si hubiera hecho una pompa de jabón, me hubiera apartado para verla flotar y se hubiera deshecho de pronto.

«Tengo que acordarme —me dije, casi dando cabezadas al lado del fuego— de no beber *brandy* nunca más después de un paseo de quince kilómetros en plena lluvia; me embota los sentidos y no me suelta la lengua». Había ido a luchar contra esa mujer y ni siquiera había empezado. ¿Qué había dicho sobre la silla de montar de tía Phoebe?

—Philip —dijo la voz, muy bajo, muy suavemente—, Philip, te estás durmiendo. Haz el favor de levantarte y vete a la cama.

Sobresaltado, abrí los ojos. Me miraba, tenía las manos en el regazo. Me caí hacia

delante y casi tiro la bandeja.

—Lo siento —dije—; creo que me he adormecido por estar encogido en ese taburete. En la biblioteca siempre estiro las piernas.

—Hoy has hecho mucho ejercicio, ¿verdad? —dijo.

Hablaba con inocencia y, sin embargo... ¿Qué insinuaba? Fruncí el ceño y me levanté mirándola con la determinación de no decirle nada.

—Entonces, si mañana por la mañana hace bueno —dijo—, ¿de verdad me buscarás un caballo muy tranquilo para que pueda montar en él e ir a ver los terrenos del Barton?

—Sí —dije—, si te apetece.

—No quiero darte trabajo; me llevará Wellington.

—No, puedo llevarte yo. No tengo nada que hacer.

—Ah, pero, un momento —dijo—; se te olvida que mañana es sábado y pagas los salarios por la mañana. Lo dejamos para la tarde.

La miré estupefacto.

—¡Cielos! —dije—. ¿Cómo demonios sabes que pago los salarios el sábado?

Para mi mayor consternación y vergüenza, los ojos le brillaron de pronto, y se le empañaron como al principio, cuando hablaba de mi décimo cumpleaños. Y se le endureció la voz más que antes.

—Si no lo sabes —dijo—, entiendes menos de lo que creía. Espera un momento, tengo un regalo para ti.

Abrió la puerta y entró en la alcoba azul; volvió al cabo de un momento con un bastón en la mano.

—Toma —dijo—, cógelo, es tuyo. Puedes elegir todo lo demás en otro momento, pero esto quería dártelo personalmente esta noche.

Era el bastón de paseo de Ambrose. El que llevaba siempre y en el que se apoyaba. El que tenía el aro dorado y una cabeza de perro de marfil en el pomo.

—Gracias —dije con torpeza—, muchas gracias.

—Vete ya —dijo—; por favor, vete.

Me echó de la habitación y cerró la puerta.

Me quedé fuera con el bastón en la mano. No me había dado tiempo a darle las buenas noches. No se oía nada en el tocador y me fui lentamente por el pasillo hasta mi habitación. Pensé en la expresión de sus ojos cuando me daba el bastón. Una vez, no hacía mucho, había visto otros ojos con esa misma expresión de sufrimiento de años. Aquellos ojos también reflejaban reserva y orgullo, y la misma humillación, la misma agonía, la misma súplica. «Será porque —pensé, mientras iba a mi habitación, a la de Ambrose, y miraba el bastón que tan bien recordaba—, será porque son ojos del mismo color y de la misma raza». Por lo demás, la mendiga de la orilla del Arno y mi prima Rachel no podían tener nada en común.

## Capítulo IX



Al día siguiente por la mañana bajé temprano a desayunar; inmediatamente después crucé el patio hasta los establos para llamar a Wellington y fuimos juntos al guadarnés.

En efecto, había unas seis sillas de montar entre todo lo demás. Supongo que lo cierto es que no me había fijado nunca.

—La señora Ashley no sabe montar —le dije—. Lo único que necesita es algo en lo que sentarse y algo a lo que agarrarse.

—Lo mejor será que monte a Solomon —dijo el viejo cochero—. Aunque no haya llevado nunca a una señora, no la va a tirar, eso seguro. De los otros caballos no me fío, señor.

Ambrose había montado mucho a Solomon cuando iba de caza, pero ya hacía tiempo que holgazaneaba a sus anchas en el prado, menos cuando Wellington lo llevaba a la calzada principal a hacer ejercicio. Las sillas de señora estaban colgadas en la pared del guadarnés, muy arriba, y tuvo que llamar al mozo y pedir una escalera de mano para bajarlas. Elegir la mejor fue un lío emocionante: una era muy vieja, otra, estrecha para el ancho lomo de Solomon, y el mozo se llevó una regañina porque la tercera estaba cubierta de telarañas. Me reí para mis adentros pensando en que ni Wellington ni nadie se había acordado de esas sillas desde hacía un cuarto de siglo, y dije a Wellington que limpiándola a fondo con una gamuza quedaría como nueva y que la señora Ashley creería que la habían traído ayer mismo de Londres.

—¿A qué hora desea salir el ama? —me preguntó, y me quedé mirándolo un momento, sorprendido por esa palabra.

—Por la tarde, en algún momento —dije brevemente—. Lleva a Solomon a la puerta principal, yo mismo guiaré a la señora.

Volví a casa, al despacho, a poner los libros al día y a revisar las cuentas antes de que llegaran los hombres a buscar su salario. ¡El ama! ¿Así la consideraban Wellington, Seecombe y los demás? Supuse que, en cierto sentido, era normal en ellos, pero pensé que los hombres, sobre todo los que son criados, se vuelven idiotas en presencia de una mujer. La mirada reverente de Seecombe anoche, cuando le llevó el té; el respeto con el que dejó la bandeja en la mesa ante ella; y esta mañana, en el desayuno, era el joven John, por favor, el que me atendía junto al aparador y levantaba las tapas del tocino, porque «el señor Seecombe —dijo— ha subido una bandeja al tocador». Y ahora, Wellington, todo emocionado, limpiando y sacando

brillo a la vieja silla de señora, y diciendo a voces al mozo que fuera a preparar a Solomon. Hice las cuentas y me alegré de que no me afectara que una mujer hubiera dormido bajo mi techo por primera vez desde que Ambrose despidió a mi niñera; y, ahora que lo pensaba, la forma en que me trató, lo que me dijo cuando casi me quedé dormido: «Philip, vete a la cama», me lo podría haber dicho la niñera veinte años antes.

A mediodía vinieron los criados y los hombres que trabajaban fuera, en los establos, el bosque y los jardines, y les pagué; entonces me fijé en que Tamlyn, el jardinero mayor, no se había presentado. Pregunté el motivo y me dijeron que estaba en alguna parte de los jardines con «el ama». No dije nada, me limité a pagar a los que faltaban y los despedí. Un instinto me indicó dónde podía encontrar a Tamlyn y a mi prima Rachel. Y acerté. Estaban en el vivero, donde habíamos plantado las camelias, las adelfas y los árboles jóvenes que había traído Ambrose de sus viajes.

Nunca había sido experto en jardinería —lo dejaba en manos de Tamlyn— y, al volver la esquina y encontrármelos, la oí hablar de esquejes y acodos, de un aspecto norte y del abonado de la tierra, y el jardinero la escuchaba con el sombrero en la mano y la misma mirada reverente que Seecombe y Wellington. Sonrió al verme y se puso de pie. Estaba arrodillada en un retal de arpillera mirando los brotes de un árbol joven.

—Llevo fuera desde las diez y media —dijo—. Te busqué para pedirte permiso, pero no te encontré, así que me atreví a ir sola a la cabaña de Tamlyn para presentarme, ¿verdad, Tamlyn?

—Sí, señora —dijo Tamlyn con cara de cordero.

—Es que —continuó— me he traído todas las plantas y arbustos que recogí con Ambrose en los dos últimos años; bueno, las he dejado en Plymouth porque no cabían en el carruaje, pero las traerá un transportista. Tengo aquí las listas de plantas y los sitios en los que quería plantarlas Ambrose, y pensé que ganaríamos tiempo si las repasaba con Tamlyn y le explicaba cómo hay que hacerlo todo. A lo mejor ya no estoy aquí cuando el transportista las traiga.

—Está bien —dije—. De esto entendéis vosotros más que yo. Seguid, por favor.

—Hemos terminado, ¿verdad, Tamlyn? —dijo—. Y, por favor, da las gracias a la señora Tamlyn de mi parte por el té, y dile que espero que esta noche no le duela tanto la garganta. El mejor remedio es el aceite de eucalipto, le mandaré un poco.

—Gracias, señora —dijo Tamlyn (yo no tenía ni idea de que a su mujer le doliera la garganta), y, mirándome con cierta timidez, añadió—: Señor Philip, esta mañana he aprendido algunas cosas que jamás creí que pudiera enseñarme una mujer. Creía que conocía mi oficio, pero la señora Ashley sabe de jardinería mucho más de lo que aprenderé yo en mi vida. Me ha demostrado lo ignorante que soy.

—No digas tonterías, Tamlyn —dijo mi prima Rachel—. Solo sé algo de árboles y arbustos. Pero de frutales... no tengo la menor idea de cómo empezar a plantar un melocotonero, y no se te olvide que todavía no me has llevado al jardín amurallado.

Me llevarás mañana.

—Cuando usted quiera, señora —dijo Tamlyn.

Le dio los buenos días y volvimos a casa.

—Si llevas fuera desde las diez —le dije—, ahora querrás descansar. Voy a decirle a Wellington que no ensille el caballo.

—¿Descansar? —dijo—. ¿Quién ha dicho descansar? He estado toda la mañana esperando el momento de ir a pasear a caballo. Mira, el sol. Dijiste que hoy haría bueno. ¿Quién me lleva: Wellington o tú?

—No —dije—, te llevo yo. Y te advierto de que, aunque le des lecciones a Tamlyn sobre las camelias, no podrás hacer lo mismo conmigo y la agricultura.

—Distingo la avena de la cebada —dijo—. ¿No es impresionante?

—Ni pizca —dije—; de todos modos, no verás ninguna de las dos en las tierras, ya las han cosechado.

Cuando llegamos a casa descubrí que Seecombe había dispuesto en el comedor un almuerzo frío: fiambre y ensalada, más empanadillas y budines, como si fuéramos a sentarnos a comer. Rachel me miró muy seria, pero con la risa en los ojos.

—Eres joven y no has terminado de crecer —dijo—. Come y da gracias. Guarda un trozo de empanada en el bolsillo porque te lo pediré cuando estemos en los montes del oeste. Yo subo a ponerme algo cómodo para montar.

«Por lo menos —pensé, mientras atacaba el fiambre con verdadero apetito—, no espera que se lo den todo hecho ni cumplidos de ninguna clase; tiene cierto espíritu independiente que, gracias a Dios, podría parecer poco femenino». Lo único que me irritaba era que se tomara tan bien la forma en que la trataba y la disfrutara tanto, porque yo pretendía ser seco. Malinterpretaba mi sarcasmo, le parecía jovialidad.

Acababa de comer cuando Solomon llegó a la puerta. El viejo y fuerte caballo había soportado la limpieza más escrupulosa de su vida. Incluso le habían sacado brillo a los cascos, una atención que jamás tenían con mi Gypsy. Los dos perros jóvenes saltaban alrededor de él. Don miraba sin inmutarse; su época de correteos era cosa del pasado, como la de su amigo Solomon.

Fui a decir a Seecombe que estaríamos fuera hasta las cuatro y, cuando volví, mi prima Rachel había bajado y había montado en Solomon. Wellington le ajustaba los estribos. Se había puesto otro vestido de luto, más amplio que el de la mañana, y, en vez de sombrero, se protegía el pelo con una pañoleta negra de encaje. Estaba hablando con Wellington, yo la veía de perfil y, no sé por qué, me acordé de lo que me había dicho la noche anterior sobre las tomaduras de pelo de Ambrose, que un día le había dicho que apestaba a la antigua Roma. Creo que entonces lo entendí. Tenía unas facciones como las de las monedas romanas, definidas, aunque pequeñas; y además, con la pañoleta de encaje en la cabeza, me recordó a las mujeres que había visto arrodilladas en la catedral de Florencia, o acechando en los zaguanes de las silenciosas casas. Montada a lomos de Solomon, no se notaba lo pequeña que era cuando estaba en el suelo. La mujer a la que consideraba carente de atractivo,

dejando aparte las manos, los ojos cambiantes y el cascabeleo risueño que a veces se le escapaba en la voz, parecía más distante, más remota, más... italiana.

Me oyó llegar y se volvió a mirarme; y la sensación de lejanía, de extranjera, que tenía un instante antes desapareció rápidamente. Volvía a ser la de siempre.

—¿Preparada? —le dije—. O ¿tienes miedo de caerte?

—Confío en Solomon y en ti —contestó.

—Muy bien, pues en marcha. Tardaremos unas dos horas, Wellington.

Cogí las riendas y eché a andar con ella, a pasear por los terrenos del Barton.

El viento del día anterior se había ido hacia el norte y se había llevado la lluvia; por la tarde salió el sol y el cielo estaba despejado. El aire tenía un brillo salino que daba ganas de pasear y se oía el ruido de las olas al romper contra las rocas que bordeaban la bahía. Era un día típico de otoño en la zona; eran días entre dos estaciones y se caracterizaban por una pureza singular, propia solo de ellos, aunque con un matiz que anunciaba el frío que había de llegar y un regusto estival todavía.

La excursión fue un peregrinaje extraño. En primer lugar, dimos una vuelta por el Barton e hice todo lo posible por evitar que Billy Rowe y su mujer nos invitaran a entrar en la casa a comer pasteles y nata; lo cierto es que solo con la promesa de aceptar la invitación el lunes logré llevarme a Solomon y a mi prima Rachel hasta el establo y el muladar, y cruzar la cancela del pajonal de los montes del oeste.

Los terrenos del Barton forman una península que termina en el campo de la almenara, donde el mar baña ambos lados, el este y el oeste. Como le había dicho, ya habían segado y cargado el cereal y podía llevar a Solomon por donde quisiera, porque no haría ningún estropicio entre los rastrojos. De todos modos, la mayor parte del terreno del Barton son pastizales y para verlo todo bien lo mejor era ir bordeando el mar y subir después a la almenara, porque desde allí, mirando atrás, se veía toda la extensión de la finca, limitada al oeste por la gran extensión arenosa de la bahía y, a cinco kilómetros al este, por la ría. La granja del Barton y la casa misma —la mansión, como la llamaba siempre Seecombe— ocupaban una especie de hondonada suave, pero los árboles que habían plantado Ambrose y mi tío Philip crecían rápidamente y daban un cobijo tupido a la casa, y hacia el norte, la nueva avenida discurría por el bosque y subía al alto del cruce de los cuatro caminos.

Me acordé de la conversación de la noche anterior e intenté poner a prueba a mi prima Rachel, a ver si sabía el nombre de los campos del Barton, pero no falló ni uno; se los sabía todos. Tampoco le falló la memoria cuando nombró las diversas playas, las puntas y las demás granjas de la finca; sabía cómo se llamaban los arrendatarios, la familia que tenían, que el sobrino de Seecombe vivía en la casa del pescado de la playa y que su hermano tenía el molino. No me disparó toda la información de golpe; más bien fui yo, que, picado por la curiosidad, le fui sonsacando todo y, cuando me decía los nombres y me contaba cosas de las personas, lo hacía con naturalidad, aunque le asombraba que me pareciera tan raro.

—¿De qué crees que hablaba con Ambrose? —me dijo al final, cuando bajamos

del alto de la almenara hacia los campos del este—. Su pasión era su casa, así que la hice mía también. ¿No esperarías eso mismo de tu mujer?

—Como no tengo mujer, no lo sé —respondí—, pero, como has vivido toda la vida en el continente, suponía que te interesarían cosas completamente distintas.

—Así era —dijo—, hasta que conocí a Ambrose.

—Menos los jardines, supongo.

—Menos los jardines —afirmó—, que fue como empezó todo; seguro que te lo contó. El jardín de la villa era muy bonito, pero esto... —hizo una pausa y frenó a Solomon, y yo no quité las manos de las riendas—, esto es lo que siempre he querido ver. Esto es diferente. —Se quedó un momento en silencio, mirando la bahía—. En la villa —prosiguió—, cuando era joven y me casé por primera vez (no me refiero a Ambrose), no era muy feliz, así que me distraía planeando cambios en los jardines, replantándolos en gran parte y construyendo terrazas contra los muros. Me procuré consejo y me encerré con libros, y el resultado fue muy muy satisfactorio; o al menos a mí me lo parecía. No sé lo que opinarías tú.

La miré. Estaba de perfil al mar y no sabía que la miraba. ¿Qué quería decir? ¿Es que mi padrino no le había dicho que había estado en la villa?

De pronto tuve una corazonada. Me acordé de la compostura que había sabido guardar ella la noche anterior, después del primer nerviosismo al conocernos, y de la naturalidad con que charlaba, que, al pensarlo otra vez en el desayuno, achaqué a sus dotes sociales y a mi torpeza por haber bebido *brandy*. Ahora caí en la cuenta de que la noche anterior no me había dicho nada de mi visita a Florencia, y lo que era más raro, tampoco me había preguntado cómo me había llegado la noticia de la muerte de Ambrose. ¿Mi padrino lo habría omitido para que se lo contara yo? Lo maldije en mi fuero interno por metepatas y cobarde, aunque al hacerlo sabía que el verdadero cobarde era yo. La noche anterior, si se lo hubiera dicho la noche anterior, cuando había tomado *brandy*... Pero ahora ya no era tan fácil. Se preguntaría por qué no se lo había contado antes. Ahora era el momento, desde luego. Era el momento de decirle: «He visto los jardines de tu villa Sangalletti. ¿No lo sabías?». Pero arreó a Solomon y el caballo echó a andar.

—¿Podemos pasar por el molino y cruzar el bosque del otro lado? —me preguntó.

Había perdido la oportunidad y emprendimos el camino de casa. Cuando íbamos por el bosque hacía comentarios de vez en cuando sobre los árboles, los altozanos o cualquier otro detalle, pero para mí se había terminado la naturalidad de la tarde, porque tenía que encontrar la manera de contarle lo de mi viaje a Florencia. Si no se lo decía yo, se enteraría por Seecombe o por mi padrino, cuando viniera a comer el domingo. Cuanto más nos acercábamos a casa más silencioso iba yo.

—Te he agotado —me dijo—. Yo he ido montada en Solomon como una reina, y tú, andando todo el tiempo como un peregrino. Perdóname, Philip. Me lo he pasado muy bien. No te imaginas cuánto.



—No, no estoy cansado —dije—, estoy encantado de que hayas disfrutado del paseo.

No sé por qué, pero no podía mirar esos ojos directos e inquisitivos.

Wellington nos esperaba en casa para ayudarla a desmontar. Subió a descansar un rato antes de cambiarse para la cena y yo me fui a la biblioteca y, mientras fumaba en pipa, fruncía el ceño pensando en cómo demonios iba a contarle lo de Florencia. Lo peor de todo era que, si mi padrino se lo había contado en la carta, tendría que ser ella quien iniciara el tema, y yo me quedaría tan tranquilo esperando a ver qué decía. Pero, tal como estaban las cosas, me correspondía iniciarlo a mí. Si hubiera sido la mujer que esperaba, me habría dado igual. ¡Por todos los santos del Cielo! ¿Por qué tenía que ser tan distinta y tirarme por tierra todos los planes?

Me lavé las manos, me cambié de chaqueta para cenar y metí en el bolsillo las dos últimas cartas que me había escrito Ambrose, pero cuando fui a la sala de estar pensando que estaría allí, no había nadie. Seecombe, que en ese momento pasó por el vestíbulo, me dijo: «La señora ha ido a la biblioteca».

Ahora que ya no estaba por encima de mí, montada en Solomon, y se había quitado la pañoleta de la cabeza y se había peinado, parecía más pequeña que antes y más indefensa. También más pálida, a la luz de las velas, y el vestido de luto, más oscuro, en contraste.

—¿Te molesta que me sienta aquí? —dijo—. La sala de estar es agradable de día, pero no sé por qué, ahora, por la noche, con las cortinas corridas y los candeleros encendidos, este sitio me parece el mejor. Por otra parte, es donde siempre estabais Ambrose y tú.

Tal vez fuera un buen momento para decir: «Sí, en la villa no hay nada que se pueda comparar». No dije nada y llegaron los perros y nos distrajeron. «Después de cenar —me dije—, después de cenar será el momento. Y no beberé ni oporto ni *brandy*».

Para cenar, Seecombe la puso a mi derecha y nos sirvió, con la ayuda de John. Mi prima Rachel alabó el cuenco de rosas y los candeleros y hablaba con Seecombe cada vez que le ofrecía un plato, y yo estaba en vilo porque en cualquier momento podía decir: «Eso pasó, señora —o bien—: Señora, eso sucedió cuando el señor Philip estaba en Italia».

No veía el momento de que terminara la cena y nos quedáramos solos otra vez, aunque eso significara acercarme más a lo que tenía que hacer. Nos sentamos frente a la chimenea de la biblioteca y ella sacó una labor de bordado y empezó a trabajar en ella. Me quedé mirando las diestras manitas, maravillado.

—Cuéntame qué es lo que tanto te preocupa —me dijo al cabo de un rato—. No niegues que estás preocupado, porque sabré que no es verdad. Ambrose me decía que yo tenía un instinto animal para percibir complicaciones, y noto que esta noche te pasa algo. Bueno, desde esta tarde, para ser exactos. No he dicho nada que te haya ofendido, ¿verdad?

Bueno, había llegado el momento. Al menos ella me abría un camino claro.

—No me has ofendido de ninguna manera —contesté—, pero por casualidad dijiste una cosa que me confundió un poco. ¿Puedes contarme lo que te decía Nick Kendall en la carta que te escribió a Plymouth?

—Claro que sí —dijo—. Me dio las gracias por mi carta y me dijo que los dos estabais al corriente de las circunstancias de la muerte de Ambrose, que el *signor* Rainaldi le había escrito y le había mandado copia del certificado de defunción y otros documentos, y que tú me invitabas a pasar aquí unos días hasta que tuviera algún plan. Y muy amablemente añadió que, antes de irme, tenía que pasar por Pelyn.

—Y ¿nada más?

—No, era una carta muy breve.

—¿No te dijo que yo había ido al extranjero?

—No.

—Ya. —Noté que me sofocaba; ella seguía tan tranquila, tan serena, bordando su trocito de tela—. Mi padrino no mintió al contarte que los criados y él supieron de la muerte de Ambrose por el *signor* Rainaldi. Pero en mi caso fue distinto. Verás, yo me enteré en Florencia, en la villa, me lo dijeron tus criados.

Levantó la cabeza y me miró; no había lágrimas en sus ojos, tampoco rastro de risa; fue una mirada larga y escrutadora y me pareció ver en ella compasión y reproche.

## Capítulo X



—¿Has estado en Florencia? —me preguntó—. ¿Cuándo, cuánto hace?

—Hace poco menos de tres semanas que llegué a casa —contesté—. Fui y volví cruzando Francia. Pasé solo una noche en Florencia, la del 15 de agosto.

—¿El 15 de agosto? —Noté una inflexión nueva en su voz y vi en su mirada que retrocedía al pasado—. Pero si yo me fui a Génova el día anterior. Es imposible.

—Es posible y es cierto —dije—, así fue.

Había dejado el paño que bordaba y en sus ojos se reflejó otra vez esa mirada extraña, casi aprensiva.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó—. ¿Por qué me has permitido estar en la casa veinticuatro horas sin decirme una sola palabra? Me lo tenías que haber dicho anoche, anoche.

—Creía que lo sabías —contesté—. Le dije a mi padrino que te lo contara en la carta. De todos modos, ya está. Ahora ya lo sabes.

Una veta cobarde de mi ser esperaba que la cosa quedara ahí y ella reanudara la labor de bordado. Pero no fue así.

—Estuviste en la villa —dijo, como hablando consigo misma—. Seguro que Giuseppe te abrió la puerta. Abriría la verja y te vería allí y pensaría que... —no terminó la frase, una sombra le cubrió el rostro, volvió la cabeza y se quedó mirando el fuego—. Quiero que me cuentes lo que pasó, Philip.

Metí la mano en el bolsillo y toqué las cartas.

—Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de Ambrose —empecé—, desde Pascua o Pentecostés tal vez, no recuerdo la fecha exacta, pero tengo todas sus cartas arriba. Empecé a preocuparme y seguían pasando las semanas. Entonces, en julio llegó una carta que no parecía suya, era un puro garabato. Se la enseñé a mi padrino y le pareció bien que me fuera a Florencia sin demora, cosa que hice un par de días después. Cuando me iba llegó otra carta, unas pocas frases nada más. ¿Quieres verlas?

No respondió inmediatamente. Había dejado de mirar el fuego y me miraba a mí de nuevo con una expresión imponente, pero no por la fuerza ni como dando una orden, sino curiosamente profunda y tierna, como si pudiera leer o entender mi resistencia a continuar, supiera por qué e insistiera.

—Ahora mismo no —dijo—, después.

Dejé de mirarla a los ojos y le miré las manos. Las tenía juntas delante de ella,

pequeñas y muy quietas. No sé por qué, pero me resultaba más fácil hablar si no la miraba directamente a la cara, sino a las manos.

—Llegué a Florencia —dije—, alquilé una carroza y fui a tu villa. Abrió la verja la criada y le pregunté por Ambrose. Se asustó y llamó a su marido. Salió él y me contó que Ambrose había muerto y que tú te habías ido. Me enseñó la villa. Vi la habitación en la que murió. Un momento antes de irme, la mujer abrió un baúl y me dio el sombrero de Ambrose, lo único que se te olvidó recoger.

Hice una pausa y seguí mirándole las manos. Los dedos de la mano derecha tocaban el anillo de la izquierda. Lo apretó.

—Continúa —dijo.

—Fui a Florencia. El criado me había dado la dirección del *signor* Rainaldi. Me presenté en su casa. Se sobresaltó al verme, pero se repuso enseguida. Me contó los pormenores de la enfermedad y la muerte de Ambrose y me dio una nota para el celador del cementerio protestante, por si quería ir a ver la tumba, pero no quise. Le pregunté dónde te habías ido, pero me dijo que no lo sabía. Y nada más. Al día siguiente emprendí el viaje de regreso.

Otra pausa. Los dedos dejaron de apretar el anillo.

—¿Me enseñas las cartas? —dijo.

Las saqué del bolsillo y se las di. Volví a mirar el fuego y oí el crujido del papel al desdoblar las hojas. Un largo silencio y después dijo:

—¿Solo estas dos?

—Solo estas dos —dije.

—¿Nada desde Pascua o Pentecostés, has dicho, hasta que llegaron estas dos?

—No, nada.

Debió de leerlas varias veces para aprendérselas de memoria, como había hecho yo. Por último, me las devolvió.

—¡Cuánto me has aborrecido! —dijo, hablando despacio.

La miré sobresaltado y, mientras nos mirábamos, me pareció que ella sabía todas mis fantasías, mis sueños, que veía uno a uno todos los rostros de mujer que había conjurado en los últimos meses. De nada serviría negarlo y justificarse era absurdo. Habían caído las barreras. Me dio una sensación curiosa, como si estuviera desnudo en el sillón.

—Sí —dije.

Ya estaba dicho; ahora todo era más fácil. Pensé que a lo mejor eso era lo que les pasaba a los católicos en el confesionario. En eso consiste purgarse. En quitarse un peso de encima. Y en su lugar, el vacío.

—¿Por qué me invitaste a venir? —dijo.

—Para acusarte.

—¿Acusarme? ¿De qué?

—No estoy seguro. De romperle el corazón, tal vez, que sería asesinato, ¿verdad?

—Y ¿después?

—No había pensado tanto. Lo que quería por encima de todo era hacerte sufrir. Verte sufrir. Y después, soltarte, que te fueras, supongo.

—Muy generoso. Más generoso de lo que merecería. De todos modos, lo has conseguido. Tienes lo que querías. Sigue mirándome hasta que te parezca suficiente.

Algo pasaba en esos ojos que me miraban. El rostro estaba muy blanco e inmóvil, eso no cambió. Si le hubiera reducido la cara a polvo con el pie, los ojos seguirían en su sitio, con las lágrimas que nunca se derramaban por las mejillas, que nunca terminaban de caer.

Me levanté del sillón y di unos pasos.

—Es inútil —dije—, Ambrose siempre me decía que yo no servía para soldado. No soy capaz de disparar a sangre fría. Por favor, vete arriba o donde quieras. Mi madre murió tan pronto que no la recuerdo y nunca he visto llorar a una mujer.

Le abrí la puerta, pero ella siguió sentada al lado del fuego, no se movió.

—Prima Rachel, sube a tu habitación —dije.

No sé cómo sonó la voz, si ronca o fuerte, pero el viejo Don, que estaba tumbado en el suelo, levantó la cabeza y me echó una de sus miradas perrunas y sabias y, a continuación, se desperezó, bostezó y fue a poner la cabeza a sus pies, al lado del fuego. Entonces ella se movió, empezó a acariciarle. Cerré la puerta y volví a la chimenea. Cogí las dos cartas y las tiré al fuego.

—Eso también es inútil —dijo—, porque los dos recordamos lo que ponía.

—Puedo olvidarlo —dije—, si lo olvidas tú también. El fuego purifica. No queda nada. Las cenizas no cuentan.

—Si fueras un poco mayor —dijo— o hubieras vivido de otra forma, si fueras cualquiera menos tú y no lo hubieras querido tanto, hablaría contigo de esas cartas y de Ambrose. Pero no lo haré; prefiero que me condenes. A la larga, será más fácil para los dos. Si me permites quedarme hasta el lunes, me iré entonces y no tendrás que volver a pensar en mí nunca más. Aunque no fuera tu intención, anoche y hoy han sido momentos de felicidad profunda. Bendito seas, Philip.

Removí el fuego con el pie y cayeron unas brasas.

—No te condeno —dije—. Todo ha salido al revés de lo que me imaginaba. No puedo seguir odiando a una mujer que no existe.

—Pero existo.

—No eres la mujer que odiaba. Y no hay nada que hacer.

Siguió acariciando la cabeza a Don y el perro la levantó y la apoyó en su rodilla.

—Esa mujer —dijo— que te imaginabas ¿tomó forma antes o después de las cartas?

Lo pensé un momento y después lo solté todo a bocajarro. ¿De qué serviría dejar que algo se pudriera dentro de mí?

—Antes —dije, hablando despacio—. Esas cartas me aliviaron en cierto sentido. Me daban motivos para odiarte. Hasta entonces, no tenía nada a lo que agarrarme y estaba avergonzado.

—¿Por qué estabas avergonzado?

—Porque creo que no hay cosa más destructiva ni emoción más despreciable que los celos.

—Estabas celoso...

—Sí, ahora puedo decirlo, curiosamente. Desde el primer momento, cuando me escribió para decirme que se había casado. Tal vez antes hubiera algo como una sombra, no sé. Todos esperaban verme tan satisfecho como ellos, pero yo no podía. Te parecerá sumamente emocional y absurdo que tuviera celos. Como un niño mimado. Quizá lo era... y lo sigo siendo. Lo cierto es que nunca he conocido ni querido a nadie, más que a Ambrose.

Estaba pensando en voz alta, sin importarme lo que ella pensara de mí. Estaba poniendo en palabras cosas que ni siquiera yo sabía hasta ese momento.

—¿No le pasaba lo mismo a él? —dijo.

—¿A qué te refieres?

Dejó de acariciar a Don y, sujetándose la barbilla con las manos, con los codos apoyados en la rodilla, miraba fijamente el fuego.

—Solo tienes veinticuatro años, Philip —dijo—, tienes toda la vida por delante, seguramente muchos años de felicidad, casado, sin duda, con una mujer a la que ames, con hijos propios. El cariño que le tenías a Ambrose nunca mermará, pero encontrará el sitio que le corresponde. El cariño de un hijo a su padre. Para él no era igual. El matrimonio llegó tarde.

Puse una rodilla en tierra delante del fuego y encendí la pipa. No se me ocurrió pedir permiso. Sabía que a ella no le molestaba.

—¿Tarde? ¿Por qué? —pregunté.

—Tenía cuarenta y tres años —dijo— cuando fue a Florencia, ahora hace dos, y lo vi por primera vez. Ya sabes cómo era, cómo hablaba, la forma que tenía de hacer las cosas, de sonreír. Era toda tu vida desde la infancia. Pero no sabes el efecto que le hizo a una mujer que no había sido feliz, que conocía a hombres... muy distintos.

No dije nada, pero creo que lo entendí.

—No sé por qué se fijó en mí —dijo—. Son cosas que no tienen explicación, suceden. ¿Quién sabe por qué tal hombre se enamora de tal mujer, qué extraña mezcla química de la sangre nos atrae a uno en brazos de otro? Para mí, una mujer solitaria, ansiosa, superviviente de muchos desengaños emocionales, él fue casi como un salvador, la respuesta a una plegaria. Era fuerte y tierno a la vez, sin ningún interés egoísta... Yo no conocía a nadie como él. Fue una revelación. Sé lo que fue para mí. Pero yo para él...

Hizo una pausa y, mirando el fuego, frunció el ceño. Volvía a jugar con el anillo de la mano izquierda.

—Él era como un durmiente que se despierta de pronto y descubre el mundo —dijo—, con toda su belleza, y con toda su tristeza. Y con el hambre y la sed. Todas las cosas en las que nunca había reparado o conocido estaban allí, ante él, y magnificadas

en una persona que por suerte o por desgracia, llámalo como quieras, resultó ser yo. Rainaldi, a quien por cierto detestaba, como tú, probablemente, me dijo una vez que Ambrose me había descubierto como algunos hombres descubren la religión. Se obsesionó de una forma semejante. Pero el que descubre la religión puede irse a un monasterio y pasarse el día rezando a la Virgen en el altar. Al fin y al cabo, es una virgen de escayola y nunca cambia. Las mujeres no somos así, Philip. Nos cambia el humor con el día o con la noche, a veces en un momento, igual que a los hombres. Somos humanas, ese es el fallo.

No entendí lo que quería decir con lo de la religión. Solo me venía a la cabeza el viejo Isaiah, el de St Blazey, que se hizo metodista y salía a los caminos a predicar con la cabeza descubierta. Rezaba a Jehovah y decía que todos éramos míseros pecadores a los ojos del Señor y que teníamos que ir a llamar a las puertas de la nueva Jerusalén. No entendía qué tenía que ver todo eso con Ambrose. Los católicos eran diferentes, claro está. Querría decir que Ambrose pensaba en ella como en los ídolos e imágenes de los Diez Mandamientos. «No te inclinarás ante ellas ni las honrarás».

—¿Quieres decir que puso demasiadas esperanzas en ti? ¿Que te puso en un pedestal o algo así?

—No. Habría estado muy a gusto en un pedestal, después de la vida tormentosa que había vivido. La aureola puede ser una delicia, siempre y cuando te la puedas quitar de vez en cuando y volver a ser humana.

—Entonces ¿qué?

Suspiró y bajó los brazos a los lados. De pronto parecía muy cansada. Se recostó en el sillón y, con la cabeza contra el cojín, cerró los ojos.

—Descubrir la religión no siempre mejora a las personas —dijo—. Descubrir el mundo no ayudó a Ambrose. Cambió de forma de ser.

También la voz sonaba cansada y curiosamente monótona. Quizá si yo me hubiera confesado ella habría hecho otro tanto. Se quedó reclinada en el sillón presionándose los ojos con las palmas de las manos.

—¿Cambió? —dije—. ¿En qué sentido?

El corazón me dio un vuelco, como cuando se es pequeño y de pronto se descubre la muerte, el mal o la crueldad.

—Los médicos me dijeron que se debía a la enfermedad —dijo—, que él no podía evitarlo, que algunas cualidades que siempre había tenido, pero que estaban adormecidas, salían por fin a la superficie a causa del dolor y el miedo. Pero nunca lo sabré seguro. Nunca sabré de verdad si tenía que ser así. Algo de mí contribuyó a que aflorasen esas cualidades. Encontrarme fue para él un breve momento de éxtasis, y después, la catástrofe. Tenías motivos para aborrecerme. Si Ambrose no hubiera ido a Italia ahora estaría aquí, viviendo contigo. No habría muerto.

Me quedé avergonzado y cohibido. No sabía qué decir.

—Tal vez hubiera enfermado de todos modos —dije, para ayudarla—, y entonces

sería yo quien soportara la culpa, no tú.

Se apartó las manos de la cara y, sin moverse, me miró y sonrió.

—Te quería muchísimo —dijo—, como a su propio hijo; estaba muy orgulloso de ti. Siempre decía: «Mi Philip haría esto, mi chico haría lo otro». Te aseguro, Philip, que, si tú has tenido celos de mí estos dieciocho meses, estamos empatados. Bien sabe Dios que a veces habría estado mucho más a gusto sin ti.

La miré y, lentamente, le sonreí.

—¿Tú también te imaginabas cómo era yo? —le pregunté.

—Sin parar. A veces me decía: «Ese niño mimado, siempre escribiéndole cartas», aunque te diré que me leía fragmentos sueltos, pero nunca me las enseñaba. «Ese niño que no tiene ningún defecto, solo virtudes. Ese niño que le comprende cuando yo no. Ese niño que le ha robado tres cuartas partes del corazón y todo lo mejor de su ser, mientras que a mí me queda un cuarto y todo lo peor». ¡Ay, Philip...! —exclamó, y volvió a sonreírme—. ¡Dios mío! Y tú hablas de celos. Los celos de los hombres son infantiles, tontos, superficiales, de rabieta. Los de las mujeres son adultos, que es muy distinto. —Se quitó el cojín de la cabeza y lo mulló. Se estiró el vestido e irguió la espalda—. Creo que ya te he contado bastantes cosas esta noche —dijo.

Se inclinó hacia delante y recogió el bordado, que se había caído al suelo.

—No estoy cansado —dije—. Podría seguir más tiempo, mucho tiempo. Es decir, sin hablar, tal vez, solo escuchándote.

—Todavía nos queda mañana —dijo.

—¿Solo mañana? ¿Por qué?

—Porque me voy el lunes. He venido a pasar el fin de semana nada más. Tu padrino, Nick Kendall, me ha invitado a Pelyn.

Me pareció absurdo y completamente inútil que se cambiara de residencia tan pronto.

—No hace ninguna falta que te vayas —dije—; acabas de llegar. Tienes tiempo de sobra para ir a Pelyn. Todavía no has visto ni la mitad de todo esto. No sé qué pensarían los criados y la gente de las tierras. Los ofenderías mucho.

—Ah ¿sí? —preguntó.

—Por otra parte —dije—, tiene que llegar un transportista de Plymouth con todas las plantas y esquejes. Tienes que explicárselo todo a Tamlyn. Y también hay que desempaquetar y disponer de las cosas de Arthur.

—Eso puedes hacerlo tú solo, creo yo —dijo.

—¿Por qué, si podemos hacerlo juntos?

Me levanté del sillón y levanté los brazos por encima de la cabeza. Toqué a Don con el pie.

—¡Despierta! Ya es hora de dejar de roncar e irse con los otros a las jaulas. —El perro se movió y gruñó—. ¡Viejo diablo perezoso! —dije. La miré; ella me estaba mirando con una expresión muy rara, como si viera a otra persona a través de mí—. ¿Qué pasa? —pregunté.



—Nada —respondió—, nada de nada... ¿Me traes una palmatoria, Philip, y me acompañas a mi habitación?

—Muy bien —dije—. Después llevaré a Don a las jaulas.

Había velas en la mesa, junto a la puerta. Ella cogió la suya y se la encendió. El vestíbulo estaba a oscuras, pero arriba, en el rellano, Seecombe había dejado una luz en el último pasillo.

—Está bien —dijo—, creo que puedo ir sola.

Se paró un momento en un peldaño, le daba la sombra en la cara. Con una mano sujetaba la palmatoria y con la otra el vestido.

—¿Ya no me odias? —me preguntó.

—No —dije—, te he dicho que no eras tú. Era otra mujer.

—¿Estás seguro de que era otra?

—Completamente.

—Entonces, buenas noches. Y que duermas bien.

Dio media vuelta para irse, pero le puse la mano en el brazo y la retuve.

—Espera —dije—, me toca preguntar a mí.

—¿De qué se trata, Philip?

—¿Todavía tienes celos de mí o era otro hombre y no yo?

Se echó a reír y me dio la mano y, como estaba por encima de mí en las escaleras, descubrí un encanto que no había percibido hasta entonces. Se le veían los ojos muy grandes a la luz de la vela.

—¿Ese niño horrible tan mimado y gazmoño? —dijo—. Pues se fue ayer, en el momento en que entraste en el tocador de tía Phoebe.

Se inclinó de repente y me dio un beso en la mejilla.

—El primero de tu vida —dijo— y, si no te gusta, finge que no te lo he dado, sino que te lo dio otra mujer.

Subió las escaleras y la luz de la vela proyectó una sombra oscura y lejana en pared.

## Capítulo XI



Los domingos siempre cumplíamos una rutina estricta. Se desayunaba más tarde, a las nueve, y a las diez y cuarto llegaba el carruaje para llevarnos a Ambrose y a mí a la iglesia. Detrás venían los criados en la tartana. Al terminar en la iglesia, volvían a casa y comían más tarde, a la una, y nosotros a las cuatro, con el vicario y la señora Pascoe, posiblemente una o dos de sus hijas solteras y, por lo general, mi padrino y Louise. No había vuelto a coger el carruaje desde que Ambrose se había ido al extranjero; siempre iba a la iglesia en Gypsy, causando, creo, cierto revuelo, aunque no sé por qué.

Este domingo, en honor de mi invitada, di la orden de que trajeran el carruaje como antes, y mi prima Rachel, avisada del acontecimiento por Seecombe cuando le llevó el desayuno, bajó al vestíbulo al dar las diez. Desde la noche anterior me encontraba en un estado de tranquilidad y, al verla, me dio la impresión de que en el futuro podría decirle cuanto quisiera. Nada me lo impedía ya, ni la inquietud, ni el resentimiento, ni siquiera la cortesía más elemental.

—Tienes que saber —le dije, después de darle los buenos días— que, en la iglesia, todo el mundo estará pendiente de ti. Hasta los rezagados, que a veces se inventan excusas para quedarse en la cama, hoy no se quedarán. Estarán en las naves laterales, e incluso es posible que se pongan de puntillas.

—Me asustas —dijo—. No quiero ir.

—Eso sería un desastre —dije—, porque jamás nos lo perdonarían, ni a ti ni a mí. Me miró solemnemente.

—No sé si sabré lo que tengo que hacer —dijo—. Me educaron en el catolicismo.

—No se lo digas a nadie —le dije—. En esta parte del mundo, los papistas solo sirven para arder en el infierno. O eso es lo que me han dicho. Fíjate en lo que haga yo. No te engañaré.

El carruaje llegó a la puerta. Wellington, con el sombrero reluciente, la escarapela recién colocada y el mozo a su lado, hinchaba el pecho de orgullo como un palomo. Seecombe, con fular limpio y almidonado y el traje de los domingos, esperaba en la puerta tan digno como el cochero. Era la gran ocasión de su vida.

Ayudé a mi prima Rachel a subir al carruaje y me senté a su lado. Llevaba una capa negra sobre los hombros y el velo del sombrero le ocultaba la cara.

—Querrán verte la cara —le dije.

—Pues que lo quieran —contestó.

—No lo entiendes —dije—. Hace treinta años que no pasaba una cosa así. Los mayores se acuerdan de mi tía, supongo, y de mi madre, pero, entre los jóvenes, es la primera vez que una señora Ashley va a la iglesia. Por otra parte, tienes que iluminarlos en su ignorancia. Saben que eres forastera, como dicen ellos. No les sorprendería que los italianos fueran negros.

—¿Quieres hacer el favor de callar? —musitó—. Por la postura de la espalda de Wellington, que veo ahí delante de nosotros, seguro que oye todo lo que decimos.

—No pienso callarme —dije—, es un asunto de mucha importancia. Sé cómo corren los rumores. Todos los campesinos volverán a casa a comer diciendo con amargura que la señora Ashley es negra.

—Me retiraré el velo en la iglesia, pero no antes —dijo—, cuando me arrodille. Que me miren entonces, si es lo que quieren, aunque no tienen ningún derecho a hacerlo. Deberían tener los ojos clavados en el libro de oración.

—Nuestro reservado está rodeado por un banco más alto y tiene cortinas —le dije—. Cuando te arrodilles no se te verá. Puedes jugar a las canicas si quieres. Es lo que hacía yo de pequeño.

—Tu infancia —dijo—; no me hables de tu infancia. Conozco hasta el último detalle. Sé que Ambrose despidió a la niñera cuando tenías tres años. Te quitó los faldones y te puso pantalones. Sé también el método monstruoso que aplicó para enseñarte las letras. No me extraña que jugaras a las canicas en la iglesia. Lo extraño es que no hicieras cosas peores.

—Una vez hice algo peor —dije—. Llevé ratones blancos en el bolsillo y echaron a correr por debajo del asiento. Se subieron a las enaguas de una anciana del banco de atrás. Le dio un desmayo y tuvieron que llevársela.

—¿Ambrose no te castigó por hacer eso?

—No, claro. Fue él quien los soltó en el suelo.

Mi prima Rachel señaló la espalda de Wellington. Tenía los hombros rígidos y las orejas coloradas.

—Si hoy no te comportas, me iré de la iglesia —me dijo.

—Entonces todos creerán que el desmayo te ha dado a ti —dije— y mi padrino y Louise correrán a socorrerte. ¡Oh, cielos...! —exclamé, y, consternado, me di una palmada en la rodilla.

—¿Qué ocurre?

—Me acabo de acordar. Prometí a Louise que iría a verla ayer a Pelyn y se me olvidó por completo. A lo mejor estuvo esperándome toda la tarde.

—Eso —dijo mi prima Rachel— es una grosería por tu parte. Espero que te dé tu merecido.

—Te echaré la culpa a ti —dije—, y además es la verdad. Le diré que me obligaste a llevarte a dar un paseo por el Barton.

—No te lo habría pedido —le dije— si hubiera sabido que tenías otro compromiso. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque se me olvidó por completo.

—Si yo fuera Louise —dijo—, me sentaría muy mal. Es la peor excusa que le puedes dar a una mujer.

—Louise no es una mujer —dije—, es más joven que yo y la conozco desde que corría por ahí en enaguas.

—Esta respuesta no vale. También ella tiene sentimientos.

—¡Ah, bueno! Se le pasará. En la comida se sentará a mi lado y le diré que los jarrones de flores le han quedado preciosos.

—¿Qué jarrones?

—Los de la casa. Los del tocador y la alcoba. Trajo flores a propósito para ponerlas en jarrones.

—¡Qué considerada!

—No confiaba en que Seecombe supiera hacerlo.

—No me extraña. Louise ha arreglado las flores con delicadeza y buen gusto. Las que más me han gustado son las del jarrón de la repisa de la chimenea del tocador y las silvestres de al lado de la ventana.

—¿Había un florero en la repisa de la chimenea y otro al lado de la ventana? —pregunté—. No los vi. Pero de todos modos le diré que le quedaron preciosos, y espero que no me pregunte cómo son.

La miré, me eché a reír y vi que los ojos me sonreían al otro lado del velo, pero ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

Habíamos bajado la empinada cuesta, giramos por el camino y llegamos al pueblo y a la iglesia. Tal como esperaba, había bastante gente al lado de las barandillas. Conocía a casi todos, aunque vi a unos cuantos que estaban allí por pura curiosidad. Se produjo cierta presión entre ellos cuando el carruaje se detuvo ante la verja y nos apeamos. Me quité el sombrero y ofrecí el brazo a mi prima Rachel. Se lo había visto hacer muchas veces a mi padrino con Louise. Recorrimos el camino hasta la puerta de la iglesia y todo el mundo nos miraba. Creía que me sentiría ridículo y fuera de lugar, pero no fue así. Iba seguro y orgulloso, y curiosamente satisfecho. Miraba adelante, ni a la derecha ni a la izquierda, y, a medida que pasábamos, los hombres se quitaban el sombrero y las mujeres hacían una inclinación. No recordaba que me lo hubieran hecho a mí ni una vez. Efectivamente era una gran ocasión.

Al entrar en la iglesia, mientras tocaban las campanas, los que estaban ya en su sitio se volvieron a mirarnos. Se oyó un murmullo de pies entre los hombres y un recrujir de faldas entre las mujeres. Pasamos por la nave central, dejamos atrás el banco de Kendall y llegamos al nuestro. Vi de refilón a mi padrino, con las pobladas cejas muy fruncidas y una expresión pensativa en la cara. Seguro que se preguntaba cómo me había comportado las últimas cuarenta y ocho horas. La buena educación no le permitió mirarnos a ninguno de los dos. Louise estaba a su lado, muy rígida y recta. Tenía una actitud altanera y supuse que la había ofendido. Pero, cuando íbamos a sentarnos en el banco, me hice a un lado para ceder el paso a mi prima Rachel y a

Louise la venció la curiosidad. Levantó la cabeza, miró a mi invitada y después nos cruzamos una mirada. Enarcó las cejas interrogativamente. Fingí que no lo veía, entré y cerré la cancela. La congregación se arrodilló para rezar.

¡Qué sensación tan rara, tener a una mujer en la iglesia a mi lado! Me acordé inmediatamente de mi infancia, la primera vez que me llevó Ambrose y tuve que subirme a un escabel para ver por encima del banco que tenía delante. Sujetaba el libro con las manos imitando a Ambrose, aunque boca abajo muchas veces; y, cuando había que responder, repetía lo que murmuraba él sin pensar en lo que significaba. Cuando me hice un poco mayor, descorría las cortinas y miraba a la gente, al pastor y a los niños del coro, que estaban en sus sillas, y más adelante, cuando volvía de Harrow en vacaciones, me recostaba en el respaldo con los brazos cruzados, igual que Ambrose, y me amodorraba si el sermón se alargaba. Ahora que era un adulto, la iglesia se había convertido en un lugar para reflexionar, aunque lamento decir que no sobre mis faltas u omisiones, sino sobre los planes de la semana siguiente: lo que había que hacer en las tierras de labor o en los bosques, lo que tenía que decir al sobrino de Seecombe, el de la casa del pescado de la bahía, lo que se me había olvidado encargarle a Tamlyn... Me sentaba solo en el banco reservado, encerrado en mí mismo, sin nadie que me distrajera. Cantaba los salmos y respondía al pastor por costumbre. Este domingo era distinto. No podía olvidar que ella estaba a mi lado. No se podía decir que no supiera lo que tenía que hacer, como si hubiera asistido al servicio de la Iglesia anglicana todos los domingos de su vida. Estaba sentada, muy quieta, con la mirada fija y grave en el vicario, y, cuando se arrodillaba, vi que lo hacía a conciencia, no medio sentada en el banco, como solíamos hacer Ambrose y yo. No hacía ningún ruido, ni volvía la cabeza ni miraba a la gente, como la señora Pascoe y sus hijas, que siempre estaban mirando a todos desde su banco de la nave lateral, donde el vicario no las veía. Cuando empezamos a cantar los himnos se levantó el velo y vi que movía los labios con las palabras, pero no la oí cantar. Se bajó el velo otra vez al sentarse para oír el sermón.

Me pregunté quién habría sido la última mujer que se había sentado en el banco de los Ashley. Seguramente tía Phoebe, suspirando por su clérigo, o la mujer de tío Philip, la madre de Ambrose, a la que no llegué a conocer. Es posible que mi padre también, antes de irse a luchar a Francia y perder la vida, y mi madre, joven y delicada, que, según me decía Ambrose, había sobrevivido a mi padre cinco meses escasos. Nunca había pensado mucho en ellos ni los había echado de menos; Ambrose había sabido suplirlos a los dos. Pero ahora, mirando a mi prima Rachel, me acordé de mi madre. ¿Se arrodillaba allí, en ese reclinatorio, al lado de mi padre? ¿Se sentaba apoyando la espalda en el respaldo, con las manos juntas sobre el regazo, para oír el sermón? Y después ¿volvía a casa y me sacaba de la cuna? Y, con la monótona voz del señor Pascoe de fondo, me pregunté lo que sentiría de niño cuando mi madre me cogía en brazos. ¿Me acariciaría la cabeza y me besaría la mejilla y después sonreiría y me dejaría de nuevo en la cuna? De pronto lamenté no tener

ningún recuerdo de ella. ¿Por qué sería que la memoria infantil no podía recordar más allá de cierto límite? Yo era un niño pequeño que iba detrás de Ambrose, llamándolo para que me esperara. Pero antes de eso, nada. Nada de nada...

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dijo el vicario, y volví a este mundo.

No había oído una sola palabra del sermón. Tampoco había hecho planes para la semana siguiente. Había estado allí soñando, mirando a mi prima Rachel.

Cogí el sombrero y le toqué el brazo.

—Lo has hecho muy bien —le susurré—, pero la prueba de fuego viene ahora.

—Gracias —me respondió, susurrando también—, la tuya también. Tienes que arreglar el asunto de la promesa que no cumpliste.

Salimos al sol; nos esperaba una pequeña multitud: arrendatarios, conocidos y amigos, entre ellos, la señora Pascoe, la mujer del vicario y sus hijas, además de mi padrino y Louise. Se fueron presentando uno a uno. Como si estuviéramos en la corte. Mi prima Rachel se levantó el velo y pensé que, cuando estuviéramos solos otra vez, le tomaría el pelo con eso.

Mientras nos dirigíamos hacia los carruajes, me dijo delante de todos, para que no pudiera protestar (y por su mirada y el cascabeleo de la voz supe que lo hacía a propósito):

—Philip, ¿no quieres ir con la señorita Kendall en tu carruaje? Yo puedo ir con el señor Kendall en el suyo.

—Sí, claro, si lo prefieres así —dije.

—Me parece un reparto muy acertado —dijo, sonriendo a mi padrino, que, a su vez, respondió con una inclinación de cabeza y le ofreció el brazo.

Se volvieron a la vez hacia el carruaje de Kendall y no me quedó más remedio que dirigirme al primero con Louise. Tenía la sensación de ser un niño al que acababan de abofetear. Wellington arreó a los caballos y partimos.

—Oye, Louise, lo siento mucho —le dije inmediatamente—, ayer por la tarde me fue imposible acercarme a tu casa. Mi prima Rachel quería ir a ver los terrenos del Barton, así que la acompañé. No me dio tiempo a avisarte; si no, habría mandado al chico con un recado para ti.

—¡Ah, no te disculpes! —dijo—. Estuve esperando un par de horas, pero da igual. Por suerte, hacía buen tiempo y pasé el rato cogiendo las últimas moras.

—Me alegro mucho —dije—. Lo siento mucho, de verdad.

—Me imaginé que te habría pasado algo así —dijo— y me alegro de que no fuera nada grave. Sé que no te apetecía nada la visita y temía que hicieras algo violento, que tuvierais una discusión muy fuerte y me la encontrara de pronto a la puerta de mi casa. Bueno, ¿qué pasó? ¿Has sobrevivido hasta aquí sin tener ningún encononazo? Cuéntamelo todo.

Me eché el sombrero a un lado y crucé los brazos.

—¿Todo? ¿Cómo «todo»?

—Pues todo. ¿Qué le dijiste? ¿Cómo se lo tomó ella? ¿Se quedó pasmada al oírte o no dio señales de culpabilidad?

Hablaba en voz baja y Wellington no la oía, pero yo estaba irritado y de bastante mal humor. ¡Qué sitio y qué momento para hablar de esas cosas! Y, además, ¿por qué tenía que interrogarme así?

—No hemos tenido mucho tiempo para hablar —dije—. La primera noche, ella estaba cansada y se fue temprano a la cama. Ayer estuvo todo el día paseando por los alrededores. Por la mañana, los jardines, y por la tarde, los terrenos del Barton.

—Entonces, ¿no habéis hablado en serio todavía?

—Depende de lo que entiendas por «en serio». Solo sé que es una persona muy distinta de la que me había imaginado. Eso salta a la vista, lo habrás notado nada más verla.

Louise se quedó en silencio. No apoyaba la espalda en el carruaje, como yo. Iba erguida, con las manos dentro del manguito.

—Es muy guapa —dijo al cabo de un rato.

Bajé los pies del asiento de enfrente y me volví a mirarla.

—¿Muy guapa? —dije, perplejo—. Mi querida Louise, estás loca.

—No, no, qué va —respondió—. Pregúntaselo a mi padre o a cualquiera. ¿No te diste cuenta de cómo la miraba la gente cuando se levantó el velo? Estás tan ciego para las mujeres que por eso no te has dado cuenta.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida —dije—. Es posible que tenga los ojos bonitos, pero, por lo demás, es muy normal. La persona más normal que he conocido en mi vida. Además, puedo decirle lo que me venga en gana, puedo hablar de lo que quiera. No tengo que comportarme de ninguna forma especial. Es lo más fácil del mundo, sentarme sin más en un sillón enfrente de ella y encender la pipa.

—¿No habías dicho que no habíais tenido tiempo de hablar?

—No te pongas quisquillosa. Claro que hablamos a la hora de comer, y cuando recorríamos las tierras. Lo que quiero decir es que no tuve que hacer ningún esfuerzo.

—Es evidente.

—En cuanto a ser muy guapa, tendré que decírselo. Le va a dar mucha risa. Es normal que la gente la mirase. La miraban porque es la señora Ashley.

—Sí, también, pero no solo por eso. De todos modos, sea guapa o no, me parece que te ha causado una gran impresión. Es una mujer madura, claro, tendrá unos treinta y cinco años, creo yo, ¿no te parece? ¿O crees que es más joven?

—Ni lo sé ni me importa, Louise. No me interesa la edad de la gente. Por mí, como si tiene noventa y nueve.

—No seas ridículo. No hay mujer de noventa y nueve años que tenga unos ojos como los suyos, ni un cutis. Se viste bien. El traje que llevaba era perfecto, y también la capa. La verdad es que lleva el luto con mucha gracia.

—¡Por Dios, Louise! ¡Pareces la señora Pascoe! Jamás te había oído cotillear de esta manera.

—Ni yo te había visto tan entusiasmado, así que va lo uno por lo otro. ¡Qué cambio en cuarenta y ocho horas! Bueno, sé de alguien que se tranquilizará mucho: mi padre. Temía que hubiera derramamiento de sangre, después de la última vez que te vio, y no me extraña.

Me alegré de llegar a la cuesta larga, porque podía bajarme del carruaje y seguir a pie con el mozo, como teníamos por costumbre, para que los caballos no hicieran tanto esfuerzo. ¡Qué actitud tan extraordinaria había adoptado Louise! En vez de alegrarse, parecía decepcionada, casi enfadada, porque la visita de mi prima Rachel transcurriera con normalidad. Eso no era una gran muestra de amistad. Cuando llegamos al final de la cuesta, monté otra vez en el carruaje y me senté a su lado, y ya no volvimos a dirigirnos la palabra en todo el día. Era ridículo, pero si ella no hacía ningún intento por romper el silencio, que me condenara si daba yo el primer paso. Inevitablemente, pensé que el camino de ida a la iglesia había sido mucho más placentero que el de vuelta.

Me pregunté qué tal lo estaría pasando la pareja del segundo carruaje. Bastante bien, al parecer. Cuando nos apeamos y Wellington dio la vuelta para hacerles sitio, Louise y yo nos quedamos en la puerta esperando a mi padrino y a mi prima Rachel. Venían charlando como viejos amigos y mi padrino, tan seco y taciturno por lo general, peroraba sobre algo con un entusiasmo inusitado. Oí las palabras «escandaloso» y «el campo no lo apoyará». Entonces supe que se trataba de su tema predilecto: el gobierno y la oposición. Estaba seguro de que él no se había apeado en la cuesta para no cansar tanto a los caballos.

—¿Ha sido agradable el trayecto? —preguntó mi prima Rachel, escrutándome la mirada, con un temblor en la boca; habría jurado que, por las caras tan largas que teníamos, sabía que no lo había sido.

—Sí, gracias —dijo Louise retrocediendo un poco para cederle amablemente el paso.

Pero mi prima Rachel la cogió del brazo y dijo:

—Ven conmigo a mi habitación y quítate el abrigo y el sombrero. Quiero darte las gracias por esas flores tan preciosas.

Mi padrino y yo casi no tuvimos tiempo de lavarnos las manos y saludarnos cuando se nos echó encima la familia Pascoe al completo, y me correspondió acompañar al vicario y a sus hijas a dar un paseo por los jardines. El vicario era inofensivo, pero yo habría podido prescindir de sus hijas perfectamente. En cuanto a su mujer, la señora Pascoe, subió a reunirse con las señoras como un sabueso tras su presa. Nunca había visto la habitación azul sin fundas del polvo... Las hijas no paraban de alabar a mi prima Rachel e, igual que Louise, dijeron que les parecía muy guapa. Disfruté diciéndoles que a mí me parecía bajita y sin ningún atractivo, y ellas me llevaron la contraria con breves comentarios.

—Sin ningún atractivo no —dijo el señor Pascoe, levantando una hortensia con el bastón—, de eso nada. Tampoco diría que es muy guapa, como opinan las niñas. Pero



es femenina, sí, esa es la palabra justa: femenina, sin duda.

—Pero, padre —dijo una de las hijas—, ¿qué esperabas que fuera la señora Ashley?

—Querida mía —dijo el vicario—, te sorprendería saber la cantidad de mujeres que carecen de esa cualidad.

Pensé en la señora Pascoe, con su cabeza caballuna, y enseguida señalé las tiernas palmeras que había traído Ambrose de Egipto, que todos habrían visto ya muchas veces, para cambiar —con mucho tacto, a mi entender— el rumbo de la conversación.

Cuando volvimos a la casa, al entrar en la sala de estar, la señora Pascoe estaba contando a mi prima Rachel en tono airado el lío en el que el aprendiz de jardinero había metido a la doncella de la cocina.

—Lo que no logro entender, señora Ashley, es dónde pudo suceder, porque ella duerme en la misma habitación que la cocinera y, que sepamos, nunca salía de casa.

—¿Tal vez en la bodega? —dijo mi prima Rachel.

Dejó de hablar al instante en cuanto nos vio entrar. Desde que Ambrose no estaba en casa, hacía dos años, no se me había pasado un domingo tan rápidamente. E incluso estando él, muchas veces se me hacía largo. Como la señora Pascoe le resultaba antipática, sus hijas le eran indiferentes y a Louise se limitaba a soportarla porque era la hija de su amigo más antiguo, siempre prefería la compañía del vicario y la de mi padrino. Los cuatro solos podíamos estar a nuestras anchas. Pero cuando estaban también las mujeres, las horas parecían semanas. Hoy todo era distinto.

Con las carnes servidas y la cubertería de plata, aquello parecía un banquete. Yo presidía la mesa, como hacía Ambrose siempre, y mi prima Rachel se sentó en la otra punta. Tenía a la señora Pascoe a la derecha, pero por una vez no me inspiró furia: se pasó la mayor parte del tiempo con la cabeza vuelta hacia el otro lado; se reía, comía y hasta se olvidó de asesinar a su marido con la mirada cuando este, que salió del cascarón posiblemente por primera vez en su vida, arrebolado y con los ojos brillantes, se puso a recitar unos versos. Toda la familia Pascoe se abrió como un capullo de rosa, y nunca había visto divertirse tanto a mi padrino.

Solamente Louise estaba silenciosa y retraída. Hice todo lo posible por animarla, pero no reaccionaba o no quería reaccionar. Estaba rígida a mi izquierda, comía poco y desmigajaba el pan con una expresión fija en la cara, como si se hubiera tragado un sable. Bueno, pues si quería estar enfurruñada, que lo estuviera. Yo me lo pasaba muy bien y no iba a preocuparme por ella. Estaba encogido en la silla, con los codos en los reposabrazos, riéndome de mi prima Rachel, que animaba al vicario a recitar más versos. Nunca había disfrutado tanto en una comida dominical, pensé, y habría dado el mundo entero por tener allí a Ambrose con nosotros. Cuando terminamos los postres y trajeron el oporto, no sabía si debía levantarme, como solía, para abrir la puerta o si, ahora que tenía a una anfitriona enfrente de mí, debía ser ella quien diera alguna señal. Se hizo una pausa en la conversación. De pronto me miró y sonrió. Yo

le sonreí a mi vez. Nos sostuvimos la mirada un momento. Fue algo insólito, raro. Una sensación desconocida que me recorrió todo el cuerpo.

Mi padrino dijo, con su voz brusca y grave:

—Dígame, señora Ashley ¿Philip no le recuerda muchísimo a Ambrose?

Se hizo el silencio. Ella dejó la servilleta en la mesa y dijo:

—Tanto que ahora, mientras comíamos, me preguntaba si había alguna diferencia.

Se puso de pie, las demás mujeres también y yo crucé el comedor para abrir la puerta. Pero, cuando las señoras se fueron y volví a mi silla, la sensación seguía presente.

## Capítulo XII



Sobre las seis se fueron todos, porque el vicario tenía que celebrar el oficio vespertino en otra parroquia. Oí que la señora Pascoe invitaba a mi prima Rachel a pasar juntas una tarde de la semana siguiente, y las hijas también la reclamaban, cada cual para una cosa. Una quería que la aconsejara sobre una acuarela; otra tenía un juego de fundas de cojín para bordarlos como tapices y no se veía capaz de decidir sobre las lanas; la tercera leía en voz alta a una anciana enferma del pueblo todos los jueves y quería que mi prima Rachel la acompañara porque la pobre mujer tenía muchas ganas de conocerla.

—La verdad es que —decía la señora Pascoe, mientras cruzábamos el vestíbulo hacia la puerta— hay tantas personas que desean conocerla, señora Ashley, que me parece que no yerro si digo que va a tener compromisos todas las tardes cuatro semanas seguidas.

—Podría atenderlos todos perfectamente desde Pelyn —dijo mi padrino—. Nuestra casa está muy a mano para todas las visitas. Mucho más que esta. Y prefiero pensar que tendremos el placer de disfrutar de su compañía dentro de un par días.

Me miró y me apresuré a quitarle la idea de la cabeza antes de que se complicaran más las cosas.

—No, señor —dije—; de momento, mi prima Rachel se queda aquí. Antes de comenzar con las visitas, tiene que recorrer todas las tierras. Empezamos mañana en el Barton, nos han invitado a tomar el té. Después irá a las demás granjas, por turno. Sería una gran ofensa que no presentase sus respetos a todos los arrendatarios por orden estricto de prioridad.

Louise me miró con los ojos muy abiertos, pero lo pasé por alto.

—¡Ah, sí, claro! —dijo mi padrino, asombrado a su vez—; muy bien, como está mandado. Tenía la intención de acompañar personalmente a la señora Ashley, pero si prefieres hacerlo tú, la cosa cambia. Y si —prosiguió, dirigiéndose a mi prima Rachel— no se encuentra usted a gusto aquí... Sé que Philip me perdonará por decirlo, pero hace muchos años que no se reciben señoras en esta casa, como sin duda sabrá, y las cosas pueden resultar un poco crudas... O, si desea tener compañía femenina, sé que mi hija la recibirá encantada.

—En la vicaría tenemos una habitación de invitados —terció la señora Pascoe—. Si se encuentra sola en cualquier momento, señora Ashley, la pongo a su entera disposición. Nos encantaría tenerla con nosotros.

—Claro, claro —insistió el vicario, y me pregunté si tendría otros cuantos versos en la punta de la lengua.

—Son ustedes muy amables y sumamente generosos —dijo mi prima Rachel—. Cuando haya cumplido con mis obligaciones aquí, en estas tierras, volveremos a hablar. ¿Les parece bien? Entretanto, consideren que les estoy muy agradecida.

Después de mucha cháchara, ruido y despedidas, los carruajes se fueron.

Volvimos a la sala de estar. La tarde había sido muy divertida, bien lo sabe Dios, pero me alegré de que se hubieran ido y la casa estuviera en silencio otra vez. Ella debió de pensar lo mismo, porque se paró un momento en medio de la sala de estar y, mirando a todas partes, dijo:

—Me encanta el silencio que queda en una sala después de una fiesta. Las sillas están fuera de su sitio, los cojines, revueltos: las pruebas de que la gente se lo ha pasado bien son palpables; pero una vuelve a la sala vacía y se alegra de que todo haya terminado, da gusto relajarse y decir: «Por fin solos otra vez». En Florencia, Ambrose me decía que valía la pena soportar el tedio de las visitas para disfrutar del placer de quedarse solos después. ¡Cuánta razón tenía!

Me quedé mirándola; estaba alisando el cojín de una silla y después mulló otro.

—No es necesario que lo hagas —le dije—. Ya se encargarán mañana Seecombe, John y los demás.

—Instinto femenino —me dijo—. No me mires; siéntate y llena la pipa. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí —me senté de perfil en un taburete, con las piernas estiradas—. No sé por qué —añadí—, pero por lo general los domingos me resultan muy aburridos. Bueno, supongo que es porque no soy un gran conversador. Lo único que he tenido que hacer hoy ha sido recostarme en la silla y dejarte hablar a ti.

—Para eso sirven muy bien las mujeres —respondió—, las enseñan a hacerlo. Saben por instinto lo que tienen que hacer si la conversación decae.

—Sí, pero en tu caso no se nota —dije—. La señora Pascoe no lo hace igual. Ella habla y habla sin parar hasta que te entran ganas de gritar. Otros domingos, ningún hombre tiene ocasión de decir nada. No sé cómo lo has hecho, pero todo ha sido muy agradable.

—¿Ha sido agradable?

—Sí, claro, ya te lo he dicho.

—Entonces, más vale que te cases con tu Louise cuanto antes y tengas una anfitriona de verdad, no un ave de paso.

Me erguí en el taburete y la miré. Se estaba repasando el pelo delante del espejo.

—¿Que me case con Louise? —dije—. ¡No seas absurda! No quiero casarme con nadie. Y además no es mi Louise.

—¡Oh! —exclamó—. Creía que sí. Al menos esa impresión me dio tu padrino.

Se sentó en un sillón y sacó la labor de bordado. En ese momento entró el joven John a correr las cortinas, así que guardé silencio. Pero me puse negro. ¿Con qué

derecho hacía mi padrino esa clase de conjeturas? Esperé a que John saliera.

—¿Qué fue lo que dijo mi padrino? —pregunté.

—No recuerdo las palabras exactas —me contestó—, pero me dio la sensación de que para él estaba muy claro. Al volver de la iglesia en el carruaje, dijo que su hija había venido a arreglar las flores y que para ti era una lata, porque te has criado en una casa de hombres; y que cuanto antes te cases y tengas una mujer que te cuide, mejor. También me dijo que Louise te entiende muy bien, y tú a ella. Espero que te hayas disculpado por no presentarte a la cita el sábado.

—Sí, me he disculpado —dije—, pero me parece que no ha servido de mucho. Nunca había visto a Louise de tan mal humor. Por cierto, dice que eres muy guapa. Y las señoritas Pascoe también.

—¡Qué halagador!

—Pero el vicario no está de acuerdo con ellas.

—¡Qué disgusto!

—Pero le pareces femenina. Sin duda.

—¿En qué sentido lo dirá?

—Supongo que un sentido muy distinto a la señora Pascoe.

Se le escapó una risita y levantó la vista de la labor.

—¿Cómo la definirías, Philip?

—¿A qué te refieres?

—A la diferencia entre la feminidad de la señora Pascoe y la mía.

—¡Ah, yo qué sé! —contesté, y di un golpe a la pata del taburete—. No sé nada de ese tema. Lo único que sé es que me gusta mirarte, pero a la señora Pascoe no.

—Una respuesta sencilla y clara, gracias, Philip.

Podía haber dicho lo mismo de sus manos. También me gustaba mirarlas. Las de la señora Pascoe eran como jamones cocidos.

—De todas formas, todo eso de Louise es absurdo —dije—, así que olvídalo. Nunca la he considerado una mujer casadera y no tengo intención de empezar ahora.

—Pobre Louise.

—Es ridículo que a mi padrino se le haya metido esa idea en la cabeza.

—En realidad no. Cuando dos jóvenes tienen la misma edad, se ven a menudo y les gusta estar juntos, es natural que los demás piensen en el matrimonio. Además es guapa y muy eficiente. Sería una mujer excelente para ti.

—Prima Rachel, ¿quieres dejarlo de una vez?

Me miró otra vez y sonrió.

—Y también podías dejar esa tontería de ir de visita a todas partes —dije— y pensar en instalarte en la vicaría o en Pelyn. ¿Qué es lo que no te gusta de esta casa o de mi compañía?

—Hasta ahora, no tengo queja alguna.

—¿Entonces...?

—Me quedaré hasta que Seecombe se harte de mí.

—Seecombe no tiene nada que ver en esto —dije—, ni Wellington, ni Tamlyn ni ningún otro. Aquí el amo soy yo y tiene que ver conmigo.

—Entonces, tendré que hacer lo que se me ordene —dijo—; eso también forma parte de la educación de la mujer.

La miré con suspicacia, a ver si se estaba riendo, pero tenía la cabeza inclinada sobre la labor y no le veía los ojos.

—Mañana —dije— haré una lista de los arrendatarios por orden de antigüedad. Primero irás a visitar a los que llevan más tiempo con la familia. Empezando por el Barton, como quedamos el sábado. Saldremos de casa a la dos, todas las tardes hasta que conozcas a todo el mundo.

—Sí, Philip.

—Tendrás que escribir una nota a la señora Pascoe y a sus hijas para decirles que tienes otros compromisos.

—Lo haré mañana por la mañana.

—Cuando terminemos con los nuestros, tendrás que quedarte en casa tres tardes a la semana, los martes, jueves y viernes, me parece que es, por si viene a verte alguien del condado.

—¿Cómo sabes qué días son?

—Porque he oído hablar mucho de eso a las Pascoe y a Louise.

—Ya. Y ¿tengo que recibir a la gente yo sola, aquí en la sala de estar, o te quedarás tú conmigo, Philip?

—La recibirás tú sola. Vendrán a verte a ti, no a mí. Recibir a la gente del condado no forma parte de las obligaciones de los hombres.

—Y si me invitan a comer, ¿puedo aceptar?

—No te invitarán. Estás de luto. Si se organiza alguna diversión, será aquí. Pero nunca más de dos parejas cada vez.

—¿Así es la etiqueta en esta parte del mundo? —me preguntó.

—¿La etiqueta? ¡Ja! —respondí—. Ambrose y yo nunca prestamos atención a la etiqueta; nos la hacíamos a medida.

Vi que agachaba más la cabeza sobre la labor y me malicié que era para ocultar la risa, aunque no tenía la menor idea de qué sería lo que le hacía gracia. No me estaba haciendo el gracioso.

—Supongo —dijo al cabo de un momento— que estaría fuera de lugar pedirte que me hicieras una lista de las reglas. Un código de conducta, por decirlo de alguna manera. Podría estudiarlo aquí, mientras espero a las visitas. Sería un desastre que diera algún paso en falso, según tu opinión, y quedara en ridículo.

—Puedes decir lo que quieras a quien quieras —contesté—. Lo único que te pido es que te quedes aquí, en la sala de estar. Nunca dejes entrar a nadie en la biblioteca bajo ningún pretexto.

—¿Por qué? ¿Qué habrá en la biblioteca?

—Yo, y con los pies encima de la repisa de la chimenea.

—¿Los martes, jueves y viernes también?

—No, los jueves no. Los jueves voy a la ciudad, al banco.

Cogió las madejas de seda y las acercó al candelero para ver el color; después las envolvió en la labor. Hizo un rollo con todo y lo dejó.

Miré el reloj. Todavía era pronto. ¿Pensaba irse arriba tan temprano? Tuve una sensación de decepción.

—Y cuando haya venido toda la gente del condado a verme ¿qué pasará?

—Pues tendrás la obligación de devolver la visita a todos. Pediré que te preparen el carruaje todas las tardes a las dos. No, disculpa, solo los martes, jueves y viernes.

—Y ¿tengo que ir sola?

—Sí, sola.

—Y los lunes y miércoles ¿qué hago?

—Los lunes y miércoles, a ver, un momento... —Me puse a pensar a toda prisa, pero me falló la inventiva—. ¿Dibujas o cantas, como las Pascoe? Podrías practicar canto los lunes y dibujo o pintura los miércoles.

—Ni dibujo ni canto —dijo mi prima Rachel—, y me temo que estás preparándome un programa social que no va nada conmigo. En vez de esperar a que la gente del condado venga a verme, preferiría ir yo a verla con el propósito de darles clases de italiano.

Apagó las velas de la mesilla que tenía al lado y se puso en pie. Yo me levanté del taburete.

—¿La señora Ashley dando clases de italiano? —dije, fingiendo horror—. ¡Qué baldón para su ilustre apellido! Solo las solteras dan clases, porque no tienen quien las mantenga.

—Y ¿qué hacen las viudas que se encuentran en circunstancias similares? —pregunté.

—¿Las viudas? —dije, sin pensar—. ¡Ah! Las viudas vuelven a casarse cuanto antes o venden sus anillos.

—Ya. Bien, pues no tengo intención de hacer ninguna de las dos cosas. Prefiero dar clases de italiano.

Me dio una palmadita en el hombro, dio unos pasos y volvió la cabeza para desearme buenas noches.

Me puse como la grana. ¡Dios mío! ¿Qué había dicho? Había hablado sin pensar en su estado, sin pensar en quién era ella ni en lo que le había pasado. Me había dejado llevar alegremente por la conversación como habría hecho en el pasado con Ambrose y se me había soltado la lengua más de lo conveniente. Volver a casarse, vender sus anillos. ¿Qué pensaría de mí, por el amor de Dios?

¡Qué torpe, insensible y zafio, en una palabra, y mal educado le habría parecido! Noté que el rubor me subía por el cuello hasta la raíz del pelo. Maldición y condenación. Mejor no pedir disculpas, porque el asunto tomaría mayores dimensiones. Mejor dejarlo pasar, esperar y rogar que se le olvidara. Me alegré de

que no hubiera nadie más en la sala, mi padrino, por ejemplo, que me habría llevado aparte y me habría mirado con el ceño fruncido por semejantes modales. O, si hubiera sido en la mesa, con Seecombe sirviéndonos, y el joven John... ¡Volver a casarse! ¡Vender sus anillos! ¡Ay, Dios... ay, Dios! Pero ¿en qué demonios estaba pensando? Ahora me pasaría la noche en vela, dando vueltas y más vueltas, sin dejar de oír su respuesta, veloz como el rayo: «No tengo intención de hacer ninguna de las dos cosas. Prefiero dar clases de italiano».

Llamé a Don; salimos por la puerta lateral y me lo llevé a pasear por los alrededores. A medida que andaba me parecía que la ofensa empeoraba, en vez de mejorar. Rudo, inconsciente, cabeza de chorlito, bruto... De todos modos, ¿qué quería decir? ¿Sería posible que tuviera tan poco dinero para decirlo en serio? ¿La señora Ashley dando clases de italiano? Me acordé de la carta que le había escrito a mi padrino desde Plymouth. Le decía que tenía intención de irse a Londres después de descansar un poco. Me acordé también de lo que había dicho el hombre ese, Rainaldi, que se vería obligada a vender la villa de Florencia. Entonces caí en la cuenta, con todas sus consecuencias, de que Ambrose no le había dejado nada en el testamento, nada en absoluto. Hasta el último penique de su herencia era para mí. Me vinieron a la cabeza las habladurías de los criados. No había nada previsto para la señora Ashley. ¿Qué se diría en las dependencias de los criados, en las tierras, en el vecindario, en el condado, si la señora Ashley se ponía a dar clases de italiano?

Dos o tres días antes me habría dado igual. Por mí, como si se moría de hambre la mujer a la que me imaginaba, y bien merecido lo tenía. Pero ahora no. Ahora era distinto. La situación había cambiado por completo. Era necesario hacer algo para remediarla, pero no sabía qué. No podía hablarlo con ella, eso seguro. Solo de pensarlo me ponía otra vez como la grana de vergüenza. Sin embargo, para mi gran alivio, me acordé de pronto de que ni el dinero ni las tierras eran legalmente míos todavía, que todavía faltaban seis meses para que lo fueran, el día de mi cumpleaños. Por lo tanto, no dependía de mí, era responsabilidad de mi padrino. Él era el administrador de las propiedades y mi tutor. Por lo tanto, le correspondía a él acercarse a mi prima Rachel y asignarle una parte de las tierras. Iría a verlo para hablarlo con él en cuanto se me presentara la ocasión. Mi nombre no tenía que aparecer en ninguna parte; que pareciera un simple trámite legal que había que hacer en algún momento, según la costumbre del país. Sí, esa era la solución. Gracias a Dios que se me había ocurrido pensarlo. Clases de italiano... ¡Qué vergonzoso, qué humillante!

Tranquilizado, volví a casa, pero todavía no se me había olvidado la metedura de pata del principio. Volver a casarse, vender los anillos... Llegué al final del césped por la fachada este y silbé suavemente a Don, que estaba husmeando en la tierra. Mis pasos se oían un poco sobre el camino de gravilla. Alguien me llamó:

—¿Sales a menudo de noche a pasear por el bosque?

Era mi prima Rachel. Estaba sentada en el dormitorio azul sin ninguna luz, con la



ventana abierta. La metedura de pata se me cayó encima como una losa y di gracias al cielo porque no me veía la cara.

—A veces —dije—, cuando tengo que pensar en algo.

—¿Eso quiere decir que esta noche tienes algo en que pensar?

—Sí, claro —respondí—. He llegado a una conclusión importante, paseando por el bosque.

—¿De qué se trata?

—He llegado a la conclusión de que tenías toda la razón cuando aborrecías mi nombre, antes de conocerme, y me considerabas, tal como dijiste, horrible, mimado y gazmoño. Soy las tres cosas y otras peores, además.

Se asomó apoyando los brazos en el alféizar.

—En tal caso, no te sienta bien pasear por el bosque —dijo—, y esas conclusiones son una estupidez.

—Prima Rachel...

—¿Sí?

Pero no sabía cómo disculparme. En la sala de estar, las palabras se habían unido y habían salido con total facilidad para meter la pata, pero ahora que deseaba remediarlo no acudían a mi boca. Me quedé allí, bajo la ventana, mudo y avergonzado. De pronto vi que se daba media vuelta y se estiraba para alcanzar algo; volvió a asomarse y me lo tiró desde la ventana. Me dio en la mejilla y después cayó al suelo. Me agaché a recogerlo. Era una flor del jarrón, un azafrán silvestre.

—No seas tan tonto, Philip, vete a la cama —dijo.

Cerró la ventana y corrió las cortinas; y no sé cómo, pero se me pasó la vergüenza, se me olvidó la metedura de pata y me tranquilicé.

Los primeros días de la semana fue imposible ir a Pelyn por el programa que había establecido de visitas a los arrendatarios. Por otra parte, no había excusa plausible para ir a ver a mi padrino sin llevar a mi prima Rachel a ver a Louise. La oportunidad se presentó el jueves. Llegó el transportista de Plymouth con todos los arbustos y plantas que mi prima había traído de Italia y, en cuanto Seecombe se lo comunicó —yo estaba terminando de desayunar en ese momento—, apareció abajo, vestida y con la pañoleta de encaje en la cabeza, preparada para ir al jardín. La puerta del comedor estaba abierta y se veía el vestíbulo, así que la vi pasar. Salí a darle los buenos días.

—Tenía entendido —le dije— que Ambrose te decía que ninguna mujer estaba presentable antes de las once de la mañana. ¿Qué haces aquí abajo a las ocho y media?

—Ha llegado el transportista —dijo— y a las ocho y media de la última mañana de septiembre no soy una mujer; soy jardinera. Tamlyn y yo tenemos mucho que hacer.

Estaba alegre y animada, como una niña cuando sabe que le van a dar una golosina.

—¿Vas a contar las plantas? —le pregunté.

—¿A contarlas? No —respondió—. Tengo que ver cuántas han sobrevivido al viaje y cuáles vale la pena poner en tierra inmediatamente. Tamlyn no lo sabrá, pero yo sí. Los árboles no corren prisa, podemos trasplantarlos con calma, pero me gustaría ver los arbustos en tierra cuanto antes.

Llevaba en las manos un par de guantes viejos y recios, que no tenían nada que ver con su pequeña y atildada figura.

—No pensarás ponerte a escarbar en la tierra, ¿verdad? —le pregunté.

—Claro que sí. Ya lo verás. Seré más rápida que Tamlyn y sus hombres. No me esperes a comer.

—Pero esta tarde —protesté— nos esperan en Lankelly y en Coombe. Habrán fregado las cocinas y habrán preparado el té.

—Manda recado de que aplazamos la visita —dijo—. Cuando hay trabajo que hacer en el jardín no puedo comprometerme a nada. Adiós.

Agitando la mano cruzó la puerta y salió al camino de gravilla.

—¡Prima Rachel! —La llamé desde la ventana del comedor.

—¿Qué hay? —dijo, mirando atrás.

—Ambrose no tenía razón cuando dijo eso de las mujeres —grité—. A las ocho y media de la mañana están perfectamente presentables.

—Ambrose no se refería a las ocho y media —respondió—, se refería a las seis y media, y en la habitación.

Di media vuelta riéndome y vi a Seecombe pegado a mí, frunciendo los labios. Con cara de desaprobación, se acercó al aparador e indicó al joven John que retirara los platos del desayuno. La ventaja de esta jornada de jardinería es que nadie iba a echarme de menos. Cambié los planes que tenía para la mañana, ordené que ensillaran a Gypsy y a las diez estaba de camino a Pelyn. Encontré a mi padrino en casa, en el estudio y, sin más preámbulos, le expuse el objeto de la visita.

—Así que, entiéndalo, hay que hacer algo e inmediatamente. Imagínese: si llegara a oídos de la señora Pascoe que la señora Ashley tiene intenciones de dar clases de italiano, en menos de veinticuatro horas lo sabría todo el condado, ¿no le parece?

Tal como esperaba, mi padrino se quedó muy impresionado y dolido.

—¡Qué escándalo! —dijo—. Que ni lo sueñe. Eso no puede ser. Es un asunto delicado, desde luego. Necesito tiempo para pensar en la forma de enfocarlo.

Me impacienté. Conocía su cautela en asuntos legales. Se pasaría días dándole vueltas hasta llegar a una conclusión.

—No hay tiempo que perder —dije—. Usted no conoce a mi prima Rachel tanto como yo. Es capaz de decir a cualquier arrendatario, sin más ni más, como es ella: «¿Sabe de alguien que quiera aprender italiano?». Y entonces ¿cómo quedaríamos nosotros? Además, ya corren rumores por ahí, por lo que dice Seecombe. Todo el mundo sabe que en el testamento no le han dejado nada. Eso hay que remediarlo cuanto antes.

Se quedó pensando, mordiendo la pluma.

—El consejero italiano no me aclaró nada de sus circunstancias —dijo—. Es una lástima que no pueda hablar del asunto con él. No tenemos forma de averiguar de qué medios personales dispone ni en qué situación la dejó su primer marido.

—Creo que se lo gastó todo en saldar las deudas de Sangalietti —dije—. Me lo dijo Ambrose en una carta, si mal no recuerdo. Fue uno de los motivos que les impidieron volver el año pasado, el estado de sus asuntos económicos. Seguro que tiene que vender la villa por eso. ¡Caramba, es posible que no tenga un penique a su nombre! Tenemos que hacer algo para ayudarla y tiene que ser hoy.

Mi padrino repasó los papeles esparcidos por el escritorio.

—Me alegro mucho, Philip —dijo, mirándome por encima de las gafas—, de este cambio tuyo de actitud. Estaba muy intranquilo antes de que llegara tu prima. Tenías intención de ser muy grosero y desagradable y de no hacer absolutamente nada por ella, cosa que habría sido un escándalo. Al menos ahora has entrado en razón.

—Me equivoqué —dije brevemente—, olvidémonos de todo aquello.

—Bien —dijo—, en ese caso voy a escribir una carta a la señora Ashley, y al banco también. Les explicaré, a los dos, lo que se va a hacer por cuenta de este patrimonio. Lo mejor será ingresarle un cheque trimestralmente en una cuenta que voy a abrirle. Cuando se vaya a Londres o a donde sea, la sucursal de allí tendrá instrucciones nuestras. Dentro de seis meses, cuando cumplas veinticinco años, podrás llevar el asunto personalmente. Bien, y, en cuanto a la cantidad trimestral, ¿cuánto te parece que estaría bien?

Lo pensé un momento y le dije una cifra.

—¡Qué generoso, Philip! —dijo—. Generoso en exceso, incluso. No creo que necesite tanto, al menos de momento.

—¡Ay, por Dios, no seamos miserables! —dije—. Ya que vamos a hacerlo, hagámoslo al estilo de Ambrose... o no hagamos nada.

—Hum —dijo, y anotó un par de números en su libro de registros—. Bueno, creo que esto le parecerá muy bien —dijo— y compensará la decepción que se haya podido llevar por el testamento.

¡Qué fría y seca era la mentalidad legal! Garabateando ahí con la pluma, haciendo sumas y números, contando chelines y peniques, a ver cuánto podía permitirse uno a costa del patrimonio. ¡Oh, Señor! ¡Cómo odiaba el dinero!

—Dese prisa, señor, escriba la carta. La llevaré a casa yo mismo. Y también puedo acercarme al banco para que la reciban cuanto antes. Así mi prima Rachel podrá disponer de lo que necesite inmediatamente.

—Mi querido muchacho, la señora Ashley no estará tan apurada. Vas de un extremo al otro. —Suspiró, sacó una hoja de papel y se la puso delante, encima del libro de registros—. Tenía razón cuando dijo que eras igual que Ambrose.

Esta vez, mientras escribía la carta, me puse a mirar lo que ponía por encima de su hombro, para saber con certeza lo que le decía. No me nombraba para nada.

Hablaba del patrimonio. Recibiría una provisión de fondos a cuenta del patrimonio. Se le asignaba una cantidad que le sería transferida trimestralmente. Yo lo miraba como un halcón.

—Si no quieres verte mezclado en el asunto —me dijo—, es mejor que no lleves tú la carta. Dobson tiene que ir a tu casa esta tarde, puede llevarla él. Es lo mejor.

—Excelente —dije—, yo iré al banco. Gracias, tío.

—No te olvides de saludar a Louise antes de irte —me dijo—. Creo que está en casa, en alguna parte.

Estaba tan impaciente que habría podido prescindir de verla, pero no podía decirlo. Se encontraba en la sala de estar, con la puerta abierta, y tuve que pasar por delante al salir del estudio de mi padrino.

—Me pareció oír tu voz —dijo—. ¿Has venido a pasar el día? Espera, que te pongo un poco de tarta y fruta. Seguro que estás muerto de hambre.

—Tengo que irme ahora mismo —dije—, gracias, Louise. Solo he venido un momento a ver a mi padrino por un asunto de negocios.

—¡Ah! —dijo ella—. Ya. —Su expresión, alegre y natural al verme, se volvió muy seria, como la del domingo—. Y ¿qué tal está la señora Ashley? —preguntó.

—Muy bien y tremendamente atareada —dije—. Esta mañana han llegado todos los arbustos que trajo de Italia y está plantándolos en el vivero.

—Y ¿cómo es que no te has quedado para ayudarla?

No sé qué le pasaba a esa chica, pero ese tono de voz nuevo en ella me resultaba irritante. Me recordó de pronto a otros tiempos, años antes, cuando jugábamos a las carreras en el jardín y, cuando más contento estaba yo, sin motivo aparente sacudía los rizos y me decía: «Me parece que ya no quiero jugar más», y se quedaba mirándome con esa misma cara de obstinación.

—Sabes perfectamente que soy negado para la jardinería —dije, y entonces, por pura malicia, añadí—: ¿Todavía no se te ha pasado el mal humor?

Se puso de pie y se sonrojó.

—¿Mal humor? No sé de qué hablas —dijo rápidamente.

—¡Ah, sí! Lo sabes de sobra —respondí—. Estuviste todo el domingo de un humor imposible. Se notaba muy bien. Me extraña que las chicas de los Pascoe no dijeran nada.

—Seguramente —contestó— estaban tan pendientes de otras cosas que no se dieron cuenta, igual que los demás.

—¿Qué cosas eran esas? —le pregunté.

—¡Qué fácil debe de ser para una mujer de mundo, como la señora Ashley, hacer bailar a un joven como tú al son que ella quiera!

Di media vuelta y me fui. Le habría dado un cachete.

## Capítulo XIII



Desde Pelyn me fui por la calzada principal, después hasta la ciudad campo a través y luego volví a casa; unos treinta kilómetros en total. Me paré a tomar una sidra en la posada del muelle de la ciudad, pero no había comido nada y a las cuatro, cuando llegué, estaba muerto de hambre.

El reloj del campanario daba esa hora cuando entré en los establos y allí quiso la mala suerte que me estuviera esperando Wellington, en vez del mozo.

Chasqueó la lengua al ver a Gypsy cubierto de sudor.

—Esto no está bien, señor Philip, señor —dijo, mientras desmontaba, y me sentí tan culpable como en los tiempos de Harrow, cuando volvía de vacaciones—. Sabe que la yegua se enfría cuando suda y aquí me la trae completamente empapada. No está en condiciones de seguir a los perros, si es eso lo que ha estado haciendo.

—Si hubiera ido de caza estaría todavía en el brezal de Bodmin —dije—. No seas animal, Wellington. He ido a ver al señor Kendall por cuestión de negocios y después, a la ciudad. Lamento lo de Gypsy, pero no podía evitarlo. No creo que le pase nada.

—Eso espero, señor —dijo Wellington, y se puso a acariciar el lomo a Gypsy como si la hubiera obligado a correr una carrera de obstáculos.

Fui a casa y entré en la biblioteca. El fuego ardía alegremente pero no había rastro de mi prima Rachel. Toqué la campanilla para que viniera Seecombe.

—¿Dónde está la señora Ashley? —le pregunté en cuanto llegó.

—La señora volvió poco después de la tres, señor —dijo—. Ha estado trabajando fuera desde que se fue usted. Ahora Tamlyn está en la habitación del mayordomo conmigo. Dice que nunca ha visto cosa igual, que hay que ver cómo trabaja el ama cuando se pone. Dice que es increíble.

—Estará agotada —dije.

—Eso me temía yo, señor. Le recomendé que se fuera a la cama, pero no quiso ni oír hablar de ello. «Diga a los chicos que me suban baldes de agua caliente. Voy a darme un baño, Seecombe —me dijo—. Y también voy a lavarme el pelo». Iba a mandar que fueran a buscar a mi sobrina, porque no está bien que una señora se lave el pelo ella sola, pero no quiso ni oír hablar de ello.

—Bueno, mándame a los chicos a mí también, que quiero bañarme —le dije—. He tenido un día tan ajetreado como la señora. Y me muero de hambre. Quiero cenar temprano.

—Muy bien, señor. ¿A las cinco menos cuarto?

—Sí, por favor, Seecombe, si se puede arreglar.

Empecé a subir las escaleras silbando para quitarme la ropa y meterme en la bañera humeante frente a la chimenea de mi habitación. Los perros salieron al pasillo, venían de la habitación de mi prima Rachel. Se habían acostumbrado a la recién llegada y la seguían a todas partes. El viejo Don me saludó moviendo la cola desde arriba.

—¡Hola, muchacho! —le dije—. Eres muy poco fiel, ¿sabes? Me has dejado por una señora.

Me lamió la mano con su larga lengua rasposa y me miró con ojos de besugo.

Llegó el chico con el balde y echó el agua en la bañera, y fue un placer meterme en ella con las piernas cruzadas y frotarme mientras silbaba una canción sin melodía rodeado de vapor. Al secarme con la toalla vi un jarrón de flores en la mesita de noche. Brotes del bosque, orquídeas y ciclamen entre otras. Nunca habían puesto flores en mi habitación hasta entonces. A Seecombe no se le habría ocurrido, ni a los chicos. Tenía que haber sido mi prima Rachel. Las flores aumentaron el buen humor que traía. Aunque hubiera estado todo el día ocupada con las plantas y los arbustos, también había tenido tiempo para llenar el jarrón de flores. Me puse la pajarita y el esmoquin y seguí tarareando la canción sin melodía. Después fui a llamar a la puerta del tocador.

—¿Quién es? —preguntó desde dentro.

—Yo, Philip —contesté—. Vengo a decirte que hoy la cena se sirve temprano. Estoy hambriento y supongo que tú también, después de todo lo que me han contado. ¿A qué demonios os habéis dedicado Tamlyn y tú, que has tenido que darte un baño y lavarte el pelo?

La respuesta fue su cascabeleo de risa contagiosa.

—Hemos cavado mucho, como topos —dijo.

—¿Tienes tierra hasta en las cejas?

—Por todas partes —contestó—. Me he bañado y ahora estoy secándome el pelo. Me lo he recogido y estoy presentable; parezco exactamente tía Phoebe. Puedes entrar.

Abrí la puerta y entré en el tocador. Estaba en la banqueta, enfrente de la chimenea, y tardé un momento en reconocerla; parecía otra, sin el luto. Tenía puesta una bata blanca que se ataba en la garganta y en las muñecas con cintas blancas, y el pelo recogido en la coronilla, en vez de pulcramente repartido con raya al medio.

Nunca había visto nada menos parecido a tía Phoebe ni a ninguna otra tía. Me quedé parpadeando en el umbral.

—Ven, siéntate. No pongas esa cara de susto —me dijo.

Cerré la puerta y fui a sentarme en una silla.

—Perdona —dije—, pero lo cierto es que nunca había visto a una mujer en ropa interior.

—Esto no es ropa interior —dijo ella—, es lo que me pongo para desayunar. Ambrose lo llamaba hábito de monja.

Levantó los brazos y empezó a ponerse horquillas en el pelo.

—Tienes veinticuatro años —dijo—, ya era hora de que vieras una escena doméstica agradable, como tía Phoebe arreglándose el pelo. ¿Te cohíbe?

Crucé los brazos y las piernas y seguí mirándola.

—No, ni mucho menos —dije—, solo estoy perplejo.

Se rio; sujetaba las horquillas con la boca, empezó a sacárselas una a una y a enrollar el pelo para fijarlo en su sitio, formando un moño. No tardó en hacerlo más que unos segundos, o eso me pareció.

—¿Haces eso todos los días tan rápidamente? —pregunté, asombrado.

—¡Ah, Philip! ¡Cuánto tienes que aprender! —me dijo—. ¿Nunca has visto a Louise hacerse el moño?

—No, ni me gustaría —contesté enseguida, acordándome de pronto del último comentario que hizo Louise cuando me fui de Pelyn.

Mi prima Rachel se rio y dejó caer una horquilla en mi rodilla.

—Un recuerdo —dijo—. Ponlo debajo de la almohada y ya verás la cara que pone Seecombe por la mañana, durante el desayuno.

Fue del tocador a la alcoba, que estaba enfrente, y dejó la puerta abierta de par en par.

—Puedes quedarte ahí y seguimos hablando en voz alta mientras me visto —dijo.

Eché una mirada furtiva al escritorio, a ver si había señales de la carta de mi padrino, pero no vi nada. Me pregunté qué habría pasado. A lo mejor la tenía en la alcoba. Tal vez no pensara decirme nada, sino que prefería tratar el asunto en privado con mi padrino. Eso esperaba.

—¿Dónde has estado todo el día? —me preguntó.

—He ido a la ciudad —dije— porque tenía que ver a unas personas. —No tenía por qué nombrar el banco para nada.

—Me lo he pasado muy bien con Tamlyn y los jardineros —dijo—. Solo hemos tenido que desechar unas pocas plantas. Todavía queda mucho por plantar, Philip, ¿sabes?; habría que limpiar las malas hierbas que rodean el prado, hacer un camino y dedicar todo ese terreno a las camelias, y así, en menos de veinte años tendrás un jardín en primavera que todo Cornualles querrá venir a ver.

—Lo sé —dije—, es la idea que tenía Ambrose.

—Hay que planearlo con mucho cuidado —dijo—, no dejarlo a su suerte ni en manos de Tamlyn. Es un encanto de persona, pero no sabe mucho. ¿Por qué no te lo tomas tú con más interés?

—No sé casi nada —dije—, nunca me ocupé de esos asuntos. Ambrose lo sabía.

—Seguro que encuentras quien te ayude —dijo—. Podrías encargarte el proyecto a un especialista de Londres.

No contesté. No quería proyectistas de Londres. Estaba seguro de que ella sabía

más que cualquier especialista.

En ese momento apareció Seecombe y se acercó a la alcoba.

—¿Qué hay, Seecombe? ¿La cena está preparada? —pregunté.

—No, señor —contestó—. Dobson, el ayudante del señor Kendall, ha traído un recado para la señora.

El corazón me dio un vuelco. Ese maldito Dobson se habría entretenido bebiendo en cualquier taberna del camino, si había tardado tanto en llegar. Ahora tendría que presenciar la lectura de la misiva. ¡Qué inoportuno! Oí a Seecombe llamar a la puerta, que estaba abierta, y entregarle el sobre.

—Creo que voy a bajar a esperarte en la biblioteca —dije.

—No, no te vayas —me dijo—, ya he terminado de vestirme. Bajemos juntos. Ha llegado una carta del señor Kendall. A lo mejor nos invita a los dos a Pelyn.

Seecombe desapareció por el pasillo. Me puse en pie deseando poder irme con él. De repente estaba incómodo, me puse nervioso. No oía nada en la alcoba azul. Debía de estar leyendo la carta. El tiempo se me hizo eterno. Por fin salió de la alcoba. Estaba vestida para cenar. La vi muy pálida, pero tal vez se debía al contraste de su piel con el luto.

—¿Qué has hecho? —me preguntó.

Su voz sonaba muy distinta, tensa, rara.

—¿Qué he hecho? —dije—. Nada. ¿Por qué?

—No mientas, Philip. No sabes mentir.

Me quedé hundido frente a la chimenea, mirando a cualquier parte menos a esos ojos inquisidores que me acusaban.

—Has ido a Pelyn —dijo—; has ido a ver a tu tutor hoy.

Tenía razón. Se me daba muy mal decir mentiras. Al menos a ella.

—Es posible —dije—. ¿Qué más da que haya ido o no?

—Le has dicho que me escribiera esta carta.

—No —dije, tragando saliva—, yo no le he dicho nada de eso. La escribió él solo. Tenía que hablar con él de unos asuntos y resulta que, hablando de aspectos legales, salió a colación...

—Y le dijiste que tu prima Rachel quería ponerse a dar a clases de italiano, ¿no es verdad? —dijo.

Tenía frío y calor y estaba horriblemente azorado.

—No fue así —dije.

—Lo decía en broma, seguro que te diste cuenta, ¿verdad?

Pues, si lo dijo en broma, ¿por qué se enfadaba tanto ahora conmigo?

—No te das cuenta de lo que has hecho —dijo—; me has puesto en una situación vergonzosa. —Se acercó a la ventana y se quedó allí, de espaldas a mí—. Si lo que quieres es humillarme —dijo—, por Dios que has dado en el clavo.

—No entiendo —dije—. ¿A qué viene tanto orgullo?

—¿Orgullo? —Se volvió y, enfurecida, me miró con sus grandes ojos oscuros—.



¿Cómo te atreves a llamarme orgullosa?

Le sostuve la mirada. Creo que me asombraba que un momento antes estuviera riéndose conmigo y de pronto estuviera tan enfadada. Entonces, para mi gran asombro, se me pasó el nerviosismo por completo. Me acerqué a ella, me puse a su lado.

—Te llamo orgullosa —dije— y, lo que es más, te llamo condenadamente orgullosa. No eres tú la que puede resultar humillada, sino yo. Cuando dijiste que ibas a dar clases de italiano no lo dijiste en broma. Respondiste muy deprisa para decirlo en broma. Lo dijiste porque lo pensabas de verdad.

—¿Y qué, si lo pensaba de verdad? ¿Qué tiene de vergonzoso dar clases de italiano?

—Nada, en sentido general —dije—, pero en tu caso sí. Es vergonzoso que la señora Ashley dé clases de italiano; redundante en prejuicio del marido que olvidó nombrarla en el testamento. Y yo, Philip Ashley, su heredero, no voy a consentirlo. Cobrarás esa asignación todos los trimestres, prima Rachel, y cuando saques el dinero del banco, por favor recuerda que no procede del patrimonio, sino de tu marido, Ambrose Ashley.

A medida que hablaba me iba enfureciendo tanto como ella. Que me condenara si consentía que un ser pequeño y frágil me acusara de humillarlo; y mayor sería la condena si se negaba a aceptar el dinero que le pertenecía por derecho.

—Bien, ¿entiendes lo que te he dicho? —le pregunté.

Por un momento creí que iba a pegarme. Estaba muy quieta, mirándome. De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas, pasó por delante de mí, se fue a la alcoba y la cerró de un portazo. Me fui abajo, al comedor, y tiré de la campanilla; le dije a Seecombe que me parecía que la señora Ashley no bajaría a cenar. Me serví un clarete y me senté solo en la cabecera de la mesa. «¡Dios! —pensé—. Así son las mujeres». Nunca me había enfadado tanto ni me había agotado de esa forma. Largas jornadas al aire libre trabajando con los hombres durante la cosecha; discusiones con los arrendatarios que se retrasaban en el pago de la renta o se peleaban con un vecino por algo que tenía que arreglar yo... Nada podía compararse a cinco minutos con una mujer que cambiaba de humor en un instante y se volvía hostil. Y ¿las lágrimas siempre eran la última arma, porque sabían perfectamente el efecto que hacían en quien las veía? Me serví otro clarete. En cuanto a Seecombe, que revoloteaba detrás de mí, ojalá estuviera a mil kilómetros de distancia.

—Señor, ¿le parece que la señora está indispuesta? —me preguntó.

Podía haberle dicho que la señora, más que indispuesta, estaba furiosa, y seguramente tocaría la campanilla en cualquier momento y pediría a Wellington y el carruaje para irse a Plymouth.

—No —dije—, todavía no se le ha secado el pelo. Mejor dile a John que le suba una bandeja al tocador.

Supuse que a eso era a lo que se enfrentaba un hombre cuando se casaba, portazos

y silencio. Cenar solo. Y así se quedaron para otro día el apetito que se despierta tras una larga jornada al aire libre y la relajación en la bañera, y el placer de una velada tranquila junto al fuego charlando de vez en cuando, mirando ociosamente unas manos ágiles, blancas y pequeñas sobre la labor de bordado. ¡Con cuántas ganas me había vestido para cenar, había recorrido el pasillo, había llamado a la puerta del tocador y la había encontrado en el taburete envuelta en la bata blanca, con el pelo recogido en la coronilla! ¡Qué ambiente tan agradable se había creado entre los dos, qué sensación de intimidad iluminaba la perspectiva de una velada completa! Y ahora, solo a la mesa, con el filete que, por mí, como si fuera una suela de zapato. Y ¿qué hacía ella, entretanto? ¿Se habría tumbado en la cama? ¿Habría apagado las velas, corrido las cortinas y dejado la habitación a oscuras? O ¿se le habría pasado el enfado y estaba sentada tranquilamente en el tocador con los ojos secos, comiendo lo que le hubieran subido para dar una lección a Seecombe? No lo sabía. Me daba igual. ¡Cuánta razón tenía Ambrose cuando decía que las mujeres eran una raza aparte! Ahora tenía una cosa muy clara: no me casaría jamás...

Concluida la cena me fui a la biblioteca. Encendí la pipa, puse los pies encima de los badiles y tenazas y me dispuse a disfrutar de la modorra que puede ser dulce y consoladora en algunas ocasiones, aunque esa noche carecía de encanto. Me había acostumbrado a verla en el sillón de enfrente, con los hombros ladeados para que le diera la luz en la labor y Don a sus pies; ahora el sillón estaba vacío, extraño. Bueno ¡a hacer puñetas! ¡Que una mujer pudiera destrozar así el final del día...! Me levanté, cogí un libro de la estantería y empecé a pasar las hojas. Después debí de adormilarme, porque cuando levanté la vista otra vez las manecillas del reloj del rincón marcaban casi las nueve. A la cama, pues, y a dormir. Era absurdo quedarse allí, con la chimenea apagada. Llevé a los perros a las jaulas —el tiempo había cambiado, hacía viento y llovía con ganas— y después me fui a mi habitación. Estaba a punto de quitarme el esmoquin cuando vi una nota al lado del jarrón de flores, en la mesita de noche. Cogí la nota y la leí. Era de mi prima Rachel.

*Querido Philip —decía—, te ruego que me perdones, si es que puedes, por lo grosera que he sido contigo esta noche. Ha sido imperdonable tratarte de esa forma en tu propia casa. No tengo excusa, solo puedo decir que últimamente estoy un poco descentrada; tengo las emociones a flor de piel. He escrito a tu tutor para darle las gracias y comunicarle que acepto la asignación. Habéis pensado en mí con generosidad y ternura. Buenas noches,*

Rachel

Leí la nota dos veces y después la guardé en el bolsillo. Entonces ¿se le había pasado el ataque de orgullo, y el enfado también? ¿Las lágrimas habían disuelto esos sentimientos? Se me quitó un peso de encima al saber que había aceptado la asignación. Me había imaginado otra visita al banco y más explicaciones para anular la orden; y después, conversaciones con mi padrino, discusiones y, para rematar, un final del asunto de lo más desgraciado, con mi prima Rachel marchándose de casa para ir a Londres a vivir de alquiler y dando clases de italiano.

Me habría gustado saber si le habría costado mucho escribir la nota, cambiar el orgullo por la humildad. Me pareció aborrecible que tuviera que hacerlo así. Por primera vez desde su muerte culpé a Ambrose de todo lo sucedido. Sin duda habría pensado algo para el futuro. A cualquiera nos puede sorprender la enfermedad o la muerte repentina. Tenía que saber que, al no hacer ninguna provisión, dejaría a su mujer a nuestra merced, a merced de nuestra caridad. Una simple carta a mi padrino habría evitado esta situación. Me la imaginé en el tocador de tía Phoebe escribiéndome la nota. Me pregunté si se habría ido ya a la cama. Vacilé un momento y después salí al pasillo y me quedé debajo del arco de sus habitaciones.

La puerta del tocador estaba abierta, la de la alcoba, cerrada. Llamé a la puerta de la alcoba. No hubo respuesta inmediata, pero después dijo:

—¿Quién es?

No respondí «Philip». Abrí la puerta y entré. La alcoba estaba a oscuras y a la luz de mi palmatoria vi que las cortinas de la cama no estaban echadas del todo. Distinguí su silueta debajo de las mantas.

—Acabo de leer tu nota —dije—. Quería darte las gracias y desearte buenas noches.

Pensé que a lo mejor se sentaba en la cama y encendía una vela, pero no fue así. Se quedó tumbada donde estaba, sobre las almohadas, detrás de las cortinas.

—También quería decirte —añadí— que no tenía ninguna intención de ser paternalista contigo. Por favor, créeme.

La voz que salió de entre las cortinas sonó curiosamente suave y sumisa.

—No lo he pensado en ningún momento —respondió. Guardamos silencio unos instantes, y luego ella dijo—: No me preocuparía dar clases de italiano. No tengo orgullo para esas cosas. Lo que no pude soportar es cuando me dijiste que si lo hacía perjudicaría a Ambrose.

—Es cierto —dije—, pero olvídale. No pensemos más en eso.

—Ha sido todo un detalle y muy propio de ti —dijo— que fueras a Pelyn a ver a tu tutor. He reaccionado muy mal, como una desagradecida de la peor especie. No puedo perdonarme.

La voz, tan al borde de las lágrimas otra vez, me afectó. Se me puso un nudo en la garganta y una tirantez en el vientre.

—Preferiría que me azotaras —le dije— a que llores.

Oí que se movía en la cama buscando un pañuelo y que se sonaba la nariz. El gesto y el ruido, tan comunes y corrientes, pero allí en la oscuridad de detrás de las cortinas, me debilitaron más el vientre.

Después dijo:

—Acepto la asignación, Philip, pero no puedo abusar de tu hospitalidad más de esta semana. Creo que el próximo lunes, si te parece bien, me iré a otra parte; a Londres, tal vez.

Me quedé pasmado al oír esas palabras.

—¿A Londres? —dije—. Pero ¿por qué? ¿Para qué?

—Solo he venido aquí a pasar unos días —respondió—. Ya he estado más de lo que pensaba.

—Pero todavía no conoces a todo el mundo —dije—, no has hecho todas las cosas que debes hacer.

—¿Tiene alguna importancia? —dijo—. Al fin y al cabo... parece tan inútil.

Esa falta de espíritu en la voz... no parecía ella.

—Creía que te gustaba recorrer las tierras e ir a ver a los arrendatarios. Me parecía que estabas contenta estos días haciendo esas cosas conmigo. Y hoy, plantando todos esos arbustos con Tamlyn. ¿Es que lo fingías por educación?

Tardó un poco en responder y luego dijo:

—Philip, a veces me parece que no entiendes nada.

Seguramente. Me sentó muy mal, me hizo daño y me dio igual.

—Está bien —dije—, si quieres irte, vete. Darás mucho que hablar, pero no tiene importancia.

—Yo diría que daría más que hablar si me quedo más tiempo —dijo.

—¿Dar que hablar si te quedas? —dije—. ¿Qué quieres decir? ¿No te das cuenta de que tienes todo el derecho a estar aquí, que si Ambrose no hubiera estado tan loco esta sería tu casa?

—¡Ay, Dios! —Me miró muy enfadada de repente—. ¿Por qué crees que he venido?

Había vuelto a meter la pata. Torpe e insensible, había dicho lo que no tenía que decir. Era un inútil sin remedio. Me acerqué a la cama, descorrí las cortinas y la miré. Estaba sentada, apoyada en las almohadas, con las manos juntas. Llevaba algo blanco, con puntillas en el cuello como la sobrepelliz de los niños cantores, y el pelo suelto, recogido atrás con una cinta, como Louise de pequeña. Me impresionó y me sorprendió lo joven que parecía.

—Oye —le dije—, no sé por qué has venido ni los motivos que tienes para hacer todo lo que has hecho. No sé nada de ti ni de ninguna otra mujer. Lo único que sé es que me gusta que estés aquí y que no quiero que te vayas. ¿Tan complicado es?

Se había tapado la cara con las manos, casi como defendiéndose, como si creyera que iba a hacerle daño.

—Sí —dijo—, mucho.

—Pues eres tú quien lo complica, no yo.

Me crucé de brazos y la miré fingiendo una naturalidad que no sentía, ni mucho menos. Sin embargo, de alguna manera, mientras ella estaba tumbada y yo de pie, la ventaja era mía. No entendía que una mujer con el pelo suelto, convertida en niña otra vez, sin la categoría de mujer, pudiera enfadarse.

Vi que se le movían los ojos. Estaba buscando una excusa, otro motivo para justificar la decisión de irse de casa, y de repente se me ocurrió una jugada estratégica maestra.

—Antes me dijiste que me convenía buscar a un proyectista en Londres para diseñar los jardines. Sé que era lo que quería hacer Ambrose. Pero lo cierto es que no conozco a ninguno y de todos modos me fastidiaría muchísimo tener a un tipo así todo el día encima de mí. Si sientes algo por esta casa, sabiendo lo que significaba para Ambrose, te podrías quedar unos meses y hacerlo tú.

Di en la diana. Se quedó mirando al frente, jugueteando con el anillo. Ya me había dado cuenta de que siempre lo hacía cuando estaba preocupada. Aproveché la ventaja.

—Yo sería incapaz de llevar a cabo los planes de Ambrose —le dije—, y Tamlyn tampoco, por cierto. Sé que hace maravillas, pero cuando le dirigen. Este último año ha venido a mí una y otra vez a pedirme consejos que no puedo darle de ninguna manera. Si te quedaras, solo el otoño, cuando más hay que plantar, sería de gran ayuda para todos.

No paraba de dar vueltas al anillo.

—Creo que tendría que consultárselo a tu padrino, a ver qué opina —me dijo.

—No tiene nada que ver con mi padrino —dije—. ¿Crees que soy un niño, un menor de edad? Lo único que importa aquí es si tú quieres quedarte o no. Si de verdad prefieres irte, no te lo puedo impedir.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, con la vocecita de antes, sorprendentemente—. Sabes que quiero quedarme.

¡Dios santo! ¿Cómo iba a saberlo? Me había dado a entender todo lo contrario.

—Entonces ¿te quedas un poco más —dije— para terminar el jardín? ¿Estamos de acuerdo, y no te vas a desdecir?

—Me quedaré —dijo— un poco más.

Hice un esfuerzo para no sonreír. Ella tenía la mirada muy seria y me daba la sensación de que si yo sonreía ella cambiaría de opinión. En mi fuero interno lo consideré una victoria.

—Muy bien —dije—, entonces, te deseo buenas noches y me voy. ¿Y la carta para mi padrino? ¿Quieres que la lleve a la cartera del correo?

—Se la ha llevado Seecombe —dijo.

—Y ahora, ¿te vas a poner a dormir y ya no estarás enfadada conmigo?

—No estaba enfadada, Philip.

—Sí que lo estabas. Creía que ibas a darme un bofetón.

Me miró.

—A veces eres tan tonto —dijo— que creo que un día te lo daré. Ven aquí.

Me acerqué y toqué la colcha con la rodilla.

—Agáchate —me dijo.

Me cogió la cara entre las manos y me besó.

—Ahora, vete a la cama —dijo— como los niños buenos, y que duermas bien.

Me echó de su lado y corrió las cortinas.

Salí de la habitación azul con la vela como embriagado, un poco mareado, como

si hubiera tomado *brandy*, y me pareció que acababa de perder irremediabilmente la ventaja que creía haberle sacado cuando estaba en la cama y yo de pie. Ella había dicho la última palabra y había hecho el último gesto. Me había dejado engañar por la carita infantil y la sobrepelliz de niño cantor. En ningún momento había dejado de ser una mujer. A pesar de todo, estaba contento. Habíamos aclarado el malentendido y me había prometido que se quedaría. Y no había llorado más.

En vez de irme a la cama inmediatamente, bajé otra vez a la biblioteca para escribir dos palabras a mi padrino y decirle que todo había salido bien. No tenía por qué enterarse de la noche turbulenta que habíamos pasado. Escribí la carta y fui al vestíbulo, a meterla en la cartera del correo para que se la llevaran por la mañana.

Seecombe la había dejado en la mesa del vestíbulo, según su costumbre, al lado de la llave. Al abrirla, cayeron otras dos cartas, ambas con letra de mi prima Rachel. Una era para mi padrino, Nick Kendall, tal como me había dicho. La otra era para Florencia, para el *signor* Rainaldi. Me quedé mirándola un momento y la devolví a la cartera con la otra. Era una estupidez por mi parte, insensible y absurdo tal vez; ese hombre era amigo suyo, ¿por qué no iba a escribirle una carta? Sin embargo, al subir las escaleras tenía la sensación de que en realidad me había dado un bofetón.

## Capítulo XIV



Al día siguiente, cuando bajé y me encontré con ella en el jardín, estaba contenta y despreocupada como si no hubiera pasado nada entre nosotros. La única diferencia en su trato era que parecía más amable, más tierna; se burlaba menos de mí y se reía conmigo, no de mí, y constantemente me preguntaba cosas sobre los arbustos que había que plantar, no porque yo supiera mucho, sino por lo que más me gustaría cuando los viera.

—Haz lo que quieras —le dije—, manda a los hombres que poden los setos, que talen los árboles, que llenen de arbustos los terraplenes de las lindes, lo que te parezca que va a quedar bien, yo no tengo vista para estas cosas.

—Pero quiero que te guste cuando todo crezca, Philip —dijo ella—. Todo esto es tuyo y un día será de tus hijos. Y ¿si cambio cosas en los terrenos y cuando esté hecho no te gusta?

—Me gustará —dije—, y deja de hablar de mis hijos. Pienso seguir soltero.

—Puro egoísmo —dijo—, y una tontería por tu parte.

—A mí no me lo parece —repliqué—. Creo que si no me caso me ahorraré muchas preocupaciones y ansiedad mental.

—¿Has pensado alguna vez en lo que te perderás?

—Tengo una idea práctica —le dije— sobre la felicidad del matrimonio, y es que no me parece tan maravilloso como dicen. Si lo que quiere el hombre es calor de hogar y comodidad, y algo bello que admirar, puede tenerlo en su propia casa, si la quiere lo suficiente.

Para mi gran asombro, se rio tanto con mi respuesta que Tamlyn y los jardineros, que estaban trabajando en el otro extremo de los jardines nuevos, levantaron la cabeza y nos miraron.

—Un día —me dijo—, cuando te enamores, te recordaré estas palabras. Calor de hogar y comodidad de las piedras de los muros, a los veinticuatro años. ¡Ay, Philip! —Y volví a oír el cascabeleo de su risa.

Yo no le veía la gracia.

—Sé muy bien lo que quieres decir; pero resulta que nunca he sentido inclinación por esas cosas.

—Es evidente —dijo ella—. Debes de ser el rompecorazones de la vecindad. La pobre Louise...

No estaba dispuesto a empezar a hablar de Louise ni a seguir disertando sobre el

amor y el matrimonio. Tenía mucho más interés en seguir viéndola trabajar en el jardín.

Octubre se presentó suave, con buen tiempo, no llovió nada en las tres primeras semanas y Tamlyn y los hombres, bajo la supervisión de mi prima Rachel, pudieron adelantar mucho el trabajo de los jardines nuevos. También conseguimos ir de visita a casa de todos los arrendatarios de los terrenos, lo cual salió muy bien, como esperaba. Los conocía a todos desde la infancia y tenía la costumbre de ir a verlos a menudo, porque era parte de mi trabajo. Pero para mi prima Rachel, que se había criado en Italia con una forma de vida muy distinta, fue una experiencia nueva. Su trato con la gente no podía ser mejor, era fascinante verla con unos y otros. Su mezcla de gentileza y camaradería le granjeaba la admiración de todos desde el primer momento, sabía hacer que se sintieran a gusto. Les hacía las preguntas más pertinentes y respondía a las suyas a la perfección. Además —y esto le valió el afecto de muchos— parecía comprender todos los males que los aquejaban y sabía proporcionarles remedios.

—La afición a la jardinería —les contaba— conlleva el conocimiento de las hierbas. En Italia siempre estudiábamos estas cosas.

Y les daba un bálsamo hecho a base de alguna planta para que se frotaran el pecho cargado o un aceite de otra planta para aliviar las quemaduras; y les enseñaba a preparar tisanas para la indigestión y el insomnio —lo mejor del mundo para irse a dormir— y les explicaba que ciertos zumos de fruta lo curaban prácticamente todo, desde la garganta irritada hasta los orzuelos.

—¿Sabes lo que va a pasar? —le dije—, que te vas a convertir en la comadrona de toda la zona. Irán a buscarte a media noche cuando haya un parto y en cuanto lo tomen por costumbre no te dejarán en paz.

—También hay una tisana para eso —dijo—, que se hace con hojas de frambueso y de ortiga. Si la mujer la toma desde seis meses antes del parto, da a luz sin dolor.

—Eso es brujería —dije—. No les parecería bien hacer esas cosas.

—¡Qué tontería! ¿Por qué tienen que sufrir las mujeres? —dijo mi prima Rachel.

A veces por la tarde venía a verla gente del condado, tal como le había advertido yo. Y los «nobles», como los llamaba Seecombe, se le daban tan bien como la gente más humilde. No tardé en darme cuenta de que ahora Seecombe vivía como en el séptimo cielo. Cuando llegaban carruajes a la puerta los martes o los jueves, a las tres en punto de la tarde ya estaba él esperando en el vestíbulo. Todavía llevaba el luto, pero la chaqueta era nueva y la reservaba para esta clase de ocasiones. El cometido del desafortunado John consistía en abrir la puerta a las visitas y dejarlas en manos de su superior, que, con paso lento y majestuoso (me lo contaba todo John, después), las llevaba por el vestíbulo hasta la sala de estar. Abría la puerta pomposamente (esto me lo contaba mi prima Rachel) y anunciaba los nombres como un maestro de ceremonias en un banquete. Pero antes, me contaba él mismo, hablaba con ella de quién era probable que apareciera y le hacía un resumen de la historia familiar de la



visita en cuestión. Por lo general sus predicciones eran certeras y nos preguntábamos si los criados de las diferentes casas tendrían una forma de mandarse mensajes al estilo del tam-tam en la selva. Por ejemplo, Seecombe le decía a mi prima Rachel que estaba seguro de que la señora Tremayne había ordenado que le prepararan el carruaje para el jueves por la tarde, y que vendría acompañada por su hija casada, la señora Gough, y la soltera, la señorita Isobel; y que la señora tuviera cuidado cuando charlara con la señorita Isobel, porque la joven tenía un defecto del habla. O que era probable que la anciana *lady* Penryn viniera un martes, porque siempre iba a ver su nieta en martes y esta vivía a solo quince kilómetros de nosotros; y que la señora tuviera en cuenta que por nada del mundo debía nombrar a los zorros delante de ella, porque la había asustado uno antes del nacimiento de su primogénito y el pobre nació con el estigma en forma de antojo en el hombro izquierdo.

—Y, Philip —me contó ella después—, me pasé todo el tiempo que estuvo conmigo desviando la conversación del tema de la caza. Pero daba igual: ella volvía a sacarlo como un ratón que huele el queso. Al final, para que se callara, tuve que inventarme un cuento de cazar gatos salvajes en los Alpes, cosa que es imposible y que nadie ha hecho nunca.

Siempre tenía algo que contarme de las visitas cuando yo volvía a casa a escondidas por el camino de atrás, el del bosque, después de asegurarme de que el último carruaje se había ido por el camino de la entrada; nos reíamos juntos y ella se retocaba el peinado mirándose en el espejo y arreglaba los cojines, mientras yo terminaba lo que quedaba de los dulces que se habían ofrecido a las visitas. Era como un juego, como una conspiración; no obstante, me parecía que ella lo pasaba bien allí charlando en la sala de estar. Le interesaba la gente, su vida, lo que pensaba y hacía cada cual, y me decía:

—No lo entiendes, Philip, esto es muy nuevo para mí, en comparación con lo diferente que es la sociedad en Florencia. Siempre me preguntaba cómo sería la vida en Inglaterra, en el campo. Ahora empiezo a conocerla y me encanta cada minuto que paso aquí.

Yo sacaba un terrón de azúcar del azucarero y me lo comía, y cortaba un trozo de torta de anís.

—No hay cosa más monótona —le decía yo— que hablar de generalidades con cualquiera, en Florencia o en Cornualles.

—¡Ah, no tienes remedio! —decía ella—. Al final te convertirás en un intolerante que solo piensa en nabos y coles.

Me desplomaba en el sillón y a propósito, para provocarla, ponía los pies en el taburete con las botas llenas de barro, mirándola de reojo. Nunca me lo reprochaba y hacía como que no me veía.

—Sigue —le decía yo—, cuéntame el último escándalo del condado.

—Pero ¿para qué, si no te interesa? —contestaba ella.

—Porque me gusta oírte hablar.

Antes de subir a cambiarse para la cena me regalaba con los cotilleos del condado, lo que fuera, las últimas pedidas de mano, bodas, defunciones y embarazos; por lo visto, se enteraba de más cosas en veinte minutos de conversación con desconocidas que yo en toda una vida con cualquier conocido.

—Tal como sospechaba —me dijo—, tienes desesperadas a todas las madres en cien kilómetros a la redonda.

—¿Por qué?

—Porque no te dignas mirar a ninguna de sus hijas. Tan alto, tan buen partido en todos los aspectos... Se lo ruego, señora Ashley, convenga a su primo de que salga más a menudo.

—Y tú ¿qué les dices?

—Que tienes todo el calor de hogar y toda la diversión que quieres entre estas cuatro paredes. Ahora que lo pienso —añadió—, eso se podría malinterpretar. Debo ser más cuidadosa con lo que digo.

—Me da igual lo que les digas, con tal de que no me incluyas en ninguna invitación. No me apetece nada ver a la hija de nadie.

—La mayoría apuesta por Louise —dijo—; unas cuantas dicen que al final te cazarán. Y la tercera de las señoritas Pascoe tiene bastantes posibilidades.

—¡Por Dios! —exclamé—. ¿Belinda Pascoe? Antes me casaría con Katie Searle, la lavandera. En serio, prima Rachel, podrías protegerme un poco. ¿Por qué no les dices a esas chismosas que soy un ermitaño que se pasa la vida escribiendo versos en latín? A lo mejor se asustan y me dejan en paz.

—Nada las asustará —replicó—. La idea de un joven apuesto y soltero al que le gustan la soledad y la poesía les resultaría mucho más romántica. Esas cosas estimulan el apetito.

—Pues que se vayan a comer a otro sitio —repliqué—. Es asombroso que las mujeres de esta parte del mundo, y tal vez del mundo entero, estén siempre pensando en el matrimonio.

—No tienen mucho más en que pensar —dijo—; hay poco donde elegir. Yo tampoco me libro, te lo aseguro. Me han dado una lista de viudos posibles. Por lo visto el idóneo es un noble que vive en el oeste de Cornualles. Cincuenta años, heredero y con dos hijas casadas.

—¿El viejo St Ives? ¡No! —dije en tono ofendido.

—Pues sí, creo que se llama así. Dicen que es encantador.

—Encantador, ¿eh? Siempre está borracho a mediodía y acecha a las doncellas por los pasillos. Una sobrina de Billy Rowe, el del Barton, estaba allí de servicio, pero le daba tanto miedo que tuvo que volver a casa.

—¿Quién está cotilleando ahora? —dijo mi prima Rachel—. ¡Pobre lord St Ives! Si tuviera mujer tal vez no acecharía por los pasillos, aunque, claro, eso dependería de la mujer.

—Sea como sea, no te vas a casar con él —dije con firmeza.

—Al menos podrías invitarlo a cenar un día —dijo, con una mirada solemne que ahora sabía que anunciaba alguna travesura—. Podríamos celebrar una fiesta, Philip. Las jóvenes más bellas para ti y los viudos más apetecibles para mí. Pero me parece que yo ya he elegido a uno. Creo que si me obligaran me quedaría con tu padrino, el señor Kendall. Admiro mucho esa forma tan directa de hablar que tiene.

Quizá lo dijo a propósito, pero el caso es que mordí el anzuelo y exploté.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? ¿Casarte con mi padrino? ¡Maldita sea, prima Rachel! ¡Tiene casi sesenta años! Y no hay día que no se resfríe o le duela algo.

—Eso es porque no encuentra comodidad ni calor de hogar en su casa, al contrario que tú —me contestó.

Entonces supe que se estaba riendo, así que me reí yo también; pero después me quedé pensando en ello con desconfianza. La verdad era que mi padrino se deshacía en cortesías cuando venía a casa los domingos, y se llevaban los dos a la perfección. Habíamos ido a cenar a su casa un par de veces y mi padrino resplandecía como no lo había visto en mi vida. Pero hacía diez años que era viudo. Seguro que ni se le pasaba por la cabeza probar suerte con mi prima Rachel, ¿no? Y seguro que ella no lo aceptaría, ¿verdad? Me acaloré solo de pensarlo. Mi prima Rachel en Pelyn. Mi prima Rachel, la señora Ashley, convertida en señora Kendall. ¡Qué monstruosidad! Si ese viejo estaba pensando en algo semejante, que me muriera ahí mismo si seguía invitándolo a comer los domingos. Aunque dejar de invitarlo sería terminar con una rutina de años. No sería posible. Por lo tanto, tendría que seguir como siempre, pero el domingo siguiente, cuando mi padrino, que estaba a la derecha de mi prima Rachel, le acercó el oído sordo y de pronto se echó hacia atrás riéndose y diciendo: «¡Ah, fabuloso, fabuloso!», enfurruñado, me pregunté qué significaría eso y por qué se reían tanto los dos. Pensé que era otro truco de mujeres, lanzar al aire una broma que podía hacer daño.

En la comida del domingo estuvo estupendamente, de muy buen humor, con mi padrino a la derecha y el vicario a la izquierda, enzarzados los tres en su conversación y, sin ningún motivo, me puse huraño y silencioso, igual que Louise aquel primer domingo; nuestro lado de la mesa parecía una reunión de cuáqueros. Louise miraba su plato y yo el mío; de pronto levanté la vista y vi a Belinda Pascoe mirándome boquiabierta; me acordé de lo que se cotilleaba por ahí y me quedé más mudo que nunca. Nuestro silencio obligó a mi prima Rachel a hacer un esfuerzo mayor para taparlo, supuse; y ella, mi padrino y el vicario se pusieron a recitar versos, a ver quién lo hacía mejor, mientras yo me enfurruñaba cada vez más y daba gracias porque la señora Pascoe estaba indispuesta y no había podido venir. Louise me daba igual. No tenía obligación de hablar con ella.

Cuando se fueron todos, mi prima Rachel me lo reprochó.

—Si tengo que hacer de anfitriona con tus amigos —dijo—, me gustaría contar con un poco de ayuda por tu parte. ¿Qué te pasaba, Philip? Estabas ahí tan ceñudo, con cara de obcecación, sin dirigir la palabra ni una sola vez a ninguna de tus

compañeras de mesa. Pobres chicas... —E hizo un gesto de disgusto.

—En tu lado lo estabais pasando tan bien —le respondí— que no me pareció necesario contribuir en nada. Todas esas tonterías sobre «te quiero» en griego... Y el vicario diciéndote que «deleite de mi corazón» sonaba muy bien en hebreo.

—Es cierto —dijo—. Lo pronunciaba de una forma tan sonora que me impresionó mucho. Y tu padrino quiere enseñarme la punta de la almenara a la luz de la luna. Dice que cuando se ve una vez nunca se olvida.

—Bueno, pues no te la va a enseñar —contesté—. La almenara es de mi propiedad. Hay unos muros viejos en las tierras de Pelyn. Que te enseñe eso. Están cubiertos de zarzas.

Y tiré un trozo de carbón al fuego con intención de que el ruido la molestara.

—No sé qué te pasa —dijo—. Estás perdiendo el sentido del humor.

Me dio una palmadita en el hombro y se fue arriba. Esa forma de actuar de las mujeres me irritaba muchísimo. Siempre tenían que decir la última palabra. Uno se quedaba forcejando con el mal humor y ella, tan tranquila. Por lo visto las mujeres nunca se equivocaban. Y, si se equivocaban, retorcían las cosas a su favor de tal manera que no lo parecía. Era capaz de lanzar esos comentarios al aire, esas insinuaciones de paseos con mi padrino a la luz de la luna o cualquier otra aventura, como una visita al mercado de Lostwithiel, y preguntarme con toda seriedad si estaría bien que se pusiera el gorro nuevo que había llegado de Londres por paquete postal: el velo era de red más abierta y no la tapaba, y mi padrino le había dicho que le sentaba muy bien. Y, cuando me enfurruñaba y le decía que, por mí, como si se tapaba la cara con una máscara, se quedaba más tranquila que nunca —esta conversación tuvo lugar en la cena del lunes— y, mientras yo fruncía el ceño, ella charlaba con Seecombe, y parecía que estuviera más disgustado aún.

Después, en la biblioteca, sin testigos, aflojó un poco; seguía tan serena como antes, pero con ternura ahora. Ni se rio de mi falta de sentido del humor ni me pinchó por estar tan enfadado. Me pidió que le sujetara los hilos y que eligiera los colores que más me gustaban, porque quería bordarme una funda para la silla del despacho. Y en voz baja, sin irritarme ni pincharme, me preguntó qué tal había pasado el día, a quién había visto y qué había hecho; se me fue pasando el enfado y me quedé tranquilo y descansado; al mirarle las manos mientras alisaba las hebras y las tocaba, me pregunté por qué no podía haber sido así desde el principio; ¿por qué me pinchaba primero y hacía que el ambiente se enrareciera, para tener que molestarse después en tranquilizarme otra vez? Se diría que mis cambios de humor le hacían gracia, pero no tenía la menor idea de por qué. Lo único que sabía era que no me gustaba que me tomara el pelo, que me dolía. Y cuando me trataba con ternura me ponía contento y me tranquilizaba.

A finales de mes se terminó el buen tiempo. Llovió tres días seguidos sin parar; en el jardín no se podía hacer nada, yo no podía salir a recorrer las tierras calándome hasta los huesos y las visitas del condado se quedaron en su casa, como todo el

mundo. Fue Seecombe quien propuso lo que creo que mi prima Rachel y yo habíamos intentado evitar. Dijo que era un buen momento para revisar las cosas de Ambrose. Sacó el tema una mañana, cuando estábamos en la ventana de la biblioteca viendo llover.

—Yo, todo el día en el despacho —acababa de decirle—, y tú, en el tocador. Y ¿las cajas que han llegado de Londres? ¿Más trajes para elegir, probártelos y devolverlos otra vez?

—Nada de trajes —dijo—; son telas para cortinas. Creo que tía Phoebe no tenía ojo para dar lustre a las cosas. La habitación azul tendría que estar a la altura de su nombre. No es nada azul, sino gris. Y la colcha está apolillada, pero no se lo digas a Seecombe. Es la polilla de los años. He elegido cortinas y una colcha nueva para ti.

En ese momento entró Seecombe y, al vernos sin hacer nada, dijo:

—Como tenemos un tiempo tan inclemente, señor, he pensado que los chicos podrían hacer algo de limpieza a fondo dentro de casa. Su habitación la necesita. Pero no pueden quitar el polvo con todos los baúles y cajas del señor Ashley de por medio.

La miré temiendo que esa falta de tacto le doliera, que tal vez se diera media vuelta, pero, para mi sorpresa, se lo tomó bien.

—Tienes mucha razón, Seecombe —dijo—, los chicos no pueden limpiar bien la habitación hasta que deshagamos las cajas. Hemos retrasado esa tarea mucho tiempo. Bien, Philip, ¿qué opinas?

—Muy bien —dije—, si estás de acuerdo. Que enciendan la chimenea y, cuando la habitación se haya templado, subimos.

Creo que intentábamos ocultarnos los sentimientos mutuamente. Procuramos parecer muy animados en la actitud y en la conversación. Ella estaba dispuesta a no dar señales de aflicción por mí. Y yo, que deseaba hacer lo mismo por ella, fingí un entusiasmo completamente ajeno a mi manera de ser. La lluvia fustigaba los cristales del dormitorio y en el techo había salido una mancha de humedad. La chimenea, que no se encendía desde el invierno anterior, ardía con falsa alegría. Las cajas estaban alineadas en el suelo, esperando que las abrieran; encima de una de ellas estaba la inolvidable manta de viaje azul marino con el monograma «A. A.» en una punta, en grandes letras amarillas. Me acordé de repente de que se la había puesto en las rodillas aquel último día, cuando se fue.

Mi prima Rachel rompió el silencio:

—Vamos —dijo—, ¿abrimos primero el baúl de la ropa?

Lo dijo a propósito en un tono duro y práctico. Le pasé las llaves, que ella había confiado a Seecombe cuando llegó.

—Como prefieras —contesté.

Metió la llave en la cerradura, la giró y abrió la tapa. La primera prenda era su viejo batín. Lo conocía muy bien. Era grueso, de seda, de color granate. También estaban las zapatillas, largas y sin tacón. Me quedé mirándolas y fue como volver al pasado. Me acordé de una mañana en que entró en mi habitación afeitándose. «Mira,

muchacho, he pensado que...». En esta misma habitación en la que estábamos ahora. Mi prima Rachel las sacó del baúl.

—¿Qué hacemos con ellas? —dijo, y el tono duro de antes era ahora grave y apagado.

—No sé —dije—, eres tú quien tiene que decirlo.

—¿Te las pondrías, si te las doy? —me preguntó.

Me pareció raro. Tenía su sombrero. Tenía su bastón y su vieja cazadora con coderas de cuero, la que había dejado en casa la última vez que se fue de viaje y que me ponía constantemente. Sin embargo, estas otras prendas, el batín y las zapatillas... era casi como si hubiéramos abierto el ataúd y lo estuviéramos contemplando muerto.

—No —dije—, no creo.

Ella no dijo nada. Las dejó en la cama. A continuación sacó un traje. Una chaqueta ligera, que debía de ponerse cuando hacía calor. No me resultaba conocida, pero seguro que a ella sí. Estaba arrugada del tiempo que había pasado metida en el baúl. La puso en la cama, con el batín.

—Habría que plancharla —dijo. De repente se puso a sacar prendas del baúl muy deprisa y a dejarlas en un montón casi sin tocarlas—. Creo —dijo— que, si no quieres esta ropa, a la gente de las tierras, que tanto lo apreciaba, le gustaría tenerla. Tú sabrás mejor qué dar a cada cual.

Creo que no se daba cuenta de lo que hacía. Lo sacó todo frenéticamente, mientras yo la miraba sin hacer nada.

—¿Y el baúl? —dijo—. Un baúl siempre es útil. ¿Lo quieres para algo? —Me miró y la voz se le quebró. De pronto me abrazó y se puso a llorar sobre mi pecho—. ¡Ay, Philip —dijo—, perdóname! Tenía que haber dejado que lo hicieras tú con Seecombe. He subido aquí como una tonta.

Era raro, como sostener a una niña. Como sostener a un animal herido. Le toqué el pelo y acerqué la cara a su cabeza.

—No pasa nada —le dije—. No llores. Vuelve a la biblioteca. Puedo terminar yo solo.

—No —dijo ella—. ¡Qué débil soy, qué estúpida! Para ti es tan difícil como para mí. Lo querías tanto...

Seguí moviendo los labios sobre su pelo. Era una sensación extraña. Y ella era muy pequeña así, pegada a mí.

—No te preocupes —le dije—, un hombre puede ocuparse de estas cosas. Para una mujer no es fácil. Déjame terminar a mí, Rachel, baja a la biblioteca.

Se apartó un poco y se enjugó las lágrimas con un pañuelo.

—No —dijo—. Ya estoy mejor. No me volverá a pasar. Y he sacado la ropa del baúl. Pero te agradecería que se la regalaras a la gente de las tierras. Y, si quieres algo para ti, quédatelo y pónitelo. No me afectará, me alegraré.

Las cajas de libros estaban más cerca de la chimenea. Le acerqué una silla al fuego, me arrodillé al lado de los otros baúles y los abrí, uno tras otro.

Esperaba que no se hubiera dado cuenta, casi no me había dado cuenta ni yo, pero por primera vez no la había llamado prima Rachel, sino Rachel simplemente. No sé cómo sucedió. Creo que sería porque, al abrazarla, me parecía mucho más pequeña que yo.

Los libros no tenían la misma impronta personal que la ropa. Reconocí algunos de los que más le gustaban, los que siempre se llevaba de viaje; ella me los dio para que los pusiera al lado de mi cama. También estaban los gemelos, las insignias, el reloj de pulsera, la pluma; me lo dio todo y yo se lo agradecí. Algunos libros no los conocía. Me contó lo que era cada uno, volumen a volumen; esa tarea no se le hacía tan triste.

—Este libro —me contó— lo encontró en Roma, fue una ganga y él estaba encantado, y ese otro de ahí, el de la encuadernación antigua, y el de al lado, en Florencia.

Me contó cómo era el sitio en el que los había comprado, y el viejo que se los vendió, y me pareció que, a medida que hablaba, se le pasaba el disgusto; se le había ido con las lágrimas. Pusimos los libros en el suelo, de uno en uno; fui a buscar un plumero y ella les quitó el polvo. De vez en cuando me leía un fragmento que a Ambrose le había gustado mucho, o me enseñaba una ilustración o un grabado, y vi que sonreía ante algunas páginas que recordaba muy bien.

Había uno de dibujos de los jardines que estaba plantando.

—Este nos será muy útil —dijo.

Se levantó de la silla y se acercó a la ventana para verlo mejor a la luz.

Abrí otro cualquiera. De entre las hojas cayó un papel. Estaba escrito con letra de Ambrose. Parecía el fragmento central de una carta a la que le habían arrancado el principio y el final y la habían dejado allí olvidada.

*Naturalmente, es una enfermedad de la que he oído hablar a menudo, como la cleptomanía o cualquier otra afección, y sin duda la ha heredado del derrochador de su padre, Alexander Coryn. No sabría decir cuánto tiempo hace que la padece, tal vez desde siempre; lo cierto es que explica muchas cosas de este asunto que hasta ahora me molestaban. De una cosa estoy seguro, querido niño: no puedo seguir permitiéndolo, es más, no me atrevo a darle poder sobre mi cartera, o me arruinará y las tierras lo acusarán. Es imprescindible que pongas a Kendall sobre aviso, por sí, por una casualidad...*

La frase estaba inacabada. Faltaba el final. No había fecha en el papel. La letra era normal. En ese preciso momento ella volvió de la ventana y yo arrugué el papel en la mano.

—¿Qué tienes ahí? —me preguntó.

—Nada —dije.

Lo tiré al fuego. Se quedó mirándolo. Vio la letra mientras el papel se arrugaba y prendía.

—Era letra de Ambrose —dijo—. ¿Qué ponía? ¿Era una carta?

—Era solo una nota que había escrito —dije— en un trozo de papel.

Me ardía la cara a la luz del fuego.

Después saqué otro libro del baúl. Ella también. Seguimos sacando libros uno al

lado del otro, juntos, pero el silencio se instaló entre nosotros.



## Capítulo XV



A mediodía terminamos con los libros. Seecombe nos mandó a John y al joven Arthur para saber si había que bajar cosas antes de que se fueran a comer.

—La ropa déjala encima de la cama, John —dije—, pero tápala con algo. Quiero que Seecombe me ayude a hacer paquetes con ella en cuanto podamos. Baja este montón de libros a la biblioteca.

—Y estos, al tocador, por favor, Arthur —dijo mi prima Rachel.

Era la primera vez que abría la boca desde que quemé el papel.

—Philip, ¿te parece bien que guarde los libros de jardinería en mi habitación?

—Sí, claro, cómo no —contesté—. Todos los libros son tuyos, ya lo sabes.

—No —dijo ella—, no; Ambrose habría querido que los demás estuvieran en la biblioteca.

Se levantó, se alisó el vestido y dio el plumero a John.

—Señora, abajo han servido unos platos de fiambre —dijo.

—Gracias, John. No tengo hambre.

Cuando los chicos se fueron me quedé un momento junto a la puerta abierta sin saber qué hacer.

—¿No vas a bajar a la biblioteca para ayudarme a colocar los libros?

—Creo que no —dijo, e hizo una pausa como si fuera a añadir algo más, pero no lo hizo.

Después se fue por el pasillo a su habitación.

Comí solo, mirando por las ventanas del comedor. Seguía lloviendo mucho. No se podía intentar salir fuera, no había nada que hacer. Lo mejor sería terminar con la ropa, con la ayuda de Seecombe. Le gustaría que le pidiera consejo. Qué mandaríamos al Barton, qué a Trenant, qué a East Lodge; había que elegirlo todo con cuidado para que nadie se ofendiera por lo que se le daba. Tardaríamos toda la tarde. Intenté pensar solo en la tarea pendiente, pero, fastidioso como un dolor de muelas que de pronto da un calambrazo y desaparece, el pensamiento se me iba una y otra vez al trozo de papel. ¿Qué hacía entre las páginas del libro y cuánto tiempo llevaba allí, roto y olvidado? ¿Seis meses, un año, más? ¿Ambrose había empezado a escribirme una carta que nunca llegó? ¿O habría otros trozos de papel de la misma carta que por algún motivo desconocido seguían entre las páginas del libro? Tenía que haberla escrito antes de la enfermedad. La letra era firme y clara, por lo tanto, el invierno anterior, o el otoño posiblemente... Sentí algo semejante a la vergüenza.

¿Qué hacía yo hurgando en el pasado, preguntándome por una carta que no había recibido? No era asunto mío. ¡Lo que habría dado por no haberla encontrado!

Me pasé la tarde distribuyendo la ropa con Seecombe, él hizo los paquetes y yo escribí las notas aclaratorias que los acompañarían. Me dijo que podíamos entregarlos en Navidad y me pareció una idea muy buena que gustaría a los arrendatarios. Cuando terminamos bajé otra vez a la biblioteca y coloqué los libros en las estanterías. Me di cuenta de que los sacudía y pasaba las hojas antes de colocarlos, y lo hacía furtivamente, como si fuera culpable de un delito menor.

«Naturalmente, una enfermedad como la cleptomanía o cualquier otra afección...». ¿Por qué me acordaba de esas palabras? ¿Qué quería decir Ambrose?

Cogí un diccionario y busqué «cleptomanía». «Inclinación irresistible al hurto sin necesidad». No era esa la acusación. En realidad la acusaba de prodigalidad, de derrochar. ¿Cómo podía ser eso una enfermedad? Además, Ambrose, el más generoso de los hombres, jamás acusaría a nadie de un hábito de esa clase. Cuando dejé el diccionario en su sitio se abrió la puerta de la biblioteca y entró mi prima Rachel.

Me sentí más culpable que si me hubiera pillado en una mentira.

—Acabo de terminar con los libros —dije, y me pregunté si la voz le habría sonado tan falsa como a mí.

—Ya veo —contestó, y fue a sentarse junto al fuego. Se había cambiado para la cena. No me había dado cuenta de lo tarde que era.

—Hemos hecho la distribución de la ropa —dije—. Seecombe me ha ayudado mucho. Nos parece bien, si a ti también, que les entreguemos las cosas en Navidad.

—Sí —dijo ella—, es lo que acaba de decirme. Me parece muy oportuno.

No sabía si era mi actitud o la suya, pero el caso es que había cierta tirantez entre nosotros.

—No ha parado de llover en todo el día —dije.

—No —dijo ella.

Mi miré las manos, sucias de polvo de los libros.

—Si me disculpas —dije—, subo a lavarme y a vestirme para la cena.

Subí a mi habitación, me cambié de ropa y, cuando volví abajo, la cena ya estaba en la mesa. Nos sentamos en silencio. Seecombe tenía de siempre la costumbre de interrumpir nuestra conversación a menudo, a la hora de la cena, cuando quería decir algo, y esta noche, casi al final, le dijo a mi prima Rachel:

—¿Ha enseñado usted al señor Philip las telas nuevas, señora?

—No, Seecombe —contestó—, todavía no hemos tenido tiempo. Pero si le apetece se las puedo enseñar después de la cena. Quizá John pueda bajarlas a la biblioteca.

—¿Telas? —dije sin comprender—. ¿Qué telas son esas?

—¿No te acuerdas? —respondió—. Te dije que había pedido telas para colgaduras y demás para la habitación azul. Seecombe ya las ha visto y le han impresionado mucho.

—¡Ah, sí! —dije—. Sí, ahora me acuerdo.

—En mi vida he visto cosa igual, señor —dijo Seecombe—. No hay mansión en los alrededores que pueda presumir de algo semejante.

—¡Ah, pero es que son telas importadas de Italia, Seecombe! —dijo mi prima Rachel—. Solo hay una tienda en Londres que las sirva. Me lo dijeron en Florencia. ¿Quieres verlas, Philip, o no te interesa?

Me lo preguntó entre esperanzada y preocupada, como si deseara saber mi opinión y al mismo tiempo temiera aburrirme.

No sé por qué, pero me puse como la grana.

—¡Sí, claro! —dijo—. Las veré con mucho gusto.

Nos levantamos de la mesa y fuimos a la biblioteca. Seecombe salió también del comedor y, un momento después, bajó las telas ayudado por John y las sacó del paquete.

Seecombe tenía razón. Seguro que en Cornualles no había nada comparable. Yo no había visto nada igual en ninguna parte, ni en Oxford ni en Londres. Había muchas. Densos brocados y cortinas gruesas de seda. Parecían objetos de museo.

—Esto es de calidad, señor —dijo Seecombe en voz baja, como si estuviera en la iglesia.

—He elegido este azul para las colgaduras de la cama —dijo mi prima—, y este otro más oscuro con dorado para las cortinas; la tela acolchada es para el cobertor. ¿Qué te parecen, Philip?

Me miraba con expectación. Yo no sabía qué decirle.

—¿Es que no te gustan? —me preguntó.

—Me gustan mucho —dije—, pero... —noté que me ruborizaba otra vez— ¿no son muy caras?

—Ah, sí, son caras —respondió ella—, esta clase de tela es cara, pero durará años, Philip, ya lo verás. Tu nieto y tu biznieto podrán dormir en la habitación azul con estas colgaduras en la cama y estas cortinas, ¿verdad, Seecombe?

—Sí, señora —dijo Seecombe.

—Lo único que importa ahora es que te gusten, Philip —insistió.

—Sí, claro —dije—, ¿a quién no le gustarían?

—Entonces son tuyas —me dijo—, son un regalo que te hago yo. Llévatelas, Seecombe. Por la mañana escribiré a la tienda de Londres para decir que nos las quedamos.

Seecombe y John doblaron las telas y se las llevaron. Tenía la sensación de que no me quitaba la vista de encima y, en vez de mirarla yo, saqué la pipa y la encendí, aunque tardé más de lo normal en hacerlo.

—Te pasa algo —me dijo—. ¿Qué es?

No sabía muy bien cómo responder. No quería herirla.

—No deberías hacerme regalos así —dijo torpemente—, te costará demasiado.

—Pero es que quiero —dijo—, has hecho tanto por mí que todavía me parece

poco regalo en compensación.

Hablaba en un tono suave y suplicante y cuando la miré vi una expresión de sentimiento herido en sus ojos.

—Eres muy amable —dije—, pero de todas formas no me parece bien que lo hagas.

—Permíteme que eso lo juzgue yo —respondió—. Sé que cuando veas la habitación terminada te encantará.

Me sentí desdichado e incómodo; no porque ella quisiera hacerme un regalo, cosa generosa e impulsiva por su parte y que el día anterior habría aceptado sin pensarlo. Pero esta noche, desde que había leído ese infernal fragmento de carta, me asaltaba la duda de si lo que ella quería hacer hoy por mí no se volvería en su contra; y de que si al ceder ante ella no estaría cediendo a algo que no comprendía del todo.

Unos momentos después me dijo:

—El libro de jardinería va a sernos muy útil para lo que queremos hacer aquí. Se me había olvidado que se lo había regalado a Ambrose. Tienes que ver los grabados. No son lo ideal para este paisaje, desde luego, pero algunos detalles quedarán muy bien. Por ejemplo, un paseo aterrazado desde el que se vea el mar al final de los campos y, por otro lado, que termine en un jardín acuático en un nivel más bajo, como el que vi en una villa romana en la que estuve. Hay un grabado en el libro. Sé el sitio exacto en el que podemos ponerlo, donde estaba aquel muro viejo.

No sé cómo lo hice, pero me sorprendí preguntándole en un tono natural y despreocupado a la vez:

—¿Siempre has vivido en Italia, desde que naciste?

—Sí —respondió—. ¿No te lo contó Ambrose? La familia de mi madre era de Roma, y mi padre, Alexander Coryn, era un hombre de los que no encuentran asiento en ninguna parte. No soportaba Inglaterra, me parece que no se llevaba muy bien con su familia de Cornualles. Le gustaba la vida de Roma y se entendía bien con mi madre. Pero vivían precariamente, siempre sin dinero, ya sabes. De pequeña me acostumbré, pero de mayor me daba mucha inquietud.

—¿Han muerto los dos? —le pregunté.

—Sí, sí; mi padre murió cuando yo tenía dieciséis años. Mi madre y yo nos quedamos solas cinco años. Hasta que me casé con Cosimo Sangalietti. Fueron cinco años horribles, de ciudad en ciudad, sin saber casi nunca de dónde iba a salir la próxima comida. No tuve una infancia protegida, Philip. Justo el sábado pasado pensaba en lo diferente que es el caso de Louise.

Es decir, que tenía veintiún años cuando se casó en primeras nupcias. Los mismos que Louise. Me pregunté cómo habría sido su vida con su madre, hasta que conoció a Sangalietti. A lo mejor daban clases de italiano, como había dicho que podía hacer aquí. Tal vez por eso se le ocurrió.

—Mi madre era muy guapa —dijo—, no me parezco nada a ella, salvo por el color de la tez. Era alta, casi gigantesca. Y, como muchas mujeres de su estilo, se

desintegró de repente, perdió la belleza, engordó y dejó de cuidarse; me alegré de que mi padre no viviera para verlo. Me alegré de que no viviera para ver muchas cosas de las que hacía ella, o yo, por cierto.

Hablaba en un tono sencillo y natural, sin amargura; sin embargo, viéndola ahí sentada junto al fuego, en mi biblioteca, pensé que nunca llegaría saber muchas cosas de su vida pasada. Había dicho que Louise vivía protegida, y era cierto. Y de pronto se me ocurrió que yo también. Tenía veinticuatro años y, aparte de los años de rigor en Harrow y Oxford, no conocía más mundo que mis doscientas hectáreas de terreno. Cuando una persona como mi prima Rachel iba de ciudad en ciudad, se cambiaba de casa dos y tres veces y se casaba en primeras y segundas nupcias, ¿qué sentía? ¿Cerraba el pasado tras de sí como una puerta y no volvía a pensar en él, o la asaltaban los recuerdos todos los días?

—¿Era mucho mayor que tú? —le pregunté.

—¿Cosimo? —dijo—. No, solo un año, más o menos. Se lo presentaron a mi madre en Florencia, ella siempre había deseado conocer a los Sangalletti. Tardó casi un año en decidirse entre mi madre y yo. Después ella perdió la belleza, pobrecita, y también a él. La suerte que me tocó a mí resultó ser una carga. Pero Ambrose te lo contaría todo, ¿no? No es una historia muy feliz.

Iba a decirle: «No, Ambrose era más reservado de lo que te imaginas. Cuando algo le dolía o lo escandalizaba, fingía que no existía, que no ocurría. Nunca me contó nada de tu vida antes de casarte con él, solo que Sangalletti murió en un duelo». Pero no dije nada de todo esto. De repente descubrí que tampoco quería saber nada. Ni de Sangalletti ni de su vida con su madre en Florencia. Quería cerrar esa puerta. Cerrarla con candado.

—Sí —dije—, sí, Ambrose me lo contó.

Suspiró y mulló el cojín que tenía detrás de la cabeza.

—En fin —dijo—, ahora parece todo tan lejano... La niña que soportó aquella vida era otra persona. Fueron casi diez años de matrimonio con Cosimo Sangalletti, ¿sabes? No querría volver a ser joven por nada del mundo. Aunque esto es puro prejuicio.

—Hablas como si tuvieras cien años.

—Para ser mujer, casi los tengo —dijo—, porque he cumplido treinta y cinco.

Me miró y sonrió.

—¡Ah! —dije—. Creía que eras mayor.

—Muchas mujeres se lo tomarían como un insulto, pero a mí me parece un cumplido —dijo—. Gracias, Philip. —Y entonces, sin darme tiempo a imaginarme algo que decir, añadió—: Dime: ¿qué había en el papel que tiraste al fuego esta mañana?

El repentino ataque me pilló completamente desprevenido. Me quedé mirándola y tragué saliva.

—¿El papel? —dije evasivamente—. ¿Qué papel?

—Lo sabes perfectamente —dijo—, el papel con letra de Ambrose que quemaste para que no lo viera.

Decidí en ese momento que una verdad a medias sería mejor que una mentira. Aunque noté que me ruborizaba otra vez, la miré a los ojos.

—Era un trozo de carta —dije—, una carta que creo que era para mí. Sencillamente decía que estaba preocupado por los gastos. Eran solo un par de líneas y no recuerdo las palabras exactas. Lo tiré al fuego porque encontrarlo así, de repente, en aquel momento, podía haberte entristecido.

Para mi sorpresa y gran alivio, los ojos que miraban con tanta intensidad se relajaron. Las manos que tocaban los anillos se quedaron quietas en el regazo.

—¿Nada más? —preguntó—. Me preocupaba tanto... No lo entendía. —Gracias a Dios, dio por buena mi explicación—. Pobre Ambrose, me consideraba derrochadora y eso era una fuente de preocupación constante para él; me extraña que no te lo contara más a menudo. La vida allí era completamente distinta de la que conocía aquí. Nunca llegó a aceptarla. Y luego, Dios santo, no puedo reprochárselo, sé que en el fondo estaba resentido por la clase de vida que me había visto obligada a llevar antes de conocerlo. Aquellas deudas terribles... las pagó todas.

Yo guardaba silencio, pero mientras la miraba y fumaba, me fui tranquilizando, ya no estaba tan angustiado. La verdad a medias había dado buen resultado y ahora me hablaba sin ninguna tensión.

—Al principio —dijo— era muy generoso. Philip, no te imaginas lo que fue para mí; por fin había encontrado a alguien en quien podía confiar, y lo más maravilloso, alguien a quien podía amar también. Creo que me habría dado cualquier cosa que le hubiera pedido. Por eso, cuando enfermó... —Se le quebró la voz y se le empañaron los ojos—. Por eso me era tan difícil comprender el cambio que sufrió.

—Es decir... ¿dejó de ser generoso?

—Era generoso, sí, pero no de la misma forma. Me compraba cosas, regalos, joyas, casi como si me estuviera poniendo a prueba de alguna manera; no sé cómo explicarlo. Pero, si le pedía dinero para alguna pequeña necesidad de la casa, para algo que hacía falta, no me lo daba. Me miraba con una suspicacia extraña y siniestra; me preguntaba para qué lo quería, en qué pensaba gastarlo, si se lo iba a dar a alguien... Al final tuve que recurrir a Rainaldi; tuve que pedir dinero a Rainaldi, Philip, para pagar el salario a los criados.

Se le volvió a quebrar la voz y me miró.

—¿Ambrose llegó a saberlo? —le pregunté.

—Sí. Rainaldi nunca le había preocupado, creo que eso ya te lo había dicho. Pero cuando se enteró de que había ido a pedirle dinero... fue el acabose; no podía soportar que viniera más a la villa. Te costará creerlo, Philip, pero tenía que salir furtivamente, cuando él descansaba, para ir a ver a Rainaldi y pedirle dinero para la casa. —Hizo un gesto repentino con las manos y se levantó—. ¡Ay, Dios! No quería contarte todo esto.

Se acercó a la ventana, descorrió la cortina y se quedó mirando la lluvia.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque quiero que lo recuerdes tal como era cuando vivía aquí. Tienes una imagen de él en esta casa. Era tu Ambrose. Quiero que siga siendo así. Los últimos meses fueron míos y no quiero compartirlos con nadie. Y contigo, menos.

Tampoco yo quería compartirlos con ella. Quería que cerrara todas esas puertas del pasado, una a una.

—¿Sabes lo que ha pasado? —dijo, volviéndose a mirarme—. No hicimos bien en abrir las cajas en la habitación de arriba. Teníamos que haberlas dejado allí. No hicimos bien en tocar sus cosas. Lo pensé desde el primer momento, cuando abrí el baúl y vi el batín y las zapatillas. Hemos soltado algo que antes no estaba entre nosotros. Un sentimiento de amargura. —Estaba muy pálida. Tenía las manos juntas, apretadas—. No he olvidado las cartas que quemaste en la chimenea. Quise olvidarlas, pero hoy, desde que abrimos los baúles, es como si las hubiera vuelto a leer.

Me levanté y me quedé de pie, de espaldas al fuego. No sabía qué decir mientras ella iba de un lado a otro de la biblioteca.

—En la carta decía que lo vigilaba —prosiguió—. ¡Claro que lo vigilaba, para que no se hiciera daño a sí mismo! Rainaldi quería que contratara a unas monjas del convento para que me ayudaran, pero yo no; si lo hubiera hecho, Ambrose habría dicho que eran guardianas, que las había llamado para que lo espieran. No confiaba en nadie. Los médicos eran bondadosos y pacientes, pero casi siempre se negaba a verlos. Me pidió que despidiera a los criados, uno tras otro. Al final solo quedó Giuseppe. Confiaba en él. Decía que tenía ojos de perro...

Una vez más se le quebró la voz y se dio la vuelta. Pensé en el criado de la casita, detrás de la verja principal de la villa, y en su afán de evitarme el dolor. Era curioso que también Ambrose hubiera creído en esos ojos sinceros y leales. Aunque yo solo había visto al criado una vez.

—No tenemos por qué hablar de todo eso ahora —le dije—, a Ambrose no le sirve de nada y para ti es una tortura. En cuanto a mí, lo que sucediera entre vosotros dos no es asunto mío. Ya ha pasado, está terminado y olvidado. La villa no era su casa. Ni tampoco la tuya desde que te casaste con él. Tu casa es esta.

Se volvió a mirarme.

—A veces —dijo, hablando despacio— te pareces tanto a él que me das miedo. Veo la misma expresión en tus ojos cuando me miras; es como si todavía estuviera vivo y tuviera que volver a soportar todo lo que soporté entonces. No podría volver a pasar por lo mismo, por la sospecha, por la amargura constante, día tras día, noche tras noche.

Mientras hablaba me acordé con claridad de villa Sangalletti. Vi el patio, el codeso como estaría en primavera, con flores amarillas. Vi la silla y a Ambrose sentado en ella con el bastón al lado. Sentí todo el silencio y la oscuridad de la casa.

Olí el aire húmedo, vi la fuente con el agua cayendo. Y por primera vez, la mujer que miraba desde el balcón de arriba no era producto de mi imaginación, sino Rachel. Miraba a Ambrose con la misma expresión de súplica, de sufrimiento, de ruego. Súbitamente me pareció que era muy viejo y muy sabio y que me llenaba una fuerza desconocida que no entendía. Le tendí las manos.

—Rachel, ven aquí —le dije. Cruzó la habitación hasta mí y puso las manos en las mías—. En esta casa no hay sentimientos amargos —le dije—. La casa es mía. La amargura se la lleva la gente al morir. La ropa está toda empaquetada y guardada. Ya no tiene nada que ver con ninguno de nosotros. A partir de ahora recordarás a Ambrose como lo recuerdo yo. Dejaremos su viejo sombrero allí, en el banco de la entrada. Y el bastón, con los otros bastones, en el perchero. Ahora este es tu hogar, como lo fue de él y lo es mío. Los tres formamos parte de él, los tres juntos. ¿Lo entiendes?

Me miró. No retiró las manos.

—Sí —dijo.

Estaba curiosamente conmovido, como si todo lo que hacía y decía estuviera preparado para mí, planeado de antemano, y al mismo tiempo, una vocecita me susurraba desde alguna célula del cuerpo: «Nunca podrás volver a este momento. Nunca... nunca...». Seguíamos unidos por las manos, y me dijo:

—¿Por qué eres tan bueno conmigo, Philip?

Recordé que por la mañana, cuando lloraba, había apoyado la cabeza en mi corazón. Yo la había rodeado con los brazos y le rocé el pelo un momento con la cara. Quería que volviera a pasar. Más que nada en toda mi vida. Pero esta noche no lloraba. Esta noche no se apoyó en mi pecho. Simplemente nos dábamos las manos.

—No soy bueno contigo —le dije—, solo quiero que seas feliz.

Se apartó y cogió la palmatoria para irse a la cama y, al salir de la biblioteca, me dijo:

—Buenas noches, Philip, que Dios te bendiga. Un día llegarás a conocer la felicidad que conocí yo una vez.

La oí subir y me senté a mirar el fuego de la chimenea. Me parecía que, si en la casa quedaba algo de amargura, no provenía de ella ni de Ambrose, sino que era una semilla que estaba profundamente arraigada en mi corazón, de la que jamás le hablaría, de la que nunca sabría nada. El antiguo pecado de los celos que creía enterrado y olvidado estaba otra vez conmigo. Pero esta vez no tenía celos de Rachel, sino de Ambrose, la persona a la que había conocido y querido más que a nadie en el mundo.



## Capítulo XVI



Noviembre y diciembre pasaron muy deprisa, o eso me pareció. Por lo general, cuando los días se acortaban y el tiempo empeoraba, cuando fuera había tan poco que hacer y a las cuatro y media era de noche, las tardes en casa se me hacían monótonas. Era insociable y poco aficionado a la lectura, no tenía el menor interés por salir de caza con los vecinos ni ir a cenar con ellos, por eso aguardaba con impaciencia que terminara el año y, pasada la Navidad y los días más cortos, contaba los días que faltaban para la primavera. Y la primavera madruga en el oeste. El día de Año Nuevo despuntan ya los primeros brotes de los arbustos. Ese otoño, en cambio, pasó sin monotonía. Cayeron las hojas, los árboles se quedaron en el esqueleto y las tierras del Barton se cubrieron de marrón, empapadas por la lluvia, mientras un viento helado rizaba el mar y lo teñía de gris. Pero estos paisajes no me desalentaban.

Mi prima y yo nos acostumbramos a una rutina sin variaciones apenas con la que nos encontrábamos a gusto. Si el tiempo lo permitía, ella pasaba las mañanas en los jardines dirigiendo el trabajo de Tamlyn y sus ayudantes u observando el progreso del paseo aterrazado que habíamos proyectado, para el que había sido necesario contratar más mano de obra, además de la que cuidaba los bosques; entretanto yo hacía mis cosas en las tierras y recorría las granjas o me acercaba a visitar las de fuera de nuestra zona, donde también tenía algunos terrenos. A las doce y media nos encontrábamos y almorzábamos algo, fiambre por lo general, jamón o empanada y algo dulce, coincidiendo con la hora de comer de los criados, así que nos servíamos solos. Era la primera vez que la veía en todo el día, porque siempre desayunaba en su habitación.

Cuando salía a recorrer las tierras o me encerraba en el despacho y oía dar las doce en el reloj del campanario, seguidas casi al mismo tiempo por la gran campana que llamaba a los hombres a la mesa, me entraba una gran emoción de repente, se me aceleraba el corazón.

Al instante dejaba de interesarme lo que tuviera entre manos. Si estaba cabalgando por el parque o por los bosques, por ejemplo, o en las tierras más cercanas, y me llegaban las campanadas del reloj por el aire —porque los ruidos llegaban lejos y alguna vez, con el viento a favor, las he oído a cinco kilómetros de distancia—, hacía dar media vuelta a Gypsy para volver, impaciente, casi temiendo perder algún instante de la hora del almuerzo si me entretenía más fuera de casa. Y, si estaba en el despacho, igual. Me quedaba mirando los papeles de la mesa, mordía el

lapicero, me recostaba contra el respaldo y, de repente, lo que estuviera escribiendo dejaba de ser importante. Esa carta podía esperar, no hacía falta repasar esas cuentas, el asunto de Bodmin lo decidiría en otro momento. Lo dejaba todo y salía del despacho, cruzaba el patio y entraba en el comedor.

Por lo general ella ya estaba allí, me recibía y me daba los buenos días. A menudo me encontraba una florecilla al lado de mi plato, como un presente, y me la colocaba en el ojal de la solapa, o había un tónico nuevo que tenía que probar, una de las muchas recetas de infusiones que Rachel conocía y que siempre daba a probar al cocinero. Llevaba ya varias semanas en casa conmigo cuando, un día, Seecombe me dijo con mucho secreto, tapándose la boca con la mano, que, desde hacía un tiempo, el cocinero iba todos los días a verla para recibir órdenes, y que por eso ahora comíamos tan bien.

—El ama —me dijo— no quiere que el señor Ashley lo sepa, para que no piense que es presuntuosa.

Me eché a reír y a ella no le dije que lo sabía; pero a veces, solo por divertirme, hacía algún comentario sobre lo que estábamos comiendo y exclamaba: «No sé qué les ha dado a los de la cocina últimamente, parecen chefs franceses», y ella, inocente, me respondía: «¿Te gusta? ¿Es mejor que lo que comías antes?».

Ahora todo el mundo la llamaba «ama», y no me parecía mal. Al contrario, creo que me gustaba e incluso me enorgullecía de alguna manera.

Después de comer se retiraba a su habitación a descansar o, si era martes o jueves, ordenaba que le preparasen el carruaje y Wellington la llevaba a casa de uno u otro vecino a devolver las visitas de cortesía que le habían hecho a ella. A veces, si yo tenía algo que hacer en su camino, la acompañaba dos o tres kilómetros, después me apeaba y seguía ella sola. Se cuidaba mucho, cuando iba de visita: la mejor capa y el gorro con velo nuevo. En el carruaje, me sentaba de espaldas a los caballos para poder mirarla, aunque no se levantaba el velo, para fastidiarme, creo.

—Y ahora, a vuestros cotilleos —le decía yo—, a vuestras habladurías sobre vergüenzas y escándalos de medio pelo. Daría lo que fuera por veros por un agujerito.

—Ven conmigo —me contestaba—; te sentaría de maravilla.

—Ni lo sueñes. Me lo cuentas en la cena.

Y me quedaba en el camino viendo alejarse el carruaje a toda prisa, mientras por la ventanilla un pañolito se ondulaba en el aire burlándose de mí. No volvía a verla hasta la cena, a las cinco, y, entretanto, pasaba las horas como fuera, esperando que llegaran las cinco. Tanto si iba a recorrer las granjas como si iba a ver las tierras o charlaba con la gente, tenía constantemente una sensación de prisa, una impaciencia por terminar. ¿Qué hora era? Miraba el reloj de Ambrose. ¿Las cuatro y media todavía? ¡Cómo se alargaba el tiempo! Y al volver a casa por los establos sabía inmediatamente si había llegado ya o no. Veía el carruaje en la cochera y los caballos comiendo y bebiendo. Entraba en casa, iba a la biblioteca y a la sala de estar y, si no había nadie, sabía que se encontraba arriba, descansando en sus habitaciones. Rachel

siempre descansaba un rato antes de cenar. Entonces me daba un baño o me lavaba y me cambiaba y bajaba a esperarla a la biblioteca. Cuanto más se acercaban a las cinco las agujas del reloj, más impaciente me ponía. Dejaba abierta la puerta de la biblioteca para oír sus pasos.

Primero oía las patas de los perros —ya no me hacían el menor caso, la seguían a ella a todas partes— y después el roce de su vestido al bajar las escaleras. Creo que era el momento del día que más me gustaba. No sé qué tenía ese ruido que me impresionaba tanto; me daba tal sensación de expectación que no sabía qué decir ni qué hacer cuando ella entraba. No sé de qué tela eran sus vestidos, si eran de seda almidonada, de raso, de brocado o de qué, pero era como si acariciaran el suelo y se levantaran y volvieran a acariciarlo; ni si era el vestido en sí lo que flotaba o era la que lo llevaba, que se movía hacia delante con tanta gracia que la biblioteca, sombría y austera, cobraba vida de pronto en cuanto entraba Rachel.

La luz de los candeleros le daba una suavidad que no tenía durante el día. Era como si el brillo de la mañana y las sombras más oscuras de la tarde se entregaran a otra clase de trabajo o cometido práctico e hicieran de los movimientos algo brusco y explícito; como si ahora, con la negrura de la noche, los postigos atrancados y la casa encerrada en sí misma, ella irradiara una luminosidad oculta hasta el momento. Tenía más color en las mejillas y en el pelo, la mirada mucho más profunda y, tanto si volvía la cabeza para decir algo como si se acercaba a los libros para coger uno o se agachaba a acariciar a Don, que estaba tumbado frente al fuego, lo hacía con una gracilidad de movimiento que me fascinaba. En esos momentos me preguntaba cómo había podido parecerme tan carente de atractivo al principio.

Seecombe anunciaba la cena y pasábamos al comedor; nos sentábamos en nuestro sitio: yo, presidiendo la mesa y ella, a mi derecha, y tenía la sensación de que siempre había sido así, que no había nada nuevo en ello, nada extraño, y que nunca me había sentado solo a esa mesa, con la chaqueta vieja, sin cambiarme, con un libro frente a mí para no tener que hablar con Seecombe. Sin embargo, si siempre hubiera sido así, no me habría resultado tan estimulante ahora, cuando el simple proceso de comer y beber eran como una nueva aventura.

La emoción no disminuía con el paso del tiempo, al contrario, aumentaba, y llegué a inventarme excusas para estar en casa, aunque solo fueran cinco minutos, cuando podía verla un momento, además de las horas normales en las que nos encontrábamos, al mediodía y por la noche.

Podía estar en la biblioteca o pasar por el vestíbulo en busca de algo, o esperando en la sala de estar a que llegaran las visitas, y me sonreía y decía, un poco sorprendida: «Philip, ¿qué haces en casa a estas horas?», y entonces tenía que improvisar una explicación. En cuanto a la jardinería, yo, que bostezaba y me aburría soberanamente cada vez que Ambrose intentaba despertarme el interés, ahora procuraba estar presente siempre que había que decidir algo sobre los jardines o el paseo aterrazado, y después de cenar, por la noche, mirábamos juntos sus libros

italianos, comparábamos los grabados y debatíamos con mucho tira y afloja sobre lo que mejor se podía copiar. Creo que si se le hubiera ocurrido construir una réplica del Foro romano por encima de los terrenos del Barton le habría dado la razón. Yo decía sí o no, o muy bonito, sin duda, y hacía gestos con la cabeza, pero en realidad no le prestaba atención. Lo que me gustaba era observar el interés con el que se lo tomaba ella, verla comparando imágenes para tomar una decisión, con el ceño fruncido y una pluma en la mano para señalar la página y seguir los movimientos de las manos al cambiar un libro por otro.

No siempre íbamos a la biblioteca. A veces me pedía que subiera al tocador de tía Phoebe y poníamos los libros y los planos de los jardines en el suelo. En la biblioteca, el anfitrión era yo, pero en el tocador, era ella. No estoy seguro de que no me gustara más. Dejábamos la formalidad aparte. Seecombe no nos interrumpía —con una gran dosis de tacto había conseguido que prescindiera de la solemnidad de la bandeja de plata— y ella misma preparaba una tisana para los dos que, según decía, era costumbre en el continente y mucho más sana para los ojos y la piel.

Las horas de después de cenar pasaban volando y siempre tenía la esperanza de que se le olvidara preguntarme la hora, pero el maldito reloj del campanario, que teníamos demasiado cerca de la cabeza para no oírlo cuando daba las diez, indefectiblemente me tiraba la paz por tierra.

—No me había dado cuenta de lo tarde que es —decía.

Entonces se levantaba y cerraba los libros. Sabía que era la señal para que me despidiera. Con ella no valía el truco de quedarse en la puerta alargando la conversación. Habían dado las diez y yo tenía que irme. A veces me daba la mano para que se la besara; otras, ponía la cara y en alguna ocasión me dio una palmadita en el hombro como si fuera un cachorro. Nunca volvió a acercarse a mí ni a cogerme la cara entre las manos como aquella noche, cuando ella estaba en la cama. No esperaba que lo hiciera, no me hacía ilusiones, pero, cuando llegaba a mi habitación, abría los postigos y miraba el silencioso jardín, con el murmullo lejano de las olas que rompían en la pequeña bahía, al final del bosque, sentía una soledad extraña, como los niños cuando se terminan las vacaciones.

La noche, que se había construido hora a hora a lo largo de un día laborioso, había llegado a su fin. Faltaba mucho tiempo para que llegara la siguiente. No estaba preparado para el reposo ni mental ni físicamente. Antes de que ella viniera a casa, en invierno siempre me quedaba amodorrado delante del fuego, después de cenar, y luego me desperezaba, bostezaba y subía a mi dormitorio arrastrando los pies, satisfecho de meterme en la cama y dormir hasta las siete. Ahora era distinto. Podría pasarme la noche paseando o hablando hasta la madrugada. Lo primero era una locura; lo segundo, imposible. Entonces, me sentaba delante de la ventana abierta, fumaba y miraba el césped; a veces me daban la una o las dos y todavía estaba vestido y en vela, y lo único que había hecho era estar sentado melancólicamente, sin pensar en nada, perdiendo horas de silencio.

En diciembre, la luna llena trajo las primeras heladas y mis noches de vigilia resultaban más difíciles de soportar. Tenían una belleza particular, fría y clara, que me llegaba al corazón y me hacía contemplar el paisaje con asombro. Desde la ventana, las grandes extensiones de césped descendían hasta los prados, y los prados hasta el mar, y todo estaba blanco de escarcha al claro de luna. Los árboles que bordeaban el césped destacaban, negros e inmóviles. Se veían conejos husmeando entre la hierba o corriendo a refugiarse en su madriguera; y de pronto, entre el silencio y la inmovilidad, oía el aullido agudo y cortante de una raposa, y el gemidito que le sigue, misterioso, inconfundible, distinto a todas las demás voces nocturnas, y veía salir sigilosamente del bosque una silueta estilizada, que echaba a correr por el césped y volvía a esconderse entre los árboles protectores. Más tarde se oía otra vez la llamada, lejos, muy lejos, en campo abierto, y la luna llena coronaba los árboles y sostenía el cielo; nada se movía en el césped, al pie de mi ventana. Me preguntaba si Rachel estaría dormida en la alcoba azul o si, igual que yo, dejaría las cortinas descorridas. El reloj que me había mandado a la cama a las diez daba la una, daba las dos, y me habría gustado contemplar juntos toda la belleza que me rodeaba.

Que se quedara con el mundo gris la gente que para mí no tenía importancia. Pero esto no era el mundo, era un encantamiento, y mío todo él. No lo quería para mí solo.

Y así, como un barómetro, cambiaba de humor: del júbilo y la emoción al abatimiento y la melancolía cuando, al recordar la promesa que había hecho de quedarse solo una breve temporada, me preguntaba cuánto tiempo más estaría conmigo. Si después de Navidad se volvería y me diría: «Bien, Philip, la semana que viene me voy a Londres». Los rigores del invierno no permitían plantar nada y poco más se podía hacer en los jardines nuevos hasta la primavera. El paseo aterrazado podía terminar de construirse, pues eso se hacía mejor con tiempo seco y, con los planos, los hombres podían trabajar muy bien sin ella. Podía decidir irse cualquier día y yo no tendría ninguna excusa para retenerla.

En Navidad, antes, cuando Ambrose estaba en casa, invitaba a los arrendatarios a cenar el día de Nochebuena. Los dos inviernos anteriores, como él no estaba, lo había dejado pasar, porque cuando volvía en primavera organizaba un banquete la noche de San Juan. Este año decidí celebrar la Nochebuena otra vez como antes, aunque solo fuera por Rachel.

De pequeño, para mí era el acontecimiento más importante de toda la Navidad. Una semana antes de Nochebuena los hombres traían un gran abeto y lo ponían en la sala grande que hay encima de la cochera, donde se celebraba el banquete. Se suponía que yo no sabía nada. Pero, cuando no había nadie por los alrededores, a mediodía por lo general, mientras los criados comían, iba por la parte de atrás, subía las escaleras hasta la puerta lateral que daba a la sala grande y veía el magnífico árbol en una tina, al fondo de la sala, y apoyadas contra la pared, listas para colocarlas en filas, las largas mesas de caballetes para la cena. No ayudé a adornar el árbol hasta las vacaciones del primer año en Harrow. Fue un ascenso tremendo. Nunca me había

sentido tan orgulloso. Al principio me sentaba al lado de Ambrose en la primera mesa, pero con el ascenso me colocaron en otra de presidente, la mía.

Y así, volví a dar órdenes a los leñadores, incluso fui personalmente al bosque a elegir un árbol. Rachel no cabía en sí de gozo. Ninguna fiesta le podía hacer tanta ilusión. Entusiasmada, hizo planes con Seecombe y el cocinero, fue a las despensas, a las cámaras de almacenamiento y al secadero de caza; incluso convenció a la servidumbre masculina para que llamaran a dos muchachas del Barton para hacer dulces bajo su supervisión. Todo era emocionante, y también misterioso, porque me empeñé en que no viera el árbol. Ella insistió en convertir las viandas de la cena en una sorpresa para mí.

Recibió muchos paquetes y se los llevaban directamente arriba. Cuando llamaba a la puerta del tocador, oía crujido de papeles y, siglos después, respondía: «Pasa». La encontraba de rodillas en el suelo, con los ojos brillantes, las mejillas arreboladas y una colcha tapando varios objetos repartidos por la alfombra; me decía que no mirase.

Volví a la infancia, a la emoción que sentía cuando me asomaba de puntillas a las escaleras, en camisón, al oír murmullo de voces abajo; de pronto Ambrose salía de la biblioteca y, riéndose de mí, me decía: «¡Vete a la cama, pillastre, o te zurro la badana!».

Me preocupaba mucho una cosa. ¿Qué regalo podía hacerle a Rachel? Me pasé un día en Truro recorriendo las librerías en busca de un libro de jardinería, pero no encontré nada. Y lo que era peor, los libros que había traído ella de Italia era muchísimo mejores que cualquiera que pudiera comprarle yo. No tenía la menor idea de lo que podía complacer a una mujer. Cuando mi padrino compraba algo para Louise, solía ser tela para un vestido, pero Rachel solo se vestía de luto, así que tela no podía ser. Recordé que en una ocasión Louise se había puesto muy contenta con un relicario que le trajo su padre de Londres. Se lo ponía por la noche, cuando venía a cenar con nosotros los domingos. Y de pronto se me ocurrió la solución.

Entre las joyas de la familia tenía que haber alguna que pudiera regalarle. No las guardábamos en casa, en la caja fuerte, con los documentos y papeles de las tierras, sino en el banco. A Ambrose le parecía más prudente, por si se declaraba un incendio. Recordaba borrosamente un día, siendo yo pequeño, en que me llevó con él al banco, y que cogió un collar y, sonriendo, me contó que era de nuestra bisabuela, que mi madre se lo había puesto el día de su boda, pero solo como préstamo para ese día, porque mi padre no estaba en la línea directa de sucesión, y que algún día, si me portaba bien, él me lo daría para regalárselo a mi mujer. Ahora comprendí que todo lo que había en el banco era mío. O lo sería dentro de tres meses; pero eso era lo de menos.

Naturalmente, mi padrino sabía que las joyas estaban allí, pero se había ido a Exeter y no volvería hasta Nochebuena, para asistir con Louise a nuestra cena, porque estaban invitados. Decidí ir al banco y pedir que me enseñaran las joyas.

El señor Couch me recibió con su habitual cortesía y me llevó a su despacho, que daba al puerto; le conté lo que quería.

—Doy por sentado que el señor Kendall no tiene nada que objetar —dijo.

—Naturalmente —respondí con impaciencia—, eso se sobreentiende.

No era cierto, pero a los veinticuatro años, a pocos meses de mi cumpleaños, tener que pedir permiso a mi padrino para cualquier tontería me parecía ridículo. Y me fastidiaba.

El señor Couch mandó traer las joyas de la cámara acorazada. Las trajeron en estuches sellados. Rompió los sellos, extendió un paño en la mesa, frente a sí, y dispuso las joyas de una en una.

No sabía que la colección fuera tan buena. Había anillos, brazaletes, pendientes, broches, y muchos conjuntos, como una diadema de rubíes con pendientes a juego o un brazalete de zafiros con colgante y anillo. Sin embargo, al mirarlas, porque no me apetecía tocarlas ni con un dedo, recordé con desilusión que Rachel estaba de luto y no llevaba gemas de colores. Si le regalaba alguna de aquellas no serviría de nada, porque no se la pondría.

Entonces el señor Couch abrió la última caja y sacó un collar de perlas: cuatro sargas que se ceñían al cuello como una cinta, unidas por un broche con un solitario. Lo reconocí al instante. Era el collar que me había enseñado Ambrose de pequeño.

—Me gusta este —dije—, es lo mejor de la colección. Recuerdo cuando me lo enseñó mi primo Ambrose.

—Bueno, podría haber otras opiniones —dijo el señor Couch—; personalmente, creo que lo más valioso son los rubíes. Sin embargo, esta gargantilla de perlas tiene tradición familiar. La primera que la llevó en su boda fue su bisabuela, la señora de Ambrose Ashley, que se casó en la corte de St James. Después se la entregaron a su tía, la señora Philip, como es lógico, cuando su tío heredó el patrimonio familiar. Se la han puesto varios miembros de la familia el día en que se casaron, su madre entre otras; por cierto, creo que fue la última en lucirla. Su primo, el señor Ambrose Ashley, nunca consintió que saliera del condado, cuando se celebraba alguna boda en otra parte. —Sostenía la joya en la mano y la luz de la ventana caía sobre las lisas y redondas perlas—. Sí, es muy bonita. Hace veinticinco años que no se la pone ninguna mujer. Yo asistí a la boda de su madre. Era una señora muy bella. Le quedaba muy bien.

Alargué la mano y la cogí.

—Bien, quiero llevármela ahora —dije, y la puse en el estuche con su envoltura.

El señor Couch se quedó un poco desconcertado.

—No sé si hacemos bien, señor Ashley —dijo—. Sería horrible que se perdiera o se estropeará.

—No se perderá —respondí sucintamente. El señor Couch no estaba satisfecho y empecé a despedirme enseguida, por si se le ocurría algún argumento de fuerza mayor—. Si le preocupa lo que pueda decir mi tutor —añadí—, no se preocupe. Se lo

explicaré todo en cuanto vuelva de Exeter.

—Eso espero —dijo el señor Couch—, pero habría sido preferible que estuviera él presente. Claro que, en abril, cuando todo sea suyo legalmente, dará igual que se lleve toda la colección y haga con ella lo que quiera. Yo no se lo aconsejaría, pero hablando estrictamente, sería legal.

Le di la mano y le deseé una feliz Navidad; volví a casa jubiloso. No habría encontrado nada mejor para ella aunque hubiera buscado por todo el país. Gracias a Dios que las perlas eran blancas. Y que mi madre hubiera sido la última en ponérselo le daba más sentido. Se lo diría. Ahora afrontaba la celebración de la Nochebuena con más entusiasmo.

Faltaban dos días... Hacía buen tiempo, no helaba mucho y todo parecía augurar una Nochebuena serena y seca. Los criados estaban muy emocionados y la mañana del 24, cuando se montaron las mesas de caballetes y los bancos, y los cubiertos, los platos y las fuentes estaban dispuestos, con hojas verdes en las vigas, pedí a Seecombe y a los chicos que me ayudaran a adornar el árbol. Seecombe se erigió en maestro de ceremonias. Se quedó un poco separado de los demás para tener una vista más general y, mientras girábamos el árbol hacia un lado u otro, levantábamos una rama u otra para que las piñas y las bayas de acebo quedaran bien repartidas, él movía las manos dándonos indicaciones de tal forma que parecía un director de un sexteto de cuerda.

—No, así no me gusta, señor Philip —dijo—, el árbol se verá mucho mejor si lo mueve un poquito a la izquierda. ¡Aaah! ¡No tanto! Sí, así está bien. John, la cuarta rama de la derecha está torcida. Levántala un poco. Cuidado, no la toques con tanta fuerza. Extiende las ramas, Arthur, extiéndelas hacia fuera. El árbol tiene que quedar tal como está en la naturaleza. No pises el acebo, Jim. Señor Philip, déjelo así como está ahora. Un movimiento más y lo estropeamos todo.

Nunca le habría atribuido tanto sentido artístico.

Retrocedió con las manos bajo los faldones del frac y los ojos casi cerrados.

—Señor Philip —me dijo—, hemos alcanzado la perfección.

Vi que el joven John daba un codazo a Arthur y se volvía de espaldas.

La cena empezaría a las cinco. Los Kendall y los Pascoe serían los únicos invitados «de carruaje», como se decía. Los demás llegarían en carro, en tartana o incluso a pie, los que vivían cerca. Yo había escrito todos los nombres en papeles y había colocado uno en cada plato. Los que leían mal o no sabían tenían al lado a alguien que sabía. Las mesas eran tres. Yo presidiría una, con Rachel en la otra punta. La segunda la presidiría Billy Rowe, del Barton, y la tercera, Peter John, de Coombe.

Según la costumbre, la gente se reuniría en la sala grande y poco antes de las cinco cada cual se acercaría a su sitio; y, cuando todos estuvieran situados, entraríamos nosotros. Al terminar la cena, Ambrose y yo solíamos dar a la gente los regalos del árbol, siempre dinero para los hombres y una toquilla nueva para las mujeres, y un cesto de alimentos para cada uno. Los invitados siempre eran los



mismos. Cualquier cambio de rutina los habría escandalizado a todos. Sin embargo, esta Navidad pedí a Rachel que entregara los regalos conmigo.

Antes de vestirme para la cena había mandado la gargantilla de perlas a la habitación de Rachel, con su envoltura, acompañada de una nota. En la nota decía: «Mi madre fue la última que se lo puso. Ahora es tuya. Quiero que te la pongas esta noche y siempre. Philip».

Me bañé, me vestí y a las cinco menos cuarto estaba preparado.

Los Kendall y los Pascoe no entrarían en casa a saludarnos; según la costumbre, irían directamente a la sala grande y hablarían con los arrendatarios para ir rompiendo el hielo. A Ambrose siempre le había parecido una buena idea. Los criados también estaban en la sala grande, y Ambrose y yo entrábamos por los pasillos de piedra de la parte trasera de la casa, cruzábamos el patio y subíamos las escaleras de la sala grande que estaba encima de las cocheras. Esa noche, Rachel y yo haríamos el recorrido solos.

Bajé a esperarla a la sala de estar. Estaba un poco agitado, porque nunca había hecho un regalo a una mujer. Tal vez fuera una falta de etiqueta, tal vez solo las flores o los cuadros fueran apropiados para la ocasión. Y ¿si se enfadaba, como cuando lo de la asignación trimestral, y por algún extraño motivo se lo tomaba como un insulto? ¡Qué idea tan desesperante! Los minutos pasaban con lentitud, era una tortura. Por fin oí sus pasos en las escaleras. Esa noche no la precedían los perros. Los habían encerrado antes en las jaulas.

Bajaba despacio; el conocido crujido del vestido se acercaba. Se abrió la puerta, entró y se acercó a mí. Iba de negro riguroso, tal como esperaba, pero ese vestido no se lo había visto nunca. Era ajustado solamente hasta la cintura, y después muy holgado, sobresaliendo todo alrededor del cuerpo, y la tela brillaba de una forma como si la luz le diera de lleno. Llevaba los hombros descubiertos. Se había hecho un peinado un poco más alto que de costumbre, recogido y enroscado hacia arriba, enseñando las orejas. Lucía la gargantilla de perlas. Era el único adorno. Brillaba suavemente sobre su piel blanca. Nunca la había visto tan radiante ni tan contenta. Louise y los Pascoe tenían razón: Rachel era una belleza.

Se quedó mirándome un momento, después me tendió las manos y dijo: «Philip». Me acerqué y me puse enfrente. Me abrazó y me estrechó. Tenía lágrimas en los ojos, pero esta noche no me preocupaba. Me envolvió la nuca con las manos y me tocó el pelo.

Después me besó. No como las otras veces. Y estando allí, con ella entre los brazos, pensé: «Ambrose no murió de melancolía por su casa, ni por una enfermedad de la sangre ni del cerebro: murió por esto».

La besé yo también. El reloj del campanario dio las cinco. No me dijo nada, ni yo a ella. Me dio la mano. Bajamos juntos por los oscuros pasillos de la cocina, cruzamos el patio, llegamos a la sala grande de encima de las cocheras, cuyas ventanas estaban muy iluminadas, y entramos donde sonaban risas y voces y los

rostros nos esperaban con expectación.

## Capítulo XVII



Todos se levantaron al entrar nosotros. Se movieron las sillas, se oyó ruido de pies en el suelo y cesaron los murmullos; todas las caras se volvieron hacia nosotros. Rachel se detuvo un momento en el umbral; creo que no esperaba ver a tanta gente. Después vio el árbol de Navidad al fondo y soltó un grito de entusiasmo. Un rumor de comprensión y alegría por su sorpresa rompió el silencio.

Nos dirigimos a nuestros sitios, cada uno en un extremo de la mesa, y Rachel se sentó. Los demás hicimos lo mismo e inmediatamente empezó el clamor de las conversaciones, el ruido de cubiertos y platos que se movían y los empujones entre vecinos, las risas y las disculpas. Tenía a la derecha a la señora de Bill Rowe, del Barton, emperifollada como nunca con muselina para ganar a las demás, y vi que la señora Johns de Coombe, a mi izquierda, la miraba hoscamente. El deseo de seguir el protocolo me había hecho olvidar que esas dos señoras no se «hablaban». Habían tenido una desavenencia por causa de unos huevos un día de mercado, hacía quince años. Daba igual, las trataría a las dos con galantería y disimularía cualquier roce. Las jarras de cerveza acudirían en mi ayuda, así que cogí la más cercana, las serví generosamente, y a mí también, y me centré en las viandas. Las cocinas se habían esmerado. De las muchas Nochebuenas que recordaba, en ninguna se había servido tanto y tan bueno. Oca asada, pavo asado, ijada de ternera y de cordero, grandes jamones ahumados adornados con puntillas de papel, empanadas y pasteles de todas las formas y tamaños, budines que reventaban de frutos secos y, entre un plato fuerte y el siguiente, fuentes de la pasta delicada y frágil, ligera como la brisa, que Rachel había preparado con las doncellas del Barton.

A los hambrientos invitados se les hacía la boca agua, y a mí también, y ya se oían grandes carcajadas en las otras mesas, donde, libres de la presencia inmediata del «amo», los más lenguaraces de mis arrendatarios se soltaban el cinturón y se desabrochaban el cuello de la camisa. Oí a Jack Libby, que tenía ojillos de borrachín, decir con voz ronca a su vecino —creo que ya había tomado un par de sidras por el camino—: «Por Dios... después de esta comilona, si nos echan a los cuervos ni nos enteramos». La pequeña señora Johns, de labios finos, que tenía a la izquierda, intentaba pinchar un ala de oca agarrando el tenedor como si fuera una pluma, y su marido le dijo en voz baja, guiñándome un ojo: «Anda, mujer, cógela con dos dedos y pártela».

Fue entonces cuando me di cuenta de que todos teníamos un paquetito al lado del

plato, con el nombre escrito en letra de Rachel. Al parecer, todo el mundo se dio cuenta al mismo tiempo y, olvidándose un momento de la comida, se pusieron a abrirlo. Me quedé mirando y esperé para abrir el mío. Rachel había hecho un regalo a cada uno de los que estábamos allí. Los había envuelto ella y había puesto una dedicatoria. Nada grande ni maravilloso, solo un detallito que les gustaría. Ahí tenía el motivo de tanto ruidito misterioso de envoltorios detrás de la puerta del tocador. Lo entendí todo.

Cuando los demás reanudaron la comida, abrí el mío. Lo desenvolví en el regazo, debajo de la mesa, porque no quería que lo viera nadie más que yo. Era una cadena de oro para las llaves, con una placa redonda con nuestras iniciales grabadas: P. A. R. A., y la fecha. Lo miré un momento y lo guardé furtivamente en el bolsillo del chaleco. La miré y sonreí. Me estaba mirando. Levanté el vaso hacia ella y ella levantó el suyo. ¡Dios, qué feliz era!

La cena transcurrió con alboroto y alegría. Las fuentes rebosantes de comida se vaciaban, no sé cómo. Los vasos se llenaban una y otra vez. Alguien empezó a cantar en el centro de nuestra mesa y enseguida se unieron a la canción los comensales de las otras. Algunos marcaban el compás en el suelo con las botas, otros contaban los tiempos golpeando los platos con los cubiertos y todos se movían rítmicamente de un lado al otro; la señora Johns de Coombe, la de los labios finos, me dijo que, para ser hombre, tenía las pestañas muy largas. Le serví más sidra.

Por fin, acordándome de que Ambrose siempre encontraba el momento perfecto, di unos golpes fuertes en la mesa. Las voces callaron.

—Los que quieran —dije— pueden salir y volver enseguida. Dentro de cinco minutos, la señora Ashley y yo os entregaremos los regalos del árbol. Gracias, damas y caballeros.

Salió tanta gente como me esperaba. Con una sonrisa en los labios, vi a Seecombe cerrando la fila; iba muy tieso y rígido, pisando con cuidado, no fuera a ser que el suelo cediera bajo sus pies. Los que se quedaron arrimaron los bancos y las mesas a la pared. Después de entregar los regalos nos iríamos; quienes pudieran llevarían a su pareja al baile. La fiesta duraría hasta la medianoche. De pequeño, oía las pisadas desde la ventana de mi habitación. Esta noche me acerqué al grupo que se había quedado junto al árbol. Estaban el vicario y la señora Pascoe, sus tres hijas y un coadjutor. También mi padrino y Louise. Louise estaba bien, aunque un poco pálida. Nos dimos un apretón de manos. La señora Pascoe se me echó encima deshaciéndose en sonrisas.

—Se ha superado usted. Nunca nos habíamos divertido tanto. Las niñas están embelesadas.

Y lo parecían, con un coadjutor para las tres.

—Me alegro de que le parezca que todo ha salido bien —dije, y me dirigí a Rachel—: ¿Te has divertido?

Me miró a los ojos y sonrió.

—¿Tú qué crees? —dijo—. Tanto que podría llorar de alegría.

Saludé a mi padrino.

—Buenas noches tenga usted, señor, y feliz Navidad —le dije—. ¿Qué tal en Exeter?

—Frío —dijo brevemente—, frío y una pesadez.

Lo dijo con brusquedad. Tenía una mano a la espalda y con la otra se tocaba el blanco bigote. Me pregunté si le habría molestado algo durante la cena. ¿Le habría parecido que la sidra corría más de lo debido? Entonces vi que miraba a Rachel con insistencia. Tenía la mirada fija en la gargantilla de perlas. Al darse cuenta, se volvió de espaldas. Por un momento, fue como si estuviera otra vez en Harrow, en cuarto curso, cuando el maestro me descubrió una chuleta debajo del libro de latín. Pero me encogí de hombros. Era Philip Ashley y tenía veinticuatro años. Nadie en el mundo, y mi padrino menos que nadie, me diría a quién podía o no podía hacer un regalo de Navidad. Me pregunté si la señora Pascoe ya habría dejado caer algún comentario. Posiblemente se lo hubiera impedido la buena educación. Y, de todos modos, ella no había visto nunca la gargantilla. Mi madre ya había muerto cuando el señor Pascoe ocupó la plaza. En cambio Louise sí se había dado cuenta. Estaba clarísimo. Vi que volvía sus ojos azules hacia Rachel y después miraba al suelo.

La gente regresó a la sala pisando fuerte. Fueron acercándose al árbol entre risas, murmullos y empujones, y Rachel y yo nos pusimos delante. Me agaché a coger un regalo, leí el nombre y di el paquete a Rachel; uno tras otro, cada invitado se acercó a recoger el suyo. Alegre, con las mejillas arrojadas, mi prima sonreía. Y lo único que podía hacer yo para no mirarla era leer los nombres.

—Gracias, que Dios lo bendiga, señor —me decían, y después a ella—: Y a usted también, señora, gracias y que Dios la bendiga.

Tardamos casi media hora en entregar los regalos y hablar un poco con cada uno. Cuando terminamos y el último recogió el suyo con una inclinación de cabeza, de repente se hizo el silencio. La gente, agrupada contra la pared, me esperaba.

—Feliz Navidad a todos —dije.

Y me respondieron a una sola voz:

—Feliz Navidad a usted, señor, y a la señora Ashley.

A continuación, Billy Rowe, con su único mechón de pelo, aplastado sobre la frente para la ocasión, gritó con su aguda voz aflautada:

—¡Tres vivas por la pareja!

Y las voces conmovieron las vigas de la sala grande y casi derrumban los tablones del suelo y nos precipitan sobre los carruajes de abajo. Miré a Rachel. Tenía lágrimas en los ojos. Le hice un gesto con la cabeza. Me sonrió, parpadeó para quitárselas y me dio la mano. Mi padrino nos miraba con una cara muy seria. Imperdonablemente, pensé en la réplica que se dicen los chiquillos para cortar comentarios críticos: «Si no te gusta, lárgate...». Se lo merecía. Sin embargo, sonreí, me puse la mano de Rachel en el brazo y me la llevé de la sala grande.

Alguien, seguramente el joven John, porque Seecombe no había parado en toda la noche, había ido a toda prisa a la sala de estar mientras entregábamos los regalos y había dejado dulces y vino en la mesita. Estábamos los dos muy llenos y no tocamos lo uno ni lo otro, aunque vi al coadjutor comerse un buñuelo azucarado. A lo mejor comía por tres. Entonces, la señora Pascoe, el Señor se apiade de ella, que sin duda estaba en el mundo para romper la armonía con sus observaciones, se acercó a Rachel y le dijo:

—Señora Ashley, perdóneme, pero tengo que decírselo. ¡Qué gargantilla de perlas tan preciosa lleva usted! No he podido quitarle los ojos de encima en toda la noche.

Rachel sonrió y tocó las perlas suavemente.

—Sí —dijo—, estoy muy orgullosa.

—No me extraña —dijo mi padrino secamente—, vale una pequeña fortuna.

Creo que solo Rachel y yo percibimos el tono de voz. Ella lo miró sin comprender, y después a mí, e iba a decir algo, pero me adelanté.

—Creo que han llegado los carruajes —dije.

Fui a la puerta de la sala y me quedé allí. Hasta la señora Pascoe, que en general era sorda a toda insinuación de despedida, comprendió por mi actitud que se le había terminado la velada navideña.

—Vamos, niñas —dijo—. Seguro que estáis muy cansadas, y nos espera un día muy movido. En Navidad no hay descanso para la familia de un clérigo, señor Ashley.

Las acompañé a la entrada. Afortunadamente no me había equivocado y su carruaje estaba allí esperándolas. Se llevaron al coadjutor. El hombre iba encogido entre dos de las hijas, como un pajarillo sin plumas. Cuando se fueron, se acercó el carruaje de los Kendall. Volví a la sala de estar y no había nadie, solamente mi padrino.

—¿Dónde están las señoras? —pregunté.

—Louise y la señora Ashley han subido —me dijo—, volverán enseguida. Me alegro de tener la oportunidad de hablar un momento contigo, Philip.

Crucé la habitación y me quedé al lado de la chimenea con las manos a la espalda.

—¿Sí? —dije—. ¿De qué se trata?

Tardó un poco en contestar. Era evidente que estaba cohibido.

—No pudimos vernos antes de que me fuera a Exeter —dijo—, de lo contrario, te lo habría contado antes. Philip, el caso es que he recibido una carta del banco que me resulta muy inquietante.

«La gargantilla, naturalmente», pensé. Bueno, era asunto mío.

—Del señor Couch, supongo —le dije.

—Sí —respondió—. Me advierte, como está mandado, de que la señora Ashley ha sacado ya de su cuenta unos cuantos cientos de libras más de lo que es su asignación.

Me quedé helado. Lo miré y de pronto estalló la tensión y me subieron los colores

a la cara.

—¿Ah? —dije.

—No lo entiendo —continuó, dando unos pasos—. No puede tener tantos gastos. Vive aquí de invitada, ¿qué necesidades le quedan por cubrir? Lo único que se me ocurre es que esté sacando dinero del país.

No me moví de al lado de la chimenea; tenía el corazón desbocado.

—Es muy generosa —dije—. Lo habrá comprobado esta noche. Un regalo para cada uno. Eso no se puede hacer con unos chelines.

—Se podrían pagar todos doce veces con esos cientos de libras —replicó—, no dudo de su generosidad, pero esos regalos no justifican tanto gasto.

—Se ha empeñado en gastar dinero en la casa —le dije—. Ha comprado telas nuevas para la habitación azul. Hay que tenerlo en cuenta.

—Es posible —dijo mi padrino—, pero, a pesar de todo, la cuestión es que ha sacado tanto dinero que ha doblado, casi triplicado, la cantidad trimestral que decidimos asignarle. ¿Qué tenemos que hacer en el futuro?

—Doblársela o triplicársela —dije—. Está claro que no tiene suficiente con esa cantidad.

—Pero ¡es absurdo, Philip! —exclamó—. Ninguna mujer que viva como vive ella aquí querría gastar tanto dinero. Incluso a una mujer de alcurnia que viviera en Londres le costaría Dios y ayuda derrochar tanto en tan poco tiempo.

—Tal vez tenga deudas —dije— de las que no sabemos nada. Tal vez la acosen los acreedores de Florencia. No es asunto nuestro. Quiero que le aumente la asignación y que salde el descubierto.

Se plantó delante de mí con los labios fruncidos. Yo quería zanjar el asunto de una vez por todas. Estaba pendiente de los pasos en las escaleras.

—Otra cosa —me dijo, desasosegado—. Philip, no tenías derecho a sacar la gargantilla del banco. Supongo que comprendes que forma parte de la colección, del patrimonio familiar, y que no tienes derecho a quedártela.

—Es mía —dije—. Puedo hacer lo que quiera con mis propiedades.

—No son tuyas todavía —dijo—, faltan tres meses.

—Y ¿qué? Tres meses pasan volando. A la gargantilla no le pasará nada mientras la tenga ella.

Me miró.

—No estoy seguro —dijo.

Lo que insinuaban estas palabras me sacó de quicio.

—¡Por Dios! —exclamé—. ¿Qué está diciendo? ¿Que a lo mejor vende la gargantilla?

No respondió enseguida. Se tiraba del bigote.

—Desde que fui a Exeter —dijo al fin— he descubierto algunas cosas más sobre tu prima Rachel.

—¿Qué demonios quiere decir? —le pregunté.

Miró hacia la puerta y después a mí otra vez.

—Resulta que me encontré con unos antiguos amigos —dijo—, personas a las que no conoces y que son grandes viajeras. Llevan años pasando el invierno en Italia y Francia. Por lo visto, conocieron a tu prima cuando estaba casada con su primer marido, Sangalletti.

—¿Y?

—Ninguno de los dos tenía buena reputación, porque derrochaban el dinero a manos llenas y por sus costumbres relajadas, tengo que añadir. El duelo en el que murió Sangalletti fue por causa de otro hombre. Estas personas dicen que se horrorizaron cuando se enteraron de que Ambrose Ashley se había casado con la condesa Sangalletti. Dijeron que se gastaría toda su fortuna en unos pocos meses. Por suerte no fue así. Ambrose murió antes de que ella lo consiguiera. Lo lamento, Philip, pero esta noticia me ha inquietado mucho.

Dio otros cuantos pasos por la habitación.

—Venir aquí con cuentos de viajeros: jamás creí que pudiera caer tan bajo —le dije—. Y además ¿quiénes son esas personas? ¿Cómo pueden ser tan maliciosas que vayan por ahí contando chismes de hace más de diez años? No se atreverían delante de mi prima Rachel.

—Dejemos eso de momento —contestó—. Lo que me preocupa ahora son las perlas. Lo lamento, pero, como tutor tuyo que soy hasta dentro de tres meses, tengo que pedirte que le ruegues que devuelva la gargantilla. Quiero que se deposite en el banco con las otras joyas.

Ahora me puse yo a pasear por la sala. No sabía lo que hacía.

—¿Que devuelva la gargantilla? ¿Cómo cree que le voy a pedir semejante cosa? Se la he dado esta misma noche, como regalo de Navidad. ¡No, sería el colmo!

—Entonces, lo haré yo en tu lugar —respondió.

De pronto su rostro rígido y terco me pareció aborrecible, y también su actitud, su indiferencia inmovible a los sentimientos.

—Que me muera si se lo consiento —le dije.

Deseé que estuviera a mil kilómetros de mí. Que se muriera.

—Vamos, Philip —dijo, en otro tono de voz—, eres muy joven e impresionable y comprendo que quisieras hacer un regalo valioso a tu prima. Pero las joyas de la familia son mucho más que eso.

—Tiene derecho a ellas —dije—. Bien sabe Dios que si alguien tiene derecho a ponérselas es ella.

—Si Ambrose estuviera vivo, sí —respondió—, pero ahora no. Esas joyas están reservadas para tu mujer, Philip, cuando te cases, que es una cosa muy distinta. Esa gargantilla significa algo por sí misma, algo que podría dar que hablar a algunos de los arrendatarios de más edad que han estado hoy aquí. Cuando un Ashley se casa, permite a la novia lucirlo el día de su boda, como único adorno. Es la clase de superstición que encanta a la gente de estas tierras y, como te he dicho, los mayores



lo saben muy bien. Es una lástima, y es una de esas cosas que dan pábulo a las malas lenguas. Estoy seguro de que la señora Ashley, en su situación, es la última persona que desearía algo así.

—Los que han estado aquí esta noche —dije con impaciencia— pensarán, si el estado en que se encuentran se lo permite, que la gargantilla es de mi prima. No había oído nada tan estúpido en mi vida: que ponerse un collarcito dé lugar a cotilleos.

—No es cosa mía —dijo—. Ya verás qué pronto me entero, si la gente empieza a hablar. Tengo que insistir firmemente en una cosa, Philip: que la gargantilla vuelva al banco. Todavía no es tuya y no puedes regalarla; no tenías ningún derecho a ir al banco sin mi permiso y sacarla de la cámara acorazada. Te lo repito: si no se la pides tú a la señora Ashley, lo haré yo.

Estábamos tan enfrascados en la discusión que no oímos el rumor de los vestidos en las escaleras. Y ya era tarde. Rachel y Louise estaban en la puerta.

Ella se quedó en el umbral, mirando a mi padrino, que se encontraba en el centro de la sala de estar, frente a mí.

—Lo lamento —se excusó—. He oído sin querer lo que estaban diciendo. Por favor, no quiero que ninguno de los dos se avergüence por mi culpa. Agradezco mucho a Philip que me dejara llevar las perlas esta noche, y me parece muy bien que usted, señor Kendall, quiera que se las devuelva. Aquí están.

Se llevó las manos al cierre y lo abrió.

—No. ¿Por qué demonios ibas a hacerlo?

—Philip, por favor —dijo ella.

Se quitó la gargantilla y se la entregó a mi padrino. Al menos parecía avergonzado, aunque también aliviado.

Louise me miraba con compasión. Le di la espalda.

—Gracias, señora Ashley —dijo mi padrino en su estilo seco—. Comprenda que esta joya es parte del fondo patrimonial; Philip no tenía que haberla sacado del banco. Ha sido una tontería, lo ha hecho sin pensar. Pero los jóvenes son muy decididos.

—Lo comprendo perfectamente —dijo ella—; dejemos de hablar de ello. ¿Quiere envolverla?

—No, gracias —dijo mi padrino— la envuelvo en mi pañuelo.

Sacó el pañuelo del bolsillo superior y puso la gargantilla en el centro con mucho cuidado.

—Y ahora —dijo—, creo que Louise y yo nos despedimos ya. Gracias por la cena tan deliciosa y divertida, Philip, y que tengáis una feliz Navidad.

No contesté. Salí al vestíbulo, sujeté la puerta de la calle y ayudé a Louise a subir al carruaje sin decir una palabra. Ella me apretó la mano en señal de comprensión, pero yo estaba tan conmovido que no podía responderle. Mi padrino subió, se sentó a su lado, y se fueron.

Volví despacio a la sala de estar. Rachel estaba allí, mirando el fuego. El cuello parecía desnudo, sin la gargantilla. Me quedé mirándola en silencio, enfadado,

desgraciado. Al verme, tendió los brazos y me acerqué. El corazón me iba a estallar, no podía hablar. Parecía un niño de diez años y habría sido muy fácil hacerme llorar.

—No —me dijo, con una voz tierna y cálida, tan suya—, no te preocupes por nada. Philip, por favor, por favor; estoy muy orgullosa de habérmela puesto una vez.

—Quería que te la pusieras —dije—, quería que te la quedaras para siempre. ¡Dios lo maldiga y lo condene al infierno!

—Tranquilo, querido —dijo—; no digas esas cosas.

Estaba tan enfadado y rabioso que habría podido ir al banco en ese instante, a la cámara acorazada, y llevármelo todo, hasta el último pendiente, para dárselo a ella, y también todo el oro y la plata del banco. Le habría dado el mundo entero.

—Lo ha estropeado todo —dije—. Me ha estropeado la noche, todas las Navidades. Me lo ha estropeado todo.

Me abrazó y se rio.

—Eres como un niño —dijo— que corre hacia mí con las manos vacías. Pobre Philip.

Me separé y la miré.

—No soy un niño —dije—. Me faltan tres malditos meses para cumplir veinticinco años. Mi madre llevó esas perlas el día de su boda y, antes que ella, mi tía y, antes, mi abuela. ¿No comprendes por qué quería que las lucieras tú?

Me puso las manos en los hombros y me dio un beso.

—Sí, claro —contestó—, por eso me alegré tanto y estaba tan orgullosa. Querías que me las pusiera porque sabías que si me hubiera casado aquí, y no en Florencia, Ambrose me las habría regalado el día de la boda.

No dije nada. Unas semanas antes me había dicho que me faltaba percepción. Esta noche podía haber dicho yo lo mismo de ella. Poco después me dio unas palmaditas en el hombro y se fue a la cama.

Me palpé el bolsillo buscando la cadena que me había regalado. Al menos eso era mío y solo mío.

## Capítulo XVIII



Pasamos el día de Navidad felizmente. Ella se ocupó de que así fuera. Visitamos las granjas de las tierras, las cabañas y las casas de los guardas y repartimos la ropa de Ambrose. Tuvimos que comer empanada o probar un budín en cada sitio, así que cuando volvimos estábamos tan hartos que no cenamos y los criados se encargaron de terminar los restos de oca y pavo de la noche anterior. Nos instalamos en la sala de estar y asamos castañas.

Entonces, como si hubiera retrocedido veinte años en el tiempo, me dijo que cerrara los ojos y, riéndose, subió al tocador, volvió y me puso en las manos un arbolito. Lo había adornado fantásticamente, con regalos envueltos en papeles de colores, una fruslería en cada paquetito; y sabía que lo hacía por mí, para que olvidara el drama de Nochebuena y el desastre de las perlas. No podía olvidarlo. Ni podía perdonarlo. A partir de Navidad la relación con mi padrino se enfrió. Era horrible que hubiera prestado oídos a unos cotilleos viles y difamadores, pero lo peor era que se pusiera tan quisquilloso con la insignificante cláusula que me ataba a su jurisdicción tres meses más. ¿Qué más daba que Rachel hubiera gastado más de lo previsto? No sabíamos qué necesidades tenía. Ni Ambrose ni mi padrino comprendían el estilo de vida de Florencia. Tal vez Rachel fuera derrochadora, pero ¿tan grave era? En cuanto a la sociedad de Florencia, no éramos quiénes para juzgarla. Como Ambrose nunca gastaba mucho en su persona, mi padrino, que siempre había sido un tacaño, daba por hecho que las cosas seguirían igual cuando todo fuera de mi propiedad. Yo tenía pocas necesidades y no gastaba en mí mismo más que Ambrose, pero tanta racanería por parte de mi padrino me enfureció; decidí salirme con la mía y gastar el dinero que me pertenecía.

Había acusado a Rachel de malgastar su asignación. Bien, pues que me acusara a mí de gastar desenfrenadamente en la casa. Después de Año Nuevo, me propuse hacer reformas en lo que pronto sería de mi propiedad. Pero no solo en los jardines. El paseo aterrazado por encima de los terrenos del Barton ya estaba en marcha, así como la excavación y la preparación de la parte inferior que se convertiría en jardín acuático, copia del grabado del libro de Rachel.

Además haría reparaciones en la casa. Consideré que llevábamos demasiado tiempo apañándonos con la visita mensual de Nat Dunn, el albañil de las tierras, que se encaramaba a las escaleras de mano hasta el tejado para recolocar las tejas que había movido el viento y se ponía a fumar en pipa allí arriba, apoyado en una

chimenea. Era el momento de tejar de nuevo, de cambiar todas las placas y tejas, sustituir los canalones por unos nuevos y arreglar los desperfectos que habían causado tantos años de viento y lluvia. Se había hecho muy poco en la casa desde aquellos años, hacía dos siglos, cuando los hombres del Parlamento causaron tantos estragos y mis antepasados se las vieron y se las desearon para que el edificio no se derrumbara. Compensaría la dejadez de tanto tiempo y si mi padrino ponía mala cara y hacía cálculos en su libreta, por mí como si se colgaba de un árbol.

Empecé a actuar por mi cuenta y antes de que terminase enero había quince o veinte hombres trabajando en el tejado o en otras partes del edificio, y también dentro de la casa, decorando techos y paredes según mis instrucciones. Me daba mucha satisfacción pensar en la cara que pondría mi padrino cuando le mandaran las facturas correspondientes.

Las obras de la casa me sirvieron de excusa para no recibir visitas y, de paso, suspendí de momento la comida de los domingos. Por lo tanto no volví a ver a los Pascoe ni a los Kendall, sobre todo a mi padrino, que era en parte mi propósito. También conseguí que Seecombe se encargara de propagar —a su estilo selvático, desde las dependencias de abajo— la noticia de que, de momento, la señora Ashley tenía impedimentos para recibir visitas porque la sala de estar estaba llena de obreros y albañiles. Y así, esa temporada de invierno y principios de primavera vivimos como ermitaños, para mi gran satisfacción. El tocador de tía Phoebe, como Rachel insistía en llamarlo, se convirtió en nuestra sala de estar. Allí se sentaba ella al final del día a bordar o a leer, y yo la miraba. Desde el incidente de las perlas en Nochebuena tenía una actitud tan tierna que, a pesar de ser increíblemente cálida, a veces resultaba difícil de soportar.

Creo que no se hacía una idea del efecto que me causaba. Esas manos, descansando un momento en mi hombro o acariciándome la cabeza al pasar junto a mi asiento, sin dejar de hablar del jardín o de algún otro asunto práctico, me aceleraban el corazón inconteniblemente. Era una delicia verla moverse; a veces incluso me preguntaba si se ponía de pie a propósito y se acercaba a la ventana o se estiraba para descorrer la cortina y se quedaba allí, con la mano alzada, mirando el césped, solo porque sabía que la estaba mirando. Pronunciaba mi nombre de una manera particular. Cuando lo decían los demás, era una cosa corta, como abreviada, con cierto énfasis en la última letra, pero ella alargaba la e deliberadamente de una forma que, para mí, tenía un sonido nuevo que me gustaba. De pequeño quería llamarme Ambrose, y creo que no dejé de desearlo hasta ese momento. Ahora me alegraba de que mi nombre fuera más antiguo en la familia que el suyo. Cuando los obreros trajeron los canalones nuevos de plomo que bajarían por los muros desde el tejado hasta el suelo y colocaron las crucetas en su sitio, tuve una extraña sensación de orgullo al mirar hacia arriba y ver la plaquita con mis iniciales grabadas: P. A., y la fecha debajo, y un poco más abajo, un león, el blasón de mi madre. Era como si dejara algo de mí mismo para el futuro. Y Rachel, que estaba a mi lado, me cogió del

brazo y dijo:

—No creía que fueras orgulloso, Philip, hasta ahora. Y me gustas más así.

Sí, estaba orgulloso... pero también vacío por dentro, a pesar de todo.

Las obras continuaron en la casa y en el exterior; y llegaron los primeros días de primavera, una mezcla de sufrimiento y delicia. Los mirlos y los pinzones cantaban bajo nuestras ventanas a primera hora y nos despertaban, tanto a Rachel como a mí. Lo comentábamos cuando nos reuníamos a mediodía. El sol le daba primero a ella por la parte oriental de la casa y la luz oblicua entraba por la ventana, abierta de par en par, hasta su almohada. A mí me llegaba más tarde, mientras me vestía. Me asomaba a la ventana y veía los prados hasta el mar, y los caballos y el arado que subían por la loma más lejana, rodeados de gaviotas que revoloteaban; en las tierras de pasto, más cerca de casa, las ovejas y los corderos se arribaban unos a otros buscando confort. Las avefrías pasaban en bandada, agitando las alas, como una nubecilla. No tardarían en emparejarse y el macho se elevaría y caería en su vuelo extasiado. En la playa silbaban los zarapitos, y los ostreros, blancos y negros como clérigos, picoteaban entre las algas con solemnidad en busca del desayuno. Bajo el sol, el aire tenía un regusto de sal.

Fue una mañana así cuando Seecombe vino a decirme que Sam Bate, el de East Lodge, estaba en cama, enfermo, y me rogaba encarecidamente que fuera a verlo porque tenía una cosa muy importante para mí. Deduje que, fuera lo que fuese, sería demasiado valioso para mandármelo por uno de sus hijos. No me pareció tan apremiante. A la gente del campo le gusta rodear de misterio las cosas más insignificantes. A pesar de todo, por la tarde fui andando por la avenida hasta las verjas del cruce de caminos y me acerqué a la cabaña a hablar con él. El hombre estaba en la cama, sentado, con una chaqueta de Ambrose extendida sobre las mantas, la que le había regalado en Navidad. La reconocí, era la prenda de color claro que no conocía y Ambrose debía de haberse comprado para el clima caluroso del continente.

—¡Vaya, Sam! —le dije—. Lamento verte en la cama. ¿Qué te pasa?

—La misma tos de siempre, señor Philip, señor, la que me da en primavera —contestó el hombre—. Mi padre también la tenía, y cualquier primavera me lleva a la tumba, como se lo llevó a él.

—Tonterías, Sam —le dije—, eso de que la enfermedad del padre matará al hijo son cuentos chinos.

—Algo de verdad hay, señor —replicó el hombre—, y usted lo sabe muy bien. ¿Qué me dice del señor Ambrose y de su padre, el anciano caballero, su tío de usted? Una enfermedad del cerebro se los llevó a los dos. Contra la naturaleza no se puede luchar. Al ganado le pasa igual, lo he visto con mis propios ojos.

No dije nada, pero me pregunté cómo podía saber Sam qué enfermedad se había llevado a Ambrose. Yo no se lo había contado a nadie. Era increíble cómo corrían los rumores en el campo.

—Manda a tu hija a casa y que pida a la señora Ashley un jarabe para curarte la

tos —le dije—. Ella sabe mucho de estas cosas. Uno de los remedios que hace es aceite de eucalipto.

—Sí, señor Philip —dijo—, la mandaré, pero me pareció que lo mejor era que viniera usted aquí antes por una carta que ha llegado a mis manos.

Bajó la voz en actitud de preocupación y solemnidad.

—¿Qué carta, Sam? —le pregunté.

—Señor Philip —dijo—, el día de Navidad, la señora Ashley y usted nos dieron ropa y eso, cosas del difunto amo. Y estamos muy orgullosos, señor, de tener todos lo mismo. Bueno, pues esta chaqueta que ve me tocó a mí —hizo una pausa y tocó la prenda, todavía con cierto respeto, como la había recibido el día de Navidad—. Bueno, pues esa misma noche la subí aquí —prosiguió—, y le dije a mi hija que si teníamos una caja de cristal o algo así para guardarla; me contestó que no dijera bobadas, que la chaqueta era para ponérsela, pero yo no me la iba a poner, señor Philip. Sería una presunción por mi parte, no sé si me entiende, señor. Así que la guardé en el armario ese de ahí y de vez en cuando la sacaba y la miraba. Luego, cuando empecé con la tos y estaba aquí echado en la cama, no sé cómo, pero me entró el capricho de ponérmela. Para sentarme en la cama nada más, así como estoy ahora. Como es una chaqueta ligera, no me pesa en los hombros. Y me la puse ayer por primera vez. Y entonces encontré la carta —hizo una pausa y, después de rebuscar debajo de la almohada, sacó un sobre—. Seguro que lo que pasó, señor Philip, fue que la carta se coló entre la tela y el forro. Era imposible notarla al doblar la chaqueta o al envolverla; solo alisándola con las manos, como hice yo, maravillado de que fuera mía. Sentí el ruidito del papel y me atreví a descoser el forro con un cuchillo. Y aquí la tiene, señor. Una carta, no hay vuelta de hoja, sellada y dirigida a usted, del señor Ambrose en persona. Conozco su letra de toda la vida. Me conmovió mucho encontrarla, señor. Fue como recibir un mensaje de los muertos, señor, hágase cargo.

Me dio la carta. Sí, era cierto. Estaba dirigida a mí y era de Ambrose. Miré la letra que tan bien conocía y el corazón me dio un vuelco.

—Has hecho muy bien, Sam, muy bien —le dije—, y también por mandar a buscarme para que viniera yo personalmente. Te lo agradezco.

—No hay nada que agradecer, señor Philip, nada de nada —respondió—; pensé que la carta llevaría ahí muchos meses y que tenía que haberla recibido usted hace tiempo, pero, como el pobre amo murió, ha buscado la forma de que le llegara. Y también de que usted la leyera. Por eso me pareció que lo mejor era decírselo a usted personalmente, en vez de mandar a mi hija a la mansión.

Le di las gracias otra vez, guardé la carta en el bolsillo superior, hablé un ratito con él y me despedí. No sé qué instinto me impulsó a pedirle que no se lo contara a nadie, ni a su hija siquiera. Seguramente por la misma razón por la que me la había dado él a mí: por respeto al difunto. Me lo prometió y me fui de la cabaña.

No volví enseguida a casa. Crucé el bosque hasta un sendero que recorre esa parte

por arriba, bordeando los terrenos de Trenant y la avenida de los árboles. Era el paseo que más le gustaba a Ambrose, la parte más elevada de nuestras tierras, sin contar la almenara del sur, y desde allí se dominaban el bosque y el valle hasta mar abierto. Los árboles que flanqueaban el sendero, plantados por Ambrose y su padre, lo protegían, aunque todavía no eran muy altos y no tapaban la vista; en mayo la tierra se cubría de campanillas azules. Al final del sendero, por encima del bosque y antes de iniciar el descenso hacia la cabaña del guarda, situada en una hondonada, Ambrose había colocado una losa de granito. «Esto —me dijo entre bromas y veras— será mi lápida cuando me muera. Piensa en mí aquí, no en la cripta de la familia, con los demás Ashley».

Qué poco se imaginaba, cuando la puso en ese sitio, que nunca descansaría en la cripta familiar, sino en el cementerio protestante de Florencia. En la losa de granito estaba inscrito el nombre de los países que había visitado y, al final, unos ripios chistosos para hacernos reír cuando los leíamos juntos. A pesar de todo, creo que en el fondo era lo que deseaba, y el invierno anterior, cuando él no estaba en casa, había ido a menudo al bosque a contemplar la losa de granito y el paisaje que tanto quería.

Al llegar allí, me quedé un momento con la mano en la losa, incapaz de tomar una decisión. El humo de la cabaña del guarda ascendía desde la hondonada y, el perro, encadenado en su ausencia, ladraba de vez en cuando sin motivo, o tal vez porque sus propios ladridos le hacían compañía. Pasó el momento más cálido del día y empezó a refrescar. Aparecieron nubes en el cielo. Vi a lo lejos el ganado que bajaba de los montes de Lankelly a abrevar en las marismas, por debajo del bosque, y más allá de las marismas, en la bahía, el sol ya no alumbraba el mar, que se volvió gris pizarra. Un viento ligero de mar agitaba los árboles.

Me senté al lado de la losa, saqué la carta de Ambrose y la puse boca abajo, sobre las rodillas. La chova de su sello me miraba desde el lacre rojo. El sobre no era grueso. No tenía nada dentro, nada más que una carta que no quería leer. No sé qué corazonada me lo impedía, qué instinto cobarde me hacía esconder la cabeza como una ostra en la arena. Ambrose había muerto y se había llevado el pasado consigo. Yo tenía que hacer mi propia vida y guiarme por mi voluntad. Era posible que la carta se refiriera a ese asunto que prefería olvidar. Ambrose había acusado a Rachel de ser derrochadora, pero ahora podía aplicarme a mí ese epíteto, e incluso tal vez con mayor razón. Dentro de unos meses habría gastado en la casa más que él todos sus años. No me parecía una traición.

Pero, si no la leía... ¿qué le habría parecido? Si la rompía ahora en mil pedazos y los esparcía y no llegaba a saber lo que decía, ¿quién podía condenarme? Sopesé la carta en la mano, boca y arriba y boca abajo. Leer o no leer; ¿por qué tenía que haber llegado a mí? En la casa, mi lealtad estaba con ella. En el tocador, viéndole la cara, las manos, la sonrisa, oyendo su voz, no había carta en el mundo que me arredrara. En cambio, en el bosque, junto a la losa de granito en la que tantas veces habíamos estado juntos, él con el bastón que llevaba yo en ese momento, con la misma

chaqueta... aquí él era más poderoso. Como un niño que pide a Dios buen tiempo para el día de su cumpleaños, rogué que en la carta no hubiera nada que me afectase, y la abrí. Era de abril del año anterior y, por lo tanto, la había escrito tres meses antes de morir.

*Queridísimo niño:*

*Si te he escrito poco no es porque no me acordara de ti. Has estado en mis pensamientos todos estos meses, incluso más que antes tal vez. Pero una carta se puede perder o caer en otras manos y no deseo que sucedan esas cosas; por eso no te he escrito mucho y cuando lo he hecho no te he contado gran cosa. He estado enfermo, con fiebre y dolor de cabeza. Ahora estoy mejor, pero no sé por cuánto tiempo. La fiebre puede volver, y también el dolor de cabeza; cuando me duele no sé lo que digo ni lo que hago. De eso estoy seguro.*

*Lo que ignoro es la causa. Philip, querido, estoy muy alterado, por no decir algo peor; sufro mentalmente. Te escribí en invierno, si mal no recuerdo, pero caí enfermo poco después y no sé qué hice con la carta; es fácil que la destruyera en el estado en que me encontraba. Creo que te contaba el defecto de ella que me ha dado tantas preocupaciones. No sé si es hereditario o no, pero creo que sí, y también creo que haber perdido a nuestro hijo a los pocos meses de la gestación le ha hecho un daño irreparable.*

*Esto último, por cierto, no te lo había contado; estábamos los dos muy afectados. Yo te tengo a ti y eso me consuela. Pero para una mujer es algo mucho más profundo. Como te puedes imaginar, ella había hecho planes y proyectos y cuando, a los cuatro meses y medio, todo se quedó en nada y el médico dijo que no podría tener otro, se disgustó muchísimo, más profundamente que yo. Juraría que a partir de entonces cambió. Cada vez despilfarraba más el dinero y percibí en ella una tendencia a la evasión, a las mentiras, a alejarse de mí, que era todo lo contrario de la ternura que la caracterizaba en los primeros meses de matrimonio. A medida que pasaba el tiempo, me di cuenta de que cada vez confiaba más en ese hombre del que te he hablado alguna vez, el signor Rainaldi, amigo y deduzco que abogado de los Sangalietti, que en mí. Creo que ese hombre ejerce una mala influencia sobre ella. Sospecho que está enamorado de ella desde hace años, incluso en vida de Sangalietti, y aunque naturalmente no creo ni por un instante que ella así lo haya considerado hasta hace poco, ahora, desde que ha cambiado su forma de ser conmigo, ya no estoy tan seguro. Cuando oye su nombre, veo una sombra en su mirada, un tono en su voz, que me despierta las más terribles sospechas.*

*Sus padres eran unos irresponsables y en el primer matrimonio e incluso antes vivió una vida sobre la que ambos hemos mantenido la mayor reserva, y por eso a menudo tengo la sensación de que su código de conducta es diferente del nuestro. Es posible que el vínculo matrimonial no le parezca tan sagrado. Sospecho, bueno, en realidad tengo pruebas de que él le da dinero. El dinero, y que Dios me perdone por decirlo, es actualmente la única forma de llegarle al corazón. Creo que si no hubiéramos perdido al niño nada de esto habría ocurrido; lamento en el alma haberme dejado convencer por el médico que nos aconsejó no viajar, porque ahora estaríamos contigo y todos contentos.*

*A veces parece la de siempre y todo va bien, hasta el punto de que pienso que he tenido una pesadilla y me he despertado volviendo a la felicidad de los primeros meses de matrimonio. Pero después, por una palabra o un acto, todo se estropea otra vez. Bajo a la terraza y me encuentro a Rainaldi. Dejan de hablar en cuanto me ven. Solo puedo preguntarme de qué estarían hablando. En una ocasión, ella se fue dentro, Rainaldi y yo nos quedamos solos y de pronto, sin venir a cuento, me preguntó por el testamento. Lo había visto por casualidad el día de la boda. Me dijo que tal como estaba, si yo moría, mi mujer se quedaría sin nada. Yo ya lo sabía y, de todas formas, había redactado otro para enmendar el anterior. Lo habría firmado con testigos si hubiera estado seguro de que su defecto de gastar era transitorio, que no era una cosa arraigada.*

*Por cierto, el testamento nuevo la nombra heredera de la casa y el patrimonio, pero solo mientras viva, después volverán a ser tuyos, y siempre con la condición de que el gobierno del patrimonio quede en tus manos.*

*Todavía no lo he firmado por el motivo que te acabo de decir.*

*Ten en cuenta que es Rainaldi el que pregunta por el testamento y el que me llama la atención sobre la omisión del que está vigente ahora. Ella no habla de eso conmigo. Pero ¿lo hablan entre ellos? ¿Qué se dicen cuando no estoy delante?*

*Este incidente del testamento sucedió en marzo.*

*Reconozco que me encontraba mal, que el dolor de cabeza casi me cegaba, y es posible que Rainaldi,*



*al plantear la cuestión de esa forma tan fría y calculadora, pensara que podía morirme. Y tal vez sea cierto. Tal vez no lo hablen entre ellos. No tengo forma de averiguarlo. Ahora veo que ella me mira demasiado a menudo, me vigila y parece otra. Y cuando la abrazo da la impresión de que tenga miedo. Miedo ¿de qué? ¿De quién?*

*Hace dos días, y es el motivo principal de esta carta, tuve otro ataque de la misma fiebre que me postró en marzo. Comienza repentinamente. Tengo fuertes dolores y me encuentro muy mal; los dolores se convierten enseguida en una tremenda excitación del cerebro que me lleva casi a la violencia y me mareo tanto que apenas puedo tenerme en pie. Después se me pasa y me atacan unas ganas irreprímibles de dormir, y me quedo dormido en el suelo o en la cama, sin ninguna fuerza en el cuerpo. No recuerdo que a mi padre le pasara esto. Los dolores de cabeza sí, y cierta aspereza en el temperamento, pero los demás síntomas no.*

*Philip, mi niño, el único ser del mundo en el que puedo confiar, dime qué significa esto y, si puedes, ven a verme. No se lo cuentes a Nick Kendall. No se lo cuentes a nadie. Y, sobre todo, no me respondas por escrito, simplemente ven.*

*Hay una cosa que me obsesiona y no me deja un momento de paz: ¿están intentando envenenarme?*

Ambrose

Plegué la carta por sus dobleces. Los perros dejaron de ladrar en la cabaña de la hondonada. Oí al guarda abrir la cancela y al perro recibirlo con chillidos de alegría. Oí voces en la cabaña, el ruido de un caldero, una puerta que se cerraba. En los árboles de la loma de enfrente las grajillas levantaron el vuelo, describieron un círculo graznando y, como una nube, se posaron en las copas de otros árboles, cerca de las marismas.

No rompí la carta. Cavé un agujero para esconderla debajo de la losa de granito. La guardé en la libreta y enterré la libreta profundamente en la tierra. Después alisé el suelo con las manos. Bajé la loma, crucé el bosque y llegué a la avenida. Al volver a subir por el camino de atrás hacia casa, oí risas y voces de los hombres que volvían a casa después de la jornada de trabajo. Me paré un momento a verlos pasar por el parque. El andamio que estaba junto a los muros en los que habían trabajado todo el día parecía lúgubre y desolador.

Entré por detrás, crucé el patio y en cuanto hice ruido en las baldosas salió Seecombe de la habitación del mayordomo con cara de consternación.

—Me alegro de que haya vuelto, señor —dijo—. Hace rato que el ama me pregunta por usted. El pobre Don ha sufrido un accidente y la señora está muy preocupada.

—¿Un accidente? —dije—. ¿Qué ha ocurrido?

—Le ha caído encima una teja del tejado, señor —respondió—. Ya sabe lo sordo que se ha quedado últimamente y lo poco que le gusta renunciar a su sitio al sol, al pie de la ventana de la biblioteca. Creo que la teja le ha dado en el lomo. No se puede mover.

Fui a la biblioteca. Rachel estaba arrodillada en el suelo, con la cabeza de Don en el regazo. Levantó la mirada cuando entré en la habitación.

—Lo han matado —dijo—, se está muriendo. ¿Por qué has tardado tanto? Si hubieras estado aquí no habría pasado nada.

Estas palabras levantaron un eco de algo que mi cabeza había olvidado hacía

tiempo; no logré recordar qué era. Seecombe salió de la biblioteca y nos dejó solos. Las lágrimas se desbordaron y cayeron por las mejillas.

—Don era tuyo —dijo—, tuyo y solo tuyo. Crecisteis juntos. No soporto verlo morir.

Me arrodillé en el suelo a su lado y me di cuenta de que no estaba pensado en la carta que había enterrado profundamente debajo de la losa de granito ni en el pobre Don que agonizaba, tendido entre los dos, inmóvil y exánime. Estaba pensando en una sola cosa. Era la primera vez que Rachel, desde que había llegado a casa, no sufría por Ambrose, sino por mí.

## Capítulo XIX



Estuvimos con Don toda la larga tarde. Yo cené, pero Rachel no quiso comer nada. El perro murió poco antes de medianoche. Me lo llevé y lo tapé; lo enterraríamos al día siguiente en los jardines nuevos. Cuando volví, no había nadie en la biblioteca, Rachel había subido a su habitación. Recorrí el pasillo hasta el tocador y la encontré allí sentada, con los ojos llorosos, mirando el fuego.

Me senté a su lado y le cogí la mano.

—Creo que no ha sufrido —le dije—. Creo que no tenía dolor.

—Quince largos años —dijo ella—, el niño de diez que abrió su tarta de cumpleaños. Me acordaba de eso todo el tiempo, cuando lo tenía con la cabeza en el regazo.

—El cumpleaños se repite dentro de tres semanas —le dije—. Cumplo veinticinco. ¿Sabes lo que pasará ese día?

—Tendrían que cumplirse todos tus deseos —respondió—, o eso decía mi madre cuando yo era joven. ¿Qué deseo vas a pedir, Philip?

No respondí inmediatamente. Me quedé mirando el fuego, igual que ella.

—No lo sabré hasta que llegue el momento.

Tenía la mano, con los anillos, inmóvil sobre la mía.

—Cuando los cumpla —dije— mi padrino no tendrá ningún control sobre las propiedades. Será todo mío y haré con ellas lo que quiera. Puedo darte la gargantilla de perlas y todas las joyas que hay en el banco.

—No —dijo ella—, no las aceptaré, Philip. Tienen que seguir en el patrimonio, para tu mujer, cuando te cases. Sé que todavía no quieres casarte, pero a lo mejor un día cambias de opinión.

Sabía muy bien lo que deseaba decirle, pero no me atrevía. Lo que hice fue agacharme a besarle la mano. Después me separé un poco.

—Que esas joyas no sean tuyas hoy se debe simplemente a un error —dije—. Y no solo las joyas, sino todo lo demás. Esta casa, el dinero, las tierras. Lo sabes perfectamente.

Parecía molesta. Dejó de mirar el fuego y se reclinó en la butaca. Empezó a jugar con los anillos.

—No hace falta hablar de eso —dijo—. Si ha habido un error, me he acostumbrado a él.

—Puede que tú sí —dije—, pero yo no.

Me puse de pie, de espaldas al fuego, mirándola. Ahora ya sabía lo que tenía que hacer y nadie podría impedírmelo.

—¿Qué significa eso? —me preguntó, todavía con la misma sombra de malestar en los ojos.

—Da igual —respondí—, lo sabrás dentro de tres semanas.

—Dentro de tres semanas —dijo—, después de tu cumpleaños, tengo que irme, Philip.

Finalmente lo dijo, las palabras que esperaba. Pero ahora que tenía un plan en la cabeza, tal vez no tuvieran importancia.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Me he quedado demasiado tiempo —respondió.

—Dime una cosa. Suponiendo que Ambrose hubiera hecho un testamento dejándote todo el patrimonio hasta el día de tu muerte, con la condición de que entretanto fuera yo quien se encargara de todo, ¿qué habrías hecho?

Desvió la mirada hacia el fuego otra vez.

—¿A qué te refieres? —me preguntó—. ¿Qué habría hecho con qué?

—¿Te habrías quedado a vivir aquí? ¿Me habrías despedido?

—¿Despedirte? —exclamó—. ¿De tu propia casa? ¡Ay, Philip! ¿Cómo puedes hacerme semejante pregunta?

—Entonces, ¿te habrías quedado? —repliqué—. ¿Habrías vivido en esta casa y, en cierto modo, yo trabajaría para ti llevando tus asuntos? ¿Viviríamos juntos, como ahora?

—Sí —dijo—, sí, supongo. No lo había pensado nunca. Pero sería muy distinto, no se puede comparar.

—¿Cuál sería la diferencia?

Hizo un gesto con las manos.

—¿Cómo podría explicártelo? —dijo—. ¿No comprendes que la situación en que me encuentro es insostenible simplemente porque soy una mujer? Tu padrino sería el primero en darme la razón. No me ha dicho nada, pero estoy segura de que opina que ha llegado el momento de que me vaya. Sería distinto si la casa fuera mía y tú mi empleado, en el sentido al que te referías antes. Yo sería la señora Ashley y tú mi heredero. Pero ahora, tal como están las cosas, eres Philip Ashley y yo una familiar que vive a tu costa. La diferencia entre estas dos situaciones es enorme, querido.

—Exacto —contesté.

—Bien, entonces no hablemos más del asunto.

—Vamos a seguir hablando del asunto —dije— porque tiene una importancia inmensa. ¿Qué pasó con el testamento?

—¿Qué testamento?

—El que redactó Ashley y no llegó a firmar, en el que te dejaba a ti la propiedad de todo.

Vi una gran preocupación en el fondo de su mirada.

—¿Cómo sabes que lo redactó? Yo no te lo he dicho.

Una mentira serviría de excusa, y se la di.

—Siempre he sabido que tenía que existir —respondí—, es posible que no lo firmara y, por tanto, no tiene valor desde el punto de vista legal. Y digo más, me atrevo a creer que lo tienes aquí, entre tus cosas.

Fue un tiro a ciegas, pero funcionó. Miró instintivamente hacia el escritorio, que estaba apoyado en el pared, y después a mí otra vez.

—¿Qué pretendes que diga? —me preguntó.

—Solo quiero confirmar que existe.

Vaciló y luego se encogió de hombros.

—Muy bien; sí —contestó—, pero eso no cambia nada. Ese testamento no está firmado.

—¿Me lo enseñas? —pregunté.

—¿Para qué, Philip?

—Para una cosa que estoy pensando. Creo que puedes confiar en mí.

Me miró un buen rato. Estaba desconcertada, sin duda, y creo que también inquieta. Se levantó y se acercó al escritorio y, vacilante, me miró otra vez.

—¿A qué viene todo esto de repente? —preguntó—. ¿Es que no podemos dejar el pasado en paz? Aquella noche en la biblioteca me prometiste que no hablaríamos más del pasado.

—Y tú prometiste que te quedarías —repliqué.

Dármelo o negármelo dependía de ella. Pensé en la decisión que había tomado esa misma tarde, en la losa de granito. Para bien o para mal, había decidido leer la carta. Ahora era ella la que debía tomar una decisión. Cogió una llavecita y abrió un cajón del escritorio. Sacó un papel y me lo dio.

—Léelo si quieres —dijo.

Acerqué el papel al candelero. La letra era de Ambrose, clara y firme, más segura que la de la carta que había leído por la tarde. Estaba fechada en noviembre del año anterior, cuando llevaban siete meses de casados. El encabezamiento era: «Última voluntad y testamento de Ambrose Ashley», y decía exactamente lo que me había contado en la carta. Todo pasaba a ser propiedad de Rachel, y después del mayor de los hijos de ambos, de ser el caso; de lo contrario, sería para mí, y siempre con la condición de que llevara yo los asuntos del patrimonio mientras ella viviera.

—¿Puedo hacer una copia? —le pregunté.

—Haz lo que quieras —me dijo. Estaba pálida y apática, como si le diera igual—. No sirve para nada, Philip, no tiene sentido hablar de ese testamento ahora.

—De momento me lo quedo y haré una copia —dije.

Me senté al escritorio, cogí pluma y papel y empecé a copiarlo mientras ella se quedaba en la silla con la cara apoyada en la mano.

Yo sabía que necesitaba confirmar todo lo que Ambrose me decía en la carta y, aunque aborrecía hasta la última palabra de lo que tenía que decir, era preciso que le

preguntara. Empecé a escribir: copiar el testamento era más un pretexto que otra cosa y me servía para no tener que mirarla.

—Veo que está fechado en noviembre —dije—. ¿Sabes por qué eligió ese mes para hacer un testamento nuevo? Os casasteis el mes de abril anterior.

Tardó un poco en responder; de pronto pensé en lo que sentiría un médico al tocar la postilla de una llaga de curación lenta.

—No sé por qué lo hizo en noviembre —dijo—, en esa época, ni él ni yo pensábamos en la muerte. Todo lo contrario, fueron los momentos más felices de los dieciocho meses que vivimos juntos.

—Sí —dije, y cogí otra hoja de papel—; me lo contó en una carta.

Oí que se movía en la butaca y que se volvía a mirarme, pero seguí escribiendo.

—¿Ambrose te lo contó? —dijo—. Pero si le pedí que no lo hiciera. Yo temía que lo malinterpretaras, que te lo tomaras como un desaire; era lo más natural. Me prometió que guardaría el secreto. Y ahora resulta que dio lo mismo.

Lo dijo en un tono monótono, sin expresión. Al fin y al cabo, era posible que un enfermo manifestara dolor sin ningún entusiasmo cuando un médico le tocaba la postilla. En la carta enterrada bajo la losa de granito, Ambrose decía: «Para una mujer es algo mucho más profundo». Seguí escribiendo y de pronto me fijé en lo que había puesto: «Dio lo mismo... dio lo mismo». Rompí la hoja y empecé de nuevo.

—Y al final —dije— el testamento no se llegó a firmar.

—No —dijo ella—. Ambrose lo dejó tal como lo ves ahora.

Terminé de copiarlo, doblé el original y la copia y me las guardé en el bolsillo superior, donde esa tarde había guardado la carta. Después me arrodillé al lado de su sillón y la abracé, no como a una mujer, sino como a un niño.

—Rachel —dije—. ¿Por qué Ambrose no firmó el testamento? —Se quedó muy quieta, no se apartó. Solo apretó de repente la mano que descansaba en mi hombro—. Dímelo, Rachel —insistí—, dímelo.

Me contestó como desde lejos, con una voz débil, poco más que un susurro al oído.

—Nunca lo supe —dijo—, no volvimos a hablar del asunto. Pero creo que, cuando comprendió que definitivamente yo no podría tener hijos, dejó de creer en mí. Perdió algo semejante a la fe, aunque no llegó a darse cuenta.

Arrodillado allí, rodeándola con los brazos, pensé en la carta que había guardado en la libreta y enterrado bajo la losa, en la acusación que encerraba, igual que esta otra, expresada con otras palabras, y me pregunté cómo podía ser que dos personas que se habían querido se equivocaran tanto la una con la otra y, con un dolor en común, se distanciaran tanto. El amor entre el hombre y la mujer debía de tener algo que los llevaba al sufrimiento y a la suspicacia.

—¿No eras feliz en ese momento? —le pregunté.

—¿Feliz? —dijo—. ¿Tú qué crees? Estaba prácticamente desesperada.

Me los imaginé sentados en la terraza de la villa, con una sombra extraña entre

ambos, hecha solo de sus propias dudas y temores, y me dio la impresión de que esa sombra venía de mucho más atrás y ya no se podía saber de dónde. Tal vez Ambrose no fuera consciente, pero es posible que abrigara algún rencor sobre su pasado con Sangalietti y su vida anterior y la culpaba de no haber compartido esas cosas con él; y ella, con un resentimiento semejante, temiera perder el amor por no poder tener hijos. ¡Qué poco había entendido a Ambrose, al fin y al cabo! Y ¡qué poco la conocía él! No me importaría contarle lo que decía la carta, pero no le haría ningún bien. La mutua incomprensión era demasiado profunda.

—Entonces, ¿fue un error que el testamento no se firmara y quedara relegado? —le pregunté.

—Llámalo así, si quieres —contestó—; ahora ya da igual. Pero poco después cambió de forma de ser. Empezaron los dolores de cabeza, que lo cegaban. Casi se puso violento en un par de ocasiones. Yo me preguntaba hasta qué punto sería culpa mía y tenía miedo.

—Y ¿no tenías ningún amigo?

—Solo Rainaldi. Y jamás le conté lo que te he contado a ti esta noche.

Ese rostro impenetrable, esos ojos entrecerrados, escrutadores. No me extrañaba que Ambrose no se fiara de él. Sin embargo, Ambrose era su marido, ¿cómo podía estar tan poco seguro de sí mismo? Sin duda un hombre sabe si una mujer lo ama. Aunque posiblemente uno no se da cuenta siempre.

—Y, cuando Ambrose cayó enfermo —dije—, ¿dejaste de invitar a Rainaldi a la villa?

—No me atrevía —dijo—. Jamás entenderás en lo que se convirtió Ambrose ni quiero contártelo. Por favor, Philip, no me hagas más preguntas.

—¿Qué sospechaba Ambrose de ti?

—Todo. Que le era infiel y cosas peores.

—¿Qué puede ser peor que la infidelidad?

De repente me apartó, se levantó, se dirigió a la puerta y la abrió.

—Nada —dijo—, nada de nada. Y ahora vete y déjame sola.

Me levanté lentamente y fui a la puerta; me quedé a su lado.

—Lo siento —le dije—, no quería que te enfadaras.

—No estoy enfadada —respondió.

—Nunca volveré a preguntarte nada. Estas han sido las últimas preguntas. Te lo prometo solemnemente.

—Gracias —dijo.

Tenía la cara en tensión y estaba pálida. Hablaba con frialdad.

—Tenía motivos para hacértelas —le dije—. Lo sabrás dentro de tres semanas.

—No te he preguntado el motivo, Philip —dijo—; solo te pido que te vayas.

No me dio un beso, ni la mano siquiera. Yo le hice una inclinación de cabeza y me fui. Sin embargo, un momento antes me había permitido arrodillarme a su lado y abrazarla. ¿Por qué había cambiado de repente? Si Ambrose conocía poco a las

mujeres, yo menos. Esa ternura inesperada, que pillaba a un hombre por sorpresa y lo elevaba a las mayores alturas, y de pronto, sin ningún motivo, por un cambio de humor, lo devolvía a donde estaba antes... ¿qué asociación de ideas confusa e indirecta se producía en su cabeza y les nublaban el pensamiento? ¿Qué impulsos se apoderaban de su ser y las llevaban a la furia y a retirarse, o al contrario, a una generosidad repentina? Sin duda los hombres éramos distintos, con nuestra falta de comprensión y nuestra lentitud para orientarnos, mientras que ellas, erráticas e inestables, seguían su camino dejándose llevar por los caprichos de la fantasía.

A la mañana siguiente, cuando bajó, estaba como siempre, amable y gentil; no hizo ninguna referencia a la conversación de la víspera. Enterramos al pobre Don en los jardines nuevos, en una parcela aparte, donde empezaba el paseo de las camelias, y señalé el lugar con un círculo de piedras alrededor de la tumba. No hablamos de aquel décimo cumpleaños, cuando Ambrose me lo regaló, ni del vigesimoquinto que se aproximaba. Pero al día siguiente me levanté temprano, di órdenes de que ensillaran a Gypsy y me fui a Bodmin. Acudí a casa de un abogado, un hombre llamado Wilfred Trewin, que llevaba muchos casos del condado, aunque ninguno de los Ashley, puesto que mi padrino tenía su propia gente en St Austell. Le expliqué que acudía por un asunto muy urgente y personal y que deseaba que redactara un documento legal en forma y lenguaje que me permitiera ceder todas mis propiedades a mi prima, la señora Rachel Ashley, a partir del día 1 de abril, cuando serían legalmente mías.

Le enseñé el testamento y le dije que Ambrose no lo había firmado únicamente porque había caído enfermo y después había muerto. Le pedí que incorporase al documento muchas cosas de las que Ambrose había escrito en el suyo: que, a la muerte de Rachel, el patrimonio volviera a mis manos y que, entretanto, sería yo quien llevara todos los asuntos de las propiedades. En el caso de que falleciera yo antes, naturalmente todo pasaría a mis primos segundos de Kent, pero no antes de que ella muriera. Trewin entendió enseguida lo que le pedía y creo que, como no era muy amigo de mi padrino —y por eso, entre otras cosas, acudía yo a él—, le satisfacía que le confiara un asunto tan importante.

—¿Quiere usted —dijo— incluir una cláusula que preserve las tierras? Tal como está ahora el borrador, la señora Ashley podría vender todo lo que quisiera, y sería una imprudencia dejarlo así si desea dejárselas todas a sus herederos.

—Sí —dije—, es mejor incluir una cláusula que prohíba venderlas. Y también la casa, naturalmente.

—También existen unas joyas que forman parte del patrimonio familiar, ¿no es así? —dijo el abogado—, y algunas otras posesiones personales. ¿Qué hacemos con ellas?

—Las joyas son tuyas —dije—, que haga con ellas lo que quiera.

Me leyó el borrador y me pareció que no le faltaba nada.

—Una cosa —dijo—. No hay nada en previsión de un posible matrimonio de la



señora Ashley.

—No creo que vuelva a casarse —dije.

—Es posible —dijo—, pero sería conveniente prevenirlo.

Me miró inquisitivamente, con la pluma en el aire.

—Su prima es todavía una mujer relativamente joven, ¿verdad? —dijo—. Debería tenerlo en cuenta, créame.

De pronto, monstruosamente, pensé en el anciano St Ives, que vivía en la otra punta del condado, y en los comentarios que había hecho Rachel para fastidiarme.

—En el caso de que volviera a casarse, las propiedades volverían a mis manos, ni más ni menos.

Escribió una nota en el papel y volvió a leerme el borrador.

—Y quiere usted el documento formalizado y legalizado el día 1 de abril, ¿no, señor Ashley? —me preguntó.

—Sí, por favor. Es el día de mi cumpleaños. El día en que las propiedades pasan a ser mías por completo. Nadie podrá objetar nada desde ningún punto de vista.

Dobló el papel y me sonrió.

—Esto que hace usted es muy generoso —dijo—: darlo todo en el momento en que toma usted plena posesión.

—Lo cierto es que nunca habría sido mío —dije— si mi primo Ambrose Ashley hubiera firmado ese testamento.

—Aun así —dijo—, dudo que alguna vez se haya hecho algo semejante. Desde luego, que yo sepa, no, ni lo he visto en toda mi vida de ejercicio de la profesión. Supongo que no quiere que se sepa nada de todo esto hasta el día señalado.

—Ni una palabra. Es completamente secreto.

—Muy bien, señor Ashley. Y gracias por la confianza que ha depositado en mí. Estoy a su disposición en todo momento, por si en el futuro desea consultarme cualquier otra cosa.

Salió a acompañarme hasta la calle; me despidió con una inclinación de cabeza y con la promesa de mandarme el documento el día 31 de marzo.

Volví a casa con la sensación de haber cometido una temeridad. Me pregunté si mi padrino sufriría un ataque de apoplejía cuando se enterase. Lo mismo daba. No le deseaba nada malo, solo librarme de su potestad, pero lo que acababa de hacer era una recriminación en toda regla. En cuanto a Rachel, ahora no podría irse a Londres y abandonar la propiedad. Su argumento de la noche anterior no se sostendría. Si no quería que yo siguiera viviendo en la casa, de acuerdo, me iría a la cabaña del guarda y me presentaría todos los días en la casa para que me diera órdenes. Estaría con Wellington, Tamlyn y los demás, esperando, gorra en mano, para cumplir sus deseos. Creo que, si hubiera sido un crío, en ese momento me habría puesto a dar brincos de pura alegría de vivir. Sin embargo, hice saltar a Gypsy por encima de un terraplén y casi me caigo al suelo al aterrizar al otro lado. Los vientos de marzo me volvían loco; me habría puesto a cantar a voces, pero era incapaz de seguir una sola melodía. Los

setos estaban verdes; los sauces, cubiertos de yemas y los tojos, en flor. Era un día para hacer disparates, un día de emociones febriles.

A media tarde, cuando volví a casa por el camino de los carruajes, vi una silla de posta parada en la puerta. Era algo fuera de lo común, porque, cuando Rachel recibía visitas, siempre venían en su propio vehículo. El vehículo y las ruedas estaban llenos de polvo, como después de un trayecto largo por carretera y, desde luego, no conocía ni el coche ni al cochero. Al verlos, di media vuelta y fui por la parte de los establos, pero el mozo que vino a recoger a Gypsy sabía tanto como yo de la visita, y Wellington no estaba.

No vi a nadie en el vestíbulo, pero al acercarme a la sala de estar sin hacer ruido, oí voces dentro, detrás de la puerta, que estaba cerrada. Prefería subir a mi habitación por las escaleras de servicio, que estaban en la parte de atrás. En el momento en que di media vuelta la puerta de la sala se abrió y salió Rachel, riéndose y mirando hacia atrás. Tenía buen aspecto, parecía contenta y estaba radiante, como siempre que se encontraba de buen humor.

—Philip, has llegado —dijo—. Ven a la sala... No puedes librarte de la visita que he recibido hoy. Viene de muy lejos para vernos a los dos.

Sonriendo, me cogió del brazo y me llevó, casi arrastrándome, a la sala de estar. Había un hombre en un sillón y, al verme, se levantó inmediatamente y se acercó tendiéndome la mano.

—No me esperaba usted —dijo— y pido disculpas por ello. Aunque yo tampoco lo esperaba a usted la primera vez que nos vimos.

Era Rainaldi.

## Capítulo XX



No sé si lo que sentía se me notaba tanto en la cara como me pesaba por dentro, pero creo que sí, porque Rachel reanudó la conversación rápidamente y le contó a Rainaldi que yo siempre estaba fuera, a caballo o a pie, que nunca sabía dónde iba exactamente ni volvía a una hora fija.

—Philip trabaja más que sus empleados —dijo— y conoce hasta el último rincón de las tierras mejor que ellos.

No me soltaba el brazo, parecía que me estuviera exhibiendo delante de su amigo como haría un maestro con un alumno enfurruñado.

—Enhorabuena por las tierras tan estupendas que tiene —dijo Rainaldi—, no me extraña que su prima Rachel les haya tomado tanto apego. Nunca la había visto con tan buen aspecto. —Sus ojos, esos ojos que tan bien recordaba, inexpresivos, de párpados gruesos, la contemplaron un momento y después se volvieron hacia mí—. Este aire —prosiguió— debe de propiciar más el reposo mental y físico que el nuestro de Florencia, que es más excitante.

—Mi prima —dije— proviene del país del oeste. Simplemente ha vuelto a su tierra.

Sonrió, si podía llamarse así al leve movimiento de su cara, y se dirigió a Rachel.

—Depende de cuál de los dos vínculos carnales sea más fuerte, ¿verdad? —dijo—. Tu joven primo no tiene en cuenta que tu madre era romana. Y permíteme añadir que cada día te pareces más a ella.

—Solo de cara, espero —dijo Rachel—, no en el tipo ni en el carácter. Philip, Rainaldi dice que va a alojarse en un mesón, en el que le recomendamos, no es muy exigente, pero le he dicho que ni hablar. Seguro que podemos poner una habitación a su disposición aquí, ¿no?

Se me encogió el corazón solo de pensarlo, pero no podía negarme.

—Naturalmente —dijo—. Ahora mismo doy las órdenes pertinentes, y despida la silla de posta también, ya no le hace falta.

—Me ha traído desde Exeter —dijo Rainaldi—. Voy a pagar al cochero y pediré otra cuando vuelva a Londres.

—Hay tiempo de sobra para hablar de eso —dijo Rachel—. Ahora que has venido, tienes que quedarte al menos unos días y así podrás verlo todo. Además, tenemos que hablar de muchas cosas.

Salí de la sala a dar orden de que prepararan una habitación —bastaría con una

grande y vacía que había en el ala oeste de la casa— y me fui poco a poco a mi cuarto a bañarme y a cambiarme para la cena. Desde la ventana vi salir a Rainaldi a pagar al cochero; después se quedó un momento en el camino de entrada de los carruajes contemplando los alrededores como si los tasara. Me dio la sensación de que con una mirada ponía precio a la madera y calculaba el valor de los árboles y arbustos, y también vi que se fijaba en las tallas de la puerta principal y pasaba la mano por las volutas. Rachel debió de salir con él, porque la oí reírse, y después se pusieron a hablar en italiano. La puerta principal se cerró. Habían entrado.

Tenía la intención de quedarme en mi dormitorio y no bajar, de pedir a John que me subiera la cena en una bandeja. Si tenían tanto que de que hablar, lo harían mejor en mi ausencia. Sin embargo, era el anfitrión y no podía cometer esa descortesía. Me bañé despacio, me vestí sin ganas y bajé; me encontré a Seecombe y a John atareados en el comedor, que no habíamos vuelto a usar desde que los obreros habían limpiado los paneles de madera y reparado los desperfectos del techo. Habían sacado la mejor cubertería de plata y toda la parafernalia de cuando teníamos invitados.

—No hace falta armar tanto lío —le dije a Seecombe—, podemos cenar en la biblioteca perfectamente.

—Son órdenes del ama, señor —dijo Seecombe con toda dignidad, y le oí mandar a John que fuera a buscar a la despensa el mantel y las servilletas de puntillas que no usábamos ni para la cena de los domingos.

Encendí la pipa y salí fuera. La tarde de primavera no había terminado, faltaba una hora o más para el crepúsculo. Sin embargo, los candeleros de la sala estaban ya encendidos y no habían corrido las cortinas. También había luz en la habitación azul y vi a Rachel pasar por delante de la ventana varias veces, mientras se vestía. Si hubiéramos estado solos habríamos pasado la velada en el tocador, yo abrazando el recuerdo de lo que había hecho en Bodmin y ella de buen humor, amable, contándome las anécdotas del día. Ahora ya no sería posible. Luces en la sala, animación en el comedor, conversaciones entre ellos sobre cosas que no me concernían; y sobre todo, por encima de todo, la revulsión instintiva que me inspiraba ese hombre, que no había venido por nada, solo a pasar el rato, sino con otro propósito. ¿Sabía Rachel de antemano que estaba en Inglaterra y que iba a venir a verla? La satisfacción de la escapada a Bodmin desapareció. La travesura infantil se había terminado. Entré en casa muy desanimado, con mucha aprensión. Rainaldi estaba solo en la sala, delante de la chimenea. Se había quitado la ropa de viaje y se había vestido para cenar; estaba mirando el retrato de mi abuela, colgado en la pared.

—Una cara encantadora —dijo, a propósito del retrato—, ojos bonitos y tez hermosa. Proviene usted de una familia bien parecida. El retrato en sí no tiene mucho valor.

—Seguramente —dije—. Los Lely<sup>[2]</sup> y los Kneller<sup>[3]</sup> están en las escaleras, si quiere verlos.

—Ya me he fijado en ellos al bajar —respondió—. El Lely está bien situado, pero

el Kneller no. Diría que este último no es lo mejor de su estilo, pero lo pintó en una de sus épocas más ricas en florituras. Posiblemente lo terminara un aprendiz. —No dije nada. Estaba pendiente de los pasos de Rachel en las escaleras—. En Florencia, antes de irme, tuve la oportunidad de vender un Furini de la primera época, propiedad de su prima, de la colección Sangalletti, ahora desafortunadamente desperdigada por el mundo. Una obra exquisita. La tenían colgada en la pared de las escaleras, en la villa, donde le daba la luz de una forma que le sacaba todo el partido posible. Es posible que la viera usted cuando fue a la villa.

—Es posible que no —respondí.

Entró Rachel. Llevaba el traje que se había puesto en Nochebuena, pero hoy con un chal sobre los hombros. Me alegré de que llevara el chal. Nos miró como si quisiera averiguar, por nuestras caras, la marcha de la conversación.

—Estaba diciéndole a tu primo Philip —dijo Rainaldi— la suerte que he tenido de poder vender la virgen de Furini, pero lo trágico que ha sido deshacerse de ella.

—Estamos acostumbrados a estas cosas, ¿verdad? —respondió ella—. ¡Cuántos tesoros que no se han podido salvar!

Me fastidió mucho que hablara en plural en relación con él.

—¿Ha podido vender la villa? —pregunté secamente.

—Todavía no —dijo Rainaldi—, en realidad he venido a ver su prima Rachel en parte por ese motivo: estamos prácticamente de acuerdo en alquilarla tres o cuatro años. Es más ventajoso y menos definitivo que venderla. Tal vez su prima quiera volver a Florencia un día de estos. Ha vivido allí tantos años...

—No tengo intención de volver todavía —dijo Rachel.

—No, seguramente no —dijo él—, pero tiempo al tiempo.

Rainaldi la seguía con la mirada mientras ella se movía por la sala y yo deseaba que se sentara de una vez para que él dejara de hacerlo. El sillón en el que solía sentarse estaba un poco retirado de la luz de las velas y la cara le quedaba en la sombra. No tenía por qué moverse tanto, a menos que quisiera lucir el traje. Le ofrecí una silla, pero no se sentó.

—Fíjate, Rainaldi ha estado en Londres más de una semana y no había dicho nada. Me llevé la mayor sorpresa de mi vida cuando Seecombe me anunció su visita. Me parece un gran descuido por su parte, no haber avisado con antelación —le sonrió y él se encogió de hombros.

—Pensé que una visita por sorpresa te haría mucha ilusión —dijo—; lo inesperado puede ser muy agradable o todo lo contrario, según las circunstancias. ¿Te acuerdas de aquella vez que estabas en Roma y Cosimo y yo aparecimos cuando te estabas vistiendo para ir a una fiesta con los Castelucci? Te molestaste mucho con los dos.

—Y con toda la razón —dijo ella, riéndose—. Si se te ha olvidado, no pienso recordártelo.

—No se me ha olvidado —dijo él—. También me acuerdo del color del vestido

que llevabas. Era ámbar. Además, Benito Castelucci te había mandado flores. Vi la tarjeta, pero Cosimo no.

Entró Seecombe a anunciar la cena y fuimos detrás de Rachel por el vestíbulo hasta el comedor; ella seguía riéndose y recordando a Rainaldi anécdotas de Roma. Nunca había estado tan taciturno ni me había sentido tan desplazado. No dejaban de hablar de personajes y sitios y de vez en cuando Rachel me daba la mano desde enfrente y, como si yo fuera un niño, me decía: «Perdónanos, Philip, querido. Hacía tanto tiempo que no le veía...», mientras él me miraba con esos ojos oscuros y como encapuchados, sonriendo lentamente.

Se pasaron al italiano un par de veces. Él le estaba contando una cosa y de pronto, buscando una palabra que no le salía, me pedía disculpas con una inclinación de cabeza y empezaba a hablar en su idioma. Ella le respondía y, mientras hablaba y yo oía las palabras desconocidas que salían de su boca, mucho más deprisa, sin duda, que cuando hablábamos en inglés, era como si su actitud contenida cambiara por completo; estaba más animada y viva, y más agresiva en cierto modo, con un brillo nuevo que no me gustaba mucho.

Me parecía que mi mesa, en mi comedor forrado de paneles, no era sitio para esos dos; les convenía más cualquier lugar en Florencia o Roma, atendidos por criados zalameros y morenos, en medio del brillo de una sociedad ajena a mí que charlaba y sonreía con esas palabras incomprensibles para mí. No tenían que estar aquí, con Seecombe moviéndose de un lado a otro con sus zapatillas de piel y uno de los cachorros rascando el suelo debajo de la mesa. Me quedé encorvado en la silla, desanimado, desalentado, como un invitado de piedra en mi propia cena; cogí unas nueces y las partí con las manos por descargar un poco la tensión. Rachel se quedó con nosotros mientras tomábamos oporto y *brandy*. O, mejor dicho, mientras los tomaba él, porque yo no los probé y él bebió de los dos.

Encendió un puro que sacó de un estuche que llevaba consigo y, con una actitud de tolerancia, me observó mientras encendía la pipa.

—Todos los jóvenes ingleses fuman en pipa, me da la impresión —dijo—. Creen que ayuda a digerir la comida, pero, según me han contado, solo enturbia el aliento.

—Como el *brandy* —repliqué—, que además enturbia la cabeza.

De pronto me acordé del pobre Don, enterrado en los jardines nuevos; cuando era joven, se le erizaba el lomo siempre que se encontraba con un perro que no le gustaba, la cola se le ponía recta y rígida y, de un salto, lo agarraba por el pescuezo. Ahora entendía lo que debía de sentir.

—Si nos disculpas, Philip —dijo Rachel, levantándose—. Rainaldi y yo tenemos que hablar de muchas cosas y me ha traído documentos que tengo que firmar. Será mejor que lo hagamos arriba, en el tocador. ¿Vendrás después con nosotros?

—Creo que no —dije—. He estado fuera todo el día y me esperan cartas en el despacho. Os deseo muy buenas noches a los dos.

Salió del comedor y él la siguió. Los oí subir las escaleras. No me había movido

de mi sitio cuando llegó John a quitar la mesa.

Entonces me fui a pasear por fuera. Vi luz en el tocador, aunque las cortinas estaban corridas. Ahora, como estaban solos, hablarían en italiano. Ella estaría sentada en la butaca baja, al lado del fuego, y él a su lado. Me pregunté si le diría algo de lo que habíamos hablado la víspera, y que había copiado el testamento y me lo había llevado. ¿Qué consejos le daría, qué recomendaciones le haría y qué documentos sacaría de su maletín para que los firmara? Cuando terminaran con esos asuntos, ¿volverían a hablar de personajes, de gente y sitios que conocían los dos? Y ¿ella le prepararía una tisana, como a mí, y se movería por la habitación para que él la mirase? ¿A qué hora se despediría él y se retiraría a dormir? Y cuando lo hiciera ¿ella le daría la mano? ¿Se quedaría él en la puerta con cualquier excusa para alargar el momento, como hacía yo? O, como eran tan amigos, ¿le dejaría estar más tiempo?

Eché a andar hasta el paseo aterrazado y seguí casi hasta la playa; volví a subir por el paseo en el que habían plantado los cedros jóvenes y di otra vuelta y otra más, hasta que el reloj del campanario tocó las diez. Era la hora en que me despedía a mí: ¿lo despediría a él también? Me acerqué al borde del césped y miré hacia su ventana. Todavía se veía luz en el tocador. Seguí mirando y esperando. Con el paseo había entrado en calor, pero el aire que corría entre los árboles era helado. Se me enfriaron las manos y los pies. Hacía una noche oscura y sin música de ninguna clase. La luna no coronaba de escarcha las copas de los árboles. A las once, justo después de las campanadas, se apagó la luz del tocador y se encendió la de la alcoba. Esperé un momento más y, de repente, me fui hasta la parte de atrás de la casa y, pasadas las cocinas, seguí hasta el ala oeste y eché un vistazo a la ventana de Rainaldi. ¡Qué alivio! Allí también había luz. Vi una rendija nada más, porque los postigos estaban cerrados. La ventana también estaba cerrada a cal y canto. Con una sensación de satisfacción insular me pareció seguro que no la abriría en toda la noche.

Entré en casa, subí las escaleras y me fui a mi habitación. Me acababa de quitar la chaqueta y el pañuelo y los había tirado a la silla cuando oí el roce de su vestido en el pasillo, y después una llamada suave en la puerta. Abrí. Allí estaba ella, vestida todavía, con el mismo chal sobre los hombros.

—He venido a darte las buenas noches —dijo.

—Gracias —contesté—, yo también te las doy.

Me miró los zapatos y vio que los llevaba manchados de barro.

—¿Dónde has estado toda la noche? —me preguntó.

—Paseando por ahí —respondí.

—¿Por qué no has venido al tocador a tomar la tisana?

—No me apetecía.

—Estás haciendo mucho el ridículo —me dijo—. En la cena te portaste como un niño enfurruñado que necesita una buena azotaina.

—Lo siento —dije.

—Rainaldi es amigo mío desde hace mucho tiempo, lo sabes perfectamente —me

dijo—. Teníamos que hablar de muchas cosas, eso lo entiendes, ¿no?

—Y, como es amigo tuyo desde hace mucho más tiempo que yo, le dejas quedarse en el tocador hasta las once, ¿no?

—¿Eran las once? La verdad es que no me di cuenta.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse? —le pregunté.

—Depende de ti. Si eres bien educado y lo invitas, tal vez se quede tres días. No puede alargarlo más, tiene que volver a Londres.

—Como me lo pides tú, no me queda más remedio.

—Gracias, Philip. —De pronto me miró con ternura y le vi un indicio de sonrisa en la comisura de los labios—. ¿Qué pasa, Philip? —preguntó—. ¿Por qué haces tantas tonterías? ¿En qué pensabas mientras paseabas?

Podría haberle dicho mil cosas. Que desconfiaba de Rainaldi, que no soportaba su presencia en mi casa, que quería que todo volviera a ser como antes, ella y yo solos. No obstante, sin motivo, solo porque aborrecía todo lo que se había dicho esa noche, le pregunté:

—¿Quién era ese Benito Castelucci que te mandaba flores?

La risa empezó a cascabelearle por dentro y de pronto me rodeó con los brazos.

—Era un viejo, estaba muy gordo y le olía el aliento a puro habano... y a ti te quiero demasiado —dijo, y se fue.

Estoy seguro de que a los veinte minutos de dejarme ya estaba dormida, mientras que yo tuve que oír las campanadas de todas las horas hasta las cuatro; caí entonces en ese sueño inquieto de madrugada que se hace más profundo a las siete y John me despertó sin contemplaciones a la hora de siempre.

Rainaldi no se quedó tres días, sino siete, y en esos siete días no encontré motivos para cambiar de opinión sobre él. Creo que lo que más aborrecía era la actitud tolerante que adoptaba conmigo. Cada vez que me miraba lo hacía con una medida sonrisa, como si yo fuera un crío al que había que dar la razón; me preguntaba por todo lo que había hecho durante el día y, fuera lo que fuese, lo convertía en meras aventuras infantiles. Me propuse no ir a casa ningún día a la hora del almuerzo, y por la tarde, poco después de las cuatro, cuando volvía y entraba en la sala de estar, me los encontraba juntos, hablando en italiano, cómo no, y dejaban de hablar en cuanto aparecía yo.

—¡Ah, aquí vuelve el esforzado trabajador! —decía Rainaldi, sentado, maldita sea, en el sillón que ocupaba siempre yo cuando estábamos solos—. Y, mientras él recorría sus tierras con paso firme comprobando sin duda que sus arados hacen los surcos necesarios en el suelo, tú y yo, Rachel, hemos recorrido miles de kilómetros mentalmente, con la imaginación. No nos hemos movido en todo el día, más que para pasear por el nuevo paseo aterrazado. La madurez tiene muchas compensaciones.

—Eres una mala influencia para mí, Rainaldi —replicaba ella—, desde que estás aquí, he descuidado todos mis deberes. No he ido de visita, no he supervisado a los jardineros... Philip me va a reñir por ser tan perezosa.



—No has sido perezosa intelectualmente —contestaba él—. En ese sentido, hemos recorrido tanto trecho como tu joven primo físicamente, con las piernas. O tal vez hoy no haya sido con las piernas, sino a caballo. Los jóvenes ingleses siempre hacen ejercicio físico hasta la extenuación.

Me daba cuenta de que se estaba burlando de mí, mula de carga con cabeza de chorlito, y la forma en que Rachel acudió en mi ayuda, como la maestra con su pupilo, me irritó más todavía.

—Bueno, hoy es miércoles —dijo—, y los miércoles Philip no monta ni camina, hace las cuentas en el despacho. Se le dan muy bien las cuentas, siempre sabe exactamente lo que gasta, ¿verdad, Philip?

—No siempre —contesté—, y, a decir verdad, hoy he tenido sesión en el juzgado por un vecino y he votado en el juicio de un tipo acusado de robo. Le han puesto una multa, pero no tiene que ir a la cárcel.

Rainaldi me miró con la misma actitud tolerante.

—Un joven Salomón, además de joven granjero —dijo—. No paramos de descubrir nuevas dotes en él. Rachel, ¿tu primo no te recuerda muchísimo al retrato del Bautista de Del Sarto? Tiene la misma mezcla encantadora de arrogancia e inocencia.

—Tal vez —dijo Rachel—, no se me había ocurrido. Para mí, solo se parece a una persona.

—Ah, sí, claro —dijo Rainaldi—, pero sin duda tiene algo de Del Sarto también. A ver si un día lo arrancas de sus tierras y le enseñas nuestro país. Viajar ensancha el espíritu y me encantaría verlo pasear por una galería o una iglesia.

—A Ambrose le aburrían esas cosas —dijo Rachel—, dudo que a Philip le impresionen mucho más. Bueno, ¿has visto a tu padrino en la sesión del juzgado? Me gustaría llevar a Rainaldi a Pelyn, para que se conozcan.

—Sí, estaba allí —dije—, y te manda saludos.

—El señor Kendall tiene una hija encantadora —dijo Rachel a Rainaldi—, un poco más joven que Philip.

—¿Una hija? Hum, ya veo —dijo Rainaldi—, entonces, tu primo no está completamente falto de sociedad femenina joven, ¿no?

—Ni mucho menos —dijo Rachel, riéndose—. Todas las madres en sesenta kilómetros a la redonda le tienen echado el ojo.

Recuerdo que le clavé una mirada furibunda y se rio más fuerte aún. Pasó a mi lado al ir a vestirse para la cena y me dio una palmadita en el hombro, una costumbre suya que me irritaba sobremanera —«el detalle de tía Phoebe» lo había llamado yo una vez—, y a ella le pareció delicioso, como si fuera un cumplido.

Fue ese día cuando Rainaldi, aprovechando la ausencia de Rachel, me dijo:

—Ha sido generoso de su parte y de la de su padrino dar una asignación a Rachel. Me lo contó por carta. La conmovió profundamente.

—Era lo mínimo que se podía hacer por ella —dije secamente, con la esperanza

de zanjar la cuestión ahí mismo.

No pensaba contarle lo que iba a pasar dentro de tres semanas.

—Tal vez sepa usted —dijo Rainaldi— que, aparte de la asignación, no dispone de medios de ninguna clase, solamente lo que consigo al vender alguna de sus cosas de vez en cuando. Este cambio de aires le ha sentado de maravilla, pero no creo que tarde mucho en necesitar relaciones sociales como las que tenía en Florencia. Ese es el verdadero motivo por el que no quiero vender la villa. Los vínculos son muy fuertes.

No respondí. Los vínculos no eran tan fuertes: él los hacía fuertes. Ella nunca había hablado de vínculos, hasta que llegó él. Me pregunté cómo sería de grande su fortuna personal y si le daba a ella dinero de su bolsillo, y no solo el que ganaba con la venta de los bienes de Sangalletti. ¡Cuánta razón tenía Ambrose al desconfiar de él! Pero ¿cuál era la debilidad de Rachel, para no renunciar a su amistad y sus consejos?

—Ciertamente —continuó Rainaldi— tal vez vender la villa sea lo mejor, y que Rachel encuentre un apartamento pequeño en Florencia, o bien que se construya una casita pequeña en Fiesole. Tiene muchos amigos que no desean perderla, yo entre ellos.

—Cuando nos conocimos, me dijo que mi prima Rachel era una mujer impulsiva. Sin duda seguirá siéndolo y vivirá donde quiera.

—Sin duda —respondió Rainaldi—, pero esa impulsividad no siempre le ha proporcionado felicidad.

Supongo que de ahí se deducía que su matrimonio con Ambrose había sido impulsivo y, por lo tanto, desgraciado, y también que había venido a Inglaterra impulsivamente y no estaba seguro del resultado. Tenía poder sobre ella, porque le confiaba sus asuntos, y quizá ese poder la llevara a Florencia otra vez. Creía que ese era precisamente el propósito de su visita, inculcarle la idea, y tal vez decirle que la asignación que se le había dado no bastaría para mantenerla indefinidamente. Yo tenía el triunfo en la manga y él no lo sabía. Al cabo de tres semanas Rachel sería independiente de Rainaldi para toda su vida. Habría sonreído si no hubiera sido porque lo aborrecía tanto que no podía sonreír en su presencia.

—Con la educación que ha recibido, debe de ser muy raro tener de pronto a una mujer en casa, y tantos meses seguidos —dijo Rainaldi, con su mirada encapuchada—. ¿Ha sido un gran estorbo?

—Al contrario —dije—, es una delicia.

—De todos modos —replicó—, es medicina fuerte para una persona tan joven e inexperta como usted. En dosis tan prolongadas puede hacerle daño.

—Tengo casi veinticinco años —le contesté— y creo que sé perfectamente qué medicinas me convienen.

—Eso mismo creía su primo Ambrose a los cuarenta y tres —dijo Rainaldi—, pero a la vista está que se equivocaba.

—¿Es una advertencia o un consejo? —le pregunté.

—Las dos cosas, si se lo toma bien. Y ahora, si me disculpa, tengo que ir a vestirme para la cena.

Supongo que era su forma de abrir una brecha entre Rachel y yo, dejar caer un comentario completamente inocuo en sí mismo, pero con suficiente mala fe para enrarecer el ambiente. Si insinuaba que debía tener cuidado con ella, ¿qué decía eso de mí? ¿Me despreciaba con un encogimiento de hombros cuando se sentaban a hablar en la sala de estar los dos solos, diciendo que era inevitable que los jóvenes ingleses fueran larguiruchos de cuerpo y cortos de entendimiento, o sería una forma demasiado facilona de afrontar la situación? Lo cierto es que tenía todo un repertorio de observaciones personales, siempre dispuestas en la punta de la lengua para sembrar calumnias.

—Lo malo de ser muy alto —dijo en una ocasión— es que crea una tendencia fatal a agacharse. —Yo estaba justamente debajo del dintel de la puerta cuando lo dijo, con la cabeza agachada para decirle algo a Seecombe—. Por otra parte, los más musculosos engordan mucho después.

—Ambrose nunca se puso gordo —dijo Rachel sin perder un segundo.

—No hacía tanto ejercicio como este muchacho. Pasear, montar y nadar en exceso conlleva un desarrollo físico desproporcionado. Lo he visto a menudo, y casi siempre entre ingleses. En Italia, en cambio, tenemos los huesos más pequeños y llevamos una vida más sedentaria. Por eso no se nos deforma el tipo. También nuestra dieta es más ligera para el hígado y la sangre. No comemos tanta novilla y cordero. En cuanto a la repostería... —hizo un gesto de reprobación con las manos—. Este chico la come a todas horas. Ayer le vi devorar una empanada entera para cenar.

—¿Lo has oído, Philip? —dijo Rachel—. Rainaldi considera que comes en exceso. Seecombe, tenemos que poner a Philip a régimen.

—Le aseguro que no, señora —dijo Seecombe, muy escandalizado—. Le haría mucho daño a su salud comer menos de lo que come. No podemos olvidar, señora, que probablemente el señor Philip no haya terminado de crecer todavía.

—No lo quiera Dios —murmuró Rainaldi—, si a los veinticuatro años no ha dejado de crecer habría que pensar en un trastorno tiroideo grave.

Dio un sorbo al *brandy*, que ella le permitía tomar en la sala de estar, en actitud meditativa, sin dejar de mirarme, hasta que creí que de verdad medía más de dos metros, como el pobre Jack Trevoise, que tenía muy poco entendimiento y su madre lo anunciaba por todo Bodmin los días de feria para que la gente fuera a verlo y le diera unos peniques.

—Supongo —dijo Rainaldi— que goza usted de buena salud, que no sufrió ninguna enfermedad grave de pequeño que justifique tanto crecimiento.

—No he estado enfermo en mi vida, que yo recuerde —contesté.

—Eso tampoco es bueno —dijo—. Los que nunca han padecido afección alguna son los primeros en caer cuando ataca la naturaleza. ¿No tengo razón, Seecombe?

—Es posible, señor. Pero yo no sé nada.

Cuando Seecombe salió de la sala vi que me miraba con incertidumbre, como si yo acabara de contraer la viruela.

—Este *brandy* —dijo Rainaldi— tendría que reposar al menos otros treinta años. Se podrá beber cuando los hijos del joven Philip lleguen a la mayoría de edad. Rachel, ¿te acuerdas de aquella noche en la villa, cuando Cosimo y tú recibisteis a toda Florencia, o eso parecía, y él insistió en que todos fuéramos disfrazados de dominó y con máscara, como en un carnaval veneciano? ¿Y tu querida y llorada madre se portó tan mal con no sé qué príncipe, Lorenzo Ammanati, creo que era?

—Podría ser cualquiera —dijo Rachel—, pero Lorenzo no, porque estaba muy ocupado persiguiéndome a mí.

—¡Qué noches locas! —reflexionó Rainaldi—. Éramos todos increíblemente jóvenes y completamente irresponsables. Estamos mucho mejor ahora, sobrios y tranquilos, como hoy. Al parecer aquí en Inglaterra nunca se celebran fiestas de esa clase, ¿verdad? El clima, claro, no lo permitiría. Pero, de todos modos, nuestro joven Philip podría encontrar divertido disfrazarse de dominó con máscara y buscar a la señorita Kendall entre los arbustos.

—Seguro que a Louise le encantaría —contestó Rachel, y vi que me miraba y se le movía la boca.

Me fui de la sala y los dejé allí; casi al momento oí que se ponían a hablar en italiano, él en tono interrogativo, ella riéndose al responder; supe que hablaban de mí y posiblemente también de Louise y de la maldita sarta de rumores que corría por todas partes sobre el futuro compromiso entre nosotros. ¡Dios! ¿Cuánto tiempo más iba a quedarse? ¿Cuántos días y noches más tendría que soportarlo?

Por fin, la última noche de su visita, mi padrino y Louise vinieron a cenar. En la mesa todo transcurrió bien, o eso parecía. Vi que Rainaldi se tomaba todas las molestias para ser cortés con mi padrino, y los tres, Rainaldi, mi padrino y Rachel, formaron un grupito y se pusieron a charlar dejándonos a Louise y a mí a nuestro aire. Me di cuenta de que Rainaldi nos echaba una ojeada de vez en cuando con amable indulgencia e incluso una vez le oí decir en voz baja a mi padrino: «Mi más sincera enhorabuena por su hija y su ahijado. Hacen una pareja encantadora». Louise también lo oyó y la pobre se puso como la grana. Inmediatamente le pregunté cuándo pensaba ir a Londres, con la esperanza de facilitarle un poco las cosas, pero creo que en realidad las empeoré. Después de cenar volvió a salir el tema de Londres y Rachel dijo:

—Espero ir a Londres dentro de poco. Si coincidimos —dirigiéndose a Louise—, tienes que enseñarme todo lo que merezca la pena, porque nunca he estado allí.

Mi padrino aguzó el oído al oírlo.

—Entonces, ¿ha pensado en irse del campo? —dijo—. La verdad es que ha soportado muy bien los rigores de esta visita invernal que nos ha hecho en Cornualles. Londres le parecerá más divertido —y, dirigiéndose a Rainaldi—: ¿Todavía estará usted allí?

—Tengo cosas que hacer que me llevarán unas tres semanas todavía —contestó Rainaldi—, pero, si Rachel decide ir también, naturalmente me pondré a su entera disposición. No soy nuevo en su capital. La conozco bastante bien. Espero que tengamos el placer de cenar con su hija y con usted, cuando vayan.

—Con mucho gusto —dijo mi padrino—. La ciudad de Londres puede ser deliciosa en primavera.

Les habría partido la cabeza en ese momento por hacer esos planes con tanta frescura, pero lo que me sacó de mis casillas fue la forma en que Rainaldi usó el plural. Lo veía venir: la atraería a Londres, le proporcionaría diversiones allí mientras él seguía con sus negocios y después la convencería de que volviera a Italia. Y mi padrino, por sus propios motivos, completaría el plan.

No se imaginaban que yo tenía el mío para darles una sorpresa a todos. Y así fue pasando la velada, con muchas expresiones de buena voluntad por parte de todos; incluso Rainaldi se llevó a mi padrino aparte los últimos veinte minutos o más, para destilar más veneno, de un modo u otro, me imaginé.

Cuando los Kendall se fueron no volví a la sala de estar. Me fui a la cama y dejé la puerta entreabierta para oír a Rachel y a Rainaldi cuando subieran. Tardaron mucho. Dieron las doce y todavía estaban abajo. Salí un momento al pasillo y me quedé escuchando. La puerta de la sala de estar no estaba cerrada del todo y oí el murmullo de las voces. Apoyándome en la barandilla, bajé la mitad de las escaleras, descalzo. Me vino un recuerdo de la infancia. Había hecho eso mismo de pequeño, cuando sabía que Ambrose estaba abajo cenando con invitados. Ahora tenía la misma sensación de culpa. Las voces no paraban de hablar. Pero oír a Rachel y a Rainaldi no me servía de nada, porque hablaban en italiano. De vez en cuando oía mi nombre, Philip, y el de mi padrino, Kendall, lo oí varias veces. Estaban hablando de él o de mí, o de los dos. La voz de Rachel parecía un poco tensa, y la de Rainaldi, como si la estuviera interrogando. De pronto, asqueado, me pregunté si mi padrino habría contado a Rainaldi lo que decían aquellos amigos suyos que habían estado en Florencia y si este, a su vez, se lo habría contado a Rachel. ¡Qué inútil la educación que había recibido en Harrow, y el estudio del griego y el latín! Ahí tenía a dos personas hablando italiano en mi propia casa, tal vez de cuestiones que podían ser de gran importancia para mí, y no me enteraba de nada, solo si pronunciaban mi nombre.

De pronto se hizo el silencio. Estaban los dos callados. No se oía movimiento. Y ¿si él se había acercado a ella, la había abrazado y ella le daba un beso, como a mí el día de Nochebuena? Me entró tal odio contra él solo de pensarlo que casi pierdo la precaución y bajo corriendo las escaleras para abrir la puerta de par en par. Entonces oí de nuevo la voz de Rachel y el roce de su vestido, que se acercaba a la puerta. Vi el resplandor de la palmatoria. La larga sesión había terminado por fin. Se disponían a irse a la cama. Como el niño de hacía muchos años, volví sigilosamente a mi habitación.

Oí pasar a Rachel por el pasillo hacia sus habitaciones, y a él irse hacia otro lado,

hacia la suya. Lo más probable es que jamás llegara a saber de qué habían hablado tantas horas, pero al menos era la última noche de Rainaldi bajo mi techo y al día siguiente yo dormiría con tranquilidad. Por la mañana, casi no me cabía ni el desayuno, por la prisa de despedirlo. Se oyeron en la entrada las ruedas de la silla de posta que lo llevaría a Londres, y Rachel, aunque yo creía que se habría despedido la noche anterior, bajó, vestida para ir a trabajar a los jardines, a decirle adiós.

Él le besó la mano. Esta vez, en un gesto de cortesía elemental hacia mí, su anfitrión, se despidió en inglés.

—Bien, escíbeme y cuéntame tus planes —le dijo a Rachel—. Y recuerda, cuando estés preparada para ir, te espero en Londres.

—No voy a hacer ningún plan —dijo ella— antes del día 1 de abril.

Miró hacia atrás y me sonrió.

—¿No es el día del cumpleaños de tu primo? —dijo Rainaldi, mientras se subía al vehículo—. Espero que se lo pase muy bien y que no coma una empanada demasiado grande. —Y después, asomado a la ventanilla, me dijo, a modo de pulla de despedida—: Debe de ser curioso cumplir años en un día tan singular. El día de los Santos Inocentes en Inglaterra, ¿no? Pero tal vez a los veinticinco le parezca que es muy mayor para que se lo recuerden.

Y se fue: la silla de posta dio la vuelta y se dirigió a las verjas del parque. Miré a Rachel.

—A lo mejor —dijo— tenía que haberle invitado a venir ese día, a celebrarlo con nosotros —entonces, con la sonrisa repentina que me llegaba al corazón, se quitó la primula que llevaba prendida en el vestido y me la puso en el ojal de la chaqueta—. Has sido muy bueno —murmuró— estos siete días. Y yo he descuidado mis obligaciones. ¿Te alegras de que estemos solos otra vez?

Sin esperar respuesta, se fue a los jardines nuevos detrás de Tamlyn.

## Capítulo XXI



Las restantes semanas de marzo transcurrieron muy deprisa. Cada día que pasaba aumentaban mi confianza en el futuro y mi alegría. Parecía que Rachel entendía este cambio de humor y también estaba más contenta.

—Nunca he visto a nadie —me dijo— tan ilusionado con un cumpleaños. Eres como un niño que al despertar cada nueva mañana cree que vive en un mundo mágico. ¿Tan importante es para ti librarte de la tutoría del pobre señor Kendall? No podrías tener mejor tutor, estoy segura. Pero, en fin, ¿qué piensas hacer ese día?

—No he pensado nada —respondió—, solamente quiero que recuerdes lo que me dijiste hace poco: que ese día se cumplirían todos mis deseos.

—Solo hasta los diez años —dijo ella—; después no.

—Eso es trampa —repliqué—; no dijiste nada de restricciones por la edad.

—Si piensas ir de merienda a la playa o a navegar —me dijo—, no cuentes conmigo. Es muy pronto todavía para sentarse a la orilla del mar y, en cuanto a subirme a una barca, sé menos que de montar a caballo. Llévate a Louise en mi lugar.

—No pienso llevarme a Louise —dije— ni iremos a ninguna parte indigna de ti.

Lo cierto era que no había pensado en nada concreto para ese día, solo en que recibiera el documento en la bandeja del desayuno; lo demás lo dejaría a la suerte. Sin embargo, cuando llegó el 31 de marzo, supe que quería hacer algo más. Me acordé de las joyas del banco y pensé que era tonto por no haber ido a recogerlas antes. Así pues, tenía que ir a ver a dos personas: al señor Couch y a mi padrino.

Me aseguré de que el primero fuera el señor Couch. Pensé que los paquetes abultarían mucho para transportarlos a caballo, pero no quería pedir el carruaje, por si Rachel se enteraba y se le ocurría acompañarme a la ciudad para hacer algún recado. Por otra parte, era excepcional que yo fuera a algún sitio en carruaje. Y así, con un pretexto cualquiera, entré en la ciudad a pie y le dije al mozo que fuera a recogerme después con el carrocín. Quiso la mala suerte que todo el condado hubiera ido de compras esa mañana y, como está mal visto que uno se esconda en un portal o se tire al agua si desea evitar a un conocido en nuestro puerto, tuve que andar acechando por las esquinas para no encontrarme de frente con la señora Pascoe y su camada de hijas. Seguro que mi actitud furtiva llamó la atención a todo el mundo y se corrió la voz de que el señor Ashley hacía cosas raras, como entrar corriendo por una puerta de la plaza del pescado y salir por la otra o entrar a trompicones en La Rosa y la Corona antes de las once de la mañana, justo en el momento en que la señora del vicario de la

parroquia vecina pasaba por allí. Pronto se sabría en otras parroquias que el señor Ashley bebía.

—Hoy —le dije al señor Couch— vengo a llevármelo todo.

Me miró con perplejidad, disgustado.

—¡Señor Ashley, no querrá decir que quiere llevarse la cuenta bancaria a otra entidad!

—No —respondí—, me refería a las joyas de la familia. Mañana cumpla veinticinco años y serán legalmente mías. Deseo tenerlas bajo mi custodia cuando me despierte el día de mi cumpleaños.

Debió de pensar que era muy excéntrico, o un poco raro en el mejor de los casos.

—¿Quiere decir que desea permitirse un capricho de un día? Ya hizo usted algo parecido en Nochebuena, ¿no es así? El señor Kendall, su tutor, devolvió la gargantilla inmediatamente.

—No es un capricho, señor Couch —le dije—. Quiero que las joyas estén en casa, quiero tenerlas yo. No sé cómo decírselo más claramente.

—Comprendo —dijo—. Bien, supongo que tendrá una caja de caudales en casa, o al menos un sitio seguro donde guardarlas.

—En realidad, señor Couch, eso es asunto mío —respondí—. Le agradecería mucho que mandara a buscarlas ahora mismo. Y esta vez, no solo la gargantilla de perlas, sino la colección completa.

Como si le estuviera robando a él personalmente.

—Muy bien —dijo a su pesar—. Tardaremos un poco en traerlas todas de la cámara acorazada y envolverlas con más cuidado aún. Si tiene alguna otra cosa que hacer en la ciudad...

—No tengo nada más que hacer —lo interrumpí—. Esperaré aquí y me las llevaré.

Comprendió que las maniobras dilatorias no servían de nada y mandó a un oficinista a pedir que trajeran los paquetes. Afortunadamente, cabían todos en la cesta que llevaba para transportarlos; por cierto, era un capazo de mimbre que usábamos en casa para cargar coles, y el señor Couch se estremeció cuando metí en él los preciosos estuches, uno a uno.

—Señor Ashley, sería mucho mejor que le mandara los estuches a casa como es debido. El banco dispone de una berlina para esta clase de cosas.

«Sí, claro —pensé—, para que se desaten las lenguas. ¡La berlina del banco camino de la residencia del señor Ashley con un agente enchisterado dentro!». Mucho mejor el capazo de las coles y el carrocín.

—No se preocupe, señor Couch —dije—, puedo arreglármelas perfectamente.

Salí triunfante del banco con el capazo al hombro y me di de bruces con la señora Pascoe, que llevaba una hija a cada lado.

—¡Dios Santo, señor Ashley! —exclamó—. ¡Qué cargado va usted!

Sujetando el capazo con una mano, me quité el sombrero e hice una floritura.



—Me ve usted pasando un mal momento —le dije—. He caído tan bajo que tengo que vender coles al señor Couch y a sus oficinistas. La reparación del tejado me ha arruinado prácticamente y me veo obligado a pregonar mis productos por la ciudad. —Me miraba boquiabierta, y sus dos hijas, con los ojos fuera de las órbitas—. Desafortunadamente, este capazo que llevo ahora es para otro cliente. Si no, tendría el placer de venderle unas zanahorias. Pero, ya sabe, cuando necesite hortalizas en la rectoría, acuérdesese de mí.

Me fui a buscar el carrocín y, después de dejar el capazo dentro, subirme y coger las riendas, mientras el mozo se ponía a mi lado, la vi en la esquina de la calle, mirándome todavía con cara de perplejidad. Ahora, por el mismo precio, correría el cuento de que Philip Ashley, además de excéntrico, borracho y loco, estaba en la miseria.

Volvimos por la larga avenida desde Four Turnings y, mientras el mozo se llevaba el carrocín, yo entré en casa por la puerta de atrás —los criados estaban almorzando—, subí por la escalera de servicio y, de puntillas, fui hasta mi habitación. Guardé el capazo de las coles en el armario ropero y bajé a comer algo.

Rainaldi habría cerrado los ojos con un estremecimiento. Devoré una empanada de pichón y la regué con una jarra grande de cerveza.

Rachel me dijo en una nota que había vuelto a casa y me había esperado, pero creía que no me presentaría a la hora de almorzar y se había retirado a su habitación. Por una vez preferí que no estuviera. Creo que se me habría notado el regocijo culpable que sentía.

Nada más terminar de comer me fui otra vez, ahora a caballo, a Pelyn. A salvo en el bolsillo llevaba el documento que me había mandado el abogado, el señor Trewin, tal como me había prometido, por mensajero especial. También tenía el testamento. Esta entrevista no iba a ser tan placentera como la de la mañana; pero eso no me desanimó.

Mi padrino estaba en casa, en su despacho.

—Bueno, Philip —me dijo—, da igual que me adelante unas horas, permíteme que te felicite por tu cumpleaños.

—Gracias —dije—, y también le agradezco el afecto que nos ha profesado a Ambrose y a mí y la tutela de todos estos años.

—Que termina mañana —dijo, sonriendo.

—Sí, o, mejor dicho, esta noche a las doce. Y, como no quiero despertarlo a esas horas, me gustaría que fuera testigo de lo que voy a firmar ahora, un documento que entrará en vigor en ese momento exacto.

—Hum —dijo, buscando las gafas—, un documento. ¿Qué documento?

Saqué el testamento del bolsillo.

—Pero antes me gustaría que leyera esto. No me lo han dado voluntariamente, sino después de una larga discusión. Hacía tiempo que estaba seguro de que tenía que existir, y aquí está.

Se lo di. Se puso las gafas y lo leyó.

—Philip, está fechado, pero falta la firma.

—En efecto —respondí—, pero la letra es de Ambrose, ¿verdad?

—Sí, claro —contestó—, sin la menor duda. Lo que no entiendo es por qué no lo firmó ante testigos y me lo mandó. Esperaba recibir algo parecido a esto desde el momento en que contrajo matrimonio, te lo dije.

—Estaría firmado —le dije— si no se hubiera puesto enfermo y si no hubiera tenido la idea de volver a casa en cualquier momento para dárselo personalmente. Eso lo sabe usted.

Lo dejó encima de la mesa.

—Bueno, pero así es —dijo—. Estas cosas pasan en las mejores familias. Desafortunadamente para su viuda, no podemos hacer más de lo que hemos hecho por ella. Un testamento sin firma no es válido.

—Lo sé —dije—, y ella no esperaba otra cosa. Como le acabo de decir, me ha costado mucho convencerla de que me lo dejara. Tengo que devolvérselo, pero aquí tiene una copia.

Guardé el testamento y le di la copia que había hecho yo.

—Y ahora ¿qué? —preguntó—. ¿Ha salido alguna otra cosa a la luz?

—No —respondí—, pero la conciencia me dice que he disfrutado de algo a lo que no tengo derecho. Ambrose tenía intención de firmar ese testamento, pero se lo impidió la muerte o, mejor dicho, la enfermedad en primera instancia. Quiero que lea este documento que he preparado.

Y le pasé el que había redactado Trewin en Bodmin.

Lo leyó despacio, detenidamente, y a medida que leía se ponía más serio; tardó un buen rato en quitarse las gafas y mirarme.

—¿Tu prima Rachel —preguntó— sabe algo de este documento?

—Nada de nada —respondí—; jamás, ni expresamente ni por insinuaciones, ha dicho una palabra que pueda relacionarse con lo que está escrito ahí, que es lo que voy a hacer. Ella es completamente inocente y ajena a mi propósito. Ni siquiera sabe que he venido ni que le he enseñado el testamento. Tal como la oyó usted decir hace unas semanas, piensa irse a Londres dentro de poco.

Se sentó a la mesa sin dejar de mirarme.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —me dijo.

—Mucho —respondí.

—¿Te das cuenta de que esto puede originar abusos, que se especifican pocas medidas de salvaguarda y que se podría dispersar toda la fortuna que será tuya a la larga, o de tus herederos?

—Sí, y estoy dispuesto a correr el riesgo.

Hizo un gesto de resignación con la cabeza y suspiró. Se puso en pie, miró por la ventana y volvió a sentarse.

—¿Su consejero, el señor Rainaldi, sabe algo de este documento? —me preguntó.

—No, por cierto —dije.

—Tenías que haberme consultado, Philip —dijo—, lo habríamos hablado con él. Me ha parecido un hombre sensato. Aquella noche conversamos un poco. Incluso llegué a decirle que me inquietaba el descubierto de la cuenta de tu prima Rachel. Reconoció que era derrochadora y que siempre había sido así. Que esa falta le había acarreado complicaciones no solo con Ambrose, también con su primer marido, Sangalletti. Me dio a entender que él, el *signor* Rainaldi, es la única persona que sabe cómo tratarla.

—Me importa un pimiento lo que le contara —dije—, ese hombre no me gusta nada y creo que usa ese argumento en provecho propio. Espera convencerla de que vuelva a Florencia.

Mi padrino volvió a mirarme.

—Philip, disculpa que te haga una pregunta muy personal, pero te conozco desde que naciste. Estás completamente prendado de tu prima, ¿verdad?

Me ardía la cara, pero no dejé de mirarlo.

—No sé por qué lo dice —respondí—. Eso de estar prendado es una futilidad y una expresión feísima. Respeto y honro a mi prima Rachel más que a nadie.

—Quería habértelo dicho antes —contestó—. Has de saber que la larga estancia de tu prima en tu casa da mucho que hablar. Y, lo que es más, se ha convertido en el principal tema de murmuración de todo el condado.

—Que murmuren cuanto quieran —dije—. Pasado mañana tendrán algo más de lo que hablar. No se puede guardar en secreto el traspaso de las tierras y la fortuna.

—Por poco prudente que sea tu prima Rachel, si desea seguir siendo respetable —dijo—, se irá a Londres o te pedirá que vayas a vivir a otra parte. La situación, tal como está, es perjudicial para los dos. —Guardé silencio; lo único que me interesaba era que él firmara como testigo—. Naturalmente, a la larga solo hay una forma de que dejen de murmurar. Y, según este documento, una sola forma de que el patrimonio pase a otras manos. Es decir, si ella se casa otra vez.

—Me parece muy improbable —dije.

—Supongo —dijo— que no has pensado en pedírselo tú.

La cara me ardía otra vez.

—No me atrevería —dije—; me rechazaría.

—No me gusta nada todo esto, Philip. Ojalá tu prima no hubiera venido nunca a Inglaterra. Sin embargo, ya es tarde para lamentarlo. Muy bien, adelante, firma. Y atente a las consecuencias de tus actos.

Cogí una pluma y firmé la escritura con mi nombre. Él me miraba, inmóvil, serio.

—Philip, algunas mujeres —dijo—, muy posiblemente buenas, causan desastres aunque no se les pueda imputar culpa alguna. De alguna manera, todo lo que tocan se convierte en tragedia. No sé por qué te lo digo, pero creo que es mi deber.

Después fue testigo de la firma del largo documento.

—Supongo —dijo— que vas a esperar para ver a Louise.

—Creo que no —contesté, y después lo suavicé—: si tenéis tiempo mañana por la noche, ¿por qué no venís a cenar y a brindar a mi salud por mi cumpleaños?

Hizo una pausa.

—No estoy seguro de que podamos —dijo—; de todos modos, te mandaré una nota a mediodía.

Vi claramente las pocas ganas que tenía de ir a casa y la vergüenza que le daba rechazar la invitación. Se había tomado el asunto del traspaso del patrimonio mejor de lo que me esperaba, sin protestas violentas ni sermones interminables, aunque es posible que me conociera ya muy bien y supiera que esas cosas no me iban a hacer ningún efecto. Estaba muy conmovido y disgustado, se notaba en su actitud seria. Me alegré de que no sacara el tema de las joyas de la familia. Saber que estaban escondidas en el capazo de las coles, en mi armario, habría sido la gota que colmara el vaso.

Volví a casa y me acordé del júbilo que sentía la última vez que había hecho el trayecto, después de la visita al abogado Trewin, de Bodmin, cuando, al final, me encontré con Rainaldi en casa. Hoy no sería igual. La primavera se había adueñado por completo del campo en tres semanas y hacía un calor como si estuviéramos en mayo. Como todos los profetas de la meteorología, mis campesinos hacían gestos de resignación y anunciaban calamidades. Caerían heladas tardías que quemarían los brotes en flor, y el grano, que empezaba a germinar en la tierra húmeda, se marchitaría. Creo que aquel último día de marzo no me habría inquietado mucho que hubiera hambruna, una inundación o un terremoto.

El sol se hundía por la bahía del oeste incendiando el cielo sereno, oscureciendo el agua; la cara redonda de la luna casi llena se veía perfectamente por encima de las lomas del este. «Esto —pensé— es lo que debe de sentir un hombre cuando se embriaga: un abandono total al paso de las horas». No veía las cosas borrosas, sino con la claridad de quien está muy borracho. Cuando entré en el parque, me pareció encantador, como en los cuentos de hadas; incluso los rebaños, que bajaban a beber al abrevadero, cerca del estanque, parecían hermosos como animales encantados. Las grajillas anidaban en alto, agitaban las alas y se posaban, ahorquilladas, sobre sus desaliñados nidos, en los altos árboles de cerca de la avenida, y un humo azul salía en volutas por las chimeneas de la casa y los establos; oía el ruido de los calderos en el corral, los silbidos de los hombres, el ladrido de los perritos en sus jaulas. Todo esto era viejo para mí, lo conocía desde siempre, y lo amaba, era mío desde la infancia; sin embargo ahora tenía algo mágico y nuevo.

Había comido mucho a mediodía y no tenía hambre, pero estaba sediento, y bebí toda el agua clara que quise del pozo del corral.

Me reí con los chicos, mientras echaban el cerrojo a las puertas de atrás y cerraban los postigos. Sabían que al día siguiente era mi cumpleaños. Me contaron en voz baja que Seecombe se había hecho un retrato para regalármelo, y que les había dicho en secreto que seguramente yo lo colgaría en el panel del vestíbulo con los

retratos de los antepasados. Les prometí solemnemente que lo pondría exactamente ahí. Y después se fueron los tres a la sala de los criados haciéndose gestos entre ellos y cuchicheando por los rincones; salieron de nuevo con un paquete. John, como portavoz, me lo entregó y dijo:

—Es de parte de todos, señor Philip... Es que no podemos esperar a mañana para dárselo.

Era un estuche de pipas. Seguro que les había costado el salario de un mes. Les di un apretón de manos y unas palmaditas en la espalda y les juré que había pensado comprarme uno exactamente igual cuando fuera a Bodmin o a Truro, y me miraron con tanta satisfacción que podía haberme echado a llorar como un idiota al verlos tan contentos. La verdad es que solo fumaba en una pipa, la que me había regalado Ambrose a los diecisiete años, pero en adelante tendría que proponerme fumar en todas las del estuche, para no decepcionarlos.

Me bañé y me cambié: Rachel estaba esperándome en el comedor.

—Me huele a travesura —dijo inmediatamente—. No te he visto en casa en todo el día. ¿Qué estás tramando?

—Eso, señora Ashley —le dije—, no es asunto suyo.

—Nadie te ha visto desde primera hora de la mañana —dijo—. Vine a casa a almorzar y tuve que hacerlo sola.

—Tenías que haber almorzado con Tamlyn —le dije—: su mujer cocina muy bien y te habría tratado estupendamente.

—¿Has ido a la ciudad? —me preguntó.

—Pues sí, he ido a la ciudad.

—¿Te encontraste con algún conocido?

—Pues sí —respondí, casi riéndome—. Me encontré con la señora Pascoe y sus hijas y se quedaron pasmadas al verme.

—¿Por qué?

—Porque llevaba un capazo al hombro y les dije que estaba vendiendo coles.

—Y ¿eso era verdad o habías pasado por La Rosa y la Corona y habías bebido mucha sidra?

—Ni era verdad ni había pasado por La Rosa y la Corona a beber sidra.

—Entonces, ¿qué pasaba?

No quise responder y me quedé sentado, sonriendo.

—Creo —dije— que iré a bañarme después de cenar, cuando la luna llegue a lo alto del cielo. Esta noche tengo en el cuerpo toda la energía del mundo, y toda la locura.

Me miró con solemnidad por encima de la copa de vino.

—Si quieres pasar tu cumpleaños en cama —dijo—, con una cataplasma en el pecho y tomando grosella negra cada hora, y que te cuide Seecombe, no yo, te lo advierto, vete a bañarte, por favor. No voy a impedirte.

Levanté los brazos por encima de la cabeza y suspiré de puro gozo. Le pedí

permiso para fumar y me lo dio.

Saqué el estuche de pipas.

—Mira lo que me han regalado los chicos —dijo—. No podían esperar hasta mañana.

—Eres tan infantil como ellos —dijo, y después, en voz baja—: No sabes lo que te tiene preparado Seecombe.

—Sí que lo sé —dijo, en voz baja también—, me lo han contado los chicos. Me halaga infinitamente. ¿Lo has visto?

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Es perfecto —dijo—, la chaqueta de gala, la verde, el labio inferior, todo. Lo ha pintado su yerno, el de Bath.

Después de cenar fuimos a la biblioteca, pero no mentí cuando dije que tenía toda la energía del mundo en el cuerpo. Estaba tan alborozado que no podía parar quieto en el sillón, deseando que pasara la noche y llegara el día.

—Philip —dijo por fin—, por compasión, vete a dar un paseo. Echa una carrera de ida y vuelta hasta la almenara, si con eso te calmas. De todas formas, creo que te has vuelto loco.

—Si esto es locura —dijo—, me gustaría quedarme así para siempre. No sabía que ser lunático fuera tan delicioso.

Le besé la mano y salí fuera. Hacía una noche para pasear, serena y clara. No eché a correr, como me había dicho ella, pero sí fui hasta el alto de la almenara. La luna, casi llena, flotaba sobre la bahía con los carrillos hinchados y cara de mago que conocía mi secreto. Los bueyes, que pasaban la noche en el prado de la cerca de piedra, en la hondonada del valle, se levantaron al oírme y se dispersaron.

Se veía la luz del Barton por encima de la pradera y, cuando llegué al alto de la almenara y las bahías aparecieron a mis pies, una a cada lado, se veían las luces trémulas de los pueblecitos de la costa oeste, y las de nuestro puerto hacia el este. Al cabo de un rato empezaron a apagarse, como la del Barton, y me quedé sin más luz que la de la pálida luna, reflejándose en el mar como un sendero de plata. Hacía una noche para pasear, pero también para bañarse. La amenaza de cataplasmas y tónicos no me disuadió. Bajé a mi sitio preferido, donde sobresalían las rocas y, riéndome para mí de esta locura tan sublime, me zambullí en el agua. ¡Dios! Estaba helada. Me sacudí como un perro, me castañeteaban los dientes y empecé a nadar cruzando la bahía; a los cuatro minutos volví a las rocas a vestirme.

Locura. Peor que la locura. Pero me daba completamente igual y seguía prisionero de un júbilo desbordante.

Me sequé con la camisa lo mejor que pude y volví a casa por el bosque. La luna marcaba un sendero fantasmagórico y detrás de los árboles acechaban sombras inquietantes y fantásticas. Cuando el camino se dividió en dos, uno hacia el paseo de los cedros y el otro hacia la nueva terraza de encima, oí ruido donde más se apiñaban los árboles y de pronto me llegó a la nariz un apestoso olor a zorro que empapaba

hasta las hojas que pisaba; pero no vi nada, y los narcisos, que se inclinaban en los terraplenes de ambos lados, estaban inmóviles, sin un soplo de aire que los moviera.

Por fin llegué a casa y miré a su ventana. Estaba abierta de par en par, pero no veía si había apagado ya la vela o no. Miré el reloj. Faltaban cinco minutos para la medianoche. De pronto supe que, si los chicos no habían sido capaces de esperar para hacerme el regalo, yo tampoco podía esperar para hacerle el mío a Rachel. Me acordé de la señora Pascoe y de las coles y la locura volvió a apoderarse de mí con toda su fuerza. Me planté bajo la ventana de la habitación azul y la llamé. Tuve que llamarla tres veces, hasta que me respondió. Se asomó a la ventana con la bata blanca de monja, la de manga larga y puntillas en el cuello.

—¿Qué quieres? —dijo—. Estaba casi dormida y me has despertado.

—Espérame ahí un momento, ¿quieres? —le pregunté—. Voy a enseñarte una cosa. Lo que llevaba en el capazo cuando me vio la señora Pascoe.

—No soy tan curiosa como ella —dijo—. Mañana me lo enseñas.

—No puedo esperar tanto —dije—, tiene que ser ahora.

Entré por la puerta lateral, subí a mi habitación y volví a bajar con el capazo de las coles. Lo até por las asas con una cuerda. También había cogido el documento, lo llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Ella seguía esperando allí, en la ventana.

—Pero ¿qué demonios llevas ahí? —dijo en voz baja—. A ver, Philip, si se trata de una bromita tuya, no quiero saber nada. ¿Qué hay ahí dentro, cangrejos o langostas?

—La señora Pascoe cree que son coles —dije—. Sea lo que sea, te doy mi palabra de que no muerde. Vamos, coge la cuerda. —Lancé la cuerda a la ventana por un extremo—. Tira, pero con las dos manos, que pesa un poco.

Tiró tal como le decía y el capazo chocó y rebotó contra la pared y contra la alambrada que sujetaba la enredadera, y yo la miraba desde abajo temblando de risa por dentro.

Izó el capazo al alféizar y todo quedó en silencio.

Volvió a asomarse al cabo de un momento.

—No me fío de ti, Philip —dijo—. Estos paquetes tienen formas raras. Sé que muerden.

A modo de respuesta, empecé a trepar por la alambrada rápidamente hasta llegar a la ventana.

—¡Ten cuidado! —dijo—. ¡A ver si te vas a romper la crisma!

Un momento después estaba en su habitación, con una pierna en el suelo y otra en el alféizar.

—¿Por qué tienes el pelo tan mojado? —me preguntó—, no llueve.

—He ido a bañarme —contesté—. Te dije que iba a hacerlo. Ahora abre los paquetes o ¿quieres que los abra yo?

Había una palmatoria encendida en la habitación. Ella estaba descalza y temblaba.

—¡Por el amor de Dios! ¡Ponte algo encima!

Cogí el cobertor de la cama, la envolví, la levanté en brazos y la deposité entre las mantas.

—Me parece —dijo— que te has vuelto completamente loco.

—Loco no —respondí—, es que en este mismo momento acabo de cumplir veinticinco años. ¿Lo oyes? —Levanté la mano. El reloj dio la medianoche. Me llevé la mano al bolsillo—. Esto —dije, y puse el documento en la mesita, junto a la vela— léelo cuando quieras. Pero lo demás quiero regalártelo ahora.

Vacíé el capazo en la cama y lo tiré al suelo. Rasgué los envoltorios, esparcí los estuches y el papel de seda voló por todas partes. Cayeron los pendientes de rubíes y la diadema a juego. Cayeron los zafiros y las esmeraldas. Ahí estaban la gargantilla de perlas y los brazaletes, todo revuelto sobre las sábanas.

—Esto —le dije— es tuyo. Y esto, y esto... —Y, presa de un éxtasis de locura, le puse todas las joyas en las manos, en los brazos, por todo el cuerpo.

—¡Philip! —exclamó—. ¡Has perdido el juicio! ¿Qué has hecho?

No respondí. Cogí las perlas y se las puse en alrededor del cuello.

—Tengo veinticinco años —dije—, has oído las campanadas del reloj. Ahora nada tiene importancia. Todo esto es para ti. Si el mundo fuera mío, también te lo daría.

Nunca había visto unos ojos tan asombrados y perplejos. Me miró, y después los collares y pulseras esparcidos por la cama, y de nuevo a mí, y entonces, creo que porque me estaba riendo, me rodeó el cuello con los brazos y se puso a reír también. Nos abrazamos y fue como si mi locura se le contagiara, como si compartiera el frenesí conmigo y el placentero delirio demente y salvaje fuera de los dos.

—¿Esto era —dijo— lo que has estado planeando estas semanas?

—Sí —dije—; tenías que habértelas encontrado en el desayuno, pero no podía esperar, igual que los chicos con el estuche de las pipas.

—Y yo no tengo nada para ti —dijo—, solo un alfiler de oro para el pañuelo. Es tu cumpleaños y me has avergonzado. ¿Qué otra cosa quieres? Dímelo y la tendrás. Pide lo que sea.

La miré, con los rubíes y las esmeraldas por todo el cuerpo, con la gargantilla de perlas en el cuello, y de pronto me puse serio y me acordé de lo que significaba la gargantilla.

—Sí, una cosa —dije—, pero no vale la pena que la pida.

—¿Por qué?

—Porque me darías un tirón de orejas y me mandarías directo a la cama.

Me miró y me acarició la mejilla.

—Dime —insistió con dulzura.

Yo no sabía cómo se pedía a una mujer en matrimonio. Por lo general hay unos padres y, antes que nada, se necesita su consentimiento; después el noviazgo, las idas y venidas de las conversaciones previas... Pero esto no nos servía a nosotros. Era medianoche y nunca habíamos hablado de amor y matrimonio. Podía decirle



llanamente: «Rachel, te amo; ¿quieres casarte conmigo?». Me acordé de aquella mañana en el jardín, cuando bromeábamos a propósito de lo poco que me atraía todo eso y le dije que no necesitaba nada más que mi casa para sentirme satisfecho. Me pregunté si lo entendería y si se acordaría.

—Un día te dije que tenía entre estas cuatro paredes todo el calor de hogar y toda la diversión que necesitaba. ¿Te acuerdas?

—Sí —respondió—, no se me ha olvidado.

—Pues me equivoqué. Ahora sé qué es lo que me falta.

Me tocó la cabeza, la punta de la oreja y el final de la barbilla.

—¿Ah, sí? ¿Estás completamente seguro?

—Más —contesté— que de cualquier otra cosa en la tierra.

Me miró. Sus ojos parecían más oscuros a la luz de la vela.

—Aquella mañana estabas muy seguro de lo que decías, y obstinado. El calor de las casas...

Estiró la mano para apagar la vela y todavía se reía.

Al amanecer, en el césped, antes de que se levantaran los criados y bajaran a abrir los postigos para que entrara el día, me pregunté si alguna vez a algún hombre del mundo le habrían dado el sí de una forma tan directa. ¡Cuántos noviazgos aburridos se evitarían si siempre fuera así! El amor con toda su parafernalia no me había llamado la atención hasta entonces; que los hombres y las mujeres hicieran lo que se les antojara, a mí me traía sin cuidado. Estaba ciego, sordo, dormido; ahora ya no.

Lo que sucedió en esas primeras horas de mi cumpleaños quedará. Si hubo pasión, lo he olvidado. Si hubo ternura, todavía la llevo conmigo. El asombro que me inspira que una mujer, al aceptar el amor, se quede indefensa es mío para siempre. Tal vez sea ese el secreto que tienen para atarnos a ellas. Y lo ocultan hasta el final.

Yo no podía saberlo, no tenía con qué compararlo. En mi vida, ella era la primera y la última.

## Capítulo XXII



Recuerdo la casa despertándose al sol, su mole redonda apareciendo entre los árboles que bordean el césped. Había mucho rocío y la hierba estaba plateada, como tocada por la escarcha. Cantó un mirlo, le siguió un pinzón y enseguida estalló el coro primaveral al completo. El sol dio primero en la veleta y, con un brillo dorado sobre el fondo del cielo, apostada encima de la torre del campanario, giró hacia el noroeste y allí se quedó, mientras los muros grises de la casa, oscuros, sombríos a primera vista, se dulcificaban a la luz nueva de la mañana.

Entré en casa, subí a mi habitación, arrastré una silla hasta la ventana abierta y allí me senté a contemplar el mar. Tenía la mente vacía, sin pensamientos; el cuerpo tranquilo y sereno. No afloraban conflictos a la superficie, ninguna comezón se abría camino desde las profundidades para perturbar la bendita paz. Era como si todo se hubiera resuelto en la vida y el camino se abriera, llano, ante mí. Los años pasados no contaban para nada. Los venideros eran simplemente la continuación de todo lo que ahora sabía y tenía, mis posesiones. Sería así por los siglos de los siglos, como el amén de la letanía. En el futuro, solo esto; Rachel y yo. Un hombre y su mujer viviendo en sí mismos, dentro de los límites de la casa, y el mundo de fuera pasando, inadvertido. Día tras día, noche tras noche, hasta que la muerte nos separase. Eso lo recordaba del libro de oraciones.

Cerré los ojos y ella todavía estaba conmigo; y después debí de dormirme instantáneamente, porque cuando me desperté el sol entraba de lleno por la ventana abierta y John había venido, me había dejado la ropa preparada en la silla y el agua caliente, se había ido y yo no lo había oído. Me afeité y me vestí; bajé a desayunar y encontré el desayuno frío en el aparador —Seecombe creía que había bajado mucho antes—, pero los huevos duros y el jamón me sentaron bien. Podía haberme comido cualquier cosa ese día. Después llamé a los perros con un silbido y salí fuera; sin tener en cuenta a Tamlyn y a sus queridas flores, cogí todas las camelias abiertas que encontré y las puse en el capazo, lo mismo que había hecho cumplidamente con las joyas el día anterior, y volví a casa, subí y me fui directo a su habitación.

Estaba desayunando en la cama y, sin darle tiempo a que protestara y cerrara las cortinas, le eché las camelias por encima.

—Buenos días otra vez —le dije—, y te recuerdo que todavía es mi cumpleaños.

—Sea tu cumpleaños o no —dijo—, la costumbre manda llamar a la puerta antes de entrar. Vete.

Era difícil no perder la dignidad con la cabeza y los hombros cubiertos de camelias, que se caían en la taza de té y en el pan con mantequilla, pero me puse serio y me retiré al fondo de la alcoba.

—Lo siento —dije—, desde que entro por las ventanas no presto atención a las puertas. La verdad es que me han abandonado los buenos modales.

—Más vale que te vayas —dijo— antes de que Seecombe venga a llevarse la bandeja. Creo que se escandalizaría si te viera aquí, aunque sea tu cumpleaños.

Habló con una frialdad que me desanimó, pero supuse que lo que decía tenía cierta lógica. Tal vez era un tanto osado irrumpir en la habitación de una mujer a la hora del desayuno, aunque fuera a casarse conmigo... cosa que Seecombe todavía ignoraba.

—Me voy —dije—. Perdóname. Solo quiero decirte una cosa. Te quiero.

Abrí la puerta y salí, y recuerdo que me fijé en que ya no llevaba la gargantilla de perlas. Se la habría quitado cuando la dejé a primera hora de la mañana, y las joyas no estaban en el suelo, las había guardado todas.

Pero en la bandeja del desayuno, que tenía al lado, vi el documento que había firmado yo el día anterior.

Seecombe me esperaba abajo con un paquete envuelto en la mano.

—Señor Philip, señor —dijo—, hoy es un gran día. ¿Me permite que me tome la libertad de desearle mucha mucha mucha felicidad en el día de su cumpleaños?

—Claro, Seecombe —respondí—, y gracias.

—Esto, señor, es una nadería. Un pequeño recuerdo de tantos años de fiel servicio a la familia. Espero que no se ofenda ni crea que me he tomado la libertad de suponer que le gustaría aceptar este regalo.

Quitó el papel y la cara del propio Seecombe, de perfil, apareció ante mí; no muy favorecido, tal vez, pero inconfundible.

—Está muy bien —dije con seriedad—, tanto que voy a colgarlo en un sitio de honor, cerca de las escaleras. Tráeme un clavo y un martillo.

Tocó la campanilla con dignidad para que John trajera las herramientas.

Entre los dos colgamos el retrato en el panel de enfrente de la puerta del comedor.

—Señor, ¿cree usted que me hace justicia? ¿O el pintor ha añadido un poco de dureza a las facciones, sobre todo a la nariz? Yo no estoy completamente satisfecho.

—Es imposible alcanzar la perfección en un retrato, Seecombe —respondí—. Es imposible hacerlo mejor. Por mi parte, no podría estar más satisfecho.

—Eso es lo único importante, señor —contestó.

Estaba tan contento e ilusionado que me habría gustado decirle en ese mismo instante que iba a casarme con Rachel, pero me contuvo una duda; era una cuestión demasiado solemne y delicada para lanzársela así, de repente, y tal vez sería mejor anunciárselo juntos.

Fui a la parte de atrás, al despacho, y fingí que trabajaba, pero lo único que hice fue sentarme a la mesa y quedarme mirando lo que tenía enfrente. No dejaba de verla

mentalmente, apoyada en las almohadas, desayunando, con las camelias esparcidas por la bandeja. La paz de la mañana se disipó, estaba otra vez febril, como la noche anterior. Cuando estuviéramos casados, pensé, inclinando la silla hacia atrás y mordisqueando la punta de la pluma, no me echaría de su lado con tanta facilidad. Desayunaría con ella. Se acabaría el bajar solo al comedor. Iniciaríamos una costumbre nueva.

El reloj dio las diez; al otro lado de la ventana del despacho se oía a los hombres trajinando en el patio y en el corral. Eché una mirada a un montón de facturas, pero las dejé otra vez; empecé una carta a un colega, magistrado de oficio, y enseguida la rompí: no me venían las palabras, lo que escribía no tenía sentido y todavía faltaban dos horas para el mediodía, cuando Rachel bajaría de su habitación. Nat Bray, el granjero de Penhale, vino a contarme una larga historia sobre unas vacas que se habían extraviado en Trenant, y que la culpa era del vecino, que no reparaba las vallas. Asentí y le di la razón sin prestar apenas atención a sus argumentos, porque seguro que ahora Rachel ya se habría vestido y estaría fuera hablando con Tamlyn.

Corté al pobre hombre por lo sano deseándole que pasara un buen día y, al ver la cara de decepción que ponía, lo acompañé a la habitación del mayordomo para que se tomara una cerveza con Seecombe.

—Nat —le dije—, hoy no trabajo porque es mi cumpleaños. Soy el hombre más feliz del mundo.

Le di unas palmaditas en el hombro y lo dejé boquiabierto; que pensara de mí lo que quisiera.

Después me asomé a la ventana y pedí a la cocina, desde el otro lado del patio, que me preparasen una cesta con el almuerzo para comer fuera, porque de pronto quería estar a solas con ella al aire libre, sin las formalidades de la casa y del comedor ni los cubiertos de plata; y, después de dar la orden me acerqué a los establos para decir a Wellington que ensillara a Solomon para el ama.

No estaba allí. Encontré la puerta de la cochera abierta de par en par y no vi el carruaje. El mozo de los establos barría el suelo. Se quedó mirándome con cara de tonto cuando le pregunté.

—El ama ordenó el carruaje poco después de las diez —dijo—. No sé dónde ha ido. Tal vez a la ciudad.

Volví a casa y llamé a Seecombe, pero tampoco sabía nada, solo que Wellington habían llevado el carruaje a la puerta principal poco después de las diez, y Rachel estaba esperándolo en el vestíbulo. Nunca había salido en el carruaje por la mañana. Se me cayó el alma al suelo. Teníamos todo el día para nosotros y eso no era lo que yo había planeado.

Me senté por allí a esperar. Llegaron las doce y sonó la campana que llamaba a los criados a almorzar. Tenía la cesta de la merienda a mi lado y Solomon estaba ensillado. Pero el carruaje no había vuelto. Por último, a las dos, me llevé a Solomon otra vez al establo y le dije al mozo que lo desensillara. Me fui por el bosque hasta la

nueva avenida, la emoción de la mañana se había convertido en apatía. Aunque Rachel volviera ahora, ya sería tarde para comer en el campo. A las cuatro el sol de abril ya no calentaría.

Estaba casi al principio de la avenida, en Four Turnings, cuando vi al mozo abrir la verja de la cabaña del guarda para que entrara el carruaje. Me quedé en medio del camino de entrada esperando a que se acercaran los caballos y, al verme, Wellington los hizo parar. El pesar de la decepción, tan insoportable en las horas anteriores, desapareció en cuanto la vi sentada en el carruaje; le dije a Wellington que continuara, me subí y me senté enfrente de ella, en el asiento estrecho.

Iba envuelta en su capa negra y el velo le tapaba la cara, así que no se la veía.

—Llevo buscándote desde las once —dije—. ¿Dónde demonios estabas?

—He ido a Pelyn —dijo— a ver a tu padrino.

Todas las preocupaciones y perplejidades, que tan bien enterradas estaban en las profundidades, subieron a la superficie del pensamiento y, con una aprensión horrible, me pregunté qué podían hacer entre los dos para desbaratarme los planes.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué necesidad tenías de ir a verlo con tanta premura? Hace tiempo que todo está arreglado.

—No estoy segura —replicó—, ¿a qué todo te refieres?

El carruaje dio un bote en una rodera y Rachel tuvo que sujetarse al asidero con una mano enguantada en negro. ¡Qué distante parecía, vestida de luto, con la cara oculta por el velo! ¡A un mundo de la Rachel que me había estrechado contra el corazón!

—El documento —dije—, estás pensando en el documento. No puedes oponerte al documento. Legalmente soy mayor de edad. Mi padrino no puede hacer nada. Está firmado, con testigos, y está sellado. Es todo tuyo.

—Sí —dijo ella—. Ahora lo entiendo. La redacción era un poco enrevesada, nada más, y quería asegurarme de lo que significaba.

La misma voz distante, fría y desapegada, mientras recordaba la otra, la que me había susurrado al oído a medianoche.

—Y ¿ya está todo claro? —pregunté.

—Bastante —respondió.

—Entonces ¿no hay nada más que decir sobre ello?

—Nada —contestó.

Sin embargo, una desconfianza extraña y algo más me roían por dentro. La espontaneidad desapareció, la risa, la alegría común cuando le regalé las joyas. Maldito mi padrino, si le había dicho algo que le hubiera dolido.

—Levántate el velo —le dije.

Se quedó inmóvil un momento. Después echó una mirada a la ancha espalda de Wellington y a la del mozo que iba a su lado en el asiento del cochero. Dio un latigazo a los caballos para que aligeraran el paso al doblar la curva de la avenida e iniciar la recta.

Se levantó el velo y los ojos que me miraron no sonreían, como esperaba, ni lloraban, como temía; estaban serenos, tranquilos, impávidos, los ojos de una persona que acaba de resolver un asunto a su satisfacción.

Me quedé vacío sin motivo, como si me hubieran estafado. Quería que esos ojos fueran como los había visto al amanecer. Había pensado, neciamente tal vez, que los ocultaba bajo el velo porque todavía eran los mismos. Pero no. Habría mirado así a mi padrino, sentados a su mesa de despacho uno frente al otro, con un propósito práctico, fríamente, sin rastro de debilidad, mientras yo, atormentado, la esperaba en la puerta de casa.

—Habría vuelto antes —dijo—, pero insistieron en que me quedara a comer y no pude negarme. ¿Habías hecho algún plan?

Volvió la cara para mirar el paisaje y me pregunté cómo podíamos estar ahí sentados, como dos personas que se conocen por casualidad, cuando lo único que podía hacer yo era contenerme para no abrazarla. Todo había cambiado desde el día anterior, pero ella no daba señales de ese cambio.

—Tenía un plan —dije—, pero ahora ya da igual.

—Los Kendall cenan esta noche en la ciudad —dijo—, pero pasarán por aquí antes de volver a casa. Me da la impresión de que he hecho algún progreso con Louise. No estaba tan fría como de costumbre conmigo.

—Me alegro —dije—; me gustaría que fuerais amigas.

—Lo cierto es —prosiguió— que vuelvo a opinar lo mismo que al principio: esa joven te conviene.

Se rio, pero yo no me reí con ella. Me pareció cruel hacer bromas a costa de la pobre Louise. Bien sabía Dios que no le deseaba ningún mal; a ver si encontraba un buen marido.

—Creo —dijo— que tu padrino no se ha formado una buena opinión de mí, aunque está en su derecho, desde luego, pero creo que al final de la comida llegamos a entendernos muy bien. La tensión desapareció y charlamos animadamente. Hemos hecho más planes para vernos en Londres.

—¿En Londres? —pregunté—. ¿Sigues pensando en ir a Londres?

—Sí, claro —dijo—, ¿por qué no?

No dije nada. La verdad es que tenía derecho a ir a Londres si le apetecía. Tal vez quisiera ir de compras, sobre todo ahora, que disponía de dinero, y sin embargo... también podía esperar un poco, sin duda, hasta que pudiéramos ir juntos. Teníamos tantas cosas de que hablar, pero yo no me atrevía. De pronto, bruscamente, comprendí con total claridad una cosa en la que ni había pensado. Ambrose había muerto hacia solo nueve meses. El mundo no vería con buenos ojos que nos casáramos antes de mediados de verano. De alguna manera, a la luz del día surgían dificultades que a medianoche no existían, y yo no las quería.

—No volvamos a casa inmediatamente —le dije—. Vamos a pasear al bosque.

—Muy bien —dijo.

Nos paramos junto a la cabaña del guarda, en el valle, nos apeamos del carruaje y Wellington siguió adelante. Entramos en uno de los senderos de la orilla del río, que subía hacia la loma; había prímulas por todas partes, en corrillos, al pie de los árboles, que ella se agachaba a coger sin dejar de hablar de Louise; decía que la joven tenía buen ojo para los jardines y que, si alguien le enseñaba, aprendería mucho más con el tiempo. Por mí, como si Louise se iba al fin del mundo y se dedicaba felizmente a la jardinería; no había llevado a Rachel al bosque para hablar de Louise.

Le quité las flores de las manos y las dejé en el suelo; puse la chaqueta al pie de un árbol y la invité a sentarse.

—No estoy cansada —dijo—. Llevo una hora o más sentada en el carruaje.

—Y yo también; me he pasado las últimas cuatro sentado a la puerta de casa esperándote.

Le quité los guantes, le besé las manos y dejé el gorro y el velo entre las prímulas; y la besé por todas partes, tal como quería desde hacía horas, y nuevamente se quedó indefensa.

—Este —dije— era el plan que tenía y me lo has estropeado quedándote a comer con los Kendall.

—Me lo imaginaba —respondió—, y también por ese motivo preferí irme.

—Prometiste que no me negarías nada el día de mi cumpleaños, Rachel.

—La indulgencia tiene un límite —contestó.

Yo no veía ninguno. Era feliz de nuevo, no me quedaba ni rastro de ansiedad.

—Si el guarda pasa a menudo por este sendero —puntualizó—, pareceremos un poco tontos.

—Y él, más todavía —respondí—, cuando le pague el salario el sábado. ¿O te corresponderá hacerlo a ti, como todo lo demás? Ahora soy criado tuyo, ya lo sabes, otro Seecombe que espera tus órdenes.

Me tumbé con la cabeza en su regazo y ella me pasó la mano por el pelo. Cerré los ojos deseando que no cesara, que ese momento se prolongara hasta el fin de los tiempos.

—Te preguntarás por qué no te he dado las gracias —dijo—. En el carruaje, vi la cara de confusión que tenías. ¿Qué puedo decirte? Siempre creí que era impulsiva, pero tú lo eres mucho más. Comprende que tardaré un poco en hacerme a la idea del alcance de tanta generosidad.

—No ha sido generosidad —respondí—, es lo que te mereces. Déjame besarte otra vez, en compensación por las horas que he pasado en la puerta de casa.

Poco después dijo:

—Al menos he aprendido una cosa: no tengo que volver a pasear contigo por el bosque. Philip, quiero levantarme.

La ayudé a ponerse de pie y, con una reverencia, le di los guantes y el gorro. Rebuscó en el bolso y sacó un paquetito; lo desenvolvió.

—Toma —dijo—, es tu regalo de cumpleaños, aunque tenía que habértelo dado

antes. Si hubiera sabido que iba a ser dueña de una fortuna, la perla habría sido de mayor tamaño.

Cogió el alfiler y me lo prendió en el pañuelo.

—Y ahora ¿me permites ir a casa? —dijo.

Me dio la mano; de pronto me acordé de que no había comido nada a mediodía... tenía un apetito feroz. Volvimos por el mismo sendero, yo pensando en aves cocidas y panceta y la noche que me esperaba, y de pronto, al llegar arriba, nos encontramos con la losa de granito; se me había olvidado que estaba allí, al final del sendero. Rápidamente volví a internarme entre los árboles para evitarla, pero ya era tarde. Rachel había visto el bloque oscuro entre la maleza, me soltó la mano y se quedó mirándolo.

—¿Qué es eso, Philip? —preguntó—. ¿Eso de ahí, que parece una lápida, que surge del suelo tan de repente?

—No es nada —dije enseguida—, un trozo de granito, nada más, como un mojón del camino. Por aquí, entre los árboles, hay un sendero menos empinado. Por aquí, a la izquierda; no hace falta llegar hasta la piedra.

—Un momento —dijo—, quiero verla. Nunca había pasado por aquí.

Se acercó a la losa y se detuvo ante ella. Vi que movía los labios leyendo la inscripción, aprensiva. Tal vez me lo imaginara, pero me pareció que se ponía tensa, y se quedó allí más tiempo del necesario. Debió de leer la inscripción dos veces. Después volvió a mi lado, pero no me dio la mano, siguió andando sola. No hizo ningún comentario sobre la piedra, yo tampoco, pero la gran losa de granito iba con nosotros de alguna manera. Vi los ripios jocosos y la fecha debajo, y las iniciales A. A. grabadas en la piedra, y vi otra cosa, una que ella no podía ver: la libreta con la carta enterrada debajo, en la tierra húmeda. Y tuve una fuerte sensación de vileza, de haberlos traicionado a los dos. Ella estaba conmovida. «Si no hablo ahora mismo —me dije—, esa losa de granito será una barrera entre los dos y cada vez será más grande».

—Quería haberte traído aquí antes —dije, con una voz desabrida y poco natural, después de un silencio tan largo—. Era la vista que más le gustaba a Ambrose de todas las tierras. Por eso está ahí la piedra.

—Pero enseñármela —dijo— no estaba en tus planes para hoy —dijo con voz entrecortada y dura, como una desconocida.

—No —respondí en voz baja—, no estaba en mis planes.

Y seguimos andando sin hablar más y, al entrar en casa, se fue directamente a su habitación.

Me bañé y me cambié, pero había perdido la alegría, estaba desanimado, triste. ¿Qué demonio nos llevó a esa losa de granito, qué lapso de memoria? Al contrario que yo, ella no sabía con cuánta frecuencia iba Ambrose allí y se apoyaba, sonriendo, en su bastón, pero los absurdos ripios conjuraban el estado de ánimo que los había propiciado, entre bromista y nostálgico, el tierno pensamiento que se ocultaba en sus



ojos burlones. La losa de granito, alta y orgullosa, habría asimilado la sustancia del hombre al que, debido a las circunstancias, Rachel había impedido volver para morir en casa, y que por ese motivo yacía a cientos de kilómetros, en el cementerio protestante de Florencia.

Era una sombra que oscurecía mi noche de cumpleaños.

Al menos ella no sabía nada de la carta ni lo sabría jamás y, mientras me vestía para la cena, me pregunté qué otro demonio me habría empujado a enterrarla allí, en vez de quemarla en la chimenea, como si, por un instinto animal, supiera que algún día volvería a desenterrarla. Se me había olvidado lo que decía. Ya estaba enfermo cuando la escribió. Melancólico, suspicaz, con la mano de la muerte tan cerca, no había sopesado bien sus palabras. Y de pronto vi la frase como si bailara ante mí en la pared: «El dinero, y que Dios me perdone por decirlo, es actualmente la única forma de llegarle al corazón».

Las palabras saltaron al espejo mientras me miraba en él y me cepillaba el pelo. Allí seguían cuando me puse el alfiler en el pañuelo. Me siguieron por las escaleras hasta la sala de estar y se transformaron en la voz de Ambrose, profunda, querida, conocida desde siempre, siempre recordada: «La única forma de llegarle al corazón».

Cuando bajó a cenar llevaba la gargantilla de perlas como en señal de perdón, como en honor a mi cumpleaños; sin embargo, aunque la llevara puesta, no estaba más cerca de mí, al contrario, estaba más lejos. Esta noche, precisamente esta noche, habría preferido que no se hubiera puesto ningún adorno en el cuello.

Nos sentamos a la mesa, nos servían John y Seecombe, que habían sacado el mejor candelabro y la cubertería de plata, además del mantel y las servilletas de puntillas, para celebrar mi cumpleaños, y había ave cocida y panceta, una antigua costumbre de mi época escolar, que Seecombe sirvió con mucho orgullo, sin perderme de vista. Nos reímos, sonreímos y brindamos por ellos, por nosotros y por los veinticinco años que había vivido; pero no se me iba la sensación de que los dos forzábamos las expresiones de alegría para no decepcionar a Seecombe y a John, de que si nos dejaran a solas nos sumiríamos en el silencio.

Desesperadamente me impuse la obligación de estar contento; la forma de lograrlo sería beber más vino y llenarle la copa también a ella, para suavizar los sentimientos más hirientes y olvidarnos de la losa de granito y de lo que representaba en nuestro fuero interno. La noche anterior había ido andando hasta la punta de la almenara con la luna llena, jubiloso, como un sonámbulo. Esta noche, aunque hasta el momento me había despertado a la abundancia del mundo entero, también me había despertado a las sombras.

Con la mirada borrosa me fijé en ella, estaba enfrente de mí, en el extremo opuesto de la mesa, y se estaba riendo, con la cara vuelta hacia Seecombe, y me pareció más adorable que nunca. Si pudiera recuperar el estado de ánimo que tenía por la mañana, la serenidad y la paz, y unir las a la locura de la tarde, entre las primulas, bajo las altas hayas, volvería a ser feliz. Y ella también. Y nunca

perderíamos esa felicidad preciosa y sagrada y la llevaríamos con nosotros al futuro.

Seecombe me llenó la copa otra vez y la sombra se retiró un poco, las dudas no parecían tan graves. «Cuando estemos los dos solos —pensé—, todo irá bien y esta misma tarde, esta misma noche, le preguntaré si podemos casarnos pronto, pero muy pronto, dentro de unas semanas tal vez, de un mes», porque quería que lo supiera todo el mundo: Seecombe, John, los Kendall, todo el mundo, y Rachel llevaría el mismo apellido, pero por mí.

Sería la señora Ashley, la mujer de Philip Ashley.

Debimos de alargarnos mucho, porque estábamos en la mesa cuando se oyó ruido de ruedas en la entrada. Sonó la campana de la puerta y los Kendall entraron en el comedor, donde seguíamos sentados entre restos de comida, postres y copas medio vacías, en plena sobremesa. Me levanté, un poco mareado, recuerdo, y acerqué dos sillas a la mesa, aunque mi padrino decía que ya habían cenado y que solo estarían un momento para felicitar-me.

Seecombe trajo copas limpias y vi a Louise; llevaba un vestido azul y me miraba con una expresión interrogativa, pensando, me pareció instintivamente, que yo había bebido en exceso. Tenía razón, pero eso no pasaba a menudo; era mi cumpleaños y ya iba siendo hora de que se enterase de una vez por todas de que jamás tendría derecho a criticarme, solo como amiga de la infancia. Y que se enterase mi padrino también. Así se acabarían los planes que tenía para ella y, de paso, las murmuraciones, y además se tranquilizarían todos los que se preocupaban de esas cosas.

Nos sentamos otra vez entre murmullo de conversaciones; mi padrino, Rachel y Louise se encontraban muy a gusto gracias a las horas que habían pasado juntos a la hora del almuerzo, pero yo estaba silencioso en mi punta de la mesa sin enterarme de casi nada, dándole vueltas en la cabeza al anuncio que iba a hacer.

Al cabo de un rato, mi padrino se inclinó hacia mí, copa en mano, y, sonriendo, dijo:

—Por tus veinticinco años, Philip. Larga vida y felicidad.

Me miraron los tres, y no sé si fue por el vino que había bebido o porque tenía el corazón henchido, me di cuenta de lo mucho que quería a mi padrino y a Louise, mis grandes amigos, en los que confiaba; y Rachel, mi amor, con lágrimas en los ojos, asentía y sonreía para darme ánimos, sin duda.

Era el momento oportuno, pues, y adecuado. Los criados no estaban presentes, así que el secreto podía quedar entre nosotros cuatro.

Me levanté y les di las gracias, y después, con la copa llena, dije:

—Yo también quiero que esta noche brindemos por una cosa. Desde esta mañana soy el más feliz de los hombres. Quiero que usted, padrino, y tú, Louise, brindéis por Rachel, que va a ser mi mujer.

Vacíé la copa y los miré sonriendo. Nadie respondió, nadie se movió. Mi padrino estaba perplejo y, al mirar a Rachel, vi que ya no sonreía, que me miraba fijamente, con la cara como una máscara de piedra.

—¿Has perdido el juicio, Philip? —me dijo.

Dejé la copa. No confiaba en mi mano y me agarré al borde de la mesa. Tenía el corazón desbocado. No podía apartar la vista de su cara, blanca e inmóvil.

—Lo siento —dije— si me he precipitado al anunciarlo. Recuerda que hoy es mi cumpleaños y que ellos son mis amigos más antiguos.

Me agarré a la mesa con las dos manos para no caerme; los oídos me martilleaban. Parecía que ella no lo entendía. Dejó de mirarme y se dirigió a mi padrino y a Louise.

—Creo —dijo— que el cumpleaños y el vino se le han subido a la cabeza. Perdonad esta tontería de niño pequeño y olvidadlo, por favor, si podéis. Os pedirá disculpas cuando se recupere. ¿Pasamos a la sala de estar?

Se levantó e inició la marcha hacia la otra estancia. Yo me quedé allí de pie, mirando los restos de la cena, las migas de pan, las manchas de vino del mantel, las sillas separadas de la mesa, y no sentí nada, nada en absoluto, solamente un vacío en el lugar del corazón. Esperé un poco y después, antes de que volvieran John y Seecombe a quitar la mesa, salí tambaleándome y me fui a la biblioteca; me senté a oscuras, al lado de la chimenea vacía. No habían encendido los candeleros y la leña se había reducido a cenizas. Por la puerta entreabierta llegaba el murmullo de voces de la sala de estar. La cabeza me daba vueltas; me la agarré con las manos y noté el sabor agrio del vino en la lengua. A lo mejor, si me quedaba quieto ahí, a oscuras, recuperaba el equilibrio y el vacío paralizador desaparecía. Había metido la pata por culpa del vino. Pero, de todos modos, ¿por qué le había molestado tanto que lo dijera? Podíamos pedirles que juraran guardarlo en secreto. Lo entenderían. Me quedé allí sentado, esperando a que se fueran. Hasta que —me pareció una eternidad, pero es posible que no pasaran ni diez minutos— subió el volumen de las voces, pasaron al vestíbulo y oí a Seecombe abrir la puerta y darles las buenas noches; el carruaje se alejó de la entrada y sonó el cerrojo de la puerta al cerrarse.

Tenía la cabeza un poco más despejada. Seguí escuchando. Oí el roce de su vestido: se acercaba a la puerta entreabierta de la biblioteca; se detuvo un instante y pasó de largo; después, sus pasos en las escaleras. Me levanté del sillón y la seguí. La alcancé en la esquina del pasillo, donde se había parado para apagar las velas de arriba. Nos miramos a la luz trémula.

—Creía que te habías ido a la cama —dijo—. Vete inmediatamente, antes de que hagas algo peor.

—Ya se han ido —dije—, ¿me perdonas? Puedes confiar en los Kendall, créeme. No contarán nuestro secreto a nadie.

—¡Dios mío, eso espero, porque no saben nada de nada! —contestó—. Con tu proceder, he quedado como una criada de servicio que se escabulle sigilosamente al desván con un criado. He sentido vergüenza otras veces, pero nunca como hoy.

Seguía con la cara pétrea que no era la suya.

—Ayer a medianoche no te avergonzaste —dije—, me lo prometiste en ese

momento y no estabas enfadada. Me habría ido al instante si me hubieras echado.

—¿Te lo prometí? ¿Qué te prometí?

—Casarte conmigo, Rachel —respondí.

Tenía la palmatoria en la mano. La levantó para verme bien la cara.

—¿Te atreves a plantarte ahí, Philip, y echarme en cara que anoche te prometí casarme contigo? Cuando estaban aquí los Kendall dije que habías perdido el juicio, y veo que es cierto. Sabes perfectamente que no te he prometido nada semejante.

La miré. No era yo el que había perdido el juicio, sino ella. Noté que me ardía la cara.

—Me preguntaste qué quería —dije— de regalo por mi cumpleaños. Ayer, igual que ahora, solo quiero una cosa en el mundo, que te cases conmigo. ¿Qué otra cosa podía significar?

No respondió. Seguía mirándome con incredulidad, asombrada, como si oyera palabras en una lengua desconocida que no tiene traducción ni se puede entender, y de pronto, angustiado y desesperado, comprendí que eso era lo que pasaba entre nosotros; todo había sido un malentendido. Ella no había entendido lo que le pedí a medianoche, ni yo, ciego de ilusión, lo que ella me concedió; por lo tanto, lo que tomé por promesa de amor era otra cosa que no significaba nada y que ella había interpretado a su manera.

Si estaba avergonzada, yo lo estaba el doble porque no me hubiera entendido.

—Pues te lo digo ahora con todas las letras. ¿Cuándo te casarás conmigo?

—Nunca, Philip —respondió, e hizo un gesto con la mano como despidiéndome—. Es definitivo y para siempre. Si esperabas otra cosa, lo siento. No tenía intención de darte a entender nada parecido. Y ahora, buenas noches.

Dio media vuelta, pero le cogí la mano y no se la solté.

—Entonces ¿no me quieres? —pregunté—. ¿Era todo mentira? ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué no me dijiste la verdad anoche y me echaste de tu habitación?

Otra vez la misma mirada de desconcierto; ella no lo entendía. Éramos dos desconocidos sin nada en común. Ella venía de otra tierra, de otra raza.

—¿Te atreves a reprocharme lo que pasó? —dijo—. Quería darte las gracias, nada más. Me habías regalado las joyas.

Creo que en ese instante comprendí todo lo que Ambrose había pasado. Comprendí lo que había visto en ella y anhelaba pero jamás consiguió. Comprendí el tormento y el dolor, y la gran distancia entre los dos, siempre en aumento. Sus ojos, tan oscuros y diferentes de los nuestros, nos miraban a los dos sin comprender. Ambrose estaba a mi lado, en las sombras, a la luz de la vela. La miramos, atormentados, sin esperanza, mientras ella nos miraba acusadoramente. Su rostro también era extraño a la débil luz. Pequeño y estrecho, una cara de una moneda. La mano que retenía ya no estaba caliente. Fría y áspera, luchaba por librarse y los anillos me arañaban la palma. La solté y en ese mismo momento quise cogerla otra vez.

—¿Por qué me miras así? —murmuró—. ¿Qué te he hecho? ¡Te ha cambiado la cara!

Intenté pensar en qué más tenía para darle. Le había dado las tierras, el dinero, las joyas. Le había dado mi alma, mi cuerpo y mi corazón. Solo me quedaba el apellido, y eso ya lo tenía ella. No me quedaba nada. Únicamente miedo. Le quité la vela y la dejé en la repisa de encima de las escaleras. Le puse las manos en la garganta, se la rodeé por completo; ya no podía moverse y me miraba con los ojos como platos. Era como si tuviera un pajarillo entre las manos que, si lo apretaba, movería las alas un momento y moriría, pero si lo soltaba volaría hacia la libertad.

—No me dejes nunca —dije—, júramelo, nunca, nunca.

Intentó mover los labios para responder, pero la presión de mis manos se lo impedía. La solté. Retrocedió y se llevó las manos a la garganta. Le había dejado dos señales rojas por encima y por debajo de la gargantilla.

—Y ahora ¿te casarás conmigo? —le pregunté.

No respondió, siguió retrocediendo por el pasillo, sin dejar de mirarme, con las manos en la garganta. Vi mi sombra en la pared, una cosa monstruosa, sin forma ni sustancia. La vi desaparecer por el arco. Oí que cerraba la puerta y giraba la llave en la cerradura. Fui a mi dormitorio y, al verme reflejado en el espejo, me detuve a mirarme. ¿Verdad que era Ambrose el que estaba allí, con la frente cubierta de sudor y sin color en la cara? Me moví y volví a ser yo; con los hombros caídos y unos brazos demasiado largos y torpes, vacilantes, descontrolados, el Philip que se había permitido una locura infantil. Rachel había pedido a los Kendall que me perdonaran y que olvidaran.

Abrí la ventana de par en par, pero esta noche no había luna y llovía mucho. El viento levantó la cortina, levantó las hojas del almanaque que había en la repisa de la chimenea y lo tiró al suelo. Me agaché a recogerlo, arranqué la hoja del día, la estrujé y la tiré al fuego. Fin del día de mi cumpleaños. Fin del día de los Santos Inocentes.

## Capítulo XXIII



Por la mañana, cuando bajé a desayunar y miré el día ventoso y de tormenta que hacía con unos ojos que no veían nada, entró Seecombe en el comedor con una nota en una bandejita. El corazón me dio un vuelco al verla. A lo mejor me pedía que subiera a verla a su habitación. Pero no era de Rachel. La letra era más grande, más redonda. Era de Louise.

—El mozo del señor Kendall acaba de traer esto, señor —dijo Seecombe—; está esperando respuesta.

La leí.

*Querido Philip:*

*Estoy muy preocupada por lo que sucedió anoche. Creo que entiendo lo que te pasa mejor que mi padre. Por favor, recuerda que soy tu amiga y siempre lo seré. Tengo que ir la ciudad esta mañana. Si necesitas hablar con alguien, podemos quedar a la puerta de la iglesia un poco antes de las doce.*

Louise

La guardé en el bolsillo y pedí a Seecombe que me trajera tinta y papel. Mi primer instinto, como siempre que alguien me propone un encuentro, pero más todavía esta mañana, fue escribir unas palabras de agradecimiento y rechazar la propuesta. Sin embargo, cuando Seecombe volvió con tinta y papel había cambiado de opinión. Una noche sin dormir y la agonía de la soledad me despertaron un súbito deseo de compañía. A Louise la conocía mejor que a nadie, así que le escribí diciendo que iría a la ciudad y nos encontraríamos a la puerta de la iglesia.

—Da esto al mozo del señor Kendall —dije— y di a Wellington que quiero a Gypsy ensillada a las once.

Después de desayunar fui al despacho, ordené las facturas y terminé la carta que había empezado el día anterior. Me resultó más fácil ese día, no sé por qué. Una parte del cerebro funcionaba perfectamente, tomaba nota de los hechos y las cifras y los anotaba como impulsada por la fuerza de la costumbre. Concluida la tarea, fui hasta el establo con prisa por alejarme de la casa y de todo lo que significaba para mí. No quise recorrer la avenida del bosque, con todos los recuerdos del día anterior, sino que crucé el parque y salí a la calzada real. La yegua estaba muy fresca y nerviosa como un cervatillo; se asustaba por nada, aguzaba el oído, se acobardaba y retrocedía hasta los setos, y el viento cortante nos castigaba a los dos.

Los fuertes vientos que tenían que haber soplado en febrero y marzo habían

llegado por fin. No quedaba rastro del tiempo suave y cálido de las últimas semanas, del mar en calma, del sol. Del oeste venían interminables masas de nubes de bordes negros cargadas de lluvia y de vez en cuando, con furia súbita y arrasadora, volcaban granizo sobre la tierra. El mar rugía en la bahía del oeste. En los campos del otro lado de la calzada las gaviotas chillaban y picoteaban la tierra recién arada buscando los brotes verdes que habían germinado con la temprana primavera. Nat Bray, al que había despedido tan rápidamente la mañana anterior, estaba junto a su verja, cuando pasé, con un saco mojado sobre los hombros para protegerse del granizo; levantó la mano y me dio los buenos días, pero su voz se perdió.

Oía el mar desde la calzada. Hacia el oeste, donde cubría la arena con poca profundidad, entraba, alto y brutal, con mucha resaca y deshecho en espuma, pero en el este, en la ría, se batía en olas enormes contra las rocas de la bocana del puerto y su rugido se mezclaba con el viento cortante que tumbaba los setos y doblaba los árboles cubiertos de yemas.

Vi poca gente al bajar la cuesta hacia la ciudad, y la poca que vi iba a lo suyo, luchando contra el viento, con la cara helada por el frío repentino. Dejé a Gypsy en La Rosa y La Corona y fui andando a la iglesia. Louise se había refugiado en el pórtico. Abrí la maciza puerta y entramos juntos en el templo. Estaba oscuro y tranquilo, en comparación con el fragor del temporal, pero con ese frío inconfundible, opresivo, denso, y el olor de humedad de las iglesias. Nos sentamos junto a la figura yacente de mármol de mi antepasado, con los hijos e hijas llorando a sus pies, y pensé en todos los Ahsley que estarían desperdigados por el campo, unos aquí, otros en otras parroquias, y cómo habrían amado, sufrido y desaparecido después siguiendo su camino.

Bajamos la voz instintivamente en el silencioso interior y hablamos en susurros.

—Hace mucho tiempo que me tienes muy preocupada —dijo Louise—, desde Navidad e incluso antes. Pero no podía decírtelo, no quería escuchar.

—No había necesidad —respondí—, todo iba muy bien hasta anoche. La culpa fue mía por decir lo que dije.

—No lo habrías dicho —replicó— si no hubieras creído que era verdad. Ha habido engaño desde el principio; estabas preparado para eso desde el primer momento, antes de que llegara ella.

—No ha habido engaño —dije— hasta estas últimas horas. Si me he equivocado no puedo culpar a nadie más que a mí mismo.

Un chaparrón repentino golpeó las ventanas del ala sur y la larga nave con las altas columnas se oscureció más.

—¿Por qué vino en septiembre? —dijo Louise—. ¿Por qué hizo un viaje tan largo para venir a buscarte? No fue por los sentimientos ni por simple curiosidad. Vino a Inglaterra, a Cornualles, con un propósito que ya ha logrado hacer realidad.

Me volví hacia ella. Su mirada azul era franca y directa.

—¿Qué insinúas? —pregunté.

—Tiene el dinero —dijo Louise—. Eso era lo que pretendía antes de iniciar el viaje.

Mi maestro de Harrow nos dijo una vez, en quinto curso, que la verdad era una cosa intangible, invisible, con la que tropezábamos algunas veces sin llegar a reconocerla, y que solo la encontraban, la guardaban y la entendían los ancianos que se aproximaban a la muerte y, a veces, los muy puros o muy jóvenes.

—Te equivocas —dije—, no sabes nada de ella. Es una mujer emocional e impulsiva, de humor impredecible y extraño. Bien sabe Dios que es así por naturaleza. Vino desde Florencia impulsivamente. La emoción la trajo aquí. Se quedó porque estaba a gusto y porque tenía derecho.

Louise me miró compasivamente. Me puso las manos en la rodilla.

—Si no fueras tan vulnerable —dijo— la señora Ashley no se habría quedado. Habría ido a ver a mi padre, habrían llegado a un acuerdo y se habría ido otra vez. Has interpretado mal sus motivos desde el primer día.

Al levantarme del banco y salir a la nave pensé que lo habría soportado mejor si Louise hubiera pegado a Rachel con sus propias manos o le hubiera escupido y le hubiera tirado del pelo y rasgado el vestido. Habría sido brutal y primitivo. Habría sido una pelea justa. Pero esto, en la quietud de la iglesia, en ausencia de Rachel, era una calumnia, casi una blasfemia.

—No puedo quedarme aquí oyendo estas cosas —dije—. Necesitaba consuelo y comprensión. Si no me los puedes dar, es igual.

Se levantó y me agarró del brazo.

—¿No ves que quiero ayudarte? —dijo, suplicante—. Pero no sirve de nada, estás ciego a todo. Si la señora Ashley no tiene planes para los próximos meses, ¿por qué ha enviado su asignación fuera del país todas las semanas, todos los meses, durante todo el invierno?

—¿Cómo lo sabes? —dije—. ¿Cómo sabes que ha hecho eso?

—Mi padre tiene medios para enterarse —respondió—. El señor Couch no podía ocultar esas cosas a mi padre, como tutor tuyo.

—Bueno, y ¿qué si lo ha hecho? Tiene deudas en Florencia y lo sé desde el principio. Los acreedores insisten en que les pague.

—¿De un país a otro? —dijo—. ¿Se puede hacer eso? Yo diría que no. ¿No es más probable que la señora Ashley quiera construir algo para cuando vuelva y que haya pasado el invierno aquí solo porque sabía que serías legalmente dueño del dinero y del patrimonio cuando cumplieras veinticinco años, es decir, ayer? Y entonces, como mi padre ya no sería tu tutor, podría sangrarte a gusto. Pero de pronto ya no hizo falta. Le regalaste todo lo que tenías.

Me parecía imposible que una chica a la que conocía y en la que confiaba pudiera pensar cosas tan detestables y, lo que ya era el mayor castigo, decirlas con tanta lógica y sentido común para destrozarse a otra mujer.

—¿Hablas por boca de tu padre, con su sentido de la legalidad, o por ti misma?



—le pregunté.

—Por boca de mi padre no, ya sabes lo reservado que es. Me ha contado muy poco. Sé razonar por mi cuenta.

—Te has puesto en contra de Rachel desde el día en que la conociste —dije—. Fue un domingo, ¿verdad?, en la iglesia. Viniste a comer a mi casa y no dijiste una palabra; te quedaste sentada a la mesa en una actitud muy digna y orgullosa. Habías resuelto que no te gustaba.

—Y ¿tú? —replicó—. ¿Te acuerdas de lo que decías de ella antes de conocerla? No puedo olvidar el encono que le tenías. Y con toda la razón.

Se oyó un crujido en la puerta lateral, cerca de la sillería del coro. La puerta se abrió y entró la limpiadora, una mujeruca tímida, Alice Tabb, con la escoba en la mano, dispuesta a barrer las naves. Nos echó una mirada furtiva y se fue hasta detrás del púlpito; pero no se nos olvidaba su presencia: ya no estábamos solos.

—No te molestes, Louise —le dije—, no puedes ayudarme. Te aprecio, y tú a mí. Si seguimos hablando, acabaremos odiándonos.

Louise me miró y me soltó el brazo.

—Entonces, ¿tanto la quieres? —dijo.

Volví la cara a otra parte. Louise era más joven que yo, una chica que no lo entendía. Nadie lo entendería nunca, menos Ambrose, que estaba muerto.

—¿Qué os espera en el futuro a cualquiera de los dos? —preguntó Louise.

Nuestros pasos resonaban en la nave. El chaparrón que golpeaba en las ventanas pasó. Un tímido resplandor del sol iluminó el halo de la cabeza de san Pedro en la ventana sur, pero enseguida se apagó otra vez.

—Le he pedido que se case conmigo —dije—. Se lo he pedido dos veces y se lo seguiré pidiendo. Eso es lo que me espera en el futuro, para que lo sepas.

Llegamos a la puerta. La abrí y nos quedamos en el pórtico. Un mirlo cantaba, ajeno a la lluvia, en el árbol de al lado de la cancela, y el chico del carnicero, con la bandeja al hombro, pasó silbando alegremente, tapándose la cabeza con el mandil.

—¿Cuándo se lo pediste por primera vez? —dijo Louise.

Recobré la calidez, la luz de la vela, la risa. Y de pronto no había luz ni risa. Solamente Rachel y yo. Casi como burlándose de la medianoche, el reloj de la iglesia dio las doce del mediodía.

—El día de mi cumpleaños por la mañana —le dije.

Esperó a la última campanada, que sonó muy fuerte en lo alto.

—Y ¿qué te respondió?

—Fue todo un malentendido —contesté—; creí que me había dicho que sí, cuando en realidad quiso decir no.

—¿Ya había leído el documento cuando se lo pediste?

—No. Lo leyó más tarde. Esa misma mañana, pero más tarde.

El mozo de los Kendall esperaba en el carrocín, frente a la cancela de la iglesia. Al ver a la hija de su señor, levantó el látigo y se apeó del vehículo. Louise se

abrochó la capa y se puso la capucha.

—Entonces, no tardó nada en leerlo e ir a Pelyn a ver a mi padre —dijo Louise.

—No lo entendía muy bien —dije.

—Cuando se fue de mi casa lo entendía perfectamente —dijo Louise—. Me acuerdo perfectamente de que, mientras el carruaje esperaba y nosotros la despedíamos en los escalones de la entrada, mi padre le dijo: «La cláusula sobre volver a casarse puede ser un poco problemática. Tiene que seguir viuda, si no quiere perder la fortuna», y la señora Ashley le sonrió y le dijo: «Mejor para mí».

El mozo se acercó con un paraguas. Louise se abrochó los guantes. Otro cúmulo de nubarrones negros se acercaba rápidamente por el cielo.

—Esa cláusula sirve para proteger el patrimonio —le dije—, para evitar que un desconocido pueda aprovecharse. Si se casara conmigo no tendría validez.

—Ahí es donde te equivocas —dijo Louise—. Si se casara contigo, todo volvería a ser tuyo. No pensaste en eso.

—Y ¿qué más da? —dije—, lo compartiría todo con ella, hasta el último penique. No creo que me dijera que no por esa cláusula. ¿Es eso lo que insinúas?

La capucha le tapaba la cara, pero los ojos azules me miraban, aunque lo demás no se veía.

—Una mujer casada —dijo Louise— no puede mandar el dinero de su marido fuera del país ni volver a su lugar de procedencia. No insinúo nada.

El mozo se tocó el sombrero y cubrió a Louise con el paraguas. La seguí por el camino hasta el carrocín y la ayudé a subir.

—No te he ayudado nada —dijo— y crees que soy implacable e inflexible. A veces una mujer ve más claramente que un hombre. Perdona si te he hecho daño. Solo quiero que vuelvas a ser tú. —Se dirigió al mozo—. Muy bien, Thomas —dijo—, volvemos a Pelyn.

El mozo hizo dar la vuelta al caballo y se alejaron cuesta arriba hacia la calzada principal.

Me fui a La Rosa y la Corona y se me senté en el saloncito. Louise había acertado al decir que no me había ayudado nada. Yo buscaba consuelo y no me lo había dado, solo hechos fríos y distorsionados. Todo lo que había dicho podía tener sentido para la mentalidad de un abogado. Sabía que mi padrino sopesaba las cosas en su balanza sin dejar un resquicio al corazón humano. Louise había heredado esa mirada estricta y perspicaaz y razonaba según lo que veía, no se le podía reprochar.

Yo sabía mejor que ella lo que había sucedido entre Rachel y yo. La losa de granito, en el bosque por encima del valle, y todos los meses que no había vivido con ella. «Su prima Rachel —había dicho Rainaldi— es una mujer impulsiva». Por esa impulsividad me había permitido amarla. Por esa impulsividad me había dejado. Ambrose sabía estas cosas. Ambrose las entendía. Y jamás habría otra mujer para ninguno de los dos, jamás otra esposa.

Me quedé mucho tiempo en el frío saloncito de La Rosa y la Corona. El dueño me

trajo fiambre de cordero y cerveza, aunque no tenía hambre. Después me fui hasta el muelle a contemplar la marea, que estaba alta y salpicaba los escalones. Los barcos pesqueros flotaban amarrados a las boyas y un viejo, sentado en la bancada de su barca, achicaba agua del fondo, de espaldas a las salpicaduras que volvían a llenarlo con cada ola que rompía.

Las nubes estaban más bajas que antes, ya eran casi niebla que envolvía los árboles de la orilla de enfrente. Si quería volver a casa sin mojarme y que Gypsy no cogiera frío, tenía que volver antes de que empeorase el tiempo. No había nadie en la calle. Monté y subí la cuesta y, por no ir por el camino más largo, el de la calzada principal, di la vuelta hasta el cruce de los cuatro caminos y seguí por la avenida. Estábamos más protegidos, pero no habíamos recorrido ni cien metros cuando de repente a Gypsy le falló un casco y empezó a cojear; en vez de acercarme a la cabaña para que le quitaran la piedra que se le había clavado en la herradura y cotillear un poco, preferí desmontar y llevarla tranquilamente a casa. El temporal había dejado un rastro de ramas caídas en el camino y los árboles que ayer estaban tan quietos se sacudían ahora, se movían de un lado a otro y temblaban bajo la lluvia.

Me estremecí al ver los vapores que subían en nubes blancas del valle cenagoso; me recordaron el frío que había pasado todo el día, tanto en la iglesia con Louise como después en el saloncito de La Rosa y la Corona. Este mundo no era el mismo que ayer.

Llevé a Gypsy de las riendas por el camino que habíamos recorrido Rachel y yo. Todavía se distinguían nuestras huellas, el terreno que habíamos pisado alrededor de las hayas cogiendo primulas. Aún había puñados de ellas olvidadas entre el musgo. La avenida se me hacía interminable, con Gypsy cojeando, la mano en las riendas, guiándola, y las gotas de lluvia que me entraban por el cuello de la chaqueta y me helaban la espalda.

Cuando llegué a casa estaba tan cansado que no pude ni saludar a Wellington; le di las riendas sin decir una palabra y se quedó mirándome. Bien sabe Dios que, después de la noche anterior, no quería beber nada más que agua, pero como estaba helado y empapado pensé que un trago de *brandy* me haría entrar un poco en calor, por drástico que fuera el remedio. Entré en el comedor y me encontré con John, que estaba poniendo la mesa para la cena. Fue a la despensa a buscarme una copa y, entretanto, vi que había puesto tres servicios en la mesa.

Cuando volvió se lo pregunté.

—¿Por qué tres? —le dije.

—La señorita Pascoe —contestó—; ha venido a la una. El ama ha ido a buscarla esta mañana, poco después de que se fuera usted, y volvió con ella. Ha venido para quedarse.

Lo miré asombrado.

—¿La señorita Pascoe se queda? —pregunté.

—Así es —respondió—, la señorita Pascoe, la que da clases en la escuela

dominical. Le hemos preparado la habitación rosa. El ama está en el tocador con ella.

Siguió poniendo la mesa; dejé la copa en el aparador sin molestarme en llenarla y me fui arriba. En la mesa de mi habitación había una nota con letra de Rachel. La abrí. No tenía encabezamiento, solo la fecha.

*He pedido a Mary Pascoe que se quedé conmigo en casa para hacerme compañía. Después de lo de anoche, no puedo volver a estar a solas contigo. Si lo deseas, puedes venir al tocador con nosotras antes de cenar. Tengo que pedirte que seas amable.*

Rachel

No podía querer decir eso. No podía ser cierto. ¡Con la de veces que nos habíamos reído de las señoritas Pascoe, y sobre todo de Mary, la charlatana, siempre dando la lata con los dechados y las visitas a unos pobres que preferirían no verla! Mary era una versión de su madre, pero más fornida e incluso más feúcha. Sería una broma, sí, Rachel podía haberla invitado en broma, solo a cenar, para que me viera enfurruñado al final de la mesa... pero la nota no era en broma.

Salí de la habitación al rellano y vi que la puerta de la habitación rosa estaba abierta. Era verdad. Dentro, la chimenea estaba encendida, había zapatos y envoltorios en una silla y cepillos, libros y objetos personales de una desconocida por todas partes; la puerta del fondo, que normalmente estaba cerrada y comunicaba con las habitaciones de Rachel, se encontraba abierta de par en par. Incluso oí el murmullo lejano de voces en el tocador. Así pues, este era mi castigo. Esta mi desgracia. Mary Pascoe había venido invitada a casa para separarme de Rachel, para que no pudiéramos volver a estar solos, tal como decía en la nota.

Lo primero que sentí fue una cólera tan inmensa que no sé cómo pude contenerme y no ir por el pasillo hasta el tocador, agarrar a Mary Pascoe por los hombros y decirle que recogiera sus cosas y se fuera, que diría a Wellington que la llevara a su casa en el carruaje sin demora. ¿Cómo se había atrevido Rachel a invitarla a mi casa con un pretexto tan miserable, endeble e insultante, que ya no podía volver a estar a solas conmigo? Entonces ¿estaba condenado a soportar a Mary Pascoe cada vez que nos sentáramos a la mesa, y en la biblioteca, y en la sala de estar, y paseando por los jardines, y en el tocador, oyendo eternamente la cháchara interminable de mujeres que solo por la fuerza de la costumbre había soportado en las cenas de los domingos?

Recorrí el pasillo; no me había cambiado, todavía llevaba la ropa mojada. Abrí la puerta del tocador. Rachel estaba en su butaca y Mary Pascoe en el taburete, a su lado; estaban mirando un gran libro con ilustraciones de jardines italianos.

—¿Has vuelto ya? —dijo Rachel—. No hacía buen día para ir a cabalgar por ahí. Cuando fui a la rectoría, el viento casi vuelca el carruaje. Como ves, tenemos la suerte de contar con Mary, que se queda de visita. Ya se encuentra como en su casa. Estoy encantada.

Mary Pascoe soltó una risita aguda.

—¡Qué sorpresa me llevé, señor Ashley —dijo—, cuando su prima vino a buscarme! Las otras se pusieron verdes de envidia. Casi no puedo creerme que esté aquí. Y ¡qué agradable y entrañable es este tocador! Incluso se está mejor aquí que abajo. Su prima dice que tienen la costumbre de pasar aquí las veladas. ¿Juegan al *cribbage*<sup>[4]</sup>? A mí me vuelve loca. Si no saben jugar, les enseñaré con mucho gusto.

—Philip —dijo Rachel— no es aficionado a los juegos de azar. Prefiere quedarse sentado fumando en silencio. Jugaremos nosotras, Mary.

Me miró por encima de la cabeza de Mary Pascoe. No, no era una broma. Supe, por su mirada dura, que lo había hecho completamente a propósito.

—¿Puedo hablar contigo a solas? —solté a bocajarro.

—No veo la necesidad —respondió—. Puedes decir lo que quieras delante de Mary.

La hija del vicario se levantó inmediatamente.

—¡Oh, por favor! —dijo—. No quisiera entrometerme. Me voy a mi habitación ahora mismo.

—Deja las puertas abiertas, Mary —dijo Rachel—, para que me oigas si te llamo —seguía mirándome con hostilidad.

—Sí, claro, señora Ashley —dijo Mary Pascoe.

Pasó por mi lado con los ojos fuera de las órbitas y dejando todas las puertas entornadas.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté a Rachel.

—Lo sabes perfectamente —me respondió—. Te lo decía en la nota.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—Todo el que yo quiera.

—No podrás soportarla más de un día. Te volverás loca, además de volverme loco a mí.

—Te equivocas —dijo—. Mary Pascoe es una chica buena e inofensiva. No es necesario que hable con ella si no tengo ganas. Al menos, con ella en casa, estoy un poco más segura. Además, no quedaba otro remedio. Las cosas no podían seguir como hasta ahora, después de tu desvarío en la mesa. Eso fue lo que dijo tu padrino antes de irse.

—¿Qué dijo?

—Que corrían habladurías sobre mi estancia aquí, y lo que dijiste de casarnos empeora las cosas. No sé a cuánta gente más se lo habrás dicho. Mary Pascoe sabrá acallar las murmuraciones. De eso me encargo yo.

¿Era posible que lo que había hecho la noche anterior pudiera acarrear tal cambio, un antagonismo tan terrible?

—Rachel —le dije—, esto no se soluciona hablando un momento, con las puertas abiertas. Déjame hablar contigo a solas, te lo ruego, después de cenar, cuando Mary Pascoe se vaya a la cama.

—Anoche me amenazaste —dijo—. Con una vez tengo bastante. No hay nada

que solucionar. Y ahora, vete, si quieres. O quédate aquí a jugar al *cribbage* con Mary Pascoe.

Volvió a enfrascarse en el libro de jardines.

Salí de la habitación. No había nada que hacer. Así pues, este era el castigo por el breve momento de la víspera, cuando le puse las manos en la garganta. Un acto imperdonable que lamenté y del que me arrepentí al instante. Y esto, la recompensa. La cólera se fue tan rápido como había venido y, con una tristeza plomiza, se convirtió en desesperación. ¡Ay, Dios! ¿Qué había hecho?

Hacía tan poco tiempo, solo unas horas, éramos felices. El júbilo de la víspera de mi cumpleaños y toda la magia se habían ido, borrados por mi culpa. En el saloncito de La Rosa y la Corona me había parecido que tal vez, en unas semanas, pudiera cambiar de opinión respecto a casarnos. Si no lo hacía inmediatamente, quizá más adelante, y si no, daba igual, siempre y cuando siguiéramos juntos, enamorados como la mañana de mi cumpleaños. Dependía de ella, ella tenía que elegir, pero seguro que no me rechazaría, ¿no? Había llegado a casa casi con esperanzas. Pero ahora la desconocida, la tercera persona, interpretaría mal todo lo nuestro.

Después, en mi habitación, oí sus voces acercándose a las escaleras y luego el roce de los vestidos al bajarlas. Era más tarde de lo que creía, debían de haberse vestido para cenar. Sabía que no soportaría sentarme a la mesa con ellas. Que cenaran solas. Además, no tenía hambre; estaba helado y entumecido, seguro que había cogido frío; prefería ir a mi habitación. Toqué la campanilla y dije a John que me disculpara con las señoras, pero que no bajaría a cenar porque me iba directamente a la cama. La noticia alborotó a los criados y, tal como temía, Seecombe subió con cara de preocupación.

—¿No se encuentra bien, señor Philip? —dijo—. ¿Me permite aconsejarle un baño de mostaza y un *grog* caliente? Esto le pasa por irse a cabalgar con este tiempo.

—No quiero nada, Seecombe, gracias —le dije—, solo estoy un poco cansado.

—Y ¿no va a cenar, señor Philip? Tenemos venado y tarta de manzana. Ya está todo listo para servir. Las señoras se encuentran en la sala de estar.

—No, Seecombe. Anoche dormí mal. Mañana por la mañana estaré mejor.

—Se lo voy a decir al ama; se preocupará mucho.

Al menos, si me quedaba en mi habitación, tenía alguna posibilidad de ver a Rachel a solas. Tal vez después de cenar viniera a verme.

Me desvestí y me metí en la cama. Sin duda había cogido frío. Las sábanas estaban heladas, así que me metí entre las mantas. Estaba rígido, entumecido, y me dolía mucho la cabeza, síntomas muy anormales y desconocidos para mí. Me dispuse a esperar a que terminaran de cenar. Las oí pasar por el vestíbulo hacia el comedor, y charlar constantemente —al menos eso no tuve que soportarlo— y después de un buen rato volvieron a la sala de estar.

Poco después de las ocho subieron las escaleras. Me senté en la cama y me puse la chaqueta sobre los hombros. Quizá eligiera este momento. Tenía frío a pesar de las

rasposas mantas, y el dolor y la rigidez de las piernas y el cuello subió a la cabeza con toda su fuerza: me ardía la frente.

Esperé, pero no vino. Estarían charlando en el tocador. El reloj dio las nueve, las diez y las once. Después de las once supe que no vendría a verme en toda la noche. Por lo tanto, no prestarme la menor atención era parte del castigo.

Me levanté de la cama y fui al pasillo. Se habían retirado ya cada una a su habitación, porque oí a Mary Pascoe en el dormitorio rosa y de vez en cuando, una tosecita irritante para aclararse la garganta: otra costumbre de su madre.

Fui hasta la habitación de Rachel. Puse la mano en el pomo de la puerta e intenté abrir, pero no pude. Había cerrado con llave. Llamé muy suavemente. No me respondió. Volví despacio a mi habitación y, helado de frío, me tumbé en la cama.

Recuerdo que por la mañana me vestí, pero no me acuerdo de que John viniera a despertarme ni de lo que desayuné, ni de ninguna otra cosa, solo de la rigidez horrible del cuello y del dolor insoportable de cabeza. Fui al despacho y me senté. No escribí cartas ni vi a nadie. Poco después de las doce vino Seecombe a decirme que las señoras estaban esperándome para almorzar. Dije que no quería almorzar. Se acercó y me miró la cara atentamente.

—Señor Philip —dijo—, ¿está enfermo? ¿Qué le ocurre?

—No sé —dije.

Me cogió la mano y me tomó el pulso. Salió del despacho y le oí cruzar el patio con mucha prisa.

Al cabo de un rato se abrió la puerta otra vez. Era Rachel, con Mary Pascoe y Seecombe. Entró y se acercó a mí.

—Me dice Seecombe que estás enfermo. ¿Qué te ocurre?

La miré. Todo lo que pasaba era irreal. Ni siquiera sabía que estaba allí, en el despacho; creía que estaba arriba, en mi habitación, helado de frío en la cama, como la noche anterior.

—¿Cuándo la vas a mandar a casa? —le pregunté—. No voy a hacerte nada malo. Te doy mi palabra de honor.

Me puso la mano en la frente y me miró a los ojos. Rápidamente se volvió hacia Seecombe.

—Llama a John —le dijo— y entre los dos os lleváis al señor Ashley a la cama. Di a Wellington que mande al mozo rápidamente a buscar al médico...

Yo no veía nada más que su cara blanca y sus ojos; y por encima de su hombro, ridícula, fuera de lugar y necia, la mirada perpleja de Mary Pascoe fija en mí. Y después nada. Solo rigidez y dolor.

En la cama, vi a Seecombe en la ventana, cerrando los postigos, corriendo las cortinas, sumiendo la habitación en la oscuridad que tanto necesitaba. Seguramente la oscuridad me aliviaría el dolor que me cegaba. Tenía la cabeza sobre la almohada, pero no podía moverla, era como si los músculos del cuello estuvieran tirantes y rígidos. Noté que me daba la mano y repetí:

—Te prometo que no te haré nada. Manda a Mary Pascoe a su casa.

—No hables —me dijo—. Quédate acostado y no te muevas.

Oía murmullos en la habitación. La puerta se abría, se cerraba, se volvía a abrir. Pasos suaves en el suelo. Retazos de luz que venían del rellano, y siempre los murmullos furtivos; debía de estar delirando, porque me parecía que la casa estaba llena de gente, un huésped en cada habitación, y no cabían todos en casa; estaban en la sala, pegados unos a otros, y en la biblioteca, y Rachel iba y venía entre ellos sonriendo, charlando, dándoles la mano tal vez. Yo no dejaba de repetir: «Que se vayan».

De pronto vi la cara redonda del doctor Gilbert, con sus gafas, que me miraba; así que él también estaba en casa. Cuando era pequeño, vino una vez a verme, cuando tuve la varicela, pero no había vuelto a verlo desde entonces.

—Así que fue a bañarse al mar a medianoche, ¿eh? —me dijo—. Pues es una tontería que no tenía que haber hecho.

Hizo un gesto de reprobación con la cabeza, como si yo fuera todavía un niño, y se tocó la barba. Cerré los ojos porque me molestaba la luz. Oí decir a Rachel:

—Conozco muy bien esta clase de fiebre y sé que no me equivoco. He visto morir a niños por esto, en Florencia. Ataca la columna vertebral y después el cerebro. Haga algo, por el amor de Dios.

Se fueron. Y empezaron los murmullos otra vez. A continuación, ruido de ruedas en la entrada, y un carruaje que se iba. Más tarde oí respirar a alguien cerca de las cortinas de mi cama. Entonces supe lo que había pasado. Rachel se había ido. Se había marchado a Bodmin a coger el coche de Londres. Había dejado a Mary Pascoe en casa para que me cuidara. Seecombe, John y los criados también se habían ido, solo quedaba Mary Pascoe.

—Por favor, váyase —dije—, no necesito a nadie.

Una mano me tocó la frente. La mano de Mary Pascoe. Me la quité, pero volvió otra vez, cautelosa, fría, y le dije a gritos que se fuera, pero me presionó la frente con fuerza, penetrante como el hielo, y en hielo se convirtió, hielo en mi frente, en el cuello, agarrándome como a un prisionero. Entonces Rachel me susurró al oído:

—Querido, cálmate. Esto te aliviará la cabeza. Dentro de un rato estarás mejor.

Intenté volverme pero no pude. Entonces ¿no se había ido a Londres?

—No me dejes —rogué—. Prométeme que no te irás.

—Te lo prometo —dijo—. No me moveré de tu lado.

Abrí los ojos pero no la vi, la habitación estaba a oscuras. No era el mismo dormitorio de siempre, tenía otra forma. Era largo y estrecho como una celda, y la cama, dura como el hierro. Había una vela encendida en alguna parte, detrás de un biombo. En la pared de enfrente vi una hornacina con una virgen arrodillada. La llamé en voz alta:

—¡Rachel... Rachel!

Oí que corrían, que se abría una puerta, y después me cogió la mano y me dijo:



—Estoy contigo.

Cerré los ojos otra vez.

Me encontraba en un puente a orillas del Arno, jurando que destruiría a una mujer a la que nunca había visto. El agua pasaba, caudalosa, por debajo del puente, burbujeando, marrón, y Rachel, la niña mendiga, se acercaba a mí con las manos vacías. Iba desnuda, solo llevaba una gargantilla de perlas alrededor del cuello. De pronto señaló hacia el agua y Ambrose pasó por delante de nosotros, por debajo del puente, con las manos recogidas sobre el pecho. El río se lo llevó flotando hasta que desapareció y entonces, lenta y majestuosamente, con las patas rígidas hacia arriba, un perro muerto se fue detrás de él.

## Capítulo XXIV



Lo primero que advertí fue que el árbol que se veía desde mi ventana ya tenía hojas. Lo miré sin comprender. Cuando me fui a la cama las yemas apenas despuntaban. Era muy raro. Habían descornado las cortinas, cierto, pero me acordaba perfectamente de lo bien corridas que estaban la mañana de mi cumpleaños, cuando me asomé a la ventana a mirar el césped. Ya no me dolía la cabeza y se me había pasado la rigidez. Debía de haber dormido muchas horas, posiblemente un día o más. Cuando uno cae enfermo pierde la noción del tiempo.

Sin duda había visto muchas veces al viejo doctor Gilbert con su barba, y también a otro hombre, un desconocido. La habitación siempre a oscuras. Ahora había luz. Notaba la cara rasposa: seguro que me hacía mucha falta un afeitado. Me llevé la mano a la barbilla. Vaya, esto era una locura, porque ahora yo también tenía barba. Me miré la mano. No parecía mía. Era blanca y delgada, y las uñas estaban bastante largas; me las rompía con mucha facilidad cuando cabalgaba. Volví la cabeza y vi a Rachel en una butaca, cerca de la cama; era la suya, la del tocador. No sabía que la estaba mirando. Ella bordaba y llevaba un vestido que no reconocí, negro, como toda su ropa, pero de manga corta, por encima del codo, de una tela ligera y fresca. ¿Tanto calor hacía en la habitación? Las ventanas estaban abiertas de par en par. No había fuego en la chimenea.

Me toqué la barbilla otra vez y noté la barba. Daba gusto tocarla. De pronto me reí; ella levantó la cabeza al oírme y me miró.

—Philip —dijo, sonriendo, y enseguida apareció arrodillada a mi lado y me abrazó.

—Me he dejado barba —dije.

No podía parar de reírme porque aquello era una locura, y después de la risa pasé a la tos e inmediatamente Rachel me dio un vaso con un brebaje de mal sabor que me obligó a tomar poniéndomelo en los labios; después me recostó otra vez en la almohada.

Ese gesto me recordó algo. ¿No había una mano en mis sueños desde hacía tiempo, que aparecía y desaparecía con un vaso y me obligaba a beber? Creía que era Mary Pascoe y la rechazaba. Me quedé mirando a Rachel y le tendí la mano. Me la cogió y me la apretó. Acaricié con el pulgar las azules venas que siempre se le veían y di una vuelta a los anillos. Seguí haciéndolo un rato, sin decir nada. Poco después dije:

—¿La has mandado a su casa?

—¿A quién? —preguntó.

—A Mary Pascoe —respondí.

Contuvo la respiración y la miré; ya no sonreía y se le habían ensombrecido los ojos.

—Se fue hace cinco semanas —dijo—, pero no te preocupes de eso ahora. ¿Tienes sed? Te he preparado un refresco con limas frescas que me han traído de Londres.

Bebí y me supo bien, después de la medicina amarga que me había dado antes.

—Parece que he estado enfermo —le dije.

—Has estado al borde de la muerte —respondió.

Hizo un movimiento como para irse, pero yo no estaba dispuesto a permitirselo.

—Cuéntamelo —le dije.

Tenía mucha curiosidad, como quien ha dormido muchos años seguidos, como Rip van Winkle<sup>[5]</sup>, y al despertarse ve que el mundo ha seguido adelante sin él.

—Si quieres que reviva todos esos días de preocupación, te lo contaré —respondió—, pero, si no, no. Has estado muy enfermo, dejémoslo así.

—¿Qué me pasaba?

—No tengo muy buena opinión de tus médicos ingleses —contestó—. En el continente, esa enfermedad se llama meningitis, pero aquí no la conocen. Es casi un milagro que estés vivo.

—¿Cómo me he salvado?

Sonrió y me apretó la mano.

—Creo que gracias a tu fortaleza de caballo —respondió— y a algunas cosas que les pedí que hicieran, como una punción en la columna vertebral para sacarte el líquido, y también un suero de jugo de hierbas que te inyectaron en la sangre. Decían que era veneno, pero has sobrevivido.

Me acordé de los tónicos que había hecho para algunos arrendatarios que habían estado enfermos en invierno y de que le había tomado el pelo llamándola comadrona y boticaria.

—¿Cómo sabes tanto de esas cosas? —le pregunté.

—Me las enseñó mi madre —dijo—; las florentinas somos muy viejas y muy sabias.

Estas palabras me recordaron algo, pero no conseguí saber qué era exactamente. Todavía me costaba un esfuerzo pensar. Me conformaba con estar tumbado en la cama, dándonos la mano.

—¿Cómo es que el árbol que se ve por la ventana tiene hojas? —le pregunté.

—Es lo normal, en la segunda semana de mayo —dijo.

No lograba entender que hubiera estado en cama tantas semanas sin enterarme de nada. Tampoco me acordaba de los sucesos que me habían llevado hasta allí. Rachel se había enfadado conmigo por algo que no me venía a la cabeza y había invitado a

Mary Pascoe a casa, pero no sabía por qué. De lo que estaba muy seguro era de que nos habíamos casado la víspera de mi cumpleaños, aunque no veía claramente la iglesia ni la ceremonia; solo creía que mi padrino y Louise habían sido nuestros testigos, con la diminuta Alice Tabb, la que limpiaba la iglesia. Sé que estaba muy contento. Y de pronto, sin ningún motivo, caí en la desesperación. Y después me puse enfermo. Daba igual, ahora todo estaba bien otra vez. No había muerto y estábamos en el mes de mayo.

—Creo que ya puedo levantarme —dije.

—Nada de eso —dijo ella—. Tal vez dentro de una semana puedas sentarte aquí, junto a la ventana, para ejercitar un poco los pies. Más tarde podrás ir hasta el tocador. Puede que a finales de mes bajas a sentarte fuera, pero ya veremos.

Ciertamente, la convalecencia fue como ella decía. En mi vida me había sentido tan bobo como la primera vez que me senté en un lado de la cama y bajé los pies al suelo. Toda la habitación empezó a dar vueltas. Me sujetaban Seecombe y John, y estaba más débil que un niño recién nacido.

—¡Dios bendito, señora! ¡Ha crecido más! —dijo Seecombe, con tal cara de consternación que tuve que volver a sentarme para reírme a gusto.

—Soy un fenómeno, podrás exhibirme en la feria de Bodmin —dije.

Y entonces me vi en el espejo, demacrado, pálido, con una barba de color castaño; parecía un apóstol.

—Estoy pensando —dije— en irme a predicar por el campo. Tendré millares de seguidores. ¿Qué te parece? —Me volví hacia Rachel.

—Prefiero que te afeites —dijo gravemente.

—Tráeme la navaja de afeitar, John —dije.

Cuando terminé y me quedé otra vez sin barba, me pareció que había perdido la dignidad y que volvía a ser un niño.

Aquellos días de convalecencia fueron verdaderamente agradables. Rachel siempre estaba conmigo. No hablábamos mucho, porque la conversación me cansaba más que cualquier otra cosa y me daba un poco de dolor de cabeza. Lo que más me gustaba era sentarme junto a la ventana abierta y, para entretenerme, Wellington venía con los caballos y les hacía dar vueltas y vueltas en la gravilla, justo enfrente de mí, como animales de circo. Después, cuando recuperé un poco la fuerza de las piernas, iba al tocador y comíamos allí; Rachel me servía y me atendía como una enfermera a un niño; tanto es así que un día le dije que, si estaba condenada a tener maridos enfermos toda la vida, la culpa era solo suya. Me miró de una forma muy rara cuando se lo dije e iba a responder algo, pero hizo una pausa y cambió de tema.

Recordaba que por alguna razón los criados no sabían que nos habíamos casado; creo que queríamos esperar a que pasaran doce meses desde la muerte de Ambrose para anunciarlo; quizá temía que cometiera yo alguna indiscreción delante de Seecombe, así que me mordí la lengua. Dentro de dos meses podríamos decírselo al mundo; hasta entonces, debía tener paciencia. Creo que cada día la quería más; y ella,

cada día era más amable y tierna, más que en los meses de invierno.

El primer día que bajé y salí fuera, me asombró lo mucho que se había hecho durante mi enfermedad. Habían terminado el paseo aterrazado y el gran socavón del final para el jardín acuático estaba listo para pavimentarlo con piedras y reforzar las orillas. Parecía un abismo muy profundo, oscuro y ominoso, y los obreros que cavaban en el fondo levantaron la vista y me sonrieron; yo los miraba desde arriba, desde la terraza.

Tamlyn me acompañó orgullosamente a los jardines nuevos —Rachel se había quedado con su mujer en la cabaña cercana— y, aunque la temporada de las camelias se había terminado, los rododendros y la berberis naranja estaban en flor y, asomándose al campo de más abajo, las delicadas flores amarilla de los codesos colgaban en racimos y dejaban caer los pétalos.

—El año que viene habrá que cambiarlos de sitio —dijo Tamlyn—. Las ramas se meten mucho en el prado y las semillas matarán al ganado —levantó el brazo hasta una rama; en el lugar de las flores que ya habían caído se estaban formando las vainas con las semillitas dentro—. Al otro lado de St Austell murió un hombre por comérselas —dijo, y tiró la vaina lejos por encima del hombro.

Se me había olvidado lo poco que duraba su floración, como la de casi todas las plantas, y también lo bonitos que eran; y de pronto me acordé del árbol que se inclinaba en el pequeño patio de la villa italiana y de la mujer de la casa del guarda, cuando cogió la escoba y se puso a barrer las vainas.

—En Florencia, en la villa de la señora Ashley, había un bonito árbol de estos.

—¿Sí, señor? —dijo él—. Bueno, tengo entendido que en esos climas se pueden cultivar muchas cosas. Debe de ser un sitio maravilloso. Comprendo que el ama tenga ganas de volver.

—No creo que tenga ninguna intención —contesté.

—Me alegro, señor —dijo—, pero no se oye otra cosa. Que solo está esperando a que usted se reponga del todo para irse.

Era increíble. ¡Qué cuentos se llegaban a inventar con dimes y diretes de todas clases! Pensé que anunciar nuestro matrimonio sería la única forma de impedir que se propagaran esos cotilleos. Sin embargo, no me atrevía a hablar del asunto con ella. Tenía la sensación de que habíamos discutido por eso en una ocasión y que ella se había enfadado, antes de ponerme enfermo.

Por la noche, cuando estábamos en el tocador y yo, según la costumbre que había adquirido, tomaba mi tisana antes de irme a dormir, le dije:

—Corren nuevos rumores por el campo.

—¿Qué se dice ahora? —preguntó, levantando la cabeza.

—Pues... que vuelves a Florencia —contesté.

No dijo nada inmediatamente, solo volvió a bajar la cabeza hacia la labor de bordado.

—Hay tiempo de sobra para decidir esas cosas —dijo—. Antes tienes que

recuperarte del todo y ponerte fuerte.

La miré sin comprender. Entonces, Tamlyn no andaba tan errado. Ir a Florencia entraba en sus planes.

—¿Todavía no has vendido la villa? —le pregunté.

—No, aún no —dijo—, ni quiero venderla ya, ni alquilarla siquiera. Ahora las cosas han cambiado y puedo permitirme mantenerla.

No dije nada. No quería herirla, pero la idea de tener dos casas no me gustaba nada. Lo cierto es que aborrecía la sola imagen de la villa que guardaba en la memoria, y que yo creía que ella también la aborrecía.

—Es decir, ¿tienes la intención de pasar allí el invierno? —pregunté.

—Es posible —dijo—, o el final del verano, pero no hay necesidad de hablar de esto ahora.

—Llevo mucho tiempo sin hacer nada —dije—, no me parece oportuno irme sin hacer los preparativos para el próximo invierno, y mucho menos ausentarme por completo.

—No, claro —dijo—; lo cierto es que no pensaría en irme de aquí si no te quedaras tú al cargo de todo. A lo mejor te apetece ir a verme en primavera, y así te enseñe Florencia.

La enfermedad me había dejado muy lento de entendederas; no comprendía nada de lo que me decía.

—¿Ir a verte? —dije—. ¿Así es como propones que vivamos? ¿Separados muchos meses seguidos?

Dejó la labor y me miró. Había ansiedad en su mirada y se le ensombreció la cara.

—Philip, querido —dijo—, he dicho que no quiero hablar del futuro ahora. Acabas de pasar una enfermedad peligrosa y no te conviene empezar a planear con tanta antelación. Te prometo que no me iré hasta que te hayas restablecido por completo.

—Pero —repliqué— ¿qué necesidad hay de ir? Ahora tu sitio es este. Esta es tu casa.

—También tengo mi villa —dijo— y muchos amigos y una vida fuera de aquí... distinta de esta, lo sé, pero estoy acostumbrada a todo eso. Llevo ocho meses en Inglaterra y ahora siento la necesidad de un cambio. Sé razonable, intenta comprenderlo.

—Supongo —dije, hablando despacio— que soy muy egoísta. No había pensado en eso.

Así pues, tenía que hacerme a la idea de que pretendía dividirse entre Inglaterra e Italia, en cuyo caso yo tendría que hacer lo mismo y empezar a buscar un administrador que se hiciera cargo de las tierras. Pensar en separarse era absurdo, naturalmente.

—A lo mejor mi padrino conoce a alguien —dije, pensando en voz alta.

—¿A alguien? ¿Para qué? —preguntó.

—Pues a alguien que se haga cargo de esto en nuestra ausencia —contesté.

—No veo el motivo —dijo—. Tú solo estarías en Florencia unas pocas semanas, si es que vas. Aunque a lo mejor te gusta tanto que decides quedarte más tiempo. En primavera es una preciosidad.

—Ni primavera ni nada —dije—. Da igual en qué época te vayas, yo voy contigo. Otra vez se le ensombreció la cara y asomó la aprensión a sus ojos.

—No te preocupes de eso ahora —dijo— y, mira, son más de las nueve, más tarde que nunca, hasta ahora. ¿Llamo a John o puedes irte tú solo?

—No llames a nadie —dije.

Me levanté despacio, porque todavía estaba lamentablemente débil, me arrodillé a su lado y le eché los brazos a la cintura.

—Me resulta muy difícil la soledad de mi habitación —dije—, estando tú tan cerca, al otro lado del pasillo. ¿Por qué no se lo decimos enseguida?

—¿Qué tenemos que decir? —preguntó.

—Que estamos casados —contesté.

Se quedó muy quieta entre mis brazos, sin moverse, casi como si se hubiera quedado rígida, como exánime.

—¡Ay, Dios...! —musitó. Me puso las manos en los hombros y me miró a la cara—. ¿Qué quieres hacer, Philip? —preguntó.

Empezó a latirme un punto en la cabeza, como un eco del dolor de las semanas anteriores. Un martilleo profundo, cada vez más profundo, acompañado de una sensación de miedo.

—Anunciárselo a los criados —dije—. Así tendría todo el derecho a quedarme contigo, porque estamos casados...

Pero me quedé sin voz al ver la expresión de sus ojos.

—Pero es que no estamos casados, Philip, querido —dijo ella.

Algo me estalló dentro de la cabeza.

—Estamos casados —dije—, por supuesto que estamos casados. Fue en mi cumpleaños. ¿Se te ha olvidado?

Pero ¿cuándo había sido? ¿En qué iglesia? ¿Quién había sido el ministro? El dolor punzante volvió y la habitación empezó a dar vueltas.

—Dime que es cierto —le rogué.

Y de pronto supe que era una fantasía, que la felicidad que había sentido en las semanas anteriores eran imaginaciones mías. El sueño se había hecho pedazos.

Apoyé la cabeza en ella y lloré; nunca había derramado lágrimas de esa forma, ni siquiera de niño. Me abrazó y me acarició la cabeza sin decir una palabra. Al cabo de un rato recobré el dominio de mí mismo y volví a sentarme, exhausto. Me trajo algo de beber y se sentó en la banqueta, a mi lado. Las sombras de la noche de verano jugueteaban por la habitación. Los murciélagos salieron de su escondite, bajo el alero, y empezaron a volar en círculos en la penumbra exterior.

—Habría sido mejor —dije— que me hubieras dejado morir.

Suspiró y me puso la mano en la mejilla.

—Si dices eso me matas a mí también. Ahora crees que eres desgraciado porque todavía estás débil. Pero en cuanto te pongas fuerte todo esto te parecerán naderías. Volverás a tu trabajo en las tierras... ¡Hay tanto que hacer, tantas cosas que se han descuidado desde que te pusiste enfermo...! Estaremos ya en pleno verano. Volverás a bañarte en el mar y a navegar en la bahía.

Por el tono de voz supe que hablaba para convencerse a sí misma, no a mí.

—¿Qué más? —pregunté.

—Sabes muy bien que aquí eres feliz —dijo—, esta es tu vida y lo seguirá siendo. Me has dado las tierras, pero siempre las consideraré tuyas. Será como si tuviéramos una fundación entre los dos.

—Es decir, que nos cartearíamos entre Italia e Inglaterra mes a mes, todo el año. Te diré: «Querida Rachel, las camelias han florecido». Y tú me dirás: «Querido Philip, me alegro mucho. Mi rosaeda prospera». ¿Ese es el futuro que nos aguarda?

Ya me veía merodeando por la entrada de gravilla todas las mañanas después de desayunar, esperando que llegara el chico con la cartera del correo y sabiendo perfectamente que no habría cartas para mí, solo facturas de Bodmin.

—Vendría todos los veranos, muy probablemente —dijo—, a ver cómo va todo.

—Como las golondrinas, que solo vienen a pasar la temporada —contesté— y se van otra vez la primera semana de septiembre.

—Ya te he dicho que vayas a verme en primavera. En Italia hay muchas cosas que te gustarían. No has viajado apenas, solo una vez. Conoces muy poco el mundo.

Era como una maestra calmando a un niño díscolo. Tal vez me considerase un niño díscolo.

—Lo que he visto —contesté— me ha quitado las ganas de conocer lo demás. Y ¿a qué crees que me dedicaría? ¿A pasear por las iglesias y los museos con una guía en la mano? ¿A hablar con desconocidos para ensanchar mis ideas? Prefiero aburrirme en casa viendo llover.

Lo dije en un tono seco y amargo, pero no pude evitarlo. Rachel suspiró otra vez. Parecía buscar argumentos para demostrarme que todo estaba bien.

—Te repito —insistió— que cuando te repongas del todo el futuro te parecerá distinto. Las cosas no han cambiado tanto. En cuanto al dinero... —hizo una pausa y me miró.

—¿Qué dinero? —dije.

—El del patrimonio —continuó—. Todo eso quedará convenientemente arreglado y dispondrás de medios suficientes para gobernar las tierras sin sufrir pérdidas, y yo sacaré del país lo que necesite. Ya están en marcha todos los preparativos.

Por mí, que se llevara hasta el último penique. ¿Qué tenía que ver todo eso con lo que sentía por ella? Pero siguió hablando.

—Tienes que continuar con las reformas que consideres oportunas —dijo rápidamente—. Sabes que no voy a poner en duda ninguna decisión tuya, ni siquiera



tendrás que mandarme las facturas, confío en tu buen juicio. Siempre podrás acudir a tu padrino en busca de consejo. Dentro de nada te parecerá que todo está como antes de que viniera yo.

Ya era casi de noche. Ni siquiera le distinguía la cara entre las sombras que nos rodeaban.

—¿Lo crees de verdad? —le pregunté.

No me contestó enseguida. Buscaba excusas que justificaran mi existencia, para añadirlas a las que ya me había dado. No las había y ella lo sabía perfectamente. Se volvió hacia mí y me dio la mano.

—Necesito creerlo —dijo—, si no, no viviré en paz.

Desde que la conocía me había dado muchas respuestas a las preguntas, serias y no serias, que le había hecho. Unas veces se reía al contestar, otras, reaccionaba con evasivas, pero siempre de una forma femenina que todo lo adornaba. Esta última respuesta era directa por fin, con el corazón en la mano. Necesitaba saber que yo era feliz para vivir en paz. Yo había dejado el mundo de fantasía y ahora entraba ella en él. Así pues, dos personas no podían compartir un sueño. Solamente en la oscuridad, como de mentirijillas; por lo tanto, cada figura, un espíritu.

—Vuelve, si quieres —dije—, pero espera un poco. Quédate unas semanas más que pueda recordar después. No me gusta viajar, mi mundo eres tú.

Quería evadirme del futuro, huir. Pero cuando la abracé algo había cambiado; ya no tenía fe ni el éxtasis del principio.

## Capítulo XXV



No volvimos a hablar de su partida. Era una pesadilla que los dos condenamos a un rincón. Por ella procuraba parecer alegre, despreocupado. Ella hacía lo mismo por mí. Enseguida llegó el verano y no tardé en recuperar las fuerzas, al menos en apariencia, aunque a veces volvía a dolerme la cabeza, no tanto como antes, pero de pronto, sin motivo, empezaba a martillearme.

No se lo decía a Rachel: ¿para qué? No era por cansancio físico ni cuando salía fuera, solo si me ponía a pensar. Incluso los sencillos problemas que me planteaban los arrendatarios en el despacho podían provocármelo; se apoderaba de mí una especie de niebla que me impedía darles una solución.

Pero casi siempre era por ella. Por ejemplo, algunas noches nos sentábamos fuera después de cenar hasta más de las nueve, a tomar el fresco al pie de la ventana de la sala, porque el tiempo nos lo permitía en el mes de junio; yo la miraba y de pronto me preguntaba qué sería lo que le pasaba por la cabeza mientras tomaba la tisana y contemplaba el avance sigiloso de la oscuridad en los árboles que bordeaban el césped. ¿Su yo secreto pensaría cuánto tiempo más tendría que soportar esta vida solitaria? ¿Se diría en secreto: «Ahora que ya está bien, podré irme la semana que viene»?

Esa villa Sangalotti de Florencia tenía ahora para mí otra forma y otro ambiente. En vez de ser oscura, con las ventanas cerradas, como la había visto la única vez que estuve allí, ahora me la imaginaba muy iluminada, con todas las ventanas abiertas de par en par. Esos desconocidos a los que ella llamaba amigos deambulaban alegremente por las habitaciones y se oía bullicio de risas y conversaciones. Toda la villa resplandecía y en todas las fuentes corría el agua. Ella iría saludando a los invitados, sonriendo a diestro y siniestro, en su salsa, dueña y señora de sus dominios. Así era, pues, la clase de vida que conocía, quería y entendía. Los meses conmigo eran un interludio. Por fin volvería a casa, a su casa. Me imaginaba la llegada: aquel hombre, Giuseppe, y su mujer, abrirían la verja de hierro de par en par al ver la carroza; y después, feliz, recorrería con entusiasmo las habitaciones que tan bien conocía y tanto tiempo hacía que no veía; haría preguntas a los criados, escucharía las respuestas y abriría el abundante correo que la esperaba, contenta, serena, dispuesta a recoger de nuevo y a retener los millares de hilos de su existencia que yo jamás conocería ni compartiría con ella. ¡Cuántos días y cuántas noches no sería mía!

Al cabo de un rato notaba mi mirada y decía:

—¿Qué pasa, Philip?

—Nada —contestaba yo.

Y cuando se le apagaba la expresión de la cara y se quedaba vacilante, inquieta, me parecía que me soportaba como una gran carga sobre los hombros. Estaría mejor sin mí. Intenté gastar toda la energía como antes, en el gobierno de las tierras, en las tareas cotidianas; pero para mí ya no significaban lo mismo. ¿Qué más daba si las tierras del Barton se secaban por falta de lluvia? La verdad es que no me preocupaba mucho. Y, si nuestras vacas ganaban premios en la feria y eran, por tanto, las mejores del condado, ¿qué gloria era esa? Tal vez el año anterior, pero ahora ¡qué victoria tan vacua!

Me parecía que todos los que me consideraban el amo tenían cada vez peor opinión de mí. «Esa enfermedad lo ha dejado débil, señor Ashley», me dijo Billy Rowe, el granjero del Barton, profundamente decepcionado porque su labor no me había entusiasmado lo suficiente. Y pasó lo mismo con los demás. Incluso Seecombe me llamó la atención.

—No parece que se recupere como debiera, señor Philip —dijo—, anoche lo comentábamos en la habitación del mayordomo. Tamlyn me dijo: «¿Qué le pasa al amo? Silba como un fantasma en Halloween y se queda con la mirada vacía». Yo le aconsejaría un poco de marsala por la mañana. Nada mejor que una copa de marsala para arreglar la sangre.

—Dile a Tamlyn —repliqué— que se meta en sus asuntos. Me encuentro perfectamente.

No habíamos reanudado todavía la costumbre de comer los domingos con los Pascoe y los Kendall, lo cual era un alivio. Creo que la pobre Mary Pascoe había vuelto a la rectoría, después de que cayera enfermo, diciendo que estaba loco. Vi que me miraba con recelo en la iglesia, el primer domingo que fui, después de curarme; toda la familia me miró como con compasión y preguntaba por mí en voz baja, desviando la vista.

Vino a verme mi padrino, y también Louise. Ellos también adoptaron una actitud diferente, entre alegres y comprensivos, como si trataran a un niño que ha sufrido una enfermedad; y también me dio la impresión de que les habían advertido de que no hablaran de ningún tema que pudiera causarme preocupación. Estábamos los cuatro en la sala como desconocidos. «Mi padrino —pensé— está incómodo, le gustaría no haber venido, pero se cree en el deber de hacerlo; Louise, en cambio, con ese instinto tan curioso que tienen las mujeres, está cohibida porque sabe lo que ha pasado aquí». Como de costumbre, Rachel dominaba el ambiente y conseguía que la conversación no decayera. La feria de muestras del condado, el compromiso de la segunda hija de los Pascoe, el tiempo tan cálido que hacía, la perspectiva de un cambio de gobierno... asuntos así. Pero ¿y si habláramos de lo que pensábamos en realidad?

—Váyase ya de Inglaterra, antes de destrozarse usted y a este muchacho, de paso —diría mi padrino.

—La quieres más que nunca. Te lo veo en los ojos —diría Louise.

—Tengo que evitar que alteren a Philip cueste lo que cueste —diría Rachel.

Y yo:

—Dejadme solo con ella, marchaos...

Sin embargo, no perdimos la cortesía y mentimos. Todos respiramos de alivio cuando terminó la visita y, mientras los miraba alejarse hacia la verja del parque, encantados de irse de una vez, sin duda, pensé que me gustaría levantar un muro alrededor de las tierras, como en los cuentos de hadas de la infancia, para que no entrara nadie, ni ningún desastre.

Aunque Rachel no decía nada, yo tenía la sensación de que estaba dando los primeros pasos para irse. Alguna noche la encontraba repasando sus libros, organizándolos como se suele hacer cuando se quiere elegir cuáles llevarse de viaje y cuáles dejar. Otras veces estaba en el escritorio ordenando papeles, con la papelería llena de hojas rotas y cartas que no le interesaban, y atando las demás con cinta de papel engomado. En cuanto entraba yo en el tocador dejaba de hacerlo, se iba a su sillón y se ponía a bordar, o se sentaba al lado de la ventana; pero a mí no me engañaba. ¿A qué venían esas ganas repentinas de ordenarlo todo, si no era porque no tardaría en vaciar el tocador?

Me parecía que en la habitación había menos cosas que antes. Echaba de menos algunas fruslerías. Un costurero que había pasado el invierno y la primavera en un rincón, una toquilla que estaba siempre en el respaldo de una silla, un boceto de la casa a lápices de colores que le había regalado una visita un día de invierno y que estaba en la repisa de la chimenea... faltaban todas esas cosas. Esto me recordaba a la infancia, cuando me mandaron a la escuela por primera vez. Seecombe había retirado muchas cosas de mi cuarto infantil, había hecho paquetes de libros que viajarían conmigo y había puesto los demás, los que menos me gustaban, en una caja, para dárselos a los niños de las tierras. Había también abrigos que me habían quedado pequeños, muy gastados; y recuerdo que insistió en que se los diera a otros niños más pequeños y menos afortunados que yo, cosa que no me hizo ninguna gracia. Era como si me arrebatara un pasado feliz. Ahora, en el tocador de Rachel, el ambiente era parecido. ¿Había regalado la toquilla a alguien porque a ella ya no le haría falta en un clima más cálido? Y el costurero ¿lo había vaciado y ahora reposaba en el fondo de un baúl? En realidad, de momento no había ningún baúl a la vista. Eso sería la última señal, y oír pasos fuertes en el desván, ver a los chicos bajando cajas entre dos, cajas que olían a polvo y telarañas, impregnadas de alcanfor. Entonces sabría lo peor y, como los perros, con su misterioso olfato para los cambios, esperaría el final. Otro detalle era que tomó la costumbre de salir por la mañana en el carruaje, cosa que no hacía antes. Me decía que tenía que ir de compras y pasar por el banco. Era posible, sí, pero con un día habría tenido suficiente para hacerlo todo. Sin embargo fueron tres mañanas en una semana, dos seguidas y otra dos días después, y ahora, esta semana, había ido a la ciudad dos veces ya. La primera, por la mañana y la segunda, por la

tarde.

—Parece —le dije— que tienes muchísimas cosas que comprar, así, de repente, y mucho que hacer en el banco, además...

—Tenía que haberlo hecho antes —respondió—, pero no he podido porque estabas enfermo.

—¿No te encuentras con nadie por allí?

—Pues no, con nadie en particular. Bueno, sí, ahora que lo dices, he visto a Belinda Pascoe y al coadjutor con el que se va a casar. Te mandan recuerdos.

—Pero —insistí— has estado fuera toda la tarde. ¿Te has traído todo el género de las tiendas de tejidos?

—No —dijo—. Pero ¡qué curioso y qué fisgón eres! ¿Es que no puedo pedir el carruaje cuando quiera, o temes que los caballos se cansen por mi culpa?

—Vete a Bodmin o a Truro si quieres —dije—, allí se compra mejor y hay más cosas que ver.

Es decir, no respondió a lo yo quería saber. Debía de tratarse de asuntos muy personales y privados, para actuar con tanto reparo.

La siguiente vez que pidió el carruaje no se llevó al mozo, fue solo con Wellington. Por lo visto, Jimmy tenía dolor de oído. Yo había estado en el despacho y me lo encontré sentado en el establo, con la mano en el oído dolorido.

—Tienes que pedir aceite al ama —le dije—. Dicen que es un buen remedio.

—Sí, señor —dijo, desconsolado—, me prometió que me daría algo luego, cuando volviera. Creo que cogí frío ayer. En el muelle soplaban un aire muy fresco.

—¿Qué hacías en el muelle? —pregunté.

—Estuvimos mucho rato esperando al ama —contestó—, así que el señor Wellington pensó que era mejor dejar los caballos en La Rosa y la Corona y luego me dejó ir al puerto a ver los barcos.

—Entonces ¿el ama estuvo de compras toda la tarde? —pregunté.

—No, señor —contestó—, no fue de compras. Estuvo todo el rato en el salón de La Rosa y la Corona, como siempre.

Lo miré con incredulidad. ¿Rachel en el salón de La Rosa y la Corona? ¿Es que tomaba el té con el dueño y su mujer? Por un momento sentí ganas de seguir haciéndole preguntas, pero preferí dejarlo. A lo mejor estaba hablando de más y Wellington lo regañaría por bocazas. Por lo visto, últimamente me ocultaban muchas cosas. La casa entera se había aliado contra mí en una conspiración de silencio.

—Bien, Jim, que te mejores pronto del dolor de oídos —dije, y lo dejé en el establo.

Aquí había algún misterio. ¿Tantos deseos de compañía tenía Rachel, que se iba a buscarla a la taberna de la ciudad? Como sabía que no me gustaban las visitas, ¿había decidido alquilar el salón algunas mañanas o tardes e invitar a la gente a que fuera a verla allí? Cuando volvió no le dije nada, simplemente le pregunté si se lo había pasado bien, y ella dijo que sí.

Al día siguiente no pidió el carruaje. A la hora del almuerzo me dijo que tenía que escribir cartas y subió al tocador. Yo dije que iría a Coombe dando un paseo, porque tenía que ver al granjero, lo cual era cierto y así lo hice. Pero fui más allá, hasta la ciudad. Era sábado y, como hacía buen tiempo, había mucha gente en las calles, gente de los mercados de las poblaciones cercanas que no me conocía de vista y, por lo tanto, pasé desapercibido. No me encontré con ningún conocido. Las personas «de calidad», como decía Seecombe, nunca iban a la ciudad por la tarde, y menos un sábado.

Me asomé al muro del puerto, cerca del muelle, y vi a unos niños pescando en una barca, enredados entre sus cañas. Al cabo de un rato remaron hasta los escalones y dejaron la barca. Reconocí a uno de ellos. Era el mozo que ayudaba en la barra de La Rosa y la Corona. Llevaba tres o cuatro lubinas de buen tamaño ensartadas en un alambre.

—Se te ha dado bien la pesca —le dije—. ¿Son para la cena?

—No para mí, señor —sonrió—, pero en la taberna me lo agradecerán, ya lo verá.

—¿Ahora servís lubina con la sidra? —pregunté.

—No —dijo—, este pescado es para el caballero del salón. Ayer comió salmón que pesqué en el río.

Un caballero en el salón. Saqué unas monedas del bolsillo.

—Bueno —dije—, espero que te las pague bien. Toma, a ver si te traen suerte. ¿Quién es el caballero?

Sonrió otra vez.

—No sé cómo se llama, señor. Dicen que es italiano, de un país extranjero.

Y se fue corriendo por el muelle con el pescado al hombro. Miré el reloj. Eran más de las tres. Sin duda el caballero del país extranjero cenaría a las cinco. Me fui a pasear por la ciudad; bajé por el callejón estrecho hasta el cobertizo de las barcas, donde Ambrose guardaba las velas y el equipo del navegar que tenía. La barquita estaba bien amarrada. La acerqué y me metí en ella; después salí al puerto remando y me alejé un poco del muelle.

Varios hombres iban y venían entre los barcos anclados en el canal y las escaleras de la ciudad; no se fijaron en mí, no les interesaba, y creyeron que era un pescador. Eché el rezón al agua, me recosté en los remos y me quedé mirando la fachada de La Rosa y la Corona. La entrada de la taberna daba a una calle lateral. Él no entraría por ahí. Si llegara a verlo siquiera, entraría por la puerta principal. Pasó una hora. El reloj de la iglesia dio las cuatro. Seguí esperando. A las cinco menos cuarto vi salir a la mujer del dueño por la entrada del salón y echar un vistazo a la calle, como si buscara a alguien. El caballero llegaba tarde a cenar. El pescado estaba hecho. La oí hablar con un tipo que estaba junto a las barcas amarradas, en los escalones, pero no entendí lo que decía. El hombre le respondió, se volvió hacia un lado y señaló el puerto. Ella asintió con un gesto y volvió a la taberna. Después, a las cinco y diez, una barca se acercó a los escalones. Un tipo robusto remaba en la proa y la barca estaba recién

barnizada, como las que se alquilaban a los extranjeros que deseaban dar una vuelta de placer por el puerto.

En popa iba sentado un hombre con un sombrero de ala ancha. Llegaron a los escalones. El hombre saltó de la barca y, después de una pequeña discusión, dio dinero al remero y se dirigió a la taberna. Se detuvo un momento en los peldaños, antes de entrar en La Rosa y la Corona, se quitó el sombrero y echó un vistazo general como si estuviera poniendo precio a todo lo que veía, un vistazo de tasador inconfundible. Lo tenía tan cerca que podía tirarle una galleta. Después entró. Era Rainaldi.

Levé el rezón y volví al cobertizo; dejé la barca amarrada, crucé la ciudad y subí al monte por las atarazanas. Creo que cubrí los seis kilómetros hasta casa en cuarenta minutos. Rachel estaba esperándome en la biblioteca. Habían retirado los platos porque yo no me había presentado a almorzar. Salió a mi encuentro ansiosamente.

—Por fin has vuelto —dijo—. Estaba muy preocupada. ¿Dónde has estado?

—Remando en el puerto —dije—. Hace buen tiempo para salir de excursión. Se está mucho mejor en el agua que en La Rosa y la Corona —la mirada de susto que asomó a sus ojos era lo único que necesitaba como prueba definitiva—. Está bien, sé tu secreto —proseguí—, no inventes mentiras.

Llegó Seecombe y me preguntó si servía la cena.

—Sí, inmediatamente —dije—. No voy a cambiarme.

Me quedé mirándola sin decir nada más y fuimos al comedor. Seecombe notaba algo raro y se deshacía en atenciones. No se separaba de mi lado, como un médico, y me ofrecía diferentes platos para que los probase.

—Ha hecho un esfuerzo demasiado grande, señor —dijo—; no le conviene nada. Se nos pondrá enfermo otra vez.

Miró a Rachel pidiéndole que confirmara sus palabras y que lo apoyara. Ella no dijo nada. En cuanto terminamos la cena, aunque ni ella ni yo probamos bocado apenas, Rachel se levantó y subió a sus habitaciones. La seguí. Cuando llegó a la puerta del tocador, me la habría cerrado en las narices, pero fui más rápido que ella: entré y me apoyé contra la puerta. Me miraba con aprensión otra vez. Se alejó de mí y se quedó al lado de la repisa de la chimenea.

—¿Cuánto hace que está Rainaldi en La Rosa y la Corona? —pregunté.

—Eso es asunto mío —contestó.

—Y mío, conque responde —repliqué.

Creo que comprendió que no había esperanzas de cerrarme la boca ni de engatusarme con cuentos.

—Muy bien; pues hace dos semanas —respondió.

—¿Por qué ha venido? —pregunté.

—Porque se lo pedí yo, porque es amigo mío, porque necesito que me aconseje y, como sé que te disgusta verlo, no podía invitarlo a casa.

—¿En qué necesitas que te aconseje?

—Eso también es asunto mío, no tuyo. Deja de comportarte como un niño, Philip, y ten un poco de comprensión.

Me alegré de verla tan intranquila. Eso demostraba que era culpable.

—Me pides comprensión —dije—. ¿Quieres que comprenda el engaño? Hace dos semanas que me mientes todos los días, no lo niegues.

—Si te he engañado ha sido contra mi voluntad —dijo—, y solo por tu bien. Odias a Rainaldi. Si hubieras sabido que iba a verlo, habríamos tenido esta conversación antes y habrías recaído. ¡Ay, Dios! ¿Tengo que volver a pasar por lo mismo otra vez? ¿Primero con Ambrose y ahora contigo?

Estaba muy pálida y tensa, pero no sabía si era de miedo o de rabia. Me quedé mirándola sin moverme de la puerta.

—Sí —dije—, odio a Rainaldi, como Ambrose. Y tengo motivos.

—¿Qué motivos, por compasión?

—Está enamorado de ti. Hace años que está enamorado de ti.

—Eso es completamente absurdo... —Empezó a pasear por la pequeña habitación, entre la chimenea y la ventana, con las manos juntas frente a sí—. Es un hombre que ha estado a mi lado en todas las situaciones difíciles, siempre que me han surgido problemas. No me ha interpretado mal jamás ni me ha considerado nada más que lo que soy. Conoce mis errores, mis puntos débiles, y no me condena por ellos, me acepta tal como soy. En todos estos años (años de los que tú no sabes nada), desde que lo conozco, me habría perdido sin su ayuda. Rainaldi es mi amigo, mi único amigo.

Hizo una pausa y me miró. Sin duda era verdad, o así lo veía ella hasta el punto de creérselo. Pero eso no influía en la opinión que tenía yo de Rainaldi. Él ya había recibido parte de su recompensa: los años de los que, como acababa de decirme, yo no sabía nada. Lo demás vendría con el tiempo. El mes siguiente tal vez, el año siguiente, pero llegaría. Tenía paciencia para dar y tomar. Pero yo no, ni Ambrose.

—Dile que se vaya, que vuelva a su casa —dije.

—Se irá cuando esté preparado para irse —dijo—, pero, si lo necesito, se quedará. Te advierto de que si vuelves a amenazarme lo traeré a casa, para que me proteja.

—No te atreverás —dije.

—¿Atreverme? ¿Por qué no? Esta casa es mía.

Así que estábamos en guerra. Sus palabras eran un desafío al que no me podía enfrentar. Su cerebro de mujer funcionaba de otra forma. Toda discusión era justa, todo golpe, sucio. La fuerza física desarmaba a la mujer. Di un paso hacia ella, pero se encontraba al lado de la chimenea, con la mano en el cordón de la campanilla.

—Quédate ahí —me advirtió— o llamo a Seecombe. ¿Quieres hundirte en la vergüenza cuando le diga que intentabas agredirme?

—No iba a agredirte —contesté. Me volví y abrí la puerta de par en par—. De acuerdo —dije—, llama a Seecombe, si quieres. Cuéntale todo lo que ha pasado aquí



entre nosotros. Si es necesario llegar a la violencia y a la vergüenza, que sea a lo grande.

Se quedó junto al cordón de la campanilla. Yo, junto a la puerta abierta. Soltó el cordón y yo no me moví. Entonces, con lágrimas en los ojos, me miró y me dijo:

—Una mujer no puede sufrir lo mismo dos veces. Ya he pasado por todo esto una vez —se llevó las manos a la garganta y añadió—: Hasta las manos alrededor de la garganta. Eso también. ¿Lo comprendes ahora?

Miré por encima de ella al retrato de la repisa y el rostro joven de Ambrose que me miraba era el mío. Nos había vencido a los dos.

—Sí, lo comprendo —dije—. Si quieres ver a Rainaldi, invítale a venir. Lo prefiero a que te reúnas con él a hurtadillas en La Rosa y la Corona.

La dejé en el tocador y me fui a mi habitación.

Al día siguiente vino a cenar. Rachel me había mandado una nota a la hora del desayuno pidiéndome permiso para invitarlo; sin duda se había olvidado del desafío de la noche anterior o lo había retirado inmediatamente para devolverme a mi posición. Le contesté con otra nota diciéndole que daría órdenes a Wellington de que fuera a buscarlo con el carruaje. Llegó a las cuatro y media.

Resultó que me encontraba solo en la biblioteca, cuando llegó, y por un error de Seecombe, lo llevaron a allí, en vez de a la sala de estar. Me levanté al verlo entrar y le di las buenas tardes. Parecía estar a sus anchas y me tendió la mano.

—Espero que se haya recuperado —dijo, a modo de saludo—. La verdad es que tiene mejor aspecto de lo que me esperaba. Todo lo que he sabido de usted eran malas noticias. Rachel estaba muy preocupada.

—Sí, sí, estoy muy bien —le dije.

—Es usted afortunado por ser joven —dijo—. ¡Lo que vale tener buenos pulmones y buen estómago, y así, en pocas semanas, desaparecen todas las secuelas de la enfermedad! No me extrañaría que haya salido ya a galopar por el campo. Sin embargo, los mayores, como su prima y yo, procuramos evitar los esfuerzos. Personalmente, una siestecita después de comer me parece esencial para las personas maduras.

Le invité a sentarse y así lo hizo, sonriendo y mirando a todas partes.

—¿Todavía no se han hecho cambios en esta biblioteca? —dijo—. Tal vez Rachel prefiera dejarla tal como está, para dar ambiente. Está muy bien. Se puede gastar el dinero en otras cosas. Según me ha dicho, se ha avanzado mucho en los jardines, desde la última vez que estuve aquí. Conociendo a Rachel, no es difícil de creer. Pero me gustaría verlo todo, antes de dar mi beneplácito. Me considero un hombre de confianza imparcial. —Sacó un puro fino de su petaca y lo encendió sin dejar de sonreír—. Le escribí una carta desde Londres —dijo—, después de que cediera el patrimonio, y se la habría mandado, pero entonces me enteré de que había caído enfermo. En realidad, le decía poca cosa que no pueda decirle ahora. Simplemente le daba las gracias por Rachel y le aseguraba que me ocuparía celosamente de que no

sufriera usted pérdida alguna en la transacción. Estaré al tanto de todos los gastos. — Soltó una nube de humo al aire y se quedó mirando el techo—. Ese candelabro —dijo— se eligió con poco gusto. En Italia podemos encontrarle algo mejor. Que no se me olvide decirle a Rachel que tome nota de estas cosas. Cuadros buenos, muebles buenos, buenas lámparas... son inversiones seguras. Llegado el momento, verá que el valor del patrimonio se habrá doblado cuando vuelva a sus manos. Pero todo eso será en un futuro lejano, cuando sus hijos ya sean mayores y Rachel y yo seamos viejos y vayamos en silla de ruedas. —Se rio y me volvió a sonreír—. Y ¿qué tal está la encantadora señorita Louise? —me preguntó.

Le dije que creía que se encontraba bien. Lo miraba mientras fumaba el puro y pensé que tenía unas manos muy finas para ser hombre. Resultaban casi femeninas y no encajaban del todo con su persona, y el gran anillo que llevaba en el dedo meñique estaba fuera de lugar.

—¿Cuándo regresa a Florencia? —le pregunté.

Tiró al fuego la ceniza del puro que le había caído en la chaqueta.

—Depende de Rachel —dijo—. Vuelvo a Londres para terminar unos asuntos y después, o me voy a Florencia antes que ella a preparar la villa y a los criados para cuando llegue o espero un poco y volvemos juntos. Porque, naturalmente, ya sabe que se va a ir, ¿verdad?

—Sí —respondí.

—Me alivia que no la obligue a quedarse —dijo—. Comprendo que, con la enfermedad, dependía usted mucho de ella; eso es lo que me dijo. Y lo que más le preocupaba era no herirle en los sentimientos bajo ningún concepto. Pero, tal como le dije, este primo tuyo ya es un hombre, no un niño. Si no sabe andar solo, tiene que aprender. ¿No le parece que tengo razón? —me preguntó.

—Toda la razón.

—Las mujeres, y Rachel en particular, siempre actúan emocionalmente. Nosotros, los hombres, somos más racionales en general, aunque no siempre. Me alegro de verlo tan sensato. Tal vez en primavera, cuando venga a vernos a Florencia, me permita enseñarle algunos de los tesoros que tenemos. No le decepcionarán.

Soltó otra nube de humo hacia el techo.

—Cuando habla usted en plural —me atreví—, ¿lo dice en sentido mayestático, como si la ciudad fuera suya, o es un término legal?

—Discúlpeme —dijo—, pero estoy tan acostumbrado a actuar en nombre de Rachel, incluso a pensar por ella en muchos aspectos, que no puedo dissociarme completamente y termino hablando en plural. —Me miró—. Tengo buenas razones para creer que, con el tiempo —prosiguió—, la forma del plural llegará a tener un sentido más íntimo. Pero eso —hizo un ademán, puro en mano— depende de los dioses. ¡Ah, aquí está!

Rachel entró en la biblioteca y Rainaldi se puso en pie; yo también; le besó la mano y ella le dio la bienvenida en italiano. Quizá fue al observarlos en la cena, no sé

—cómo la seguía con los ojos constantemente, la sonrisa de ella, la forma distinta de tratarlo—, el caso es que empecé a notar por dentro algo parecido a las náuseas. La comida que probaba me sabía a polvo. Incluso la tisana que hizo para los tres después de la cena tenía un fuerte sabor amargo. Los dejé sentados en el jardín y subí a mi habitación. Empezaron a hablar en italiano en cuanto me fui. Me senté al lado de la ventana, en el mismo sitio que los primeros días de convalecencia, con ella a mi lado; era como si el mundo entero se hubiera vuelto maléfico y agrio de repente. No fui capaz de bajar a despedirme de él. Oí que llegaba el carruaje y se iba. Me quedé sentado donde estaba. Al cabo de un rato subió Rachel y llamó a la puerta. No respondí. La abrió, vino directa hacia mí y me puso una mano en el hombro.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó, como suspirando, como si hubiera llegado al límite de la paciencia—. No ha podido ser más cortés y amable contigo —me dijo—. ¿Qué ha hecho mal hoy?

—Nada —dije.

—Me habla muy bien de ti; si al menos lo hubieras oído, te darías cuenta de que te tiene en gran consideración. Desde luego, no le puedes reprochar nada de lo que ha dicho esta tarde. Si al menos dejaras de ser tan complicado, tan celoso...

Corrió las cortinas de mi habitación porque era casi de noche. Vi impaciencia incluso en ese gesto, en la forma de tocar las cortinas.

—¿Piensas quedarte ahí enfurruñado hasta la medianoche? —preguntó—. En ese caso, tápate un poco, porque si no te entrará frío. Yo estoy agotada, así que me voy a la cama.

Me tocó la cabeza y se fue. No fue una caricia, sino el roce rápido de quien da unas palmaditas a un niño que se ha portado mal, harta ya de regañar y deseando olvidarse del asunto: «Vamos, vamos... ¡Por el amor de Dios, déjalo ya!».

Esa noche volvió la fiebre. No tan alta como la otra vez, pero parecido. No sé si habría cogido frío en la barca del puerto, hacía veinticuatro horas, pero por la mañana estaba tan mareado que no me podía poner de pie en el suelo y empecé a tener arcadas y a temblar, y tuve que meterme en la cama otra vez. Mandaron a buscar al médico y, con un dolor de cabeza horrible, me pregunté si se iba a repetir todo el proceso de la enfermedad. El médico dijo que tenía el hígado afectado y prescribió un medicamento. Pero por la tarde, cuando Rachel vino a hacerme compañía, me parecía que tenía en la cara la misma expresión que la víspera, amable y cansada. Me imaginé lo que estaría pensando: «¿Va empezar otra vez? ¿Estoy condenada a quedarme aquí haciendo de enfermera toda la eternidad?». Cuando me dio la medicina estaba más brusca conmigo y después, cuando sentí sed y quería beber, no le pedí el vaso por no molestarla.

Tenía un libro en las manos, pero no leía, y su presencia allí en la silla, a mi lado, era un reproche mudo.

—Si tienes cosas que hacer —le dije al fin—, no te quedes aquí conmigo.

—¿Qué más crees que tengo que hacer? —respondió.

—A lo mejor quieres ir a ver a Rainaldi.

—Se ha ido —dijo.

Sentí alivio al saberlo, tanto que tuve que volver la cabeza para que no se me notara en la cara y se enfadara más conmigo.

—¿No le quedaban todavía algunos asuntos que resolver en Inglaterra?

—Pues sí, pero nos pareció que se podían resolver perfectamente por correspondencia. Había otros más urgentes que lo reclamaban en casa. Le dijeron que zarpaba un barco a medianoche y se fue. ¿Estás satisfecho ahora?

Rainaldi se había ido del país, eso me satisfacía. Pero ese pronombre en plural, «nos», no, ni que dijera «casa» para referirse a Florencia. Yo sabía por qué se había ido: para avisar a los criados de la villa de la llegada inminente del ama. Ese era el asunto urgente que lo reclamaba. Se me acababa el tiempo.

—¿Cuándo vas a irte tú?

—Depende de ti —respondió.

Supuse que, si quería, podía seguir enfermo. Quejarme de dolores y decir que me encontraba muy mal. Alargar la enfermedad, fingir unas cuantas semanas más. Y ¿al final? Equipaje cerrado, el tocador vacío, su cama de la habitación azul tapada con la sábana guardapolvo que tantos años la había cubierto antes de que viniera ella y... silencio.

—Si al menos —dijo, suspirando— no estuvieras tan resentido ni fueras tan cruel, estos últimos días podrían ser preciosos.

¿Estaba resentido? ¿Era cruel? No me lo parecía. Pero ella sí. No había remedio. Le tendí la mano y me la cogió. Sin embargo, mientras se la besaba yo pensaba en Rainaldi...

Esa noche soñé que iba a la losa de granito y leía otra vez la carta que estaba allí enterrada. El sueño era tan vívido que no se me olvidó al despertarme, sino que estuvo conmigo toda la mañana. Me levanté y me encontraba bien para ir abajo, como de costumbre, a mediodía. Por mucho que lo intentara, no conseguía olvidar el deseo de ir a leer la carta otra vez. No me acordaba de lo que decía de Rainaldi. Necesitaba saber con certeza lo que decía Ambrose de él. Por la tarde, Rachel se retiró a su habitación a descansar e inmediatamente me fui sigilosamente al bosque y bajé a la avenida; después recorrí el camino que rodea por arriba la cabaña del guarda; me despreciaba por lo que iba a hacer. Llegué a la losa de granito. Me puse de rodillas y empecé a escarbar con las manos; toqué de pronto la piel gomosa de la libreta. Una babosa se había instalado allí a pasar el invierno. Había un rastro pegajoso en la tapa. Lo limpié, abrí la libreta y saqué la carta arrugada. El papel estaba húmedo, sin tersura; las letras, más desvaídas que antes, todavía se entendían. La leí de arriba abajo. La primera parte, deprisa, aunque me resultaba extraño que su enfermedad, debida a otras causas, hubiera tenido unos síntomas tan parecidos a los míos. Pero... Rainaldi.

*A medida que pasaba el tiempo, me di cuenta que cada vez confiaba más en ese hombre del que te he hablado alguna vez, el signor Rainaldi, amigo y deduzco que abogado de los Sangalletti, que en mí. Creo que ese hombre ejerce una mala influencia sobre ella. Sospecho que está enamorado de ella desde hace años, incluso en vida de Sangalletti, y aunque naturalmente no creo ni por un instante que ella así lo haya considerado hasta hace poco, ahora, desde que ha cambiado su forma de ser conmigo, ya no estoy tan seguro. Cuando oye su nombre, veo una sombra en su mirada, un tono en su voz, que me despierta las más terribles sospechas.*

*Sus padres eran unos irresponsables y en el primer matrimonio e incluso antes vivió una vida sobre la que ambos hemos mantenido la mayor reserva, y por eso a menudo tengo la sensación de que su código de conducta es diferente del nuestro. Es posible que el vínculo matrimonial no le parezca tan sagrado. Sospecho, bueno, en realidad tengo pruebas de que él le da dinero. El dinero, y que Dios me perdone por decirlo, es actualmente la única forma de llegarle al corazón.*

Ahí estaba la frase que no se me había olvidado, la que me obsesionaba. En el doblez del papel no se entendía lo escrito, hasta que distinguí otra vez la palabra «Rainaldi».

*Bajo a la terraza y me encuentro a Rainaldi. Dejan de hablar en cuanto me ven. Solo puedo preguntarme de qué estarían hablando. En una ocasión, ella se fue dentro, Rainaldi y yo nos quedamos solos y de pronto, sin venir a cuento, me preguntó por el testamento. Lo había visto por casualidad el día de la boda. Me dijo que tal como estaba, si yo moría, mi mujer se quedaría sin nada. Yo ya lo sabía y, de todas formas, había redactado otro para enmendar el anterior. Lo habría firmado con testigos si hubiera estado seguro de que su defecto de gastar era transitorio, que no era una cosa arraigada.*

*Por cierto, el testamento nuevo la nombra heredera de la casa y el patrimonio, pero solo mientras viva, después volverán a ser tuyos, y siempre con la condición de que el gobierno del patrimonio quede en tus manos.*

*Todavía no lo he firmado por el motivo que te acabo de decir.*

*Ten en cuenta que es Rainaldi el que pregunta por el testamento y el que me llama la atención sobre la omisión del que está vigente ahora. Ella no habla de eso conmigo. Pero ¿lo hablan entre ellos? ¿Qué se dicen cuando no estoy delante?*

*Este incidente del testamento sucedió en marzo.*

*Reconozco que me encontraba mal, que el dolor de cabeza casi me cegaba, y es posible que Rainaldi, al plantear la cuestión de esa forma tan fría y calculadora, pensara que podía morirme. Y tal vez sea cierto. Tal vez no lo hablen entre ellos. No tengo forma de averiguarlo. Ahora veo que ella me mira demasiado a menudo, me vigila y parece otra. Y cuando la abrazo da la impresión de que tenga miedo. Miedo ¿de qué? ¿De quién?*

*Hace dos días, y es el motivo principal de esta carta, tuve otro ataque de la misma fiebre que me postró en marzo. Comienza repentinamente. Tengo fuertes dolores y me encuentro muy mal; los dolores se convierten enseguida en una tremenda excitación del cerebro que me lleva casi a la violencia y me mareo tanto que apenas puedo tenerme en pie. Después se me pasa y me atacan unas ganas irreprimibles de dormir, y me quedo dormido en el suelo o en la cama, sin ninguna fuerza en el cuerpo. No recuerdo que a mi padre le pasara esto. Los dolores de cabeza sí, y cierta aspereza en el temperamento, pero los demás síntomas no.*

*Philip, mi niño, el único ser del mundo en el que puedo confiar, dime qué significa esto y, si puedes, ven a verme. No se lo cuentes a Nick Kendall. No se lo cuentes a nadie. Y, sobre todo, no me respondas por escrito, simplemente ven.*

*Hay una cosa que me obsesiona y no me deja un momento de paz: ¿están intentando envenenarme?*

Ambrose

No guardé la carta otra vez en la libreta. La rompí en trocitos muy pequeños y los enterré con el talón, esparcidos, cada uno en un sitio distinto. La libreta, casi deshecha después de la larga estancia bajo tierra, la puede partir por la mitad de un solo intento y tiré las dos mitades entre los helechos. Después volví a casa. Como si fuera una posdata de la carta, cuando entré en el vestíbulo, Seecombe acababa de

llegar con la cartera del correo que el mozo había traído de la ciudad. Esperó a que la abriera y allí, entre las pocas que había para mí, había una para Rachel con matasellos de Plymouth. Solo me hizo falta ver la letra fina y pequeña para saber que era de Rainaldi. Creo que si Seecombe no hubiera estado allí me la habría quedado. Pero, como estaba, lo único que pude hacer fue dársela para que se la entregara a Rachel.

También me pareció irónico que, cuando subí a verla, un poco después, sin decirle nada del paseo ni de lo que había hecho, se le hubiera pasado el enfado conmigo. Volvía a tratarme con la ternura de siempre. Me tendió los brazos, me sonrió y me preguntó qué tal estaba y si había descansado. No dijo nada de la carta que había recibido. En la cena, me pregunté si le habría dado buenas noticias y por eso estaba contenta; y, mientras comía, me imaginé el contexto de la carta, lo que le decía, cómo se dirigía a ella... si, en resumen, sería una carta de amor. Estaría en italiano, aunque de vez en cuando habría alguna palabra que podría entender yo. Rachel me había enseñado algunas frases. Fuera como fuese, las primeras palabras me revelarían la relación que había entre ellos.

—Estás muy callado. ¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—Sí —dije—, muy bien —y me sonrojé, porque a lo mejor adivinaba lo que tenía pensado hacer.

Después de cenar subimos al tocador. Preparó la tisana, como de costumbre, y la dejó en la taza de la mesa, a mi lado, y también la suya. Vi la carta de Rainaldi en el escritorio, medio tapada con un pañuelo. Se me iban los ojos hacia ella, me tenía fascinado. ¿Un italiano escribiría a la mujer que amaba formalmente? O ¿a punto de irse de Plymouth, con la perspectiva de unas pocas semanas de separación y después de una buena cena, un *brandy* y un puro, sonriendo, se volvería indiscreto y se permitiría la licencia de derramar amor en un papel?

—Philip —dijo Rachel—, tienes la mirada fija en un rincón de la habitación como si hubieras visto un fantasma. ¿Qué pasa?

—Nada, ya te lo he dicho —respondí.

Y por primera vez mentí al arrodillarme a su lado fingiendo una necesidad perentoria de cariño, para que dejara de hacerme preguntas y se olvidara de la carta del escritorio y la dejara allí.

A altas horas de la noche, mucho después de las doce, sabía que se había dormido —porque estaba en su habitación con una vela encendida, la miré y, efectivamente, dormía— y volví al tocador. El pañuelo seguía allí, pero la carta no. Miré en la chimenea, pero no había cenizas. Abrí los cajones del escritorio; había papeles ordenados, pero la carta no estaba. Tampoco en los casilleros ni en los cajoncitos de al lado. Solo quedaba un cajón y estaba cerrado con llave. Saqué la navaja y la metí por la rendija. Asomó algo blanco desde el interior del cajón. Volví al dormitorio, cogí el manojito de llaves de la mesita de noche y probé la más pequeña. Encajaba. Abrí el cajón. Metí la mano y saqué un sobre, pero entonces la tensión y la emoción se transformaron en decepción, porque lo que tenía en las manos no era la carta de

Rainaldi. Era solo un sobre con vainas llenas de semillas. Las semillas se salieron de las vainas, me cayeron en las manos y se derramaron por el suelo. Me quedé mirándolas y me acordé de que había visto vainas y semillas como esas en otra ocasión. Eran iguales que las que Tamlyn había tirado en los jardines nuevos, y que las del patio de villa Sangalotti que había barrido la criada.

Eran semillas de codeso, venenosas para el ganado... y para el ser humano.

## Capítulo XXVI



Dejé el sobre en el cajón, lo cerré con llave y devolví el manajo a su sitio, encima de la mesita de noche. Ella seguía durmiendo y no la miré. Me fui a mi habitación.

Creo que hacía semanas que no estaba tan sereno. Me acerqué al lavamanos y allí, junto al aguamanil y la palangana, estaban los dos frascos de medicina que me había recetado el médico. Los vacié por la ventana. Después bajé al cuarto del fregadero con una vela. Hacía mucho rato que los criados se habían retirado a sus habitaciones. En la mesa de al lado del fregadero vi la bandeja con las dos tazas en las que habíamos tomado la tisana. Sabía que a veces John no tenía ganas de recoger por la noche y dejaba las tazas sin fregar hasta la mañana siguiente, y así había sido. Había restos en las dos. Los miré a la luz de la vela. Me parecieron iguales. Metí el dedo, primero en su taza, después en la mía, y los probé. ¿Había alguna diferencia? Era difícil de decir. Quizá los de mi taza fueran un poco más densos, pero no podía jurarlo. Me fui de allí y volví a mi habitación.

Me desvestí y me metí en la cama. Tumbado en la oscuridad, no sentía enfado ni miedo. Solamente compasión. No me parecía que Rachel, mancillada por el mal, fuera responsable de sus actos. Obligada y guiada por el hombre que ejercía poder sobre ella, sin sentido de la moral debido a las circunstancias y a su cuna, era capaz, por impulso y por instinto, de perpetrar ese acto definitivo. No sabía cómo, pero quería salvarla de sí misma. Tenía la sensación de que Ambrose estaba conmigo y vivía otra vez en mí, o yo en él. El designio de la carta que me había escrito y que yo había roto en pedacitos se cumplía ahora.

Creía que, a su extraña manera, nos había amado a los dos, pero éramos prescindibles. En realidad, no se dejaba llevar por una emoción ciega. Tal vez hubiera en ella dos personas enfrentadas que la zarandeaban, una tiraba hacia un lado, después la otra hacia el otro. No lo sabía. Louise diría que siempre había sido la segunda, que todos sus pensamientos, todos sus movimientos habían sido premeditados desde el principio. En Florencia, con su madre, después de la muerte de su padre... ¿había empezado todo entonces, o incluso antes, esa forma de vivir? Y Sangalietti, muerto en un duelo, que para Ambrose y para mí nunca había sido más que una sombra sin cuerpo... ¿él había sufrido también? Sin duda Louise me diría que sí. Insistiría en que había planeado casarse con Ambrose por su dinero desde el primer momento en que se conocieron, hacía dos años. Y cuando él no le dio lo que ella quería, se propuso matarlo. Tenía una mentalidad legal. Y no había leído la carta



que yo había roto en pedazos. ¿Qué habría dicho, si la hubiera leído?

Si una mujer hacía algo sin ser descubierta, podía repetirlo. Podía librarse de una carga por segunda vez.

Bueno, la carta ya no existía; ni Louise ni nadie volvería a leerla nunca más. Lo que en ella se decía ya no tenía importancia para mí. No pensaba mucho en ellos, sino en el último fragmento al que habían quitado importancia tanto Rainaldi como Nick Kendall, diciendo que eran las últimas palabras de un cerebro enfermo. «Por fin ha podido conmigo, Rachel, mi tormento».

Solo yo sabía que había dicho la verdad.

Así pues, estaba otra vez donde había empezado. Había vuelto al puente del Arno, donde había hecho un juramento. Tal vez, al fin y al cabo, no fuera posible desdecirse de un juramento, sino que tarde o temprano se cumplía. Y había llegado el momento...

Al día siguiente era domingo. Como todos los domingos, desde que ella estaba en casa, trajeron el carruaje para llevarnos a la iglesia. Hacía un día bonito y cálido. Estábamos en pleno verano. Ella llevaba un traje negro nuevo de tela fina y ligera y un gorro de paja, y también una sombrilla. Saludó a Wellington y a Jim con una sonrisa y la ayudé a subir al carruaje. Me senté a su lado y, cuando íbamos por el parque, me cogió la mano.

Se la había dado muchas veces, enamorado, notando su pequeñez, dando vueltas a los anillos que llevaba, mirando las venas azules debajo de la piel, tocando las cortas uñas. Ahora que reposaba en la mía, la vi por primera vez encaminada a otros propósitos. La vi recogiendo vainas de codeso, machacándolas después y frotándolas entre las manos. Recordé una ocasión en que le dije que las tenía muy bonitas, y ella respondió, riéndose, que era el primero que se lo decía. «Sirven para muchas cosas —añadió—. Ambrose decía que, cuando trabajaba en el jardín, eran manos de obrero».

Llegamos a la cuesta más empinada y todo el peso del carruaje recayó en las ruedas de atrás. Su hombro rozó el mío y, colocando la sombrilla para protegerse del sol, me dijo:

—Anoche dormí tan bien que no te oí marchar —y me miró sonriendo.

A pesar de lo mucho que me había engañado, el más mentiroso era yo. Ni siquiera pude responderle, pero para seguir con la mentira le apreté la mano y miré a otra parte.

La arena de la bahía del oeste era dorada, la marea estaba baja, el agua relumbraba bajo el sol. Giramos por la carretera que llevaba al pueblo y a la iglesia. Se oían las campanas en el aire y la gente esperaba en los alrededores de la cancela, hasta que nos apeamos del carruaje y entramos los primeros. Rachel sonreía y saludaba a todo el mundo. Vimos a los Kendall, a las Pascoe y muchos arrendatarios de las tierras; recorrimos la nave hasta nuestro banco mientras sonaba el órgano.

Nos arrodillamos un momento a rezar, con la cara entre las manos.

«¿Qué le diré —me pregunté, porque yo no rezaba— a su Dios, si no reconoce

ninguno? ¿Da gracias por todo lo que ha conseguido? ¿O pide misericordia?».

Se levantó, tomó asiento en el banco acolchado y abrió el libro de oraciones. Estaba serena y contenta. Deseaba odiarla como la había odiado muchos meses, sin conocerla. Sin embargo lo único que sentía era una extraña y terrible compasión.

Nos pusimos en pie cuando entró el vicario; empezó el oficio. Me acuerdo del salmo que cantamos aquella mañana. «No habitará dentro de mi casa el que hace fraude. El que habla mentiras no se afirmará delante de mis ojos<sup>[6]</sup>». Movía los labios con las palabras y su voz era suave y grave al cantar. Y, cuando el vicario subió al púlpito para decir el sermón, juntó las manos sobre el regazo y se preparó para escuchar; levantó la mirada, seria y concentrada, hacia el vicario, mientras este comenzaba a hablar. «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!»<sup>[7]</sup>.

El sol entraba por las vidrieras y caía sobre ella. Desde mi asiento veía las caras sonrosadas de los niños del pueblo, que bostezaban un poco esperando a que terminara el sermón, y oía cómo arrastraban los pies, calzados en botas de domingo, deseando quitárselas en la hierba para jugar. Por un breve instante deseé volver a ser un niño inocente, sentado en el banco al lado de Ambrose, y no de Rachel.

«Hay una montaña verde lejos, al pie de la muralla<sup>[8]</sup>». No sé por qué cantamos ese himno aquel día; tal vez se había celebrado un festival relacionado con los niños del pueblo. Nuestras voces se elevaron fuertes y claras en la iglesia parroquial y no pensé en Jerusalén, como sin duda tenía que hacer, sino en una tumba sencilla, en un rincón del cementerio protestante de Florencia.

Cuando el coro se dispersó y la congregación empezó a invadir las naves, Rachel me dijo al oído:

—Creo que hoy tendríamos que invitar a comer a los Kendall y a los Pascoe, como antes. Hace mucho tiempo que no los invitamos y podrían ofenderse.

Lo pensé un momento y luego hice un gesto afirmativo. Sería mejor así. En compañía sería más fácil tender un puente sobre la distancia que nos separaba ahora y si se distraía charlando con los invitados, acostumbrada como estaba a mi silencio en esas ocasiones, no tendría tiempo de mirarme y preguntarse cosas. Fuera de la iglesia, con los Pascoe no hizo falta insistir, pero con los Kendall sí, bastante.

—Tendré que irme —dijo mi padrino— nada más comer, pero puedo mandar el carruaje otra vez para que recoja a Louise más tarde.

—El señor Pascoe tiene que ir al oficio vespertino —interrumpió la mujer del vicario—, podemos llevarle nosotros.

Y empezaron a complicar el viaje de vuelta y, mientras lo hablaban y buscaban la mejor manera de hacerlo, me di cuenta de que el capataz de los obreros que trabajaban en la construcción del paseo aterrazado y el futuro jardín acuático esperaba, sombrero en mano, a la orilla del camino para hablar conmigo.

—¿Qué hay? —le dije.

—Disculpe, señor Ahsley, señor —dijo—, estuve buscándolo ayer cuando terminamos la jornada, pero no lo encontré; solo quería decirle que tenga cuidado, si

va al paseo aterrazado, no suba al puente que estamos construyendo sobre el jardín acuático.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—No es más que un almacén, señor; el lunes seguiremos trabajando. A simple vista parece seguro, pero no soporta peso todavía. Si alguien quisiera cruzarlo hasta la otra orilla podría caerse y romperse la crisma.

—Gracias —dije—, lo tendré en cuenta.

Volví con los míos, que ya habían terminado de hacer planes e, igual que aquel primer domingo, que ahora me parecía tan lejano, nos dividimos en dos grupos, Rachel con mi padrino en su carruaje y Louise y yo en el mío. Los Pascoe nos siguieron en su berlina. Lo habíamos hecho igual muchas veces, sin duda, pero al empezar la cuesta y apearme para subirla a pie, no podía dejar de pensar en aquella primera vez, hacía casi diez meses, un domingo de septiembre. Me enfadé mucho con Louise, que iba tan tiesa y orgullosa, y no le había hecho ningún caso desde entonces. Ella se mantenía firme, pero seguía siendo mi amiga. Cuando llegamos al final de la cuesta y volví a subirme al carruaje, le dije:

—¿Sabías que las semillas de codeso son venenosas?

Me miró sorprendida.

—Sí, eso creo —dijo—. Sé que, si las come el ganado, muere. Y los niños también. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Se ha muerto alguna vaca en el Barton?

—No, todavía no —dije—, pero el otro día Tamlyn me dijo que convenía cambiar de sitio los árboles que hay entre los jardines nuevos y el prado, para evitar que las semillas caigan en el pasto.

—Es buena idea —dijo—. Mi padre perdió un caballo una vez, hace años, por comer bellotas de tejo. Paso todo tan rápidamente... Y no se pudo hacer nada.

Llegamos al camino y a las verjas del parque y me pregunté qué diría si le contara lo que había descubierto la noche anterior. ¿Me miraría horrorizada y me diría que estaba loco? Lo dudé. Más bien me creería. Pero no estábamos en un buen sitio para contárselo, con Wellington y Jim allí delante, en el asiento del cochero.

Miré atrás; los otros carruajes nos seguían.

—Quiero hablar contigo, Louise —le dije—. Cuando tu padre se vaya después de comer, quédate con cualquier excusa.

Me miró con una pregunta en los ojos, pero no dijo nada.

Wellington paró el coche delante de la casa. Me apeé y di la mano a Louise. Nos quedamos a esperar a los demás. Sí, todo era como aquel primer domingo, en septiembre. Rachel sonreía ahora igual que entonces; seguro que estaban hablando de política otra vez. Aquel domingo, aunque ella me atraía, era una desconocida para mí, una extraña todavía. ¿Y ahora? Ahora nada de ella me era extraño. Conocía lo mejor y lo peor. Incluso por qué hacía todo lo que hacía, por desconcertante que fuera incluso para ella, suponía. Ahora no me ocultaba nada Rachel, mi tormento...

—Vaya —dijo, sonriendo cuando nos encontramos todos en el vestíbulo—, como

en los viejos tiempos otra vez. Me alegro mucho de que estén aquí.

Envolvió al grupo entero con una mirada y abrió la marcha hacia la sala de estar. La estancia estaba en su mejor momento, como siempre en verano, fresca, con las ventanas abiertas de par en par. En los jarrones había largas y esbeltas hortensias japonesas, azules y leves, que se reflejaban en los espejos de las paredes. Fuera, el sol caía sobre el césped. Hacía mucho calor. Un abejorro zumbó contra el cristal de una ventana. Los invitados se sentaron lánguidamente, con ganas de descansar. Seecombe trajo tarta y vino.

—Un poquito de sol puede con todos ustedes —dijo Rachel, riéndose—. Esto para mí no es nada. En Italia es así nueve meses al año. Y a mí me encanta. A ver, les serviré yo. Philip, no te muevas, todavía soy tu enfermera.

Sirvió vino en las copas y nos lo dio. Mi padrino y el vicario se levantaron para ayudarla, pero los apartó con un gesto. A mí me dejó para el final y, cuando me dio la copa, fui el único que no bebió.

—¿No tienes sed? —preguntó.

Dije que no con un movimiento de cabeza. No volvería a aceptar nada de sus manos. Dejó la copa en la bandeja, cogió la suya y fue a sentarse al sofá, con la señora Pascoe y Louise.

—Supongo —dijo el vicario— que ahora hará un calor insoportable en Florencia, incluso para usted.

—Nunca me pareció insoportable —dijo Rachel—. Se cierran los postigos a primera hora de la mañana y así la villa está fresca todo el día. Nos adaptamos al clima. El que sale fuera en pleno día sabe a lo que se expone, así que nos quedamos dentro y dormimos. Tengo la gran suerte de contar con un patiecito en villa Sangalletti, está en un lado de la casa y, como está orientado al norte, nunca le entra el sol. En el patio hay un estanque y una fuente; el ruido del agua resulta calmante. Solo me siento allí en primavera y verano.

En primavera, desde luego, vería las yemas del codeso transformarse en flores, y las propias flores en racimos dorados formando un dosel sobre el niño desnudo del estanque, con su concha entre las manos. Después las flores se marchitarían y caerían y, cuando llegara la canícula a la villa, como había llegado aquí, pero no tan intensa, las vainas de las ramas se abrirían y las semillas caerían al suelo. Ella habría visto todo esto sentada en el patiecito, al lado de Ambrose.

—Cuánto me gustaría ir a Florencia —dijo Mary Pascoe, con los ojos muy redondos, soñando con Dios sabría qué cosas magníficas y extrañas.

Rachel se volvió hacia ella y dijo:

—Pues hazlo sin dudar, el año próximo, vas y te quedas en mi casa. Tienen que venir todos a mi casa. —Inmediatamente surgieron las exclamaciones, las preguntas, las expresiones de consternación. ¿Tan pronto debía irse? ¿Cuándo volvería? ¿Qué planes tenía? Ella hacía gestos negativos con la cabeza—. Me iré en algún momento y volveré en algún momento. Hago las cosas impulsivamente y prefiero no ponerme

fechas.

Y se negó a entrar en pormenores.

Vi que mi padrino me miraba de reojo y después, tirándose del bigote, se miraba los pies. Me imaginé lo que estaría pensando. «En cuanto ella se vaya, él volverá a ser el de antes». Fue pasando la tarde. A las cuatro nos sentamos a la mesa. De nuevo la presidía, con Rachel en el otro extremo, flanqueada por mi padrino y el vicario. De nuevo hubo conversación, risa e incluso poesía. Yo estaba tan silencioso como la primera vez y observaba su cara. La primera vez, con fascinación, porque no la conocía. Nunca había visto a una mujer llevar una conversación constante, con cambios de tema, en la que participaban todos los comensales, así que me parecía magia. Ahora ya conocía todos los trucos. Empezar a hablar de algo, susurraba unas palabras al vicario tapándose la boca con la mano y estallaban las risas, e inmediatamente mi padrino se inclinaba y preguntaba: «A ver, ¿qué ha sido eso? ¿Qué ha dicho usted, señora Ashley?», y su respuesta inmediata, rápida, burlona: «El vicario se lo dirá», y el vicario, sonrojado y ufano, creyéndose ingenioso, contaba una historia que su familia no conocía. Era un juegucito que a ella le gustaba y nosotros, con nuestro soso acento cornuallés, éramos muy fáciles de manejar y de engañar.

Me pregunté si en Italia le costaría un esfuerzo mayor hacer eso mismo. Me parecía que no. Las compañías de allí tenían una forma de ser más parecida a la suya. Y con Rainaldi a mano, apoyándola, hablando en el idioma que mejor conocía, la conversación sería brillante en villa Sangalletti, mucho más brillante que en mi sosa mesa. Hablaría deprisa y a veces haría gestos con las manos como para aclarar lo que decía. Me había fijado en que lo hacía incluso más a menudo cuando hablaba con Rainaldi en italiano. Hoy lo hizo otra vez, al tiempo que interrumpía a mi padrino en medio de una frase; las dos manos, rápidas y diestras, como si apartaran el aire a un lado. Después, mientras esperaba la respuesta, con los codos levemente apoyados en la mesa, las manos se recogían y se quedaban quietas. Volvía la cabeza hacia él mientras le hablaba y yo, desde el otro extremo de la mesa, la veía de perfil. Así siempre me parecía una desconocida, con esas facciones breves y limpias, como las de una moneda. Misteriosa y reservada, una mujer desconocida en el umbral de una puerta, con un pañuelo en la cabeza y la mano tendida. Pero nunca desconocida de frente, cuando sonreía: era la Rachel que conocía y a la que había querido.

Mi padrino terminó de contar su historia. Hubo una pausa y un silencio. Ahora estaba acostumbrado a todos sus movimientos y le observé los ojos. Miraba a la señora Pascoe, después me miró a mí.

—¿Vamos al jardín? —dijo.

Nos levantamos todos y el vicario, sacando su reloj, suspiró y dijo:

—Lamento mucho tener que dejarles.

—Lo mismo digo —se sumó mi padrino—. Mi hermano, el de Luxilyan, está enfermo y le prometí que hoy iría a verlo, pero Louise puede quedarse.

—Pero le da tiempo a tomar el té, ¿no? —dijo Rachel.

Al parecer, era más tarde de lo que pensaban y al cabo de un momento, después de un poco de lío, Nick Kendall y los Pascoe se fueron en la berlina. Solo se quedó Louise.

—Como estamos solos los tres —dijo Rachel—, dejemos la formalidad a un lado. Vamos al tocador —y, sonriendo a Louise, empezó a subir las escaleras—. Louise tomará mi tisana —y, mirando hacia atrás, a mí, añadió—: Voy a enseñarle mi método. Cuando su padre tenga insomnio, si alguna vez lo tiene, conocerá el remedio.

Fuimos los tres al tocador y nos sentamos, Louise en el taburete y yo, junto a la ventana abierta, mientras Rachel iniciaba los preparativos.

—El estilo inglés —dijo Rachel—, si es que existe tal cosa, aunque lo dudo, consiste en coger cebada descascarillada. Yo he traído mis hierbas secas de Florencia. Si te gusta el sabor, te dejaré las que queden cuando me vaya.

Louise se levantó del taburete y se puso a su lado.

—Dice Mary Pascoe que sabe usted el nombre de todas las hierbas y que ha tratado a los arrendatarios de estas tierras de varias enfermedades. Antiguamente se sabía mucho más de estas cosas que ahora. De todos modos, la sabiduría popular antigua sigue funcionando con las verrugas y las erupciones.

—Yo sé hacer que desaparezcan muchas cosas, además de las verrugas —dijo Rachel, riéndose—. Vete a verlos a su casa y pregúntales. El conocimiento de las hierbas es muy antiguo. A mí me lo enseñó mi madre. Gracias, John —John acaba de traer un hervidor con agua caliente—. En Florencia —continuó— preparaba la tisana en mi habitación y la dejaba reposar. Es mejor. Después salíamos al patio, nos sentábamos y poníamos la fuente en marcha y, mientras tomábamos la tisana oíamos el ruido del agua cayendo al estanque. Ambrose se quedaba horas mirándola. —Vertió en la tetera el agua que había traído John—. La próxima vez que venga a Cornualles pienso traer de Florencia una estatua pequeña, como la que hay en mi estanque. Me costará un poco encontrarla, pero la encontraré. La pondremos en el centro del jardín acuático que estamos construyendo, con una fuente también. ¿Qué te parece? —me dijo, sonriendo, mientras removía la tisana con la cucharilla en la mano izquierda.

—Como quieras —dije.

—A Philip le falta entusiasmo —dijo a Louise—, o me da la razón en todo lo que digo o se queda indiferente. A veces tengo la impresión de que todos mis esfuerzos aquí son trabajo perdido, el paseo aterrazado, los arbustos que hemos plantado... Él se habría conformado con la hierba silvestre y un sendero lleno de barro. Toma, tu taza.

Dio la taza a Louise y esta se sentó en el taburete. Después vino a darme la mía hasta donde estaba sentado, en el antepecho de la ventana. Hice un gesto negativo con la cabeza.

—¿No la quieres, Philip? —preguntó—. Pero... si te sienta muy bien y te ayuda a dormir. Nunca la habías rechazado. He hecho una mezcla especial, el doble de fuerte.

—Tómatela tú —dije.

Se encogió de hombros.

—La mía ya está preparada. Me gusta que repose más tiempo. Esta habrá que tirarla. ¡Qué lástima!

Se inclinó por encima de mí y la tiró por la ventana. Al retirarse, me puso la mano en el hombro y me llegó ese olor suyo que tan bien conocía. No era de perfume, sino su propia esencia, la que emanaba su piel.

—¿Te encuentras mal? —me susurró, para que no lo oyera Louise.

Si se pudiera borrar todo lo que sabía, todo lo que sentía, se lo habría preguntado en ese momento, y le habría pedido que se quedara, que dejara la mano en mi hombro. Sin carta hecha pedazos, sin paquetito secreto encerrado en un cajón, sin maldad, sin duplicidad. Quitó la mano de mi hombro y me cogió la barbilla, y se quedó ahí un momento, acariciándome sin que Louise lo viera, porque ella misma se tapaba. —Mi querido enfurruñado— dijo.

Levanté la vista más arriba de su cabeza y vi el retrato de Ambrose encima de la repisa de la chimenea. Me miraba directamente a los ojos, joven e inocente. No respondí y ella se alejó de mí y dejó la taza vacía en la bandeja.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó a Louise.

—Lo siento —dijo, disculpándose—, pero creo que tardaría un poco en aficionarme.

—Es posible —contestó Rachel—; tiene un regusto rancio que no complace a todo el mundo. Da igual. Actúa como un sedante para las mentes inquietas. Esta noche dormiremos todos bien.

Sonrió y empezó a tomar su tisana lentamente.

Charlamos un poco, media hora tal vez, o un poco más; mejor dicho, habló ella con Louise; después se puso de pie, dejó la taza en la bandeja y dijo:

—Ahora que ha refrescado un poco, ¿quién quiere venir a pasear conmigo por el jardín?

Miré a Louise, que me miró a su vez y no dijo nada.

—He prometido a Louise —dije— que le enseñaría un plano antiguo de las tierras de Pelyn que encontré el otro día. Los límites están claramente señalados y se ve que la antigua fortaleza de la loma formaba parte de esos terrenos.

—Muy bien —dijo Rachel—, llévala a la sala de estar o quedaos aquí, como prefieras. Me voy sola a dar el paseo.

Pasó a la habitación azul tarareando una canción.

—Quédate ahí —le dije a Louise en voz baja.

Bajé al despacho, porque era cierto que tenía un plano antiguo en alguna parte, entre mis papeles. Lo encontré en una carpeta y volví cruzando el patio. Al llegar a la puerta lateral que daba al jardín, cerca de la sala de estar, Rachel empezaba su paseo. Iba sin sombrero, pero llevaba la sombrilla abierta en la mano.

—No tardaré —dijo—, voy al paseo aterrazado. Quiero ver si quedaría bien una

estatua pequeña en el jardín acuático.

—Ten cuidado —le dije.

—¿Por qué? ¿Con qué? —preguntó.

Estaba a mi lado, con la sombrilla apoyada en el hombro. Llevaba un vestido negro, de fina muselina, con el cuello de encaje blanco. Estaba igual que la primera vez que la vi, hacía diez meses, aunque ahora era verano. El aire olía a césped recién segado. Pasó una mariposa volando alegremente. Las palomas se arrullaban en los grandes árboles de más allá del césped.

—Ten cuidado —dije, hablando despacio— con el sol.

Ella se echó a reír y se fue. Me quedé mirándola mientras cruzaba el césped y subía los escalones hacia las terrazas.

Entré en casa, subí las escaleras rápidamente y llegué al tocador. Louise estaba esperándome.

—Necesito que me ayudes —dije brevemente—, no hay tiempo que perder.

Se levantó del taburete con una mirada interrogante.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de lo que te dije en la iglesia hace unas semanas? —le pregunté, y ella asintió—. Bueno, pues tú tenías razón y yo no, pero dejemos eso ahora. Sospecho cosas peores, pero necesito pruebas definitivas. Creo que ha intentado envenenarme y que hizo lo mismo con Ambrose. —Louise no dijo nada. Se le abrieron los ojos de horror—. Da igual cómo lo he averiguado —dije—, pero puede que encontremos la clave en una carta de ese hombre, Rainaldi. Voy a registrar el escritorio hasta que la encuentre. Aprendiste un poco de italiano cuando estudiabas francés, a ver si entre los dos podemos traducir algo.

Yo ya estaba buscando en el escritorio más a conciencia que la noche anterior, a la luz de la vela.

—¿Por qué no se lo dices a mi padre? —preguntó Louise—. Si es culpable, puede acusarla con más fuerza que tú.

—Necesito pruebas —respondí.

En un sitio había sobres y papeles ordenados en una pila, en otro, recibos y facturas que habrían alarmado a mi padrino, si los hubiera visto, aunque a mí me dejaban indiferente, obsesionado como estaba por encontrar lo que buscaba. Volví a mirar en el cajoncito en el que estaba el paquete. No estaba cerrado con llave. Lo abrí, pero no había nada. El sobre había desaparecido. Eso podía ser una prueba más, pero ella había tirado la tisana. Seguí abriendo cajones, Louise estaba a mi lado con el ceño fruncido de ansiedad.

—Tenías que haber esperado —dijo—, esto no es prudente. Tenías que haber esperado a mi padre, que puede emprender acciones legales. Lo que estás haciendo ahora es lo que puede hacer cualquiera: un robo común.

—La vida y la muerte —dije— no esperan a que se emprendan acciones legales. A ver, ¿qué es esto?



Le pasé un papel largo con nombres escritos, algunos en inglés, otros en latín, otros en italiano.

—No estoy segura —dijo—, pero me parece que es una lista de hierbas y plantas. La letra no es muy clara.

Siguió dándole vueltas a la lista mientras yo revolvía en los cajones.

—Sí —dijo—, esto tienen que ser hierbas y remedios. Pero la segunda hoja está en inglés y parecen notas sobre la propagación de las plantas; especies y más especies, muchas especies.

—Busca «codeso» —dije.

Me sostuvo la mirada un momento, lo había entendido de pronto. Después siguió mirando el papel que tenía en las manos.

—Sí, aquí está —dijo—, pero eso no significa nada.

Se lo quité de las manos y leí donde me señaló.

*Codeso: Laburnum Cytisus. Nativa del sur de Europa. Estas plantas se reproducen por semillas, y muchas también por esquejes y por acodos. En el primer caso, se siembran las semillas en cajonera o en tierra, donde vayan a quedarse. En primavera, por marzo, y si han crecido lo suficiente, se trasplantan hasta que alcancen el tamaño adecuado para plantarlas en el lugar elegido para que crezcan.*

Debajo había añadido en una nota la fuente de la que había sacado la información:

*El nuevo jardín botánico, impreso para John Stockdale y Compañía por T. Bousley, Bold Court, Fleet Street, 1812.*

—Aquí no habla de veneno —dijo Louise.

Seguí buscando en el escritorio. Encontré una carta del banco. Reconocí la letra del señor Couch. La abrí brutalmente, sin cuidado.

*Apreciada señora:*

*Estamos muy agradecidos de que nos haya devuelto la colección de joyas Ashley, que, según sus instrucciones y puesto que no tardará usted en irse del país, queda bajo nuestra custodia hasta que su heredero, el señor Philip Ashley, pueda tomar posesión de ella.*

*Suyo afectísimo,*

Herbert Couch

Dejé la carta, angustiado de pronto. Fuera cual fuese la influencia de Rainaldi, eso lo había hecho Rachel siguiendo un impulso propio.

No había nada más sobre ningún otro asunto. Había registrado concienzudamente todos los cajones, había vaciado los casilleros. O había destruido la carta o la llevaba consigo. Desconcertado y decepcionado, le dije a Louise:

—No está aquí.

—¿Has mirado en la libreta de papel de cartas?

Lo había dejado en la silla como un idiota, sin que se me pasara por la cabeza que podía haber una carta secreta escondida en un sitio tan evidente. Lo cogí y allí, del

medio, de entre dos hojas blancas, cayó el sobre de Plymouth. La carta estaba dentro todavía. La saqué y se la di Louise.

—Es esta —dije—, a ver si puedes descifrarla.

Se quedó mirando el papel y me lo devolvió.

—No está en italiano —dijo—, léela tú.

La leí. Eran solamente unas pocas líneas. Había prescindido de las formalidades, tal como esperaba, pero tampoco era lo que me había imaginado. La había escrito a las once de la noche, pero no tenía encabezamiento.

*Como ahora eres más inglesa que italiana, te escribo en tu lengua de adopción. Son más de las once, levamos anclas a las doce. Cumpliré todos tus encargos en Florencia, e incluso más, tal vez, aunque no sé si mereces tanto. Al menos la villa te estará esperando, y los criados, cuando por fin decidas irte. No tardes mucho. Nunca he creído del todo en esos impulsos emocionales que te salen del corazón. Si al final no consigues despegarte de ahí dejando al muchacho, tráetelo. Te lo aconsejo en contra de mi propia opinión. Cuídate y créeme, tu amigo,*

Rainaldi

La leí dos veces y se la pasé a Louise.

—¿Has encontrado la prueba que buscabas? —me preguntó.

—No —dije.

Tenía que faltar algo. Una posdata en otra hoja de papel que hubiera guardado en otra parte de la libreta. Volví a mirar, pero no había nada. Estaba limpia, solo había algo envuelto encima. Lo cogí, rasgué el envoltorio. No era una carta ni una lista de hierbas y plantas. Era un retrato de Ambrose. Las iniciales se veían perfectamente en una esquina, pero supuse que lo habría hecho algún amigo o pintor italiano, porque después de las iniciales decía: «Florencia», y la fecha, el mes de junio del año de su muerte. Al mirarlo caí en la cuenta de que debía de ser la última imagen que existía de él. Entonces, había envejecido mucho, después de irse de casa. Tenía arrugas alrededor de la boca que nunca le había visto, y en las comisuras de los ojos. Y una mirada de angustia, como si lo acechara una sombra por la espalda y no se atreviera a mirar atrás. La expresión general era como de estar perdido... y solo. Como si supiera que se avecinaba un desastre. Aunque los ojos pedían cariño, también suplicaban compasión. Al pie del dibujo había escrito una frase en italiano: «Para Rachel. *Non ramentare che le ore felice. Ambrose*».

Enseñé el dibujo a Louise.

—Solo hay esto —dije—. ¿Qué significa?

Leyó las palabras en voz alta, después pensó un momento y dijo lentamente: «Recuerda solo los momentos felices». Me lo devolvió, y también la carta de Rainaldi.

—¿No te lo había enseñado? —me preguntó.

—No —respondí.

Nos miramos en silencio un momento y después Louise dijo:

—¿Crees que nos hemos equivocado al juzgarla? Me refiero al veneno. Ya ves

que no hay ninguna prueba.

—No la habrá —dije—, ni ahora ni nunca.

Dejé el dibujo en el escritorio, y también la carta.

—Si no hay pruebas —dijo Louise— no puedes condenarla. Puede que sea inocente. Puede que sea culpable. No puedes hacer nada. Si fuera inocente y la acusaras, jamás te lo perdonarías. El culpable serías tú, no ella. Vámonos de esta habitación, vamos a la sala de estar. Ahora me arrepiento de haberme metido en sus cosas.

Me quedé junto a la ventana del tocador, que estaba abierta, mirando más allá del césped.

—¿Ha vuelto ya? —preguntó Louise.

—No —dije—, se ha ido hace casi media hora y no ha vuelto todavía.

Louise cruzó la habitación y se puso a mi lado. Me miró a la cara.

—¿Por qué tienes la voz tan rara? —dijo—. ¿Por qué miras fijamente allí, a las escaleras que suben al paseo aterrazado? ¿Pasa algo?

La aparté y fui hacia la puerta.

—¿Sabes cuál es la cuerda de la campana que llega al rellano de debajo del campanario? —le dije—. ¿La que se toca a mediodía para llamar a los hombres a comer? Vete y tira de ella con todas tus fuerzas.

Me miró sin comprender.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque es domingo —dije— y todo el mundo anda por ahí o está durmiendo o lo que sea, y a lo mejor necesito ayuda.

—¿Ayuda? —repitió.

—Sí —dije—. Es posible que Rachel haya sufrido un accidente.

Louise me miró fijamente. Sus ojos, azules y cándidos, me escrutaban.

—¿Qué has hecho? —preguntó aprensivamente, convencida también.

Di media vuelta y salí de la habitación.

Bajé las escaleras corriendo, crucé el césped y subí por el camino hasta el paseo aterrazado. No había rastro de Rachel.

Cerca de las piedras, el cemento y la madera apilados en las inmediaciones del jardín acuático estaban los dos perros. Uno, el joven, se acercó a mí. El otro se quedó donde estaba, cerca del montón de cemento. Vi las huellas de Rachel en la arena y la cal, y la sombrilla, abierta todavía, caída de lado. De pronto sonó la campana de la torre del reloj. Tocaba y tocaba y, como el día estaba sereno y silencioso, el tañido debió de propagarse por todos los campos hasta el mar, y lo oírían también los hombres que pescaban en la bahía.

Me acerqué al borde del muro que se levantaba sobre el jardín acuático y vi el sitio en el que los obreros habían empezado a tender el puente. Quedaba todavía una parte del armazón, suspendida, grotesca y horrible, como una escalera balanceándose en el aire. Lo demás se había precipitado hasta el fondo.

Bajé hasta donde estaba ella, entre los maderos y las piedras. Le cogí las manos. Las tenía frías.

—Rachel —le dije, y se lo volví a decir.

Arriba, los perros empezaron a ladrar y las campanadas se oían cada vez más fuertes. Abrió los ojos y me miró. Al principio con dolor, creo. Después con asombro. Y al final me pareció que me reconocía. Sin embargo me equivocaba otra vez. Me llamó Ambrose. Me quedé sujetándole las manos hasta que murió.

Antiguamente ahorcaban a la gente en Four Turnings. Ahora ya no.



DAPHNE DU MAURIER (13 de mayo de 1907 - 19 de abril de 1989). Nieta del escritor y dibujante *George du Maurier*, fue una escritora británica famosa por novelas como *Rebeca*, publicada en 1938, y *Mi Prima Raquel*, ambas llevadas al cine. Las películas *Jamaica Inn* y *Los pájaros* de *Alfred Hitchcock* también se basaron en relatos suyos. Gozó siempre de un ambiente refinado. Sus padres, el productor y actor *Gerald du Maurier* y la actriz *Muriel Beaumont*, le dieron una educación exquisita y sus buenas relaciones le permitieron publicar sus primeros escritos en la revista de su tío. Se casó con el lugarteniente *Frederick Arthur Motague Browning*, quien llegó a ser héroe de guerra y recibió tratamiento de *Sir*. Ella misma alcanzó la distinción de Dama de su Majestad. Residió en el castillo de Menabilly, una fabulosa mansión situada en la costa de Cornualles, que le sirvió como escenario de algunas de sus obras y en donde tuvo tres hijos. Con poco más de veinte años, escribió su primera novela. Además de sus obras más conocidas, por haber sido llevadas al cine, escribió muchos relatos en los que refleja mujeres traumatizadas o perversas, cuya insatisfacción no calma con la misma muerte. Es el caso de los relatos «*El manzano*», «*El joven fotógrafo*» o «*Bésame otra vez, desconocido*». Historias de crueldad, discreta misoginia, ambientes cargados de energías negativas, que se adelantan a los que luego trazó *Patricia Highsmith*.

# Notas

[1] Término informal que se refiere a la parte suroccidental de Inglaterra y comprende, entre otros, el condado de Cornualles. [*N. de la T.*] <<

[2] *Sir Peter Lely* (1618-1680), pintor de la corte de Carlos I y Carlos II de Inglaterra sucesivamente. [*N. de la T.*] <<



[3] Godfrey Kneller (1646-1723), pintor de la Corona de Carlos II de Inglaterra. [*N. de la T.*] <<

[4] Juego de cartas para dos o más jugadores. [*N. de la T.*] <<

[5] Título y nombre del protagonista de un cuento de Washington Irving. [*N. de la T.*]

<<

[6] Salmos, 101,7. [*N. de la T.*] <<

[7] Hebreos, 10,31. [*N. de la T.*] <<

[8] Himno eclesiástico de Cecil Frances Alexander (1848). [*N. de la T.*] <<